

Sara Ventas

De
ABRIL
a
JULIO



DE ABRIL A JULIO

Sara Ventas

Copyright © 2018 Sara Ventas

Depósito legal: MA-162-18

Copyright © Diseño de portada: Sara Ventas, 2018

Todos los derechos reservados

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[TERCERA PARTE](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[Otros títulos](#)

[Sobre la autora](#)

PRIMERA PARTE

1

Nunca me ha dado por curiosear en la vida privada de mi hermana, ni he tratado de inmiscuirme en sus asuntos, pero sí debo reconocer que mis ojos salieron de sus órbitas tras recibir el mensaje de aquel desconocido: «¿Dónde tenías escondido ese tatuaje la otra noche?». Era de alguien que no guardaba en la agenda de contactos.

Quizás no fue tan buena idea —por su parte— lo de cederme su teléfono tras destrozar el mío por zambullirme vestida y con el bolso en la piscina de un amigo. En realidad no me bañé con él, no soy tan despistada ni majareta. Pero el gracioso de John encontró divertido empujarme al agua nada más verme aparecer en su fiesta de despedida. «A ese le gustas», afirmó Lidia tras pasarme su toalla cuando logré alcanzar el último escalón de la superficie, la mía iba en el mismo bolso con el que me sumergí. «¿Y qué estamos, en Primaria aún?».

Acababa de comprarme ese móvil y me había costado una pasta gansa. El cheque completo de uno de mis mejores trabajos. Ahora era inviable para mi bolsillo reemplazarlo así, de buenas a primeras.

—Usa el mío si quieres —me ofreció Mónica, mi hermana—. La empresa me ha regalado un iPhone con una línea nueva y ya se la he dado a mis contactos. Paso de ir con dos aparatos encima.

—¡Gracias! Me vendrá genial hasta que me confirmen en la tienda de reparación si ha muerto del todo o no. Espero que, al menos, puedan salvarme la agenda. Toda mi vida está ahí dentro.

—Anda, exagerada. ¿Qué vas a tener ahí tan importante con veinte años? Ni que llevaras encima una cartera de clientes. Además, si hiciste copia de seguridad, lo tendrás todo en la nube.

—Ahí está el problema, amiga. Aún no sabía manejarlo bien y no tengo ni puñetera idea de si activé o no alguna copia —respondí, con verdadera preocupación—. ¿Y vas a dar de baja la línea?

—Pensaba hacerlo, sí. A mí no me la costean mis padres, ¡caradura!

—No te creas, ya me han cortado el grifo en caprichos. Podrías hacerme el servicio completo y dejarme tu línea por un tiempo. Solo hasta que me ponga al día con mis ahorros. Debo reducir gastos mientras me adapto a mi nueva vida. Y tú estás forrada.

—¿Forrada? ¡Ja! Pero bueno, acepto. Te doy de plazo hasta que acabe el curso, que te cerraré también el grifo.

—¿Y tendremos que compartir gastos del piso o me los perdonáis mientras me organizo? —le mostré un mohín autocompasivo.

—¡No tengas morrazo, Abril! De algún modo tendrás que colaborar en casa, ¿no? Fabio y yo no somos papá y mamá. Eso que te quede clarito desde el principio.

—¿Y no puedo pagar con mis servicios en el hogar? Podría encargarme de limpiar, planchar... Vosotros estáis muy ocupados, y yo soy pobre como una rata.

—¡Qué morro tienes! Yo vine solita y tuve que sacarme las castañas del fuego cuando empecé la universidad. ¡No lo olvides!

—Sí, claro, suéltame una vez más el rollo ese de tus batallitas, anda, que olvidé tomar apuntes.

Doña Perfecta aterrizó en la ciudad a la temprana edad de dieciocho años. Es tan lista y aplicada que en su expediente académico no consta ni una sola asignatura suspensa, y sí alguna matrícula de honor. No como la cafre de su hermana, que por poco no *tripitió* en secundaria.

Tras instalarse, buscó un curro enseguida y, salvo la vivienda que ya estaba pagada, porque pertenece a mis padres, se ha mantenido ella misma durante todo este tiempo y sin dar un solo ruido a nadie. Ya se encargan todos de repetírmelo una y otra vez. Forma parte de la banda sonora de mi existencia. Tu hermana a tu edad esto, a tu edad lo otro... Creo que en realidad mis notas bajas fueron un ataque de rebeldía. Total, competir con semejante portento era una batalla perdida. Aunque tal vez sea a lo que me agarro para justificar mis fracasos. La vidorra que me he pegado, a costa del esfuerzo de mis padres, refleja la evidencia de mi carácter pasota y despreocupado. Jamás me he tomado los estudios en serio. Mis máximas preocupaciones han sido a qué hora quedamos y qué te vas a poner, si hablaba con mi amiga; y veremos a este o al otro, camino de la disco.

—¡Anda, toma el teléfono y lárgate antes de que me arrepienta! Y te tomo la palabra con lo de limpiar el apartamento y la plancha. Espero que cumplas

con tu parte, ya que acabas de quitarle el trabajo a Ani.

—Asistentita y todo... ¿Ves que estás forrada?

Días más tarde, me confirmaron que el móvil era irrecuperable, y que si lo hubiera metido en un bote con arroz para secarlo, en lugar de esperar todo el fin de semana con el teléfono mojado en su funda, tal vez se habría salvado. Me lo apunto como nota mental para la próxima ocasión en la que a un niño le dé por hacerse el listillo. Aunque no debí perdonárselo. Lo hice porque era su despedida y quizás no volvamos a vernos en la vida. Y porque me pidió perdón de todas las maneras posibles. Y también, para qué engañarnos, porque me gusta ese maldito desertor. Pero me he prometido a mí misma que no le pasaré el nuevo número. Es el precio que tendrá que pagar por su fechoría. Espero que se haya quedado pillado por mis huesos y aprenda la lección al darse cuenta de que no volverá a contactar conmigo.

Mientras pensaba en todo eso, apareció en mi pantalla el mencionado mensaje del desconocido, refiriéndose a la foto que acababa de hacerme del tatuaje que llevo en el tobillo izquierdo, y que coloqué como nueva foto de perfil en el WhatsApp de mi hermana, que ahora me pertenece. Es un caballito de mar, y no mide más de tres centímetros. Había borrado la agenda de contactos de Mónica y me disponía a agregar algunos números de amigos en común que me proporcionó mi amiga Lidia. Y claro... ese número ajeno a mi listado solo podía corresponder a un contacto de mi hermanísima. Pero ¿quién cojones era ese tío? Di por hecho que se trataba de un tío por el tono del mensaje. A día de hoy no he notado otras inclinaciones sexuales en ella. Reconozco que me pudo la curiosidad y, a su mensaje: «¿Donde tenías escondido ese tatuaje la otra noche?», respondí con un simple: «¿?»». Fue lo único que se me ocurrió decir para indagar un poco sin delatarme.

Desconocido: ¿Qué quieres decir exactamente con “¿?”?

«Vaya, es de los míos. Va a resultar más complicado de lo que pensaba».

Yo: Que no entiendo que no lo vieras la otra noche.

Desconocido: Ah, bueno, bien... Por un momento se me ha pasado por la cabeza que ni te habías molestado en anotar mi número y no sabes quién soy.

Yo: ¿Por qué no iba a anotarlo?

Desconocido: Pues... no sé, dímelo tú. Todavía estoy preguntándome por qué actuaste así. No sé cómo he tenido el impulso de escribirte. Ha sido culpa del caballito.

«¡Joder! No sé si preguntarle cómo actué. ¿Será muy sospechoso? ¿Qué cojones le digo ahora?».

Yo: Tendrás que ser más preciso.

Desconocido: ¿?

Yo: ¿Qué quieres decir exactamente con “¿?”?

Desconocido: Disculpa, tengo una emergencia canina. Hablamos luego.

Mi hermana se marchó ayer a California por trabajo y me ha tocado quedarme en casa con Fabio, mi cuñado. Su prometido... Aunque ya no sé qué pensar de esta relación. Ni de Mónica. Sé que han sido uña y carne desde que se conocieron, y él es un encanto de tío. Me cae genial. A pesar de que, nada más llegar a la ciudad, me recibieron de una manera muy cortante y se notaba cierta tensión en el ambiente. Al principio pensaba que el conflicto venía por mi presencia allí, que Fabio no quería que viviera con ellos. Así que exploté y les solté cuatro cosas bien dichas; como que aquel piso no era suyo. De ninguno. En realidad era donde vivíamos de pequeñas, antes de mudarnos a la costa. Mis padres trabajaban en unos grandes almacenes cuando se conocieron y continuaron allí hasta que la empresa fue absorbida por otra firma del ámbito textil que liquidó a media plantilla. Se encontraron de repente sin trabajo y con dos niñas, una que apenas acababa de entrar en el colegio. Y como ellos mismos suelen relatar, se liaron la manta a la cabeza y dejaron todo atrás. Alquilaron el piso en el que vivíamos y se marcharon a la costa donde tenían una casita de veraneo. Allí comenzaron una nueva etapa. Invirtieron sus ahorros y un préstamo en una pequeña tienda de suvenires, bañadores, ropa playera, sombreros, etc., en el paseo marítimo; y no les ha ido nada mal, la verdad. Ahora están encantados del rumbo que tomaron y no se imaginan una vida fuera de allí. A veces pienso en la importancia de esos empujones que te da el destino, mostrándote un camino que de otro modo habría sido inviable.

Decidieron que el piso sería de gran ayuda cuando nosotras fuéramos a la universidad y se ajustaron para no tener que venderlo. Así que no era de extrañar que me molestara aquel recibimiento en la que consideraba también mi casa. Aunque él rápidamente me aclaró la situación:

—No, tranquila, Abril. A mí no me molesta que vengas a vivir con nosotros. El problema es que tu hermana no entiende que necesito un espacio para trabajar, cuando me traigo la oficina a casa, y que podríamos mudarnos tranquilamente a mi apartamento. El contrato de mi inquilino vence en breve, y podrías quedarte tú con este.

—¿Y qué problema hay? —le pregunté directamente a Mónica, sin poder disimular mi entusiasmo.

—Mira, ahí tienes la prueba —respondió ella, dirigiéndose a su novio—. No podemos dejarla sola, se echará a perder.

—¿Cuándo te has convertido en mamá? Tú viniste sin canguro a mi edad. Tengo el mismo derecho.

—A tu edad no, bonita, que tú ya has perdido varios cursos por el camino.

—¿Y eso qué más da? Además, puedo mantenerme perfectamente. La agencia me ha llamado para un anuncio.

No he mencionado aún que hago mis pinitos como modelo. Todo empezó por unas fotos mías que colgó mi madre en la tienda, posando con distintos sombreros y gafas de sol, en la época en que me dio por probarme el cargamento de prendas y accesorios que llegaban al almacén. Tendría unos ocho o nueve años. Un representante les dijo a mis padres que podrían llevarme a una agencia para colaborar en catálogos. Lo peor que pudo hacer fue comentarlo delante de mí. Ellos no querían, pero me empeñé y no paré hasta que les convencí.

Sin embargo, enseguida perdí el entusiasmo. En cuanto vi que no era para tanto aquello de hacerse fotos y posar por obligación. Me resultaba más divertido hacerlo por mi cuenta en los probadores de la tienda. Pero a mi madre le daba apuro, cuando la llamaban de la agencia y le decían que sería la imagen idónea para tal empresa que me había seleccionado como imagen. Le costaba decirles que no. «Pues no habernos metido en ese berenjenal, ahora asume las consecuencias», me decía.

Esto de mis negativas comenzó al cumplir los doce años. Empezaba a darme vergüenza todo. Algunos compañeros del instituto recortaban mis fotos de algún catálogo que pillaban y se las pasaban entre risitas. Odiaba ser

ese centro de atención que en ocasiones era objeto tanto de curiosidad como de burla. Yo me lo tomaba siempre de la forma más negativa; que se reían en mi cara.

—Mira quién fue a hablar —continuó ella—, la que me ha pedido el teléfono y ha decidido pagar sus gastos con labores domésticas. ¿En serio piensas que esa birria de agencia te dará de comer?

—Pues de momento estoy pagándomelo casi todo con mis ahorros. Si no me crees, pregúntale a mamá —me echó una mirada escéptica de las suyas—. Y ya te he dicho que lo del móvil es algo temporal. Además, podría alquilar mi habitación a una compañera y quedarme con la vuestra; con eso me daría para los gastos. ¿O acaso tú no hiciste lo mismo?

—Tiene razón, Mónica. Está en la edad de independizarse. Déjala que disfrute de la experiencia de estos años locos que no volverán.

—Tú no la conoces. Tiene demasiados pájaros en la cabeza.

—¡Oye, que sigo aquí!

—¿Y tú no los tenías? —la rebatió él—. Te fugaste a París con el tío aquel y perdiste un mes de clases en segundo.

—¿Que se fugó a París?

—No le des cancha a mi hermana, Fabio. ¡No la conoces bien!

—¡Ni tú tampoco! —respondí cabreada.

—Pues pienso quedarme este año aquí para ver cómo van las cosas —se lo decía a él, a mí ni me miraba—. Después, si quieres, nos mudamos a tu apartamento. Y si no te parece bien, puedes ir adelantándote. Yo de aquí no me muevo.

Y ahí comenzó la guerra fría. La verdad es que mi primera semana aquí ha sido realmente incómoda. Ahora me alegro de que haya tenido que irse de viaje. Me resultaba bastante patético hacer de la niña de los recados: «Abril, ¿puedes decirle a Fabio que necesito su coche mañana, que el mío está en el taller?». «Abril, ¿puedes decirle a Mónica que si necesita mi coche me lo pida ella?». Solo nos faltó un «y mierda para el correo que va y viene».

2

Con Fabio me llevo de maravilla. Solemos vernos los veranos que pasan en la costa con nosotros, por vacaciones y algunos puentes o fiestas navideñas. Me siento cómoda en su compañía. Es serio en apariencia, pero a la vez bromista. Aunque hay que calarle primero, o tiene que calarte él a ti para compartir ese tímido humor cómplice. No se abre a cualquiera. Es el único novio que le hemos conocido a Mónica y se hizo querer desde el principio. Trabaja de asesor financiero y es de esas personas que lo saben todo sobre casi todo. Y no me refiero al típico cuñado del *cuñadismo* de las bromas de cuñados, sino que de verdad controla. Siempre que tenemos alguna duda de cualquier cosa inimaginable, acudimos a él. Nunca falla. También es un manitas que sabe arreglar cualquier incidencia doméstica, desde cambiar una cerradura hasta instalarte un equipo de aire acondicionado. Bueno, eso me lo he inventado, pero seguro que sería capaz de hacerlo.

—¿Te gustan los perros, Fabio?

—Sí, claro —Le da un sorbo a su café y me mira con curiosidad tras la pantalla de su ordenador portátil. Suele usar la cocina para resolver cuestiones de trabajo —. Pero no estarás pensando traer uno a casa, ¿no? Tu hermana te mataría.

—No, no, qué va... Lo preguntaba solo por decir algo.

Me siento frente a él con una taza de cacao que dejo encima de la mesa de la cocina. Es sábado y todavía falta una semana para que den comienzo las clases. Mi única obligación ahora es presentarme el lunes a una sesión de fotos que me ha concertado la agencia.

—¿Y vuestros amigos tienen perro?

Me observa de nuevo por encima del monitor con expresión dubitativa.

—A ver, Abril, ¿adónde quieres ir a parar?

—No, nada, es por saber qué raza de perro es más... dócil, por si alguna vez me da por adoptar uno. Pero en un futuro muy, muy lejano, cuando tenga una casa con jardín y tal.

Trato de averiguar si el desconocido de la emergencia canina forma parte de su selecto grupo de amistades.

—Pues no, no tengo ninguno con perro. Mis padres tienen un par de gatos de angora, pero vamos que... una mascota requiere mucha responsabilidad, y no te veo a ti. No.

—¿Qué insinúas, que no estoy capacitada para el cuidado de animales?

—Ay, Abril... —se queja, centrándose de nuevo en su pantalla.

Normalmente es más dicharachero que mi hermana, ella es muy reservada. Demasiado diría yo. Aunque siempre ha estado ahí para resolverme ese tipo de cosas que a una chica le da vergüenza preguntar a su madre. Incluso mis amigas aprovechaban para sonsacarle dudas y curiosidades. Nos llevamos siete años. Son demasiados, siendo solo dos, nos faltó otra en medio. Cuando nací, fui como un juguete con vida propia para ella. Al alcanzar su edad, era ya demasiado mayor para interesarse en jugar conmigo. A las puertas de mi adolescencia, se marchó a la universidad. Y aquí es donde nos encontramos ahora. Nunca hemos podido salvar esa distancia cronológica.

—¿Y Mónica?

—Jamás imaginaría a tu hermana con una mascota.

—Me refiero a si ella tiene amigos con perro.

—Pero ¿qué perra te ha entrado con eso ahora? Y nunca mejor dicho.

Cierra la pantalla de su portátil y me presta toda su atención tras rematar la gota de café que le quedaba en la taza.

—Bueno, es igual —decido cambiar de tema. Creo que a través de él no averiguaré nada sobre el hombre misterioso del problema canino—. ¿Ha aterrizado ya Mónica?

—Sí, me llamó por Skype.

—¿Me das su nuevo número? Borré su agenda al pasarme el teléfono y olvidé pedírselo. El tuyo también, *porfa*.

Media hora después de mi desayuno con Fabio, recibo un mensaje de su prometida. Y no precisamente para preguntarme qué tal estoy, si me voy adaptando a la ciudad o si sigo echando de menos mi verdadero hogar. No. Para qué iba a entrar en esas nimiedades, si eso ya lo superó ella con matrícula y sin derramar una sola lágrima.

Mónica: ¡¡¡Espero que no se te haya metido en la cabeza la estúpida idea de meter un perro en casa!!!

Yo: Joder, qué bien funciona el canal Fabionica... ¡No! Le pregunté si conocéis a alguien que tenga perro por darle conversación.

Mónica: Eso espero.

Yo: ¿Y conoces a alguien que tenga perro?

Mónica: ¿También lo preguntas por darme conversación? ¡No me toques las narices, Abril! No voy a permitir que metas un solo animal en casa.

Yo: ¡Qué no, pesada! ¿Qué tal el viaje? No olvides comprarme unas Converse en color rosa chicle.

Mónica: ¿Rosa chicle? No, si puedo evitarlo. Si acaso rojas.

Yo: En ese color las lleva todo el mundo. Ni te molestes.

«Nota mental: no olvidar nunca que Fabio se lo casca todo a Mónica. Aunque no tengo tan claro que funcione igual el canal de información al contrario, a juzgar por los mensajitos de desconocidos que recibe...»

Me mata la curiosidad por saber quién es ese tío del teléfono de Mónica. Pero no ha vuelto a escribirme y no sé cómo continuar el diálogo sin levantar sus sospechas. Desde siempre ha sido muy reservada con su vida privada. Jamás se le ha conocido ningún ex, ni amigos íntimos, ni noches de juerga desfasada; acudía a la hora acordada sin rechistar ni saltársela. He tenido que soportar demasiados comentarios de su vida de clausura comparada con la mía. «*Tu hermana a tu edad es que ni salía de jolgorio con las amigas. ¿Verdad, María?*». «*Bueno, los tiempos que corren ahora tampoco son los mismos*», respondía ella. Mi madre, al menos, es más abierta en ese sentido y me ha tapado mucho. Mónica es el ojito derecho de mi padre, todo hay que decirlo. Y él nunca se ha cortado un pelo en hacer comparaciones, o, simplemente, soltar pullitas que no parecen malintencionadas, pero que escuecen. «*Hoy me he encontrado en el banco al director del colegio de las chicas y todavía se acuerdan allí de Mónica*», soltó un día a la hora de comer, cuando ya se había independizado ella. «*¿Y por mí no te ha preguntado? Mis recuerdos de primaria son de una buena época*

académica». «Sí, claro. De ti también habla. Todavía recuerda aquella vez que le entregaste a la tutora un permiso para faltar a educación física, donde aparecían todas las marcas del ensayo de mi firma».

—Creo que he descubierto algo turbio con el teléfono de mi hermana —le comunico a mi amiga Lidia al teléfono. Es la única a la que puedo confiárselo. Tal vez encuentre una manera de tirar de la cuerda.

—¿Turbio? ¿A qué te refieres?

—Tras poner mi foto de perfil, recibí un mensaje de un tío. Dice así: «¿Dónde tenías escondido ese tatuaje la otra noche?». Aún no le había pasado mi nuevo número a nadie más que a ti.

—¡Hostias! ¿Tiene un lío?

—Eso me temo. He intentado indagar siguiéndole el rollo, pero no he conseguido sacar nada claro. Está mosqueado por algo que pasó entre ellos. No he intentado curiosear demasiado porque podría darse cuenta.

—¿Por qué no le preguntas a ella? Quizás se sienta acorralada y te lo cuente.

—¿Y tenerla de enemiga durante mi estancia aquí? ¡Ni loca! Debo mostrarme amigable, madura y responsable durante este curso. Con un poco de suerte me dejarán sola tras la boda y se mudarán al piso de mi cuñado.

—¡Qué suerte! A mí me toca animar a mi madre. Lo está pasando *regularas* con todo esto del divorcio. Creo que al final me va a venir mejor que bien lo de tomarme este año sabático.

En realidad lo de su año sabático nació porque no tiene ni idea de por dónde encauzar su futuro. Odia estudiar. Su pasión es la cocina. Se ha presentado a todas las ediciones *telechefs* del país en todas sus versiones: Masterchef, Topchef e incluso quiso probar suerte en Masterchef Junior, a las puertas de cumplir los dieciocho. «¡Si ahí solo van críos!», le advertí. «Ya, pero ¿y si cuele? ¿Tú crees que se leen todos los datos al dedillo?». «Hombre, teniendo en cuenta que tienes que enviar un vídeo de presentación... No creo que cuele el asunto ni aunque te plantes dos coletas y te rompas un diente para Pérez». Pero ella es así; y lo de La esperanza es lo último que se pierde, su lema.

—¿Has encontrado algo ya?

—Voy a tener que iniciarme en un McDonald's, por lo que veo.

—Bueno, aún te queda la baza de buscar algo interesante que estudiar y comenzar el año que viene. Incluso venirme aquí a vivir conmigo, si me deshago de estos dos. Tengo en la esquina un puesto de kebabs, tal vez puedan reclutarte.

—¡Puaj! Lo mío es la alta cocina, ya lo sabes. En esos antros de «*a saber qué tienen ahí pinchado*» ¡ni entro!

Fabio se ha ido a comer con sus padres, aprovechando que no está mi hermana, y yo he decidido darme una vuelta con la bici por la ciudad. Echo de menos el paseo marítimo y mi casa, la verdadera. Es un chalet con jardín y suficiente espacio para no tener que encontrarme constantemente con ningún miembro de la familia. Este lugar apenas lo siento como mío. No guardo muchos recuerdos de mi infancia aquí. Solo tenía cuatro años cuando nos mudamos. En mi memoria aparece una litera en el cuarto donde ahora duermo, en vez de la cama de metro con veinte que la ocupa. También había una mesa pequeña donde mi hermana hacía sus deberes, y una mesilla de noche con una lámpara de mariposas en colores malva y verde, ¿o eran libélulas? Esa lámpara sí nos la llevamos, junto con otros artículos de decoración; se quedaron solo los muebles. No sé dónde iría a parar cuando decidí redecorar mi cuarto, con otro estilo menos infantil, y llené las paredes de posters de personajes de anime; algunos de mi propia cosecha.

He metido en mi bolso un sándwich y un *brick* de zumo sin azúcares añadidos ni lactosa; lo único que he encontrado en la cocina. Mi hermana se ha vuelto una *hater* de las bebidas carbonatadas, las grasas saturadas y los carbohidratos. Todo lo que consumen es cero por ciento apetecible. «*Deberías empezar a cuidarte si quieres seguir viviendo de ese cuerpecito y esa cara que los dioses te han dado. Así que deja de quejarte de la comida y saca esa leche entera del carro*». Suerte que el puesto de kebabs de abajo me salva la vida y al sacar la basura aprovecho para subirme uno a mi habitación, junto con una Coca-Cola sin etiquetas adicionales que indiquen: *light*, *zero*, sin cafeína, ni la madre que lo parió. «*¿A qué huele aquí?*», me soltó el otro día cuando entró de madrugada a despedirse, antes de su viaje. «*Deberías ducharte antes de irte a la cama*». Y así todo con ella...

Al cabo de veinte minutos de pedaleo, descubro que no tengo ni puñetera idea de donde estoy. Pero me da igual. He visto a lo lejos lo que parece un

parque enorme y ya tiraré de GPS con el móvil a la vuelta. Es un parque frondoso con un pequeño estanque en el centro. La pena es que está atestado de gente. El día acompaña a pasarlo al aire libre. Veo familias paseando con niños y algunos haciendo lo mismo con sus mascotas, lo que me hace recordar al desconocido.

Yo: ¿Qué tal fue la emergencia?

Se me ha ocurrido que es justificable, y un buen modo de retomar nuestra conversación, lo de interesarme por su perro. No tarda en responder. He guardado su número en la agenda de contactos como Des. No vaya a pitarme un mensaje encima de la mesa, cuando estén estos delante, y empiecen a preguntarse cosas raras con un desconocido; si me traigo entre manos algo turbio tipo drogas o vete tú a saber. La mente de mi hermana no tiene límites si se trata de mí. Se cree que debe responsabilizarse ahora que me encuentro lejos del refugio de mis padres. Qué fácil lo tuvo ella al independizarse, a su bola completamente. Claro, teniéndolos tan engañados con sus buenas notas y su perfección cuando vivía con ellos, poco podían imaginar de la *dolce vita* que se pegó en cuanto ahuecó el ala. Fuga a París incluida, según fuentes fidedignas.

Des: Vaya, esto sí que no lo esperaba.

Yo: ¿Por?

Me pongo un poco nerviosa, ¿me habrá pillado?

Des: ¿Olvidas que te fugaste en plena madrugada y sin explicación alguna?

Suerte que no ha podido escucharme decir —o más bien gritar—: «¡Toma! ¡Lo sabía, cómo lo sabía! ¡Mi hermana tiene un lío!».

Yo: Ya... es que... no sé qué decir, la verdad.

«¡Di tú algo! Dame más pistas».

Des: ¿Acostumbras a comportarte así o he sido el primer damnificado?

«A ver qué digo ahora...»

Yo: En realidad nunca había hecho algo parecido, no sé qué pasó por mi cabeza. ¿Estás

enfadado conmigo?

Des: No, mujer, ¿cómo voy a estarlo? Tampoco es para tanto. No sé... solo me descolocó tu actitud. Pensé que habíamos conectado.

Yo: Y así fue.

Según salen mis palabras de los dedos, me arrepiento de mi frase.

Des: ¿Cuál es la historia de ese tatuaje?

Yo: No la mereces. ¿Olvidas que no lo descubriste en directo? Ahí perdiste tu oportunidad.

Des: Bueno, eso podríamos solucionarlo. Además te dejaste el broche del pelo.

«¿¿El pasador de la abuela??».

Yo: ¿Un broche o un pasador?

Des: Ni idea... Es este.

Envía una foto del pasador, que es un tesoro para mi hermana. Me pregunto si no lo habrá echado en falta.

Des: Iba a enviarte la fotografía el primer día, pero lo dejé pasar hasta ver si te dignabas a dar señales de vida.

«No me puedo creer que Mónica haya actuado así. ¿Quién cojones es mi hermana?».

Yo: Sí, ese es. Es muy especial para mí.

Des: ¿Tan especial que ni siquiera me llamaste para recuperarlo?

«¡Exacto! ¡Ahí le has dado! ¿En qué narices estaba pensando para no tratar de recuperar su mayor tesoro? Jamás me ha dejado ponérmelo».

Yo: Tal vez no recordaba dónde lo había dejado, ¿no?

«¡Hostias! Que he hablado por ella. Controla, Abril. Controla».

Des: No te pongas a la defensiva. Tienes razón, eso no se me ha pasado por la cabeza. Yo, sin embargo, recuerdo perfectamente cómo lo soltaste de tu pelo para dejarlo en la mesilla de noche. Fue justo antes de tumbarte sobre mi cama

«¡Jooooodeerrr! Al final conseguiré hasta los detalles de cómo se ha convertido mi cuñado en el nuevo reno de Papá Noel de las próximas fiestas».

Yo: Sí, ahora que lo dices... lo recuerdo.

Des: ¿Quedamos y te lo devuelvo? O puedo enviártelo, si lo prefieres así.

«¿Y ahora qué? ¡Mierda, Abril, la has cagado!». Tengo dos opciones: (a) bloquearle y hacer como si yo no hubiera interferido en este asunto, que lo resuelva ella, o (b) darle la dirección, que envíe el pasador, interceptar el paquete y colocar la reliquia en el joyero. Rezando, eso sí, por que Mónica no se sorprenda de encontrarlo en su sitio por arte de magia.

Yo: Es que estoy fuera del país. He tenido que viajar por trabajo a Sunnyvale en California. Ya si eso a la vuelta vemos cómo hacerlo.

He tirado por la tangente. Creo que lo mejor en estos casos es disfrazar la mentira con parte de la verdad. Si Mónica descubre el pastel, siempre podré refugiarme en que el tío este se puso en contacto con ella para devolverle el pasador y yo, por si se trataba de un vulgar delincuente, no quise aclararle que era su hermana pequeña, ni darle nuestra dirección. Simplemente hacía tiempo hasta que ella llegara. Sí, es una buena idea. Eso me salvaría el culo. A no ser que me pregunte por qué no le di su número y que contactara con ella directamente... Bueno, ya lo pensaré después. Tampoco tengo que resolver hoy mismo todas las preguntas posibles que pueda hacerme.

Des: Vaya, tú sí que sabes montártelo bien. No te preocupes por el broche, aquí te lo guardo.

Yo: ¿Y qué le pasa a tu perro?

Lo pregunto por cambiar de tema. Aunque creo que es hora de ir cortando el rollo, me llega un ligero aroma a tierra mojada y no me he dado cuenta de que el cielo está bastante gris en este momento, y el parque se ha quedado prácticamente desierto.

Des: En realidad no era mi perro el de la urgencia. Es de un cliente de la clínica. ¿También has olvidado que soy veterinario? ¿Con qué clase de amnésica me he relacionado?

Yo: Uffff, es que soy tremendamente despistada.

Des: No das esa impresión en persona.

Tiene razón, ninguna de las dos lo somos. Y de serlo una, tendría más posibilidades algo así en mí que en ella.

Yo: ¿Ah, no? ¿Cómo te parece que soy?

Des: Pues, teniendo en cuenta que apenas hemos pasado tiempo juntos, aunque el que compartimos dio para mucho..., diría que eres una persona muy segura de ti misma, reservada, algo introvertida incluso, inteligente y muy interesante. Alguien a quien me apetecería seguir conociendo.

«¡Vaya, hermanita! Te ha salido un buen admirador».

Des: ¿Qué puedes decir tú de mí?

«¡Mierda! Sabía que esto no podía salir bien. Bueno... tampoco me ha pedido que lo describa físicamente, ¿no? Vamos a jugar con la imaginación».

Yo: A ver, te veo como alguien simpático, amable, sincero...

Des: Mi abuela estaría muy orgullosa de tu descripción. ¿Así me ves? Imagina una de esas veces en las que hayas ido a la discoteca con un grupo de amigas y se os haya acercado un grupito majo de chicos, ¿ves a ese simpático y bonachón con el que todas habláis y que no va a comerse un colín con ninguna vosotras? Pues esa es tu descripción.

Me río a carcajadas con el ejemplo que ha dado y me produce mucha curiosidad cómo será en realidad. La foto de su perfil del WhatsApp es con un grupo de amigos en lo que parece una fiesta. Tres chicos y una chica. La edad es aproximada a la treintena. Me inclino a que es el primero por la izquierda. Es muy del tipo de mi hermana: moreno, alto, viste con un estilo tirando más bien a clásico. El que está a su derecha lleva unos vaqueros rotos que a ella le horrorizarían, sin embargo es el más guapo. Y el de la otra esquina le hace arrumacos a la chica, por lo que imagino que serán pareja. Aunque también Mónica la tiene y mírala... de las apariencias nunca hay que fiarse.

Yo: Soy malísima con las descripciones, tengo que trabajar en ello. Se me da mejor dibujar. Ya sabes lo que dicen: una imagen vale más que mil palabras. Por eso me

dedico a ello.

Des: Pensaba que te dedicabas a la importación y exportación de componentes informáticos... ¿Eres de las que se inventan un perfil para un tipo que acaban de conocer y al que van a dar carpetazo en cuanto se dé la vuelta?

«¡Mierda!».

Des: ¿Te llamas Mónica o eso también fue un farol? Voy a tener unas palabritas con nuestro enlace.

Me debato entre afirmar lo que dice, y ya de paso meter mi nombre para evitar futuras confusiones. Pero me lo quito de la cabeza porque lo que en realidad debo hacer es zanjar esta conversación cuanto antes y no alimentar más esta bola que al final no tendrá ni arreglo.

Yo: No te mentí. Mi nombre es Mónica y lo otro solo es... mi profesión frustrada. Es a lo que me hubiera gustado dedicarme, pero terminé en esta empresa. A veces hay que elegir entre comer y enfrascarse en lo que a uno le apasiona.

«¡Toma ya!».

Des: ¿Te cuento un secreto? Mi profesión frustrada (aunque no del todo porque hago mis pinitos en ella, no te creas) es... ¿Estás preparada? ¡El doblaje! Le pongo la voz a algunos personajes de series que quizá hayas visto en Netflix.

Yo: ¡Dime que no eres la voz de Sheldon Cooper!

Des: ¡Qué más quisiera! No, qué va. A tanto no llega la cosa. Son papeles muy secundarios. Otro día que no me dé vergüenza, te digo la voz de un anuncio que quizá te suene.

Desearía conocer su nombre, pero si le pregunto eso sí que se sentirá ofendido por no acordarme. ¿Cómo podría averiguarlo? «Oye, Mónica, ¿cómo se llama el tío ese que te cepillaste el otro día?». Me pregunto cuándo ocurriría, si fue antes de mi llegada o estando ya aquí. ¿Y si pasó por mi culpa y surgió cuando se enfadaron por lo mío? ¿Así soluciona sus enfados de pareja?

Me caen tres goterones sobre la pantalla del móvil y decido que ha llegado el momento de regresar a casa. ¡Joder! Ni siquiera sé cuál es el camino de vuelta. Quizás debería buscar la estación de metro más próxima.

Yo: Tengo que marcharme, se ha puesto a diluviar y me ha pillado en un parque.

Des: ¿En un parque? Pero ¿qué hora es allí? Debe de ser madrugada por lo menos, ¿no?

«¡Mierda! Este tío qué tiene ¿memoria fotográfica?, o como se diga en estos casos cuando es un texto».

Yo: Sí, bueno, es que me gusta salir a correr temprano, y con el jet lag encima... Te dejo, que me estoy empapando.

Pobre Mónica, la he dejado por los suelos y como una obsesiva del wasapeo que hasta corre mientras escribe mensajes a altas horas de la madrugada. Si se tratara de un rollo futuro de noviazgo, acabo de dejarla muy mal parada con estas muestras de interés descontrolado.

3

Llego tarde al casting de un anuncio. Al entrar por la puerta del edificio, observo una fila ordenada y compuesta por un montón de chicas de aspecto muy similar al mío. Bueno, similar es mucho decir. Coincidimos en cuanto a descripción física, pero ellas están muchísimo más arregladas y maquilladas. ¡Mierda! No van a darme el trabajo ni de coña. ¿En que estaría yo pensando cuando me quedé hasta las tres de la madrugada viendo *Haters back off*? Me ventilé los cuatro últimos capítulos de la temporada del tirón y me quedé dormida, olvidando que la única alarma mañanera del móvil estaba activada en el teléfono acuático. Aquí todavía no me había tocado madrugar. ¡Maldito John! Y a Fabio ni se le ha pasado por la cabeza despertarme, ¡joder! Mónica no se habría marchado a trabajar sin aporrearme la puerta ni subir la persiana.

Noto que las dos chicas que van delante de mí curiosean mi aspecto con desdén y se miran entre ellas como si pudieran comunicarse telepáticamente. Quizás son amigas de castings y los hacen juntas. De hecho parecen gemelas de peinado, maquillaje y estilo. Le pido a la que va detrás de mí que me guarde el sitio y decido acercarme al baño a retocarme un poco. Una señora con gafas y el moño algo tenso, muy del estilo de la señorita Rottenmeier en la pose, se acerca a la fila y nos entrega un folio: «*Estudiaos esa frase*». Le pregunto por los servicios y antes de indicármelo me advierte del escaso número de candidatas que quedan, para que no me demore.

El espejo no me devuelve mi mejor versión, suerte que suelo llevar en mi bolso un *minikit* de maquillaje que a Mónica le fascina. Es en lo único que me considera más práctica y entendida que ella, cosa que me hace sentir orgullosa. Desde siempre se me ha dado bien todo lo referente a la estética, y sigue mis consejos de maquillaje y estilo al dedillo. Al abrir el bolso recuerdo con horror que me pidió el kit de supervivencia justo la noche previa a su viaje. Ahora sí que estoy jodida. Lo único que encuentro es un brillo de labios, en un bolsillo interno, y un cepillo de dientes con el que aprovecho para peinarme un poco las cejas. El pelo también es un desastre. Pensaba

ponerme una mascarilla durante el desayuno, y ahora lamento no haber adoptado la costumbre de mi hermana de tomar la ducha por las noches en lugar de hacerlo tras el desayuno.

Al salir del baño, compruebo que tenía razón la señora del moño tenso; no hay rastro de la chica que me guardaba sitio en la cola, ni de los dos clones que iban delante. No me queda otra opción que ocupar el último puesto. Leo en voz baja la frase que nos han pedido ensayar: «*Desde que uso Arganut, mi pelo es una fuente de brillo instantáneo. Únete a la luz*». Dios, esto suena un poco a rollo Poltersgeis.

Algunas están ensayando en voz alta y se las ve muy cómodas en su papel interpretativo. A mí, en cambio, está dándome una vergüenza que me muero. Es la primera vez que me presento a un casting audiovisual, y lo cierto es que con los reportajes fotográficos me siento más cómoda. Estoy a punto de renunciar y marcharme por donde he venido, cuando se abre la puerta y nos hacen pasar juntas a las tres que quedamos. Al lado de ellas parezco una intrusa que se ha colado a mirar de qué va la vaina. Sin embargo, la mujer que lleva unos minutos enfocándonos con su cámara, les dice a las otras dos que pueden retirarse y a mí me envía a maquillaje y peluquería.

—Pero si aún no hemos dicho la frase —protesta una de ellas.

—Es todo. Gracias por venir —responde desairada.

«¡Toma ya!», celebro en mi mente, mucho más relajada.

Emplean dos tardes en la grabación del anuncio. Al final, a una de las gemelas rubias —la que observaba mi atuendo con cara de «*qué haces aquí con esas pintas de pringada*»— la escogieron para hacer de la pelirroja del anuncio. Y lo sorprendente es que se haya prestado a ello. Yo no habría tintado mi melena en ese color ni borracha. Suerte que me querían tal cual. Aunque sí me han retocado el corte, cosa con la que contaba. Tras el verano, mis puntas parecen de estropajo.

Des me escribió al día siguiente del diluvio y me preguntó si llegué nadando a casa. Observé que había cambiado su foto del perfil. Ahora tiene un tatuaje, en lo que parece un hombro, con una palabra en chino. Supongo que espera que le pregunte por él, y así verme obligada a responder por el mío. Estoy tentada a ello. Muy tentada... Pero en lugar de escribirle, decido tantear a mi hermana.

Yo: ¿Me prestas el pasador de la abuela? Te prometo que no voy a perderlo. Porfa, porfa,

porfa...

Mónica: ¡Ni lo sueñes!

Yo: ¿Dónde está? ¿Lo has escondido?

Mónica: Me lo he traído a Sunnyvale.

«¡Mentirosa! Vaya, vaya... Así que en el fondo sí sabe que el desconocido lo tiene».

Yo: ¡Tacaña!

Mónica: Sabes perfectamente que es irremplazable. Del resto de cosas de mi habitación puedes coger lo que te apetezca.

Me pregunto qué hará para recuperarlo, y si quedarán a su vuelta. De momento está claro que no se ha comunicado con él. ¿A qué espera? Estoy deseando poder decirle: «*Sé lo de tu secretito*». Aunque la cotilla que acabo de descubrir en mí desea aún más conocer todos los detalles sobre esa historia morbosa que esconde mi nuevo teléfono.

La semana transcurre en apenas un suspiro, y el comienzo de las clases me recibe sumergida en una especie de conflicto interno disputado entre las ganas de disfrutar de este rumbo nuevo que ha tomado mi vida y la añoranza de la antigua. Sobre todo echo de menos a Lidia. Hemos compartido tantos años juntas... incluso repetimos tercero y cuarto. Ya no sé si nos ocurrió por pura empatía. Aunque no nos quedaron las mismas asignaturas, cada una sostenía su cruz particular. Mi padre la acusaba —en privado— de ser una mala influencia para mis estudios, ya que si yo le dedicaba pocas horas a los libros, ella paraba aún menos delante de ellos. Se tiraba casi las veinticuatro horas del día metida en nuestra casa. En realidad lo hacía porque en la suya se respiraba mal ambiente, con las constantes discusiones entre sus padres, y le ayudaba refugiarse en la mía, donde campábamos a nuestras anchas. Los míos, con la tienda, apenas estaban por allí. Y para Lidia soy la hermana que nunca ha tenido; y ella la que nos faltó en medio a Mónica y a mí, solo que de mi misma edad. Encantada la cambiaría ahora mismito por la verdadera.

Los divorcios son una mierda para cualquier hijo al que se le pregunte, da

igual la edad, pero el de sus padres era necesario. Ella lo ve del mismo modo. No obstante, se alegra de que ocurriera en el momento justo y no antes; le hubiera resultado muy doloroso —y a mí también— el separarnos entonces. Este año era inevitable la distancia. Yo tenía claro que estudiaría aquí, y su madre la necesita a su lado. Aunque esto último lo veo como una excusa que ella misma se ha puesto para disfrutar de ese año sabático que le apetecía tomarse. Aun así, hemos planeado que tarde o temprano viviremos juntas; o al menos cerca, como ha sido siempre.

Lidia: Oye, le di a John tu teléfono. Me lo pidió.

Yo: Pues no se lo merece por haberme jodido el mío. Ni por largarse.

Lidia: ¡Pero si ya lo sabías desde el principio! ¿O acaso esperabas que renunciaría por ti?

Yo: No. Aunque tampoco pensé que me encariñaría tanto por ese niño. No me perdono que al final se saliera con la suya.

Lidia: Anda, cuentista, si ya te fijaste en él cuando apareció en el instituto.

Razón no le falta. John es el típico inglés cuyos padres decidieron cambiar el clima frío y lluvioso de Londres, por el calorcito y la buena vida de nuestras costas. Su español dejaba mucho que desear al principio. Le costó bastante hacerse al ritmo de la clase en esas asignaturas. Suerte que, al ser un instituto bilingüe, la mitad de las clases se daban en su idioma. Al entrar se arrimó al grupo de las empollonas, o más bien ellas le acapararon para su territorio. Y como a mí la cabecilla de ese grupito, Paula, me caía de pena, decidí hacerle el vacío también a él.

Fue en la fiesta de fin de curso de Bachillerato, un año más tarde, cuando me digné a hablar con él. Acababa de romper con mi *antinovio* —así le llamamos Lidia y yo por ser mi eterno rollo desde secundaria—. Juancar ha sido mi primer beso furtivo de labios, mi primer beso con lengua después, mi primera relación sexual... Pero nunca nada serio ni duradero, sino algo parecido a un «*ni contigo ni sin ti*». Siempre acabábamos enrollándonos, si nos encontrábamos por ahí. No sé cómo explicarlo. Si salíamos a una discoteca con amigos, normalmente cada uno por su cuenta, y ninguno encontraba a nadie mejor para pasar el rato, nos liábamos. Incluso puedo afirmar que en alguna ocasión lo hacíamos tras perder de vista, momentáneamente, a nuestros respectivos rolletes. Como si se tratara de un

juego. Por ejemplo: yo en la eterna cola del lavabo de chicas y él pasaba con dos copas que acababa de pedir en la barra —señal de que estaba acompañado—; se paraba a saludar, me miraba de arriba abajo, soltaba cuatro lisonjas sobre lo guapa que iba y si estaba con alguien, y, sin venir a cuento, ¡zas! Nos besábamos apasionadamente como si no existiera nadie más que nosotros allí. Unas veces seguía su camino después, como si tal cosa, y otras nos pirábamos juntos y dejábamos a los otros allí plantados. Lidia no terminaba de entenderlo. Yo tampoco, a decir verdad, ya que lo prefería a él antes que a ningún otro. Quizás él era el único que dominaba las reglas de aquel juego. Nunca me sentí su verdadera opción.

Tal vez por eso le di una oportunidad a John y dejé de hacerle el vacío, al acercarse a mí en la fiesta de graduación. Juancar se había ofrecido a ir conmigo. Sin embargo, al ratito de llegar, me dejó plantada para arrimarse a Paula, que *le producía un morbo que te cagas* —declaró—. Ella. Precisamente ella. La empollona de mierda. Mi mayor pesadilla en el instituto. «¿Sabes que no se ha acostado con ninguno todavía? Pues de hoy no se escapa». ¡Me lo soltó en mi puñetera cara! Como si yo fuera un colega que pasaba por allí y necesitara hacerse el gallito. Después de las confidencias que compartimos la noche anterior, cuando nos pusimos en plan nostálgico a recordar viejos tiempos. Conscientes de que nada de aquello volvería a repetirse. Esa velada iba a ser toda nuestra. Me lo prometió.

Así que no pude aguantarlo y al ver que me dejaba colgada —con mi vestido perfecto, que tardé semanas en elegir, mi peinado de peluquería y mi maquillaje de una hora frente al espejo—, dirigiendo sus pasos hacia a ella —que, todo hay que decirlo, estaba preciosa con aquel vestido ajustado. Nunca la había visto tan arreglada. Me había habituado a su eterno look de coleta alta, gafas de pasta, vaqueros holgados y ropa ancha en general—. Descubrir que a la empollona se le iluminaba el rostro al tenerlo delante y que le sonreía como una idiota, igual que yo lo hacía cuando era el objeto de su deseo —porque no sé qué cojones tiene el maldito niñato que nos vuelve locas a todas —... Todo ese conjunto de detalles desembocó en un cortocircuito de sensaciones a flor de piel. No miré a otro lado, cosa que siempre hacía, para evitar que me doliera verlo con otra. No. Lo encaré de frente y di los pasos que me faltaban hasta llegar a su altura. Y cuando me clavó sus ojos con altanería, tal vez preguntándose qué coño hacía allí si acababa de aplastarme con una calabaza gigantesca; le bañé la cara con el contenido del vaso que él

mismo acababa de traerme de la barra. Bajo la atenta mirada de su nuevo ligue, cuya expresión proyectaba el odio contenido que compartíamos.

—Cuidado con lo que esperas de él, monina —le espeté antes de darme la vuelta—. Solamente le interesa estrenar lo que tienes entre las piernas.

Y me largué con viento fresco de allí.

—Eres una niñata, Abril. ¿Me oyes? ¡Una niñata! —le escuché vocear a mi espalda a él. Y sin mirar atrás, mi dedo corazón le mostró lo que opinaba al respecto.

Después busqué a Lidia, rastreando con la mirada a mi alrededor, y la encontré dedicándole más que palabras a su Juancar particular. Solo que el suyo no correspondía al perfil de capullo integral. Decidí no interrumpir su momento y dirigí mis pasos hacia la barra para sustituir mi vaso vacío. Ahí fue donde John se cruzó conmigo y dejé de lado mi particular guerra fría.

Por todos era sabido que a John le gustaba la empollona, aunque más adelante descubriría que no. Quizás lo pensábamos porque en realidad parecían tal para cual. Hasta físicamente los hubiera tomado por dos clones. John tenía cierto aire a Clark Kent, en su look habitual de clase, por la forma re peinada de su pelo oscuro y sus gafas de pasta. Sin embargo, en la fiesta parecía haberse transformado en su alter ego de superhéroe y, al igual que mi archienemiga, se había deshecho de las gafas, del peinado y de su look en general. Advertí unos ojos azules preciosos en los que nunca me había fijado.

—¿Qué fue eso? —me preguntó enseguida.

—Ah, ¿estabas allí? Cómo no...

—¿Qué quieres decir?

—No, nada... que como eres su perrito faldero.

—No entiendo esa palabra. Recuerda que soy inglés.

—Olvidalo. ¿A ti también te han dejado plantado?

—No, vengo solo.

—Qué suerte. Eso debí hacer yo. Pero ya es tarde para lamentarse.

—¿Qué haces próximo año?

—Harás.

—Sí, harás.

—Diseño gráfico. ¿Y tú?

—Arquitecto.

—¿Dónde?

—London.

—Haces bien largándote.

—¿Por qué?

—No lo sé, no me hagas mucho caso. Estoy hablando por hablar en realidad.

Mi cabeza seguía dando vueltas alrededor de los traidores que acababa de dejar atrás. Ni siquiera me apetencia estar allí ya. Menuda mierda de despedida y de fiesta.

—¿Quieres dejarte sola? Quizás molesto.

Me reí de su errónea y a la vez acertada frase

—¿Siempre eres así de... correcto?

—¿Prefieres los que te plantan por la primera que pisa?

—Pasa.

—¿Qué?

—Que se dice la primera que pasa.

—Eso dije.

—Da igual. —Volví a reír—. Pero ¿ves?, eso está mejor, Pipiolo.

—Eres extraña.

—Soy idiota.

—Esto también.

—¡Oye, tampoco te pases!

—¿Quieres hacer algo diferente? Este lugar apesta.

—¡Ahí le has dado!

—Ven, conozco una idea —agregó.

Nos acercamos a la barra y pidió dos chupitos de tequila. Cuando el camarero se dio la vuelta, en busca del limón y la sal, John se metió los vasos en los bolsillos de la chaqueta, agarró la botella y mi mano, y echó a correr. No paramos hasta que nuestros pies casi tocaron el agua de la playa. La fiesta se celebraba en una discoteca del paseo marítimo, y ese miércoles se abrió solo para nosotros. Nos sentamos sobre la arena y llenó los vasitos. Levantó el suyo frente a mí y anunció en tono solemne:

—Este va para capullos que plantan a su chica por primera que pasa. ¡Gracias, gilipollas! —Y se lo bebió de un trago.

—Nunca fui su chica —le aclaré, observando mi vaso aún lleno.

—Lástima no saberlo. Él lo dijo todo el tiempo.

Me sorprendió escuchar aquello, que fuera alardeando de tal cosa.

—Ahora es para ti el turno. —Señaló mi vaso.

Lo levanté, tras pensarlo un momento, y dije:

—Este va por las primeras impresiones, que jamás doy una.

Al notar el líquido ardiendo al recorrer mi garganta, me sentí de alguna manera reconfortada.

Volvió a llenar nuestros vasos.

—Este va para la chica que odia cortesía.

—Y este va por el chico que aprende muy rápido.

Iba a rellenar los vasos de nuevo, pero interpose su camino tapándolos con mi mano.

—Si me bebo otro empezaré a no responder por mis actos y no es un buen plan.

—Entonces toca un baño.

—¡Qué dices! El agua está congelada.

—Este va para las chicas valientes. —Y tras beberse a morro de la botella un buen trago, se quitó la ropa y corrió a zambullirse en el agua.

Sin pensármelo dos veces, me quité el vestido y corrí detrás de él en ropa interior. ¡Qué narices! Era la última noche y ya había empezado como el culo, de algún modo tenía que terminar. Nuestros gritos, al tocar el agua, debieron de oírse desde la propia fiesta. Intenté ser todo lo valiente que me había prometido tras su brindis, pero cuando el agua rozó mi pecho, no tuve narices a meterme más adentro y nos dimos la vuelta corriendo y saltando para entrar en calor, partidos de la risa. En qué cojones estaríamos pensando.

Me prestó su chaqueta cuando ya estaba vestida, a pesar de que su pelo estaba empapado; había sido mucho más osado. Nos quedamos ahí de pie, plantados, pensando en qué decirnos o por dónde tirar. En cualquier otro momento me habría apetecido besarlo. Sin embargo ahí, en ese instante, me sentía demasiado dolida y despechada para estropearlo con un beso. A pesar de que en muchos momentos he viajado ahí y nos he visto morreándonos como si no hubiera un mañana. Porque es cierto que la mancha de mora con mora negra se quita. Pero ¿quién me quita ahora la otra? ¿O es que el amor consiste en una sucesión continua de parches que van cubriendo las heridas que dejan los amores perdidos?

Los tequilas comenzaron a enredarme la cabeza y decidí regresar a casa. Creo que me leyó el pensamiento, porque enseguida se ofreció a acompañarme. Al llegar a la altura del paseo marítimo, apoyados sobre el murete, nos encontramos a Juancar muy acaramelado con Paula. Nos miró

con curiosidad él y con desdén ella. John aprovechó aquel momento para rodearme con su brazo por el hombro y acercó su boca a mi oído: «Las chicas valientes no miran atrás». El consejo más sabio que he recibido nunca.

Y así es cómo he ido recordándome cada día que no debo responder a las provocaciones de Juancar que, desde que cortamos, o como quiera que pueda llamarse aquello, ha insistido en que no consigue olvidarse de lo nuestro y que nos merecemos una segunda oportunidad en serio. Tal vez John, con su empujón en la piscina, me ayudó indirectamente a ejecutar lo que yo no habría tenido el valor de hacer: bloquear su número de teléfono.

No ocurrió nada entre John y yo tras aquel episodio. Me dejó en la puerta de mi casa, con esa cortesía innata que le caracteriza, y se marchó sin más con un gesto de la mano. Durante todo el verano seguimos quedando, en plan amigos, para montar en bici, ir a la playa, salir de copas... Dejándome siempre claro y desde el principio que no buscaba nada de mí, y pidiéndome que no lo esperase de él.

—¿A qué viene eso? —le respondí la primera vez que lo soltó. Estábamos tomándonos un helado en un banco del paseo marítimo.

—Es lo mejor. Vamos a ir por caminos muy diferentes. Si ocurre algo con nosotros nos complicamos.

—No te preocupes, tampoco eres mi tipo —mentí, solo por orgullo.

—Ni tú el mío —reconoció él.

—Pues no fue lo que escuché el otro día en la playa.

—¿Y qué fue?

—Una lástima no haber sabido antes que Juancar y yo no éramos nada.

—Sure? Yo no me recuerdo eso. Me entendías mal.

«¿Tendrá cara dura?».

—En cualquier caso, tranquilo. No va a ocurrir nada entre nosotros — puntalicé, con toda la dignidad que fui capaz de reunir.

—Te veo segura.

—Lo mismo que tú.

—Entonces solo eres segura porque yo soy.

—¿Se puede saber qué clase de juego absurdo es este?

—Ningún juego. Pero no te veo convencida en tus palabras. Yo lo tengo claro. Si quieres dar un paso más, atiende a las consecuencias.

—¿Se dice atente! ¿De qué consecuencias hablas?

—Si te enganchas a mí, acabarás mal. Y quien avisa no traiciona.

—¿Serás idiota? No pienso pillarme por ti ni queriendo. Vamos, que no es que quiera, que ni quiero. Bueno, tú ya me entiendes.

—Apuesto, desde hoy a final de verano, que estarás loca por mis huesos. Te tengo colada.

—¿Colada? ¿No querrás decir calada?

—Es igual, ¿no?

—¡No lo es! —Me encanta cuando se confunde. Algunas no se las corrijo y hasta las uso luego de coña. Sobre todo con las frases hechas. Cree que cuando sepa usarlas correctamente le daré el título de bilingüe. A veces parece un abuelo recitando refranes—. Colada es que muero por ti. Y tenerme calada es que sabes por dónde voy.

—Pues las dos funcionan por mí.

—¿¡Serás prepotente!?

—Es lo que pasa con ese gilipollas de Juanca. Te gusta mucho porque nunca te deja tener sus cartas.

—Pero ¿qué sabrás tú? —protesté—. No me gustaba por eso. Me gustaba porque... porque teníamos algo especial, algo que parecía insignificante y que no se puede explicar, lo sé. Aún así era importante para mí, todo lo que éramos lo habíamos aprendido juntos.

—Suena ridículo, Abril. Eres su conejillo de indios. Se entrena contigo porque es fácil aprender con persona de confianza y sin vergüenza.

—¿Qué estás diciendo? ¡Vete a la mierda, John! ¡Y métete por el culo tus estúpidas conclusiones!

Me largué de allí hecha una furia. No sé si porque le interpreté mal o porque en el fondo llevaba razón. Yo misma había pensado en infinidad de ocasiones que me usaba a su antojo. Pero me dio rabia que John me lo restregara en la cara. Me arrepentí de haberle confiado tantos detalles sobre mi intimidad y que ahora pudiera juzgarme. Me sentí pequeña. Me sentí una mierda.

—Perdona, Abril, retiro eso —dijo, tras alcanzarme—. Sorry... Fuck! —decía como para sí mismo y siguiendo mi paso acelerado. Intentando buscar cómo explicarse en español, en inglés se lo tenía prohibido—. Contigo no controlo... te gusta que soy sincero y no tengo una medida de mis palabras.

Sonó real y arrepentido. Hicimos las paces y volvimos sobre nuestros pasos a recuperar las bicis, que habíamos dejado olvidadas detrás del banco en el que estábamos sentados.

Me prometí en ese momento que no me pillaría por él. No le daría esa satisfacción. Solo seríamos amigos y jamás cruzaría ese umbral. Jamás. Nunca. Aunque muriese de ganas por dentro. Además tenía razón, aquello no podía ir a ningún sitio. Y me parecía una lástima, John era el Juancar que yo siempre quise que fuera el auténtico; y ni en sueños se aproximaba, llevándole tres años el otro. John era el chico perfecto en el momento equivocado.

Finalmente nuestros caminos tomaron destinos completamente opuestos. Aun así, ¿qué tiene de malo que sigamos siendo amigos y mantengamos el contacto con este gran invento que son las tecnologías?

John: Al final murió, ¿no? Jamás me perdono el impulso de lanzarte al agua. Estabas tan perfecta allí plantada al borde con shorts. Juro que no vi el bolso.

Yo: Dejemos ese temita que aún no te lo he perdonado del todo. Ahora me toca realizar trabajos forzados en casa para recuperar mis ahorros.

John: Sure? Vi aquel cheque que te daban por la foto tan sexy mordiendo tu pelo. Está pegada en mi habitación.

Yo: ¿No la estarás usando para...?

John: No preguntes si no quieres saber. Y envía más. Está gastada.

Yo: ¿¡Serás guarro!?! Ni una más. Y siento decirte que, por haberte largado, vas a perderte un anuncio de champú que televisarán próximamente.

John: YouTube.

Yo: No lograrás encontrarlo.

John: Tengo recursos y fuentes.

Yo: ¿Han empezado tus clases?

John: Sí.

Yo: ¿Qué tal?

John: Echo de menos aquello.

Yo: ¿Y a mí?

John: ¡A ti no!

Yo: Yo también a ti.

John: Y dime, ¿algún chungo que te gustan tanto?

Yo: No, solo un desconocido con el que me escribo asiduamente por WhatsApp.

John: ¿Cuánto desconocido?

Yo: Desconocidísimo. Hasta el punto de que en la agenda lo tengo anotado de ese modo. Un intruso que se me coló en el móvil.

John: ¿No enseñan los padres españoles no hablar con desconocidos?

Yo: En realidad es un conocido de mi hermana que cree que la escribe a ella.

John: Abril, tengo miedo de tus ideas de mendrillo.

Yo: ¡Es membrillo!

John: Promete que acabarás ese rollo.

Yo: ¿Celos?

John: Me recuerdo cuando cogiste mi teléfono escondida para preguntar a Paula en WhatsApp si había tirado a Juancar.

Yo: Sí, de la cama.

Yo: Bueno, esto es distinto. Ha sido él quien me ha escrito interesándose por mi tatuaje.

John: My seahorse?

Yo: ¿Está en tu piel o en la mía?

John: En los dos. ¡Son nuestros!

Yo: ¡No conocía esa faceta posesiva tuya!

John: Promete que paras eso.

Yo: Pero si no hay nada que parar. Es una chorrada. Solo estoy haciendo unas averiguaciones: creo que mi hermana ha tenido un lío con ese tipo.

John: No quiero saber más del asunto. Huele como un cuerno chamuscado.

Yo: Deja de poner expresiones que no sabes usar, ¡me cuesta tomarte en serio!

John: Eso es que no tengo buena profesora.

Yo: Te dejo, llego tarde a clase.

En realidad no voy a clase, pero no me apetece seguir con la conversación. Cuando se pone en ese plan protector y cabezón no hay quien le haga cambiar de opinión.

Al entrar en casa, encuentro a Fabio cocinando. Huele francamente bien a mantequilla, beicon, cebolla... y no sé qué más. Al verme en la cocina se pone nervioso.

—¿No estás en clase? Pensaba que los lunes comías allí.

—Me he saltado la última. —Me arrepiento al momento—. Ops... Es que... debo entregar un proyecto que llevo atrasado y... en fin, ya me pasarán los apuntes mañana. —Cuelgo el bolso de una silla y me acerco a cotillear la cazuela—. ¿Eso qué es, carbonara?

—Yo no digo nada de tus clases si tú tampoco lo haces sobre el menú de hoy.

—¡Hecho! —confirmo entusiasmada—. Aunque... no me dejarás luego con el culo al aire para irle con el cuento a Mónica, como con lo de los perros.

—¡No, tranquila! Eso fue... —Creo que se siente incómodo al recordarlo. Baja la mirada para centrar toda su atención en la cazuela mientras remueve su contenido con una cuchara de madera—. A ver, me dejaste muy preocupado y me pareció oportuno que tu hermana te parase los pies antes de que cometieras la locura.

—Bueno... perdonado. —Recupero mi bolso de nuevo—. Oye, ¿hay pasta de esa para mí? —pregunto antes de abandonar la cocina.

—Y hasta nos quedará para la cena.

—¡Guay! Se me han pegado las sábanas hoy y apenas he probado bocado en el desayuno.

—¿Qué tal las clases? ¿Es como lo imaginabas?

—Sí. Hay asignaturas que me sobran, pero por lo demás... estoy encantada.

—¿Cuál es el proyecto que tienes que entregar?

—Un logotipo. Luego te lo enseño —respondo ya desde el pasillo.

Tras la comida, me encierro en mi cuarto a trabajar en el logo. Primero trazo unos cuantos bocetos sobre el papel. Se me dan mejor los lápices que los programas informáticos, y lo importante es captar la idea que representa a la imagen de la firma. Para lo otro hay tiempo. Al pasar la hoja de mi bloc, encuentro un garabato que hice encima de unos números, al repasarlos distraída, y que desembocó en un dibujo de casi media página. Suelo hacerlos mientras mi mente viaja de un pensamiento a otro. Me ayuda a concentrarme. Empecé a hacerlos en el instituto, durante las clases soporíferas de Historia. Siempre he tenido profesores aburridos en esa asignatura, no sé si por mala suerte o si es la materia en sí que los va transformando con el tiempo. Pensándolo bien, debe de ser falta de afinidad entre la historia y yo, porque a Lidia no le pasaba —menos mal— y sus apuntes eran los que terminaban ayudándome a sacarla adelante, aunque solo fuera con un cinco raspado.

El sonido de un mensaje consigue sacarme de mis pensamientos. Es la respuesta de Des al mío de esta mañana que decía: «¿Te has tatuado “sopa de pollo con fideos” en chino?».

Des: ¿Hablas chino?

Yo: No. Aunque he leído que el cincuenta por ciento de los tatuajes con palabras en chino no significan lo que en realidad piensan quienes se lo tatúan. La de “sopa de pollo con fideos” es una de mis favoritas. Le sigue la que quiso tatuarse “I love David” en hebreo, pero utilizó el traductor Babylon y se equivocó de campo de texto. Su espalda acabó decorada con un mensaje que reza: “Babilonia es líder en traducción y diccionarios”.

Des: ¡Qué bueno! Tranquila, el tatuaje no es mío. Solo esperaba tu reacción.

Yo: Ya lo sabía. Eres un libro abierto para mí.

Des: Vaya con la chica lista. ¿Algún otro tatuaje que me hayas ocultado?

Yo: ¿Hay alguna parte de mi cuerpo que no hayas visto?

«Va siendo hora de jugármela a todo o nada».

Des: Pensaba que no, pero remitiéndonos a las pruebas... parece que no estuve del todo atento.

Yo: ¿Qué recuerdas de aquella noche?

Des: ¿A qué viene esa pregunta?

Yo: A nada. Solo quiero tener claro si vivimos igual el mismo momento.

Des: Parece ser que no, hubo una que salió corriendo.

Yo: ¿Y tú qué esperabas de mí?

Des: ¿Y este interrogatorio? No estoy acostumbrado a hablar de cierto tipo de asuntos así, por este medio. Si quieres quedamos y charlamos sobre lo que pasó y no pasó o queremos que pase o no pase.

«Joder, me lo está complicando. ¿Ocurrió algo entre ellos o no? Si la vio desnuda... algo tuvo que haber. ¿Se conocerían de antes o también es un desconocido para ella? ¿De dónde cojones ha salido este tío?».

Yo: Ya me conoces, soy bastante tímida y reservada. En persona jamás hablaría de esto. Me resulta más fácil hacerlo así.

Des: ¿Y qué quieres saber exactamente?

Yo: Lo que pasó.

«¡Mierda!».

Des: ¿?

Yo: Desde tu punto de vista, quería decir. He pulsado enviar sin querer.

Des: Pienso que fue una cagada lo de invitarte a tomar la última en mi casa. Creo que ahí lo estropeé todo.

Yo: ¿Por qué crees eso?

Des: ¿A ti no te lo parece?

Yo: No sé. Creo que estuvo bien.

Des: Para mí también. Hasta que desperté y vi que habías desaparecido sin despedirte. Le pregunté a Begoña por ti, disimuladamente, no creas que le fui con el cuento de lo que pasó entre nosotros. Pero solo hizo referencia a tu viaje.

«Begoña... Begoña..., ¿quién es Begoña? Quizás por ahí consiga un hilo por el que tirar».

Yo: Tenía prisa y no me pareció oportuno despertarte. Parecías tan a gusto allí en la cama...

Des: Tengo que dejarte, seguimos luego. Y quiero que me hables del tatuaje.

Yo: No puedo. Pertenece a otra historia que no tiene nada que ver con la nuestra.

«Joder, ¿he dicho la nuestra? ¡Mierda! Como este tío hable con mi hermana soy mujer muerta».

Des: Una que acabó bien, mal... ¿o que todavía no ha terminado?

Yo: Una que jamás ha empezado.

Yo: ...o eso creo.

Des: Me gusta cómo suena. Aunque no quiera que suene como suena.

Yo: ¿?

Des: ¡Emergencia gatuna!

4

Me planteo que ya va siendo hora de cortar la conexión con el desconocido de mi hermana. Admito que el asunto se me está yendo de las manos. Sobre todo, me ha preocupado al preguntarle a Fabio si conocía a una tal Begoña. Por lo visto es compañera de trabajo de Mónica y, de vez en cuando, comen juntas y salen a tomar algo. Está claro que ese es el nexo entre Des y ella. El punto de enlace. Quizás ella los presentó en su día. No deben de ser íntimas amigas, puesto que mi hermana podría haberle contado su pequeño escarceo y recuperar su pasador a través de ella. Habría sido el modo más sencillo. Me pregunto qué paso dará para recuperarlo. No creo que sea capaz de renunciar a un regalo tan querido solo por un desliz estúpido. Aunque, por mi bien, me convendría que renunciase a ello. Me preocupa lo que pueda decirle él tras nuestras conversaciones. Si le pregunta por el tatuaje, soy mujer muerta.

Llevo días planteándome si no sería conveniente contárselo a él directamente. En el fondo parece un buen tipo y quizás consiga meterse en mi pellejo. Lo consulté con Lidia, pero su respuesta desinfló mi planteamiento:

—¡Ni de coña! Si se lo cuentas y la cosa fue así, que le dejó plantado, terminará rabioso perdido y tirará el pasador por el retrete.

—No me da esa impresión. Se le ve un tío tranquilo. Cuida de los animales, no puede ser un mal tipo.

—No digo que sea mal tío, sino que podría haber quedado trastornado por tu hermana y reaccionar de ese modo.

—Bueno, ya veré lo que hago. Pero lo que tengo claro es que no puedo seguir hablando con él. La cosa se va complicando. Ahora se comunica conmigo indirectamente. Ha puesto en su foto de perfil una caja de pastillas de Avecrem.

—¿Y eso qué significa?

—Sopa de pollo —decidí no entrar en demasiados detalles—. Es una especie de chiste privado. Algo sin importancia.

—No me has preguntado por mi nuevo trabajo en la pizzería.

—Cierto. —A veces me comporto como una egocéntrica y no reparo en los acontecimientos ajenos—. De todos modos, me puso tu madre al día por WhatsApp anoche. ¿No tiene un grupo de amigas de su edad?

—Calla, calla... quería que la incluyera en nuestro chat del instituto y así pedir el teléfono de las madres y abrir un grupo. Tuve que disuadirla con que ese tipo de chats son solo para las de primaria por los deberes de los niños y los cumpleaños. ¡De qué leches van a hablar ellas!

—Déjala que lo abra. En esos grupos siempre hay alguna que se dedica a dar los buenos días y las buenas noches con tíos cachas medio desnudos. Le vendrá bien para su cambio de aires.

—Claro, como no es tu madre la que está descontrolada...

Si Lidia estuviera aquí no se me habría ocurrido indagar en la vida privada de mi hermana. ¿En qué estaría pensando? Lo que hace no tener vida propia. Lleva razón al decir que debo buscarme un grupo de amigos. La ciudad me está cambiando, me ha convertido en una cotilla solitaria y entrometida. Pero esto se acabó. Voy a bloquear su teléfono y a retomar mis propios asuntos.

—¡Abril! —escucho a Fabio aporreando la puerta de mi habitación un sábado por la mañana.

—¡Pasa! Estoy recogiendo mi cuarto.

Parece bastante nervioso y algo repeinado para ser sábado por la mañana. Lleva unos vaqueros negros, una camisa azul claro y unos zapatos tan brillantados que podría mirarme en ellos para pintarme los labios. Normalmente, cuando no trabaja o no sale con Mónica, va más desaliñado en plan informal con vaqueros desgastados y zapatillas deportivas de tipo urbano. Ella no le deja salir de esa guisa, dice que desentonan. Y si se planta unos tacones, que suele coincidir con el 99,99% de los casos, él debe ir acorde con su estilismo y le manda a cambiarse. Solo en la playa los he visto en plan cómodo y relajado. Por la ciudad ella no suelta los tacones ni aunque se lo recomiende el médico por una hernia discal. Y eso que mide metro setenta, la colega. Dos centímetros más que yo. Pese a que yo creo que esos dos extra se los aporta el palo que lleva siempre metido por el culo.

—A las dos voy a recoger a tu hermana al aeropuerto —informa—. Como vea la casa así se te caerá ese bonito pelo que tienes.

—¡Joder! ¿Cómo no me has avisado antes? ¡Pero si son las once! —

recalco alarmada, tras echar un vistazo a mi despertador sobre el escritorio—. Te la llevarás a comer por ahí, ¿no?

—Vendrá hecha polvo del viaje y no va a querer. ¿Quieres que llame a Ani? —sugiere enseguida.

—Pero no llegará a tiempo... ¿Dónde vive?

—No lo digo por hoy, sino para que se encargue ella de las labores domésticas. Quizás no ha sido buena idea que te ofrecieras a hacerlo. Mónica es un poco tiquismiquis con la limpieza y el orden, y tú...

—Lo sé. Soy un puñetero desastre organizándome.

—¡Exacto!

—Bueno, sí. Llámala. Me está saliendo bastante trabajo de lo mío y creo que podré arreglármelas para compartir gastos. A Ani la pagáis vosotros, ¿no?

—Sí, tranquila. De eso nos encargamos. Tú colabora en lo que sea para mantener tranquila a...

—... ¡La bestia! —me adelanto.

—A tu hermana, iba a decir. —Pero se aleja por el pasillo con una sonrisilla cómplice.

Me pongo a limpiar como una posesa en cuanto termino de recoger mi dormitorio. La cocina la ha mantenido Fabio a raya, pero me doy cuenta de que el resto de la casa tiene una capa de polvo bastante considerable de dos semanas sin tocarlo. Por no hablar de los cristales que, desde la tormenta, acumulan goterones de barro. Me asomo a la terraza y el panorama es tan desolador o más que el de los cristales, se encuentra en plan salvaje. Sobre la mesa de cristal parece que hemos espolvoreado el ColaCao, y no hablemos de las patas de las sillas de forja y los cojines de los asientos. En las losetas del suelo campan a sus anchas las hojas secas de las macetas que no he regado. Todo muy similar a un paraje abandonado. Entro al tendedero de la cocina a coger los utensilios de limpieza y me topo con la montaña de ropa para planchar en el cesto, justo encima de la lavadora. Debería haber seguido el plan de limpieza —como me advirtió Mónica—, el mismo que le puso en su día a Ani en el imán del frigorífico.

Cuando entran por la puerta, saludo tras una nube de vapor, dándole duro a una camisa de Mónica que se me resiste. He dejado la plancha para el final

porque he considerado que no tiene nada de particular que me encuentre de esta guisa un sábado a mediodía. ¿Quién le dice a ella que la casa no ha estado limpia durante todo este tiempo?

—¿Cómo lo sabía! —Es su recibimiento.

Echa un vistazo a su alrededor, mientras él arrastra sus maletas hacia la habitación. Ahí la tenemos, señores, la misma tocapelotas de siempre.

—Conque aprovechando a liquidar la plancha en el último día, ¿no?

—¿Qué dices! —me defiendo—. He planchado casi a diario.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber quién de los dos se ha puesto esa camisa mía?

«¡Mira que es bruja!».

—¡Vale, sí! ¡Tú ganas! Pero que conste que no ha sido por dejadez. He estado muy ocupada rodando anuncios y estudiando.

—Rodando anuncios, dice... Y la llamaron dos tardes.

Ha dejado su abrigo y el bolso en la habitación, y ha vuelto al salón para seguir protestando. No entiendo cómo se ha podido chupar no sé cuántas horas de vuelo y estar tan impecable como si acabara de arreglarse. Lleva su melena castaña recogida en un moño alto, de esos que parece que te has hecho en tres segundos pero que cada mechón que cuelga está estudiado al milímetro.

—Bueno, la verdad es que yo la he visto ocupada con proyectos y dibujando. Apenas nos hemos cruzado en casa —trata de defenderme Fabio.

—Habrá estado de pingo por ahí.

—Sí, por ahí, como conozco a tanta gente... —protesto. Me irrita sobremanera—. Cómo se nota que estás aquí, hija mía, con lo a gustito que estaba hasta hace un momento. Se vive mejor con los padres. Por cierto, te han llamado. Deberías devolverles la llamada.

A ver si se entretiene con otra cosa y me deja tranquila.

—Ya lo he hecho, nada más bajar del avión.

—¿Madre mía, qué sincronización! No se te escapa un detalle. Apuesto a que en tu vida has cometido un solo desliz... —Y le pongo todo el énfasis y la intención a la última palabra. Pero ni se da por aludida. Eso es ser una buena actriz.

—Por cierto —continúo—. He pensado que deberías llamar a Ani. Me da pena haberle quitado el trabajo y, además, voy a estar muy liada con los exámenes.

Miro de reojo a Fabio, que está evitando cruzar la mirada con su prometida. Quizás para que no descubra que en realidad ha sido idea suya. Empiezo a sospechar que posee poderes extrasensoriales y que hasta a él lo intimida.

—Tranquila, no la había despedido. Eran sus vacaciones. Estaba poniéndote a prueba.

¡Menuda cabrona! Ahora entiendo la cara de circunstancias de Fabio. Seguro que el pobre esperaba que ella se cortaría un poquito y, en vez de decirme eso, aceptaría de buen grado mi propuesta, como si la idea hubiera partido de mí. A lo mejor lo tenían planeado de ese modo y la borde de mi hermana se ha salido del guión. No comprendo cómo puede aguantarla. ¡Y encima le pone los cuernos! Me encantaría poder escupírselo a la cara.

—¡Qué ganas tengo de que os caséis y os vayáis a comer perdices!

Lo siento por Fabio, que no se merece mis palabras. Ni tampoco casarse con semejante arpía.

John: Ni se te ocurra contar al novio lo de ese tío.

Yo: Pero es lo que se merece ella.

John: Que tomes la justicia en mano, no. Y deja ya a un lado esa historia.

Yo: Sí, voy a dejar de responderle.

John: ¡Buena chica!

Yo: ¿Me cuentas algo interesante?

John: ¿Cuánto de interesante?

Yo: Lo más interesante posible y que no sea que me has encontrado una sustituta.

John: Entonces... no tengo nada para contar.

Yo: Jo, otro que me ha fastidiado el día.

John: Hoy no la hay... Por mañana no respondo.

Yo: Odio estar aquí. Odio no ver el mar cuando monto en bici. Y odio ir sola. Odio que Lidia se haya ido a vivir tan lejos, al igual que tú. Odio que no nos conociéramos de verdad antes. Odio a la bruja de mi hermana. Odio esta habitación con vistas a un

patio gris. Hoy lo odio todo.

John: Mañana estará otro día, Abril. No te preocupes.

Yo: Será.

John: Necesito aquí mi profesora de español.

Acabo de mentir a John. No tengo pensado olvidarme del asunto de Mónica. Voy a seguir hasta el final, con todas las consecuencias. Que se atreva después a recriminarme algo, la mandona esta, cuando le explote en la cara. La que ha actuado mal es ella. Yo tan solo trato de averiguar la verdad de los hechos. Aunque únicamente sea por el placer de recrearme en que guardo un secretito que doña perfecta querría mantener enterrado de por vida. ¿Y si realmente no quiere irse a vivir con su novio y me está utilizando a mí como excusa? Me parece que se le está viendo el plumero.

Yo: Mi tatuaje es un dibujo que hice. En realidad dibujé una pareja. Me parecen fascinantes y enigmáticos, cambian de color para confundirse con el entorno. Un amigo encontró el dibujo de los dos caballitos de mar iniciando su danza del cortejo, la realizan uniendo sus colas, arrancó la hoja de mi cuaderno, él es así, y se lo guardó. ¿Sabías que son de los pocos animales en los que es él quien fecunda los huevos en su interior y cuida a las crías? Bueno, claro, si eres veterinario sabrás más que yo de todo eso. El caso es que un día que nos encontrábamos nostálgicos, mi amigo y yo, brindando con tequilas para recordar otro momento (cosas nuestras) se le ocurrió que fuéramos a un sitio de tatuajes. Lo tenía planeado. Yo solo debía elegir el lugar donde quería el mío. No me preguntes dónde se tatuó el suyo... Por lo visto sus padres son muy conservadores y corría el peligro del destierro, así que debía ocultarlo concienzudamente.

Des: Sabía que se escondía una historia interesante detrás. De ahí mi insistencia.

Yo: Ahora me debes algo sobre ti. Y, por favor, quítate esa calavera del brazo que no te favorece nada.

Des: ¿Te gustó más “El amor de madre” del otro día?

Yo: Anda, no desvíes la conversación.

Des: ¿Qué quieres saber?

Yo: Pues... quién eres... de dónde has salido...

«Cuál es tu nombre...»

Des: ¿Quién soy y de dónde he salido? ¿Eres amnésica?

Yo: Es una forma de hablar... no sé. Cuéntame algo que no sepa.

Des: Pues a ver, ya te conté a qué me dedico, que nací aquí también lo sabes, que estoy divorciado, que vivo solo... En mi tiempo libre (muy poco) suelo salir al campo. Practico senderismo y suelo ir con mi perro. No me gusta conversar cuando estoy por ahí a mi bola y a él no le importa. Es un encuentro entre la naturaleza y yo. Suelo escaquearme de las excursiones colectivas. No sé cómo explicarlo. Disfruto más de esa paz interior que produce ese momento aislado, rodeado de gente se pierde. Bueno, me he enrollado en una tontería.

«¿Divorciado? ¿Qué edad tiene?».

Yo: Nunca he hecho senderismo. No me llama la atención. Lo que sí me gusta es montar en bici por la ciudad. Aunque aquí me resulta bastante más peligroso por el tráfico. Mis padres al principio no querían ni que la trajera. Al final no me quedará otra que sacarme el carné de conducir.

Des: No sé por qué pensaba que tenías coche.

«Nota mental: Cuando hablas con Des eres Mónica, no Abril. Así que deja de contarle tus cosas, ¡patana!».

Des: ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Yo: Ufff, perdí la cuenta. Me vine a estudiar, ¡calcula tú! Oye, no recuerdo qué edad dijiste que tenías.

Des: No lo hablamos, que yo recuerde. 28

Yo: Muy joven para estar divorciado, ¿no? ¿Qué pasó?

Des: Me casé demasiado pronto. De esas locuras que se cometen con el amor a primera vista, que te dejas llevar por la nube amorosa y así nos fue...

Yo: Cuéntame más sobre eso de la nube.

Des: Me pillé por una compañera en el último curso y, en vez de brindar con tequilas y hacernos un tatuaje a escondidas, nos dio por casarnos furtivamente. Duramos un año. Y nos sobraron seis meses.

Yo: Pues sí... casi que la opción del tatuaje tiene mejor salida.

Des: ¿En qué situación se encuentran vuestros caballitos de mar? ¿Han finalizado la danza del cortejo felizmente o...?

Yo: Digamos que ellos van por un lado y nosotros por otro.

Des: ¿Custodia compartida?

Yo: En realidad lo nuestro es un quiero y no puedo.

Des: Cuéntame más sobre eso.

Yo: Nos conocimos a principios de verano en una fiesta. Ya nos habíamos visto muchas veces, pero nunca hasta el punto de encontrarnos. Me comunicó que en septiembre se marcharía a Londres (es de allí). Quizás debimos dejarlo ahí, en esa noche que, al fin y al cabo, no ocurrió nada. Sin embargo, decidimos hacernos amigos y nos caímos demasiado bien para que durara dos meses. Y como solo quedaba ese tiempo había que aprovecharlo al máximo; así que fuimos prácticamente inseparables. Después vino lo de la fiesta de despedida, el chapuzón que es otra historia, más tequilas, el tatuaje... En fin, que nunca ha pasado nada entre nosotros y a la vez ha ocurrido de todo.

Des: Vaya, estás en una relación de esas... Ahora lo entiendo.

Yo: No, no, no tuvo que ver con él. Quiero decir que mi reacción contigo esa noche no fue por él. Él solamente me ayudó a olvidarme de alguien.

Des: Eres como una caja de Pandora... ¿Va a salir alguno más? (Aunque no se note por escrito, me estoy riendo. Que conste).

Yo: Mejor será que dejes de tirarme de la lengua, la tengo demasiado larga.

Des: ¿Puedo confesarte algo? Me gusta más tu “yo” por escrito que el presencial, parece más dicharachero. Tenías razón al decir que se te daban mejor estas cosas por aquí. Hubiera sido perfecto recibir aquella noche un mensaje como despedida tras cerrar la puerta.

Yo: No me gusta hablar de aquella noche.

Des: ¿Te arrepientes?

Yo: No, pero... Es incómodo.

«Puedo meter la pata en cuestión de segundos».

Des: ¿Cuándo vuelves de California?

«Mierda... si miento me puede pillar por la tal Begoña esa».

Yo: Ya he vuelto.

Des: ¿Y no deberíamos quedar para devolverte el broche?

Yo: Qué bien te vino que me lo olvidara y planificar un encuentro, ¿no? Pero no. Cada cosa a su tiempo.

«La estoy cagando y bien cagada».

Des: Como quieras. No volveré a decírtelo. Si lo quieres, tendrás que venir a buscarlo. Sabes dónde encontrarlo.

«Espérame sentado».

Yo: Mensaje recibido.

Yo: Te dejo. Entro a clase.

«¡Joder!».

Yo: Estoy dando un curso a unos becarios. Mi vida es un infierno. Chao.

5

Al volver de clase, encuentro a Mónica registrando cajones en el salón, desesperada. Hay varias cajas decorativas abiertas en el suelo, y cachivaches como bolígrafos, marcadores, llaveros, pilas... desparramados. Digo un *hola* desganado y me dirijo al cuarto sin mediar palabra. Seguimos enfadadas desde que regresó hace tres días. He intentado evitarla todo lo que me ha sido posible. Ni me he molestado en disimular que traigo comida basura a casa. Estoy actuando como me viene en gana, e incluso he hecho compras propias cuyo contenido tiene que haberla sacado de sus casillas: leche entera, yogures cremosos con alto contenido en materia grasa, magdalenas, pan blanco, chorizo ibérico, sobrasada, queso manchego, refrescos varios... Le puse un wasap a Fabio para que se sirva, si quiere, cuando Doña Saludable no esté al tanto.

A los cinco minutos toca a la puerta.

—¡Qué quieres! —respondo algo seca.

—¿Puedo entrar?

—Pasa.

Se acomoda sobre mi cama. Yo he ocupado mi silla, frente al escritorio, y finjo estar muy liada removiendo papeles de un lado a otro.

—Quería... arreglar las cosas entre nosotras. Perdona la manera en que te hablé el otro día. Venía cansada del viaje y descargué un poco contigo.

—¿Un poco?

—Lo siento, ¿vale? Ya me ha contado Fabio que has estado bastante ocupada con lo tuyo y que no has salido ni nada por las noches. Creo que me he precipitado juzgándote. No volverá a ocurrir.

La miro con una sonrisa irónica mostrándole mi escepticismo.

—He tenido tu edad y... No sé, tal vez me he dejado llevar. Al menos estás tomándote en serio tus estudios, que es lo único que me preocupa en realidad.

—Tranquila, que no piense el ladrón que todos son de su condición.

—¿A qué viene eso?

—Que no te preocupes, que no voy a fugarme a París ni a tomarme ningún tiempo sabático.

—¿Ahora vas a venir con semejante idiotez?

—Es que unas tienen la fama y otras... no sé qué de la lana —«Me ha salido peor que a John».

—Mira, Abril, déjate de refranes absurdos. No he venido aquí a sacar trapos sucios, sino a hacer las paces.

—Claro. Cuando se trata de mí, nos cebamos. Pero si sale algo a la luz sobre ti... ¡cuidadito, que venimos en son de paz!

—¿Quieres discutir? ¿Es lo que buscas?

—No. Solo quiero que me dejes vivir a mi bola. Voy a cumplir veintiuno y no necesito un sucedáneo de madre pisándome los talones. Compórtate como si fuera tu compañera de piso. Fabio lo ha entendido perfectamente, y sin necesidad de decírselo. No me despierta por las mañanas, ni sube la persiana si ha escuchado mi despertador y no me levanto... Me permite respirar.

—Está bien.

—En cuanto a los gastos, también puedes contar conmigo. Y la línea del móvil ya la he domiciliado en mi cuenta.

—Perfecto. He pensado que nosotros pagamos luz, agua, gas, comunidad, comida..., y que tú solo te encargues del sueldo de Ani. Viene solo tres veces por semana, un par de horas, y no supone un coste excesivo. ¿Te parece bien?

—Sí, es razonable.

—Ah, otra cosa —dice antes de agarrar el picaporte y abrir la puerta—. Deshazte de todo ese veneno que has comprado y que llamas comida. Fabio tiene problemas de colesterol y le estás tentando, no quiero quedarme sin novio por culpa tuya.

—Pero es que esa bazofia a la que tú llamas cereales, galletas o fiambre es incomedible. Estoy creciendo y estudiando un montón, necesito alimentarme en condiciones.

—Ay, Abril... ¡Tú creciendo! Lo que te va a crecer es el panderero como no andes más lista. Vamos a hacer lo siguiente: puedes comprar algún capricho por tu cuenta para el fin de semana, igual que Fabio.

—¿Nunca te has preguntado cómo puede aguantarte?

—¿Aguantarme? ¡Sin mí no vive! Eso que te quede claro.

—Creída...

—Gruñona...

—¿Qué estabas haciendo en el salón? ¿Ordenas los cachivaches alfabéticamente?

—Buscaba una cosa que se me ha perdido.

—¿Qué cosa?

—Algo sin importancia.

—Pues para no tener importancia estás tomándote muchas molestias. ¿Necesitas ayuda?

—No, tranquila. Ya aparecerá. Cuando no lo esté buscando, seguro.

—Si me dices qué es y lo veo por ahí, podré devolvértelo.

—Es una Mont Blanc que le regalé a Fabio. Se la cogí y no sé dónde demonios la he dejado. Pero tú chitón, que no lo sabe. Espero encontrarla antes.

«Sí, claro, la Mont Blanc de Fabio... ¡Ja!».

Lidia: ¡Adivina qué!

Yo: Has descubierto un ingrediente secreto para la pizza y vas a patentarlo.

Lidia: No.

Yo: Te han llamado de Masterchef Junior y quieren que te cortes las piernas para estar a la altura.

Lidia: ¡Serás mala! Nooooo.

Yo: El camarero buenorro te ha puesto ojitos y os lo montasteis anoche sobre una pizza prosciutto antes de hornear.

Lidia: Déjalo, te lo cuento yo. ¡Paula está embarazada de Juancar!

Yo: ¿¿¿¿Qué????

Lidia: ¡Lo que lees!

Yo: ¿Estás segura?

Lidia: ¡Segurísima! Me he enterado por mi madre. Al final no sé cómo se las ha arreglado, pero ha creado un grupo de WhatsApp con algunas madres, ¡incluida la tuya! Lo ha llamado: Exmadres del instituto.

Yo: ¿Exmadres? Eso no existe ni tiene sentido.

Lidia: Lo peor es el icono. Se ha hecho un selfie, sin cabeza, con un delantal de esos sexis

en plan pornomadre. Cómo me alegro de vivir en Vitoria, que no me conoce nadie. La abuela dice que la deje a su aire, que está en la edad de hacer estupideces. Ya no veo qué pinto aquí.

Yo: Habría sido un puntaco, tu madre, si hubiera abierto el grupo mientras estudiábamos. Nos habría puesto al día de todos los cotilleos. ¿Y cómo se ha enterado de eso?

Lidia: Se lo ha contado la propia madre de Paula. Por lo visto van a irse a vivir juntos.

Yo: Joderrrrrrrr, menudo putadón.

Lidia: ¿Estás bien?

Yo: Sí, a mí me resbala ya lo que haga.

Lidia: Él es de nuestra edad, que repitió dos o tres veces, ¿no? Pero ella aún no ha cumplido ni los dieciocho, creo.

Yo: Él cumple 21 la semana que viene. Me están dando ganas de felicitarle y todo. No pensaba hacerlo.

Lidia: ¡Te lo prohíbo!

Yo: Tranquila. No volvería a caer en sus redes ni borracha.

Lidia: Te he escuchado esa frase tantas veces, que ya ha perdido todo el sentido.

Yo: Pero esta vez es verdad. Sería más fácil caer con John, y mira que es imposible lo nuestro, que acercarme al cretino ese. Es que no siento nada. Ni me duele que esté con Paula. Hasta me da pena de ella.

Lidia: Hablando de John... ¿has sabido de él?

Yo: Sí, nos escribimos a diario. Sois mi única vía de diversión.

Lidia: ¿No tienes amigos ahí?

Yo: Sí, más o menos... Aunque no como vosotros. Me está costando abrirme.

Lidia: Tú no eres así, Abril. Tienes que esforzarte. Cuando vaya a visitarte quiero que me saques de fiesta y me presentes a un montón de gente. Tómatelo como una misión. Te dejo, voy a meter en el horno la prosciutto que hemos amasado con el trasero.

Ahora me arrepiento, tras hacer las paces con mi hermana. Sus disculpas han conseguido que me sienta culpable de entrometerme en su vida privada. He pensado que no seguiré sonsacándole sobre lo suyo. Aunque ahora que lo

pienso, tampoco es que haya conseguido nada relevante, y me alegro por ello. Casi sabe más él de mí que yo de él. Debo zanjar el tema y borrar su teléfono de mi agenda de contactos. Hacerme la sueca, si me escribe, y que se aburra. Lo malo es que la pobre está buscando la reliquia de la abuela desesperadamente, y me sabe mal saber dónde se encuentra y no poder ayudarla. Quizás podría darle alguna pista para que lo recuerde y se ponga en contacto con él. El problema es que en el intercambio se ponga a preguntarle por su tatuaje y quiera verlo en directo. Mierda. Debí mantener el pico cerrado. Encima voy y alimento a la bestia contándole la historietta de su creación. Y decirle a él la verdad, a estas alturas, me da un poco de miedo. No lo conozco lo suficiente para saber cómo podría reaccionar, ni si puedo fiarme de su discreción. Menudo desastre. Voy a consultarlo con mi oráculo.

Yo: ¿Tú crees que debería contarle la verdad a mi hermana? Estoy preocupada por el asunto con el tío ese. Se está complicando la cosa y debo recuperar su pasador.

John: ¿Qué es un pasador?

Yo: Un broche para el pelo.

John: ¿Y qué relación tiene eso con el tío?

Yo: ¿No te lo dije? Ella se dejó olvidado un pasador de plata de la abuela en su casa, cuando se acostaron.

John: ¿Y no lo quiere devolver?

Yo: ¡Ay, no te enteras! Sí, se lo quiere devolver. El problema es que, si lo hace, se enterará de lo nuestro.

John: ¿Y qué es lo nuestro? ¿¿¿Te has acostado con él???

Yo: ¡Pero qué dices! Lo nuestro es que nos escribimos.

John: Tu hermana será ofendida. Resuelve con él. Dile que ella pasa a su culo y que devuelva el broche o llamas a la policía.

Yo: ¡Pasa de su culo! ¿Cómo voy a llamar a la policía? Si está loco por devolvérselo.

John: No te cites con él para recuperarlo. Que lo envíe un mensajero.

Yo: Es un buen tío, deja de pintarle como un vulgar delincuente.

John: ¿Y tú cómo sabes? Tal vez no tiene esa cosa y todo es fake.

Yo: Me envió una imagen.

John: Pues recupéralo y pasa la página.

Yo: ¿Tú no crees que se enfadará conmigo si le suelto que me hice pasar por mi hermana?

John: ¿Y eso qué? Si tu hermana le dio plantón es que no vale la pena. No es tu amigo.

Yo: Pues un poco sí.

John: Abril, quedamos que pararías eso.

Yo: ¿Y desde cuando tengo que hacer lo que tú ordenes?

John: ¿Y por qué me pides consejo?

Yo: Para saber tu opinión.

John: Pues mi opinión es que envíe mensajero y bloquee su teléfono.

Yo: ¿A ti te gustaría que te bloquearan sin ninguna razón?

John: Yo no ligo a las hermanas de mis amantes.

Yo: Ahh vale, que se trata de eso. Estás celoso perdido.

John: Eso querías o quieras o... ¿cómo es?

Yo: Me voy a otro chat. Este no me está pareciendo nada interesante.

John: Pediré a Lidia el WhatsApp de tu hermana. Alguien debe llevarte al camino correcto.

Yo: ¿Recuérdame por qué me caías tan bien este verano? Creo que se me ha pasado el efecto de la pastilla que metiste en mi vaso.

John: Sabes que tengo razón.

Yo: No quiero que tengas razón, quiero que me des un buen consejo.

John: Quieres que diga lo que quieres escuchar.

Yo: ¿Y qué quiero escuchar?

John: Que haces bien con robar identidad a tu hermana y que está bien que sigues

escribiendo a ese tío.

Yo: Mira el sabelotodo... Si no me hubieras abandonado, no habría tenido que buscarme a un desconocido para entretenerme.

John: Yo me entretengo contigo sin necesitar desconocidas. Todas las noches saco tus fotos.

Yo: ¡¡Eres un cerdo, tío!! ¿Qué ha sido de aquel mojigato engominado que venía al instituto?

John: Era por acabar esa conversación.

Yo: Cuéntame algo, me aburro.

John: Tengo que apagar. Estoy en mitad de examen.

Yo: ¿Lo dices en serio?

John: Sí. Intento decidir si (a) o (b)

Yo: ¿Solo te dan dos opciones? ¡Qué chupado!

John: (a) la chica de pelo rubio y (b) la chica morena.

Yo: ¿Serás idiota?

John: Te dejo, (b) me está moviendo las pestañas.

Yo: Oye, no lo dirás en serio.

Yo: ¡¡Ehhh, no me dejes colgada!!

John: Te lo advertí. Soy un conquistador neto.

«¿Será cabrito?».

Yo: ¡Es NATO!

John: Esta vez fue un fallo de mis dedos. (B) me pone muy nervioso...

Yo: ¡Aléjate de ella! ¡¡Yo he llegado aquí primero!!

John: ¿Tú no tienes a un desconocido para entretenerte?

Yo: Sí, y creo que iré a buscar el broche personalmente.

Yo: ¡Con ese short deshilachado de tu piscina!

John: (B)

Yo: ¡Que te den!

6

Me dirijo a una sesión de fotos para un catálogo de moda importante. Creo que, con lo que van a pagarme, me dará de sobra para cubrir los gastos de todo el curso. ¡Ja! ¿Quién no podía mantenerse por sí misma, hermanita? Al final voy a conseguir un buen cargamento de *zascas* en la boca.

Des: ¿No tienes nada hoy para mi camino de hormigas?

Yo: Reconozco que es el tatuaje más bonito que te he visto hasta ahora. Miedo me da la trayectoria que llevan...

Des: Pensé exactamente lo mismo, da un poco de grimilla pensarlo.

Yo: Tengo que dejarte, entro en maquillaje

Des: ¿Qué significa: entro en maquillaje?

Yo: Nada, es para unas fotos.

Des: ¿Eres famosa? ¿Van a sacar un artículo en alguna revista tecnológica?

Yo: Más o menos...

Des: Ok, ya me contarás.

Sigo buscando la manera de zanjar esto. El problema es que no sé cómo hacerlo. Bloquearle me parece ofensivo y no se lo merece. Lo más sensato que se me ha ocurrido es ir acortando nuestras conversaciones. Que todo vaya languideciendo por sí solo. Que se desencante de mí. Mejor dicho, de ella. Total, una simple noche de sexo no tiene por qué dar para tanto, ya encontrará a otra. Además, tiene pinta de enamoradizo, según planteó lo de su matrimonio frustrado. Se le acabará pasando la tontería con mi hermana.

Al llegar a casa, los encuentro faenando en la cocina; él con su portátil sobre la mesa y ella con su tableta. El pestazo a coliflor anuncia el menú de la cena. Ahora me arrepiento de no haber parado en el cajero automático, me

ofrecería a sacar la basura más contenta que unas castañuelas con parada en el kebab de la esquina.

Veo que encima de la agenda de Fabio reposa una Mont Blanc. La cojo y la destapo con curiosidad, esperando la reacción de mi hermana.

—¿Y esta pluma?

Enseguida se fija en mis manos y pone cara de a ver por dónde va a salir.

—Me la regaló Mónica —afirma él.

Me observa con suficiencia, como diciendo: ¿es que pensabas que me lo había inventado?

—¿Y la usas siempre?

Está descomponiéndose por dentro. Solo le falta hacer el gesto de cortarse el cuello con la mano para acompañar la mirada que me ha echado.

—Bueno, vamos a cenar, ¿no? —ataja ella, recogiendo los cachivaches de la mesa, incluida la pluma que arranca de mis manos.

—Es muy bonita, ¿no te da miedo perderla? —Vuelve a fusilarme con la mirada. No sé por qué hace tanto teatro, si tengo clarísimo que lo que buscaba era el pasador. Le da miedo que suelte lo de la pluma y tener que aceptar que ha perdido el recuerdo de la abuela.

—Sí, un poco —afirma él—. No suelo usarla mucho. Si la pierdo, me mata —lo dice mirándola de soslayo con una sonrisilla.

—¿Y si la pierde ella?

—¿Quieres dejar de decir tonterías? —interviene, dándome un codazo—. Pon la mesa, anda. Plato llano.

—¡A la orden mi sargento! —Hago la pantomima de cuadrarme.

Cuando Fabio se aleja de nosotras con su ordenador en mano y le perdemos de vista, aprovecha para increparme.

—¿Se puede saber de qué vas? No te recordaba tan... chinchona.

—¿Dónde encontraste la pluma?

—Pues en uno de mis bolsos. ¿Por qué te interesa tanto?

—Por nada... ¿Se había extraviado de verdad?

—¿Y por qué narices iba a inventarme algo así?

—No sé, quizás para camuflar otra cosa.

—Pero ¿qué tratas de insinuar? Me estás cabreando esta noche.

Aparece Fabio de nuevo en la cocina.

—¿Puedo hacerme mi huevo frito en vez de a la plancha? —pregunto, para disimular y cambiar de tema.

—¿Sabes que llegará un día en el que tu cuerpo no quemará en la misma proporción que consumes?

—¿Sabes que eres un coñazo y que mi trasero es mío y lo alimento como me da la gana? No es mi culpa que el tuyo acumule todo lo que le echas.

—¡Haya paz, chicas! Y déjala que se coma el huevo como le apetezca, mujer. Está en la edad de no preocuparse por eso.

—Pero va a salpicarlo todo.

—¡Venga es igual! A la plancha. Lo tomo a la plancha. No hay más que hablar.

—Tengo un trabajillo para ti —dice mi cuñado, ya sentados a la mesa—. Una de las empresas para las que trabajo está cambiando su imagen corporativa y quieren rediseñar su logo y el rótulo de la fachada. Les mostré la foto que le hice al dibujo que estabas haciendo en tu proyecto y quieren que les presentes un par de propuestas.

—¿Lo dices en serio? ¿Un proyecto de verdad? Pero... ¿les has comentado que no soy profesional? A lo mejor cuando me vean se echan atrás.

—Saben que eres amateur. Pero están encantados, tu diseño ha hablado por sí solo. Así que no tienes nada que temer.

—¡Ostras! Un trabajo de verdad... ¿Y van a pagarme?

—Pues claro, vaya pregunta.

—Es que todo lo que me han pedido hasta ahora ha sido gratis. En plan amigos y eso...

—En este trato, nada de amiguismos.

—Voy a contárselo a John, ¡va a alucinar!

—¿Quiénes John? —se interesa Mónica—. ¿Ya no estás con Juancar?

—Ese es gilipollas.

—¿Qué ha pasado? No concibo una vida sin ti hablando de Juancar.

—Pues se acabó.

—Mejor, las relaciones a distancia no funcionan.

Yo: ¿Estás ahí? ¡¡Tengo que contarte un notición!!

John: Ahora no puedo hablar. Estoy liado.

Yo: ¿Estudiando?

John: No exactamente...

Yo: ¿Qué significa: no exactamente?

John: Offline!

Yo: Dime por qué.

John: No te gustará saberlo.

Yo: Pero es que quiero.

John: Créeme, NO.

Yo: Créeme tú, cada vez más.

John: No estoy solo y está enfadando.

Yo: Yo también me estoy enfadando.

Yo: Mucho además.

Yo: No será (B), ¿no? ¡La acabas de conocer! ¿No te han enseñado tus padres que no se puede intimar con desconocidas en solo unas horas?

No ha recibido el último mensaje. Ha apagado el teléfono. «¡Maldito John!».

Yo: No vale cambiar de tatuaje dos veces en el mismo día para obligarme a escribirte.

Des: Al final va a resultar que tú también eres un libro abierto.

Yo: No estaría tan segura.

Des: ¿Me estás ocultando alguna letra pequeña?

Yo: Hay todo un epílogo en letra pequeña, por no hablar del prólogo...

Des: Cuéntame más sobre eso.

Yo: No quieras saberlo.

Des: Entonces no insistiré.

Yo: Qué distintos somos... Yo no podría resistirme a insistir.

Des: Dicen que la curiosidad mató al gato.

Yo: Soy un gato.

Des: Tú eres un caballito de mar.

Yo: Y tú una sopa de fideos con pollo.

Des: Ya te has cargado el romanticismo.

Yo: Cuéntame algo que todavía no sepa.

Des: Hoy le he puesto la voz a un atún en una serie de dibujos animados. Cuando han repartido los guiones, me he fijado en que había un caballito de mar en la historia y no he podido resistirme a leer su papel. Siento decirte que es el malo de la película.

Yo: Clavadito a mí entonces.

Des: Todavía estoy estudiando si te pega o no el papel de la chica mala.

Yo: Si me conocieras a fondo... te cuadraría.

Des: Creo que cuando uno se agencia un determinado papel, en realidad elige el que desea que le encaje y no el que le corresponde. O bien se disfraza detrás de él.

Yo: ¿En este caso sería una oveja escondida bajo la piel del lobo? Eso lo había escuchado al contrario.

Des: En cualquier caso, déjame descubrir por mi cuenta cuál es.

Yo: ¿Aquí no tengo voz ni voto?

Des: Sobre ciertas cosas no.

Yo: Me sorprende esa nueva faceta tuya.

Des: Hay muchas cosas de mí que desconoces.

Yo: Cuéntame más sobre eso.

Des: Se acabó el tiempo. Mañana más.

Yo: No sabía que estábamos en clase.

Des: Pero ¿tú has visto la hora que es?

No me había dado cuenta de que es la una de la madrugada. Tendrán que ponerme el maquillaje con una manguera, cuando llegue mañana, las ojeras van a ser monumentales. No le he dicho a Mónica que esta semana debo faltar a clase. Los fotógrafos tienen que probar la luz en las fotos de exterior y se harán pruebas a primera hora de la mañana y de la tarde, aparte de la grabación del anuncio. No he podido negarme.

Me cepillo los dientes pensando en cómo será Des realmente. Guardo un recuerdo impreciso de aquella primera foto que había en su perfil en compañía de amigos. Después empezó con el rollo de los tatuajes y no ha vuelto a colocar ninguna suya. Ni siquiera conozco su nombre real. Aunque ahora Des me suena a nombre propio. Solo espero no equivocarme algún día y ponérselo en un comentario; y debo recordar también que yo para él no me llamo Abril. Esto de usurpar una identidad es un esfuerzo constante.

—¡Ehhh, dormilona! —Noto un meneo en el hombro—. Tu despertador ha sonado a las cinco, ¿tenías que levantarte a estudiar?

—¡Joder! ¡Mierda! Dime que no son las seis.

—En realidad son las siete.

—¿¿Las siete?? —grito—. ¡Soy mujer muerta! ¡Van a despedirme! ¡Mierda de despertador! —voy despotricando mientras me pongo lo primero que pillo y camino de un lado a otro sin dar pie con bola.

—¡Tranquila, mujer! ¿A qué hora es la primera clase? Puedo llevarte, si quieres.

—¡Sí, por favor, Mónica! ¡Tienes que llevarme! —Mientras hablo consulto mi teléfono—. ¡Joder, diez llamadas perdidas!

—Pero ¿de quién? ¿Qué pasa? —Se la ve alarmada. A ver cómo le suelto esto.

—No te enfades, ¿eh? —le pido, muy seria—. Tengo un trabajo para un anuncio de El Corte Inglés, o tenía... porque mis vestidos ahora los estará llevando otra. ¡Joder, me iban a pagar un pastón! Siempre la cago.

—Tranquila, mujer. Llama y les dices que has tenido un pequeño accidente de tráfico, pero que ya vamos de camino. Yo diré en la oficina que voy más tarde. Ese anuncio no vas a perderlo como que me llamo Mónica Domínguez.

Y es así cómo se te cae el mundo al suelo cuando ves a tu hermana, a la que has llamado bruja, arpía y cabrona, desviviéndose para salvarte el pellejo.

Y yo, ¿de qué forma se lo pago? Entrometiéndome en su vida privada.

«Nota mental y urgente: Ignorar todos los tatuajes y mensajes de Des».

Al final consigo salir airoso con lo del trabajo. No les han terminado de encajar los exteriores a primera hora de la mañana y van a repetir algunas tomas en otro escenario, en lo alto de un edificio, tras las comida.

Todo el equipo se ha trasladado allí y Mónica ha decidido tomarse el día libre y quedarse a mirar el rodaje del anuncio. Me sorprende al observarla al fondo. Saluda con la mano antes de la toma, y me siento como una niña sobre el escenario cuya madre no para de sonreír y emocionarse. Solo le falta aplaudir y dar pequeños saltitos. Las demás del equipo la observan con curiosidad. Habrán pensado que es mi primera vez y que he traído público para sentirme arropada y protegida. No me importa lo que puedan pensar. Hoy tengo a mi lado a la hermana que siempre he querido. La comprensiva y cómplice. La que te cubre si metes la pata. Lo que viene siendo una hermana y no una madre postiza.

Está eufórica perdida, además. Al llegar nos han enviado a maquillaje, a las dos, y el hecho de que la tomaran por una de las modelos le ha hecho una ilusión tremenda.

—Tenía que haberme dedicado a esto en su día —comenta, toqueteando todos los productos del carrito de la estilista. Como la vea se le va a caer el pelo, tiene una mala hostia...—. ¿Por qué no se me ocurrió? La de trabajos de mierda que me chupé en mis comienzos.

—Deja, deja, que tu papel en nuestra familia ha sido siempre el de la empollona sobresaliente y sufridora laboral —respondo—. Vivir de tu cuerpo habría arruinado esa admirada reputación tuya. Papá no lo habría soportado.

—¿Vas a empezar con eso? Si tanto ansiabas la aprobación de papá, ¿por qué carajo no te esforzabas con los estudios?

—¿Y perderme la vidorra que me he pegado en el *insti*? No, gracias.

—Ya te acordarás de los años que has perdido.

—¿Perdido? ¿Qué prisa hay?

—Déjalo, Abril. Ya lo entenderás —responde, antes de acercarnos a vestuario, que en realidad es dos metros más allá de donde me estaban maquillando y peinando, junto a un perchero móvil donde debo enfundarme

un vestido negro impresionante con un escote que casi muestra mi ombligo.

Ya se ha ocultado el sol, cuando nos subimos al coche de regreso a casa. La grabación del anuncio ha durado varias horas. Mónica parece algo taciturna, apenas ha pronunciado tres palabras desde que nos hemos puesto en camino. No sé si habrá tenido problemas con su jefe por haberse tomado el día libre de improviso.

—Estoy embarazada —confiesa de pronto. Como si su boca hubiera tomado las riendas de sus pensamientos inesperadamente.

—¿De Fabio?

—¿Se puede saber qué clase de pregunta es esa? —Parece ofendida—. ¿De quién si no?

—No sé... me ha salido sin pensar, de la impresión.

Y es verdad. Ni lo he filtrado al decirlo.

—¡Voy a ser tía! ¿Lo saben papá y mamá? ¿Qué ha dicho Fabio?

—Solo lo sabes tú —contesta ensimismada y carente de emoción alguna. Sigue con la mirada atenta a la carretera.

—¿Estás bien? ¿Cuándo lo has sabido?

—Justo el día antes de que llegaras a vivir con nosotros.

—Pero eso fue hace más de un mes... ¿Volaste a Sunnyvale embarazada?

—No pasa nada por volar al principio del embarazo.

Aunque estamos paradas en un semáforo, no se gira a mirarme mientras habla.

—No quieres estar embarazada, ¿verdad?

—No es el mejor momento, no. Me ofrecieron un puesto en Sunnyvale, ¿sabes? No es que tuviera intención de aceptarlo, tampoco me apetece dejar atrás mi vida ni poner entre la espada y la pared a Fabio. Pero... Dios... es todo tan... complicado.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Sigues enamorada de él?

Ahora sí me observa. Parece no dar crédito a mi pregunta.

—Sin ningún tipo de duda. Como el primer día. ¡Más incluso! ¿Qué te hace pensar lo contrario?

—No, era solo porque... A ver, le dijiste aquello de que se fuera él a su

apartamento, que tú te quedabas conmigo, y luego no le has contado lo del embarazo. Solo he atado cabos.

—Cuando se lo cuente, a él y a todos, la máquina se habrá puesto en marcha. Se hará real del todo. No sé si estoy preparada para lo que se nos viene encima. Mi trabajo es muy importante para mí, ¿sabes?, justo empezaba a despegar. Y creo que un bebé me hará dejarlo en un segundo plano. Voy a ser mamá, Abril. ¡Mamá con 27 años! Yo esperaba serlo por lo menos... a los treinta y muchos.

—Aunque de este modo, cuando tu hija vaya al instituto, sus *novietes* dirán: ¡Menudo pibón de madre tienes!... Eso no te pasará cuando seas una cincuentona. Ahí serás una abuela cañón.

—Sí, claro... —acepta, cabizbaja—. No sé si adelantar la boda o posponerla, no quiero ser una novia con bombo.

—Yo voto por posponerla. Mi *sobri* y yo te llevaremos el ramo con el mismo vestido en color rosa.

—¿Por qué estás tan convencida de que será una niña?

—Porque siempre quise tener una muñeca viva para jugar con ella, igual que tú.

—Bah, la mía era una llorona y su caca olía a rayos.

—Yo solo espero que la mía no sea tan tiquismiquis como su progenitora.

—Por cierto... He alucinado contigo grabando el anuncio. Parecías una profesional.

—Es que lo soy, hermanita, lo que pasa es que no te habías dado cuenta.

—¡No, en serio! Me has dejado de piedra. Siempre me han gustado tus reportajes fotográficos, pero nunca te había visto en movimiento. Cómo controlabas los gestos, la mirada y seguías lo que te iban indicando, sin perder la naturalidad en ningún momento. ¿Dónde has aprendido?

—Llevo años haciéndolo, no tiene ningún mérito.

—¿Y no te gustaría dedicarte a ello de forma profesional y no como algo esporádico?

—Es que no me satisface. Solo lo hago por el sueldo. Por cierto, van a pagarme un pastizal. Una de mis fotos irá en la fachada de los centros comerciales. He pensado regalarles un viaje a papá y mamá de parte de las dos por Navidad. Pero lo pago yo, que ahora vais a tener muchos gastos. ¿Te parece bien?

—Acepto si pongo la mitad. No sentiría que les hago un regalo si solo

pagas tú.

—Y yo lo acepto si os vais a vivir al apartamento de Fabio. Ese hombre se merece un sitio en condiciones para su ordenador, fuera de la cocina. Y, además, mi sobrina va a necesitar que le decoren su cuarto con libélulas en color malva y menta.

—¿Te acuerdas de aquella lámpara?

—¡Sí! —respondo—. ¿Qué fue de ella? La recordé el otro día.

—Ni idea... —dice, calculando el giro para el hueco del aparcamiento—. La vendería mamá en alguno de esos mercadillos que montaba junto a la tienda. Qué tiempos, ¿verdad?

—Sí. Te recuerdo a mi lado vendiendo los juguetes que ya no queríamos —río al imaginarnos.

—Bueno, más bien intentándolo. Cuando alguien preguntaba el precio de algo tuyo, decías que justo ese no estaba en venta, que era tu favorito. Menudos berrinches te pegabas. Yo creo que pensabas que aquello era solo una exposición artística. —Casi lloro de la risa. No recordaba aquello de ese modo.

Nos bajamos del coche en la puerta de casa y siento que quizás he juzgado mal a mi hermana. Tal vez, lo que yo he interpretado como un empeño suyo por controlar mi vida, sea en realidad un reflejo de que no sabe cómo afrontar la suya.

—¿Sabes, Moni? —digo antes de entrar en el portal—. Lo mejor que me ha pasado, desde que llegué aquí, ha sido no escuchar esta mañana el maldito despertador.

Me pasa un brazo por el hombro mientras caminamos y me da un beso cariñoso en la mejilla.

—A mí también.

7

Des: Llevo ocho tatuajes ignorados, lo que hacen un total de ocho días sin saber nada de ti. ¿Cómo me tomo eso?

Me está costando la misma vida ignorarle, pero se lo debo a Mónica. Fui una auténtica cabrona con lo que hice y es mi obligación enmendarlo. Me he planteado hablarlo con ella y que así pueda recuperar su broche. Sin embargo, tengo miedo de que se estropee el buen rollo que tenemos ahora. Incluso comemos comida decente. Bueno, en realidad eso ha venido porque en las analíticas ha sacado un déficit de hierro y vitaminas varias. Le han recomendado comer en plan madre y no en el de obsesiva de las calorías. Así que, quitando los lácteos, que sí son desnatados, hace algunas concesiones a nuestra alimentación rutinaria.

Fabio se muestra encantado con su próxima paternidad. También con la propuesta que le ha hecho Mónica de vender el apartamento, que, aunque espacioso, solo dispone de dos habitaciones. Van a comprarse algo más grande, con tres dormitorios mínimo. Creo que en unos meses tendré el piso para mí solita.

Mis padres vinieron el fin de semana pasado. En cuanto les dio la noticia, se pusieron en camino. Al principio no les hizo ninguna gracia la idea de que me dejaran sola en casa, pero, para mi sorpresa, Mónica les ha convencido. Ahora me ven a través de sus ojos. Se los tiene muy camelados, debería tomar nota de su técnica.

Lo que resultó un auténtico infierno fue la convivencia con ellos. Mónica y Fabio decidieron alojarse en el apartamento de él, y así dejar a mis padres pasar esos días aquí a sus anchas; pero como se aburrían —han perdido el contacto con sus antiguos amigos de aquí, y el tiempo tampoco estaba para salir a pasear—, no se les ocurrió otra cosa que ponerse a hacer reparaciones domésticas. Que si «*las puertas arrastran, voy a lijarlas un poco por debajo*». Que si «*las cuerdas del tendedero están que se caen, vamos a Leroy Merlin a comprar unos rieles nuevos*». O «*Niña, estas bombillas gastan*

mucho, ¿por qué no habéis puesto de LED en toda la casa?». Y yo de acompañante, o más bien de guía, porque «¡Cómo ha cambiado la ciudad, me pierdo con tanta circunvalación!», y ya puestos a criticar y tocarme las narices de paso: «La bici no la cogerás con este tráfico del demonio, ¿no?». Tuve que revisar el maletero de mi padre antes de que se marcharan, por si le había dado por llevársela para quedarse tranquilo.

El domingo me lo organizó mi madre con una sesión intensiva de limpieza general de azulejos de la cocina y de armarios.

—Sí, hija, vamos a limpiarlos, que tu hermana ahora con el embarazo no puede darse estas tundas de trabajo.

—¡Si tenemos asistenta! —respondí, tratando de escaquearme. Pero no coló. Me dio un cubo de agua hirviendo con un líquido abrasivo que olía a rayos y unos guantes.

—Pues se ve que los azulejos ni los mira. ¿No ves la diferencia? —Mostraba un azulejo blanco inmaculado, al que acababa de pasarle una bayeta, frente a otro con un tono grisáceo. Ambos sobre los armarios altos de la cocina. No sé ni cómo pudo encaramarse en la encimera con un taburete además para alcanzarlos. Mi madre mide un metro y medio raso.

—Anda, bájate de ahí que te vas a dar un morrazo. —Decidí sustituirla—. Ya me encargo yo de los de arriba. Desde abajo ni se aprecia que están sucios. Si no llegas a limpiar uno, habría colado.

—No consiste en parecer limpia, hay que serlo.

—Mamá, ese dicho es al revés. —Lo sé de buena tinta, por culpa de John me he vuelto una experta en frases populares.

—Da igual. Tú frota y calla.

Y mi hermana y su prometido qué a gustito allí acurrucaditos en su puñetera casa. Encima que habían venido por ellos. Solo se acordaban de nosotros a la hora de cenar. Lo mismo que mis amigos, que apenas daban señales de vida.

Yo: ¿Te deja respirar tu loquesea? Escribir ya veo que no.

John: Se llama Anne y me deja hacer de todo menos escribirte.

Yo: ¿Y a las demás sí?

John: Sabe que no hay demás.

Yo: ¿Sabe o cree? No es lo mismo, Clark Kent.

John: Cree... Tú eres la única que sabe.

Yo: Si supiera más y creyera menos... descubriría que yo no soy una amenaza.

John: Mi español está perdiendo muelle, no compliques mi vida con tus juegos de palabras.

Yo: Lección 1 de recuperación de español: En esa expresión se dice fuelle, no muelle.

John: Tomo apunte.

Yo: ¿Le has hablado de (B)?

John: Corta ese rollo. ¿Cómo va la misión de alejamiento?

Yo: Fatal... Cada vez se me hace más difícil ignorarle.

John: ¿Y si dices que tienes novio?

Yo: Me da cosilla mentirle.

John: Como si alguna vez le contaste verdad.

Yo: A mi manera sí.

John: Abril, ¿te gusta ese tío?

Yo: Noooooo. ¿Cómo me va a gustar? Ni siquiera le he visto en persona.

John: Sure?

Yo: Sí.

John: Te dejo.

Yo: ¡La odio! Ojalá se entere de (B).

Lidia se ha aburrido de la pizzería y se ha metido en un bar de tapas. Dice que necesita tantear todos los estilos culinarios, que así empezaron los grandes. A este paso la perdemos. Espero que su año sabático se quede en eso, en un año. Y que recapacite y se venga a estudiar conmigo. No consigo encajar con nadie en la *uni*. En realidad creo que ni lo intento. No entiendo por qué razón aquí veo muy niñatos a los de mi curso, a la mayoría. Noto los

dos años que llevo de retraso más que en mi instituto. Observo a los de tercero y desearía no haber hecho tanto el gilipollas en secundaria. Además me estoy volviendo rarita. Por el campus me muevo como una ermitaña. Mi círculo social lo componen dos empollones a los que me he pegado como una lapa para que me pasen los apuntes si falto a clase. Me recuerdan a John en su versión Clark Kent, cuando yo no veía más allá de su apariencia. Solo que estos son aburridos y monotemáticos; salen del temario solamente para hablar de la partida que echaron la noche anterior en su videojuego online.

No sé si Lidia tendrá razón o quizás sea que quiero aferrarme a ello; dijo que, aunque mi intención al iniciar la conversación con Des fue descubrir qué se traía entre manos mi hermana, con el tiempo aquello quedó en un segundo plano, y que tal vez ahora seamos simplemente amigos. Quizás no haya nada de malo en que nos conozcamos. Pero una amistad cuya raíz está sujeta a una tremenda mentira ¿qué futuro tiene? Una amistad con alguien de nombre postizo, donde no puedo sincerarme por miedo a meter la pata. ¿Qué clase de amistad puede salir de ahí? Sin embargo, siendo totalmente sincera, en el fondo me apetece conservarla. El problema es cómo trasladarla del medio ficticio que rodea a la falsa Mónica, al mundo real de Abril; y sin herir sus sentimientos.

Yo: Llevas dos días seguidos con ese horrible escorpión, ¿es que no piensas cambiarlo?

Des: Lo siguiente será una selfie en gayumbos para que mi familia se quede tranquila y no crean que estoy compitiendo con el hombre más tatuado del mundo.

Yo: +1 por esa selfie.

Des: Vaya, vaya... primero desapareces y ahora vuelves guerrera.

Yo: Ha sido una etapa complicada de cambios, viajes... No me lo tomes en cuenta.

Des: No lo hago.

Yo: ¿Tú recuerdas cómo soy?

Des: ¿?

Yo: Me refiero a físicamente. No hemos vuelto a vernos desde aquel día. ¿No tienes una imagen difusa de mí? Porque yo sí.

Des: No. Te recuerdo perfectamente. Jamás olvido una cara.

«¡Mierda!».

Yo: Pues yo no te recuerdo bien.

Des: ¿Tratas de pedirme una cita o una foto?

«Joder».

Yo: Ni lo uno ni lo otro.

Des: ¿Por qué? ¿De qué tienes miedo? Podemos simplemente tomarnos algo, como dos amigos, igual que hacemos ahora mismo. Igual que la primera vez.

Yo: ¿La primera?

Des: Bueno, la única. Llámalo como quieras. Me refiero a antes de que pasara lo que pasó después. No tiene por qué repetirse.

Yo: Lo pensaré.

8

Quedan tres semanas para Navidad y estoy de los nervios por varios motivos, aparte de los estudios. El trabajo ha dejado de ser tan esporádico como esperaba y necesitaba que fuera. Tras el anuncio de El Corte Inglés, la agencia está llamándome constantemente y hasta he tenido que rechazar algunos de ellos. Mi hermana se lleva las manos a la cabeza cuando me escucha al teléfono y ve que es para otro nuevo. Dice que envidia mi suerte. Sé que no va en serio, a ella le encanta lo suyo y está jodida porque en unos cuantos meses no podrá dar el doscientos por cien, que es lo que le gusta dar.

En breve regreso a casa y veré a John. Será un golpe de aire fresco para esta vida enclaustrada que me he montado. A Lidia la tendré aquí en fin de año, pero ya puede olvidarse de lo del grupo de amigos. No sé de dónde sacarlos. Se me ha pasado por la cabeza presentarle a los dos frikis de los videojuegos, para que escarmiente y no vuelva a pedirme imposibles.

He toreado como he podido la propuesta de Des para quedar a tomar algo. Y, aunque no ha vuelto a mencionar el asunto, entre líneas queda patente ese encuentro. Lidia insiste en que le diga la verdad a Mónica, que terminará perdonándomelo en cuanto vea su reliquia recuperada. John, sin embargo, piensa que la mejor opción es dejarla al margen. Que es preferible hacer daño a un desconocido a herir los sentimientos de mi propia hermana. Y quizás tenga razón. Tal vez sea lo más apropiado. Pero ¿por qué me cuesta tanto dar ese paso? A eso también me respondió él: «Porque te gusta y sabes que, cuando descubra que no eres ella, pasará de ti igual que hizo tu querido Juancar». Bueno, intentó decirlo así más o menos. Los tiempos verbales siguen sin ser su fuerte. ¿Y cuándo dejó de ser aquel chico cortés para convertirse en semejante cizañero? La culpa fue mía por darle a entender que me gustaba más esta versión tocapelotas que la del correcto mojigato.

El sonido del teléfono me saca de mis pensamientos. Lo desenchufo del cargador y pulso responder. Es Lidia.

—¡La hostia! ¡Estás en la parada del autobús! —grita al instante, y casi

tengo que alejar el móvil de mi oreja para que no me perfora el tímpano.

—Pero ¿qué dices? Si estoy en mi habitación.

—¡Que apareces en un cartel enorme!

—Ahhh, ¿ya los han sacado? ¡No lo sabía!

—¡Ay, Dios! ¡Eres tú de verdad! ¡Está mirándome todo el mundo!

—No me extraña, si no paras de gritar.

—Ahora todos saben que esta pedazo de tía es mi amiga.

—Estás como una jodida regadera.

—¿Te han regalado ese vestido? ¡Lo quieroooooo!

—¿Cuál han puesto?

—Uno negro con un escotazo de infarto. ¿Llevas sujetador?

—¿Tú crees que existe sujetador para eso? Lo difícil fue que no se me salieran las domingas al caminar... No te lo recomiendo para fin de año, a no ser que te las ates con algún invento. Las mías son más discretitas.

—¡Lo quiero! Aunque tenga que pegarme los pezones con Loctite al vestido.

—Calla, por favor, ¡que me está dando una grima!

—Bueno, te dejo, que ya viene mi bus —se despide contenta—. ¡Hostia, aquí también te han plantado! ¡¡Es mi amiga, la tengo al teléfono!!

No puedo evitar la risa. ¡Qué ganas de verla, joder!

Hoy he entregado los diseños que me encargaron, a través de Fabio, y se han quedado con el primero, añadiendo algunos retoques. Sabía que les iba a gustar ese, aunque, por si acaso, me esmeré en sacar una segunda opción algo menos arriesgada. Ahora trabajo en la portada de un disco para la maqueta de un colega de John. Es una práctica no remunerada, pero muy interesante en la idea que piden. Mañana saldré con la bici a hacer unas fotos que necesito de algún local abandonado o taller. Quizás le pida a Mónica que me lleve al edificio donde hicimos el reportaje, en los alrededores me parece recordar que vi algo del estilo.

Esta noche celebramos algo. No sé qué es, pero me han pedido que no llegue tarde a la cena. Espero que no sea que me han visto paseando en el bus, al igual que Lidia, y que se trate de algo más interesante como que han encontrado piso y se largan. No es que me moleste vivir con ellos, lo cierto es que nos hemos acostumbrado a la convivencia, y con la ayuda de Ani mi hermana está mucho más relajada. Y yo también, la verdad, por no tener que volver a planchar sus camisas infernales. Encima no puede ver ni una arruga

minúscula. Ella se las deja niqueladas. Noto que necesito vivir a mi aire, me lo pide el cuerpo.

Lidia: Le he pasado a mi madre tu foto del bus por WhatsApp y se ha puesto a reenviarla en todos sus grupos, ¡lo siento! ¡No me mates! Te lo digo por si ahora te llega una avalancha de felicitaciones.

«¡La madre que las parió!».

Decido poner el móvil en silencio para no desconcentrarme más de los apuntes. Aunque, antes de soltarlo sobre la mesa, veo que entra uno que no tiene nada que ver con los anuncios.

Des: Hubiera preferido enterarme por ti. Pensaba que éramos amigos.

Yo: ¿?

Des: ¿No hay nada que quieras contarme?

«¡Joder, sí, muchas cosas! Pero no sé a qué te refieres exactamente y tampoco por dónde tirar».

Yo: ¿?

Des: ¿Intentas hacerte la sueca conmigo?

Yo: Es que no sé qué me estás preguntando.

Des: La pregunta es muy sencilla: ¿No hay nada que quieras contarme?

Yo: No, que yo sepa.

Des: Pues cuando lo sepas, escíbeme.

«Piensa, Abril, piensa... Será algo que le ha contado Begoña, fijo. ¿Qué le puede haber contado Begoña? Begoña es compañera de trabajo de Mónica... suelen salir juntas a comer... a tomar algo... ¡Mierda!».

Yo: ¿Que estoy embarazada?

Des: ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

Yo: No estarás pensando que el hijo es tuyo, ¿verdad?

Des: Ni se me ha pasado por la cabeza. A no ser que tú seas la Virgen María y yo el

Espíritu Santo.

«¡Ay, la virgen, que no lo hicieron! Y entonces ¿qué cojones pasó entre ellos? ¿Durmieron juntos?».

Yo: Te estaba vacilando para aflojar un poco el tono de la conversación.

Des: Tampoco me contaste que tenías pareja.

Yo: Hay tantas cosas de las que no hablamos...

Des: Pero llevamos suficiente tiempo haciéndolo como para que soltaras semejante bomba, y no me refiero solo al embarazo. ¿Qué buscas de mí?

Yo: Nada. Me escribiste tú, ¿recuerdas?

Des: Y no ignoraste mi mensaje.

Yo: ¿Debí ignorarlo?

Des: Pues tal vez, si no jugábamos en igualdad de condiciones.

Yo: Así es la vida. No todos tenemos la mismas cartas.

Des: Salvo que tú eres quien se guarda los ases bajo la manga.

Yo: ¿Y ahora qué?

Des: Dímelo tú. Eres la que hace trampas.

Yo: Pero no quiero hacerlas, son las circunstancias.

Des: El problema es que ahora no me fío de ti. Empiezo a pensar que quizás no fingías al ponerte lo de oveja con piel de lobo. ¡Y yo sin hacerte caso!

Yo: ¡Pillada!

Des: ¿Algo más que deba saber? Dilo ahora o calla para siempre.

Yo: Sí, que no soy Mónica y que jamás nos hemos visto.

Des: Qué graciosa...

«Joder, encima ni me cree».

Yo: ¡¡¡Lo digo en serio!!!

Des: Vete a vacilar a otro.

«Bueno, que conste que lo he intentado».

Yo: A cambio de ese dato que te he ocultado, te regalo otro que es verdadero: tengo una hermana.

Des: Dime otra cosa que aún no sepa.

Yo: El tatuaje del caballito no estaba aquella noche en tu cama.

Des: ¿Te lo hiciste después?

Yo: Nada de preguntas. ¡Te toca!

Des: Ah, pero ¿esto lleva truco? ¡Paso!

Yo: Si pasas no vuelvo a escribirte. ¿Es lo que quieres?

Des: Escondí tu broche en el cajón de la mesilla para tener la excusa de volver a vernos.

Yo: ¿¡Serás tramposo!?

Des: Cada cual utiliza las armas que tiene a mano.

Yo: Lo primero que hago nada más levantarme es mirar qué tatuaje llevas.

Des: Lo último que hago antes de acostarme es buscar el que colgaré al día siguiente.

Yo: No sé tu nombre.

Des: No lo dirás en serio, ¿no?

Yo: ¡Te lo juro!

Des: Eso es imposible.

Yo: Soy un desastre para recordar las caras y los nombres. De la tuya tampoco me acuerdo, ya te lo dije.

Des: ¿En serio lo has olvidado? No sé si quiero seguir con esta conversación, vamos de mal a peor.

Yo: Era... a veerr... esto... esto...

Des: No pienso decírtelo. O lo recuerdas por tu cuenta o nada. Y cuídate de no preguntarle a Begoña, me enteraría.

Yo: Otra que no sabes: Mi abuela no me regaló a mí ese pasador que tú llamas broche, pertenece a mi hermana.

Des: ¿Y sabe que lo tengo yo?

Yo: No valen preguntas, ¡solo respuestas!

Des: Cuando leí tu historia del caballito, quise meterme en la piel del que tiene el otro que dibujaste.

«¿A este tío no le importa que tenga pareja y esté embarazada?».

Yo: ¿Ahora también o ha cambiado el asunto tras el bombazo?

Des: ¡¡Solo respuestas!!

Yo: A pesar de todo lo que sé y de lo que no sabes, me alegro de que escondieras el pasador de mi hermana.

Des: A pesar de todo lo que sé y de lo que no recuerdas, no me arrepiento de haberme puesto “sopa de fideos con pollo” en chino para que siguieras escribiéndome.

—¡Abril! —escucho a Mónica a través de la puerta—. ¡Estamos preparando la cena! No vayas a ponerte ahora en plan diva porque aparezcas en todas las puñeteras marquesinas de los autobuses. ¡Pon la mesa!

—¡Voooooy!

Yo: Vamos a preparar la cena. Ya hablamos.

Des: Estoy pensando en bautizarte Pandora. Ese último “y de lo que no sabes” me preocupa.

Des: ¡Y mucho!

Yo: Y haces bien en preocuparte... oveja en piel de lobo... lobo en piel de oveja... Ya veremos qué te encuentras.

La mesa ya está lista, no entiendo a qué venía tanta prisa ni lo de llamarme para ponerla. Han organizado un festín digno de un gran brindis. Me pregunto qué carajo estarán tramando con tanta miradita cómplice. Fabio y yo llevamos toda la semana descojonándonos de Mónica porque le apetecen bocatas de chorizo, salchichón, jamón serrano y embutidos varios que no puede comer por la toxoplasmosis. Justo lo que antes ni miraba de lejos,

ahora le hace ojitos. Está empezando a coger kilos y se pone rabiosa cuando compara mi trasero con el suyo. Mi cuñado, en cambio, se la come con los ojos. Nunca le había visto tan entregado y mimoso.

Se ha convertido en mi relaciones públicas y no para de compartir el enlace a mi página web donde cuelgo todos los trabajillos que voy haciendo. Lo cierto es que, a lo tonto, me están saliendo cosillas. La mayoría gratis, pero por algo se empieza. Además, toda esa toma de contacto con el mundo real, fuera de los proyectos académicos, sirven para la práctica.

Hay dos asignaturas que se me han quedado atragantadas, aunque ya las iré sacando. No me puedo exigir mucho más, han sido unos meses muy movidos compaginando los estudios con el trabajo. Apenas le he dedicado tiempo al ocio ni a las salidas nocturnas. No doy crédito. Con lo que yo he sido... Siempre de las últimas en regresar a casa.

John: Vaya, vaya... Envolveré mi cuaderno de clase cuando imprima el catálogo que llegó a mi WhatsApp.

Yo: Por mí como si empapelas el interior de la puerta de tu cuarto de baño.

John: ¿Sigues enfadada conmigo?

Yo: No soporto a los que se echan pareja y se olvidan de los amigos.

John: No olvido. Pero tú eres una fuente insuficiente de energía, Abril.

Yo: Se dice inagotable, John, no empieces con las rimas.

John: ¿Lo ves? Hasta enfadada tienes la energía para corregir.

Yo: ¿Cuántos días estarás en casa por Navidad?

John: Solo cuatro. Tras Nochebuena regreso.

Yo: ¡Qué pena! Tengo invitaciones para una fiesta a la que iré con Lidia en Nochevieja. Será una pasada. ¿No puedes estirarlo un poco más y te quedas con nosotras en casa? Nos la van a dejar libre.

John: Le prometí a Sharon celebrar juntos fin de año. Sorry!

Yo: ¿Quién cojones es Sharon?

John: ¿No te conté? Anne y yo rompimos.

Yo: ¿Por qué? ¡Ya le había cogido cariño!

John: ¡Pero si la odiabas!

Yo: El roce hace el cariño.

John: Te gustará Sharon. Me recuerda a ti.

Yo: ¡La odio!

John: Ella a ti más. Ve tus fotos.

Yo: Me alegra saberlo. Seremos grandes enemigas. No la traerás por Navidad, ¿no?

John: Me tienta...

Yo: Pues que tenga cuidado de no perder de vista su vaso, sé de un laxante muy potente que...

John: No me preocupas. Seguro que Juancar te tenía entretenida. Las hay que no aprenden lecciones.

Yo: Es tendrá... Igual que las palabras que vas a tragarte cuando nos veamos.

John: ¡Tengo unas ganas!

Yo: No más que yo.

—Bueno, cuando la marquesita deje el dichoso telefonito empezamos, ¿no?

—Ya lo deeejeo, tranquila. Era John, hacía un siglo que no hablábamos.

—Sí, si no es John es Lidia o el otro o el de más allá.

—¡Joder, eres clavadita a tu madre!

Dejo el móvil sobre la mesa baja que está frente a la televisión y me siento en una silla en la zona del comedor, donde ellos ya están esperándome. Bastante ansiosos por lo que veo. Es la primera cena que hacemos fuera de la cocina.

—Venga, ya estoy lista. ¡Qué celebramos! ¿Voy a necesitar un whisky doble?

—¿No notas nada? —pregunta Fabio.

Los miro fijamente, deteniéndome en sus dedos para ver si encuentro una alianza, por si la noticia es que se les ha ocurrido casarse por su cuenta y sin

invitar a nadie. Pero no.

—No noto nada fuera de lugar.

—¡Mira la mesa! —insiste ella, se la ve entusiasmada con el juego de las adivinanzas.

—Sí, muy chula —respondo. Tenemos un plato con varios tipos de queso y pan integral, no vaya a ser que con el otro le crezca un centímetro más el trasero; salmón marinado con eneldo, ¿eso no está crudo?; ensalada, cómo iba a faltar...; pulpito a la gallega, por fin algo decente a lo que agarrarme; y todo ello sobre un mantel monísimo con sus servilletas a juego, recién salido del armario de Barbie repostera, en color rosita con sus bordaditos. ¡Espera un momento! Mónica odia el color rosa...

—¡Ay, madre, que va a ser niña! ¿Va a ser niña?

—¡Sííí!

Nos fundimos en un abrazo colectivo y veo a mi hermana emocionada. Ahora sí parece una embarazada de las de verdad, de las que disfrutan del cambio que se aproxima.

—¡Tenemos que buscarle un nombre! Bueno, tenéis... —rectifico algo cortada, tomando asiento de nuevo. No quiero acaparar una decisión que no me corresponde.

—Sí, nos tienes que ayudar a decidirnos. El que más nos gusta es el tuyo y te lo queríamos consultar —agrega Fabio.

—¿El mío? ¿Le vais a poner un nombre de mes? Mira que los niños luego son muy gilipollas y empiezan con las tonterías de Abril y Mayo, te podían haber puesto Maya o Junia... y todas esas estupideces.

—¿A ti te afectó? —se interesa ella.

—No, para nada.

—Pues listo —agrega, acariciándose la barriga, que ya anuncia su presencia bajo su blusa—. A finales de mayo llegará la pequeña Abril.

9

He pensado que debo intentar recuperar el pasador de Mónica de alguna forma. Estoy convencida de que era eso lo que buscaba aquel día, cuando la encontré revolviendo cajones. Tal vez no tenga ni idea de que se lo dejó en la casa de su amigo. Aunque, por otro lado, podría ser una solución viable decirle en un mensaje que voy a enviar a mi hermana Abril a recogerlo y presentarme en persona. Y no sería una mentira del todo. Después lo dejo guardado en algún cajón y finjo haberlo encontrado en un momento que me parezca oportuno, cuando ella esté delante. La pega es que no sabe que estoy al tanto de su pérdida... Joder, ¿de verdad es tan complicado cometer un delito sin dejar cabos sueltos?

Yo: La gata de una compañera se ha puesto regordeta y se pregunta si será la dieta o si habrá hecho de las suyas por ahí con un gato callejero... ¿Te importaría darme la dirección de tu clínica para que te la lleve?

Des: ¿La de Begoña otra vez? Le insistí en que era mejor operarla.

Yo: No, no, ya sé que ella te lleva a la suya. Es una amiga que no conoces.

Des: Claro, sin problema. Te envió la localización.

Yo: Bueno, de todos modos no sé qué hará al final. Quizás le pille demasiado lejos, vive en las afueras. Pero se la daré de todos modos.

Estudio la dirección detenidamente con Google Maps y veo que está algo alejada de donde vivo. Aunque calculo que será una media hora en bicicleta más o menos. Me enfundo unos vaqueros y decido pasarme por allí, a curiosear solamente. No pretendo presentarme así por las buenas. Una toma de contacto para estudiar el asunto de cerca.

Cuando llego a la puerta de la clínica, la encuentro cerrada. Bajo de la bici y cotilleo por el escaparate haciéndome visera con ambas manos. En realidad

no sé qué busco ni qué espero encontrar.

—¡Hola! ¿Querías algo? —oigo a mi espalda—. He salido un momento a sacar a los perros.

Al darme la vuelta encuentro a un tío que me resulta familiar. Es bastante alto, con el pelo castaño claro y unos ojos de un color que no sabría definir entre verde y miel. De la foto que vi en el perfil inicial de su WhatsApp, creo que es el que llevaba los vaqueros rotos, y no el que identifiqué como del estilo clásico que le gustaría a mi hermana. Vamos, que no tiene nada que ver con Fabio. En absoluto. Nada.

—No. Bueno, sí... quería... quería comida para peces —resuelvo acelerada. Es lo primero que pasa por mi cabeza al recordar que he visto sacos de alimento y algunas latas en una estantería, a través del cristal.

—No tengo.

—Vale, gracias.

Subo a la bicicleta un poco azorada por el encontronazo, la verdad. Antes de ponerme en marcha, vuelve a dirigirse a mí.

—Hay una tienda de mascotas cerca de aquí, en un centro comercial. Bajas por esta misma calle y, tras la segunda rotonda, giras a la derecha y lo encontrarás de frente. Es que solo vendo para gatos, perros y quizás quede alguna caja de alpiste de canario —me informa, abriendo la puerta. Los perros no parece que quieran entrar y se hacen los remolones.

—¡Menuda manada tienes! —le digo, acariciando la cabeza de uno de los flacos que se ha acercado a olisquear el pedal, o la suela de mi zapatilla. Espero no haber pisado una cagada.

—No son todos míos, solo este. —Se refiere al más cabezón de los tres—. Los galgos son de un cliente. Suelo cuidárselos si salen de viaje.

—El tuyo es un bóxer, ¿no? —No es que entienda mucho de razas, pero la vecina de enfrente de mis padres tuvo uno idéntico cuando era pequeña. Solía pedirselo para jugar con él y sacarlo a pasear, y me llevaba casi volando tras la correa.

—Sí, es un bóxer.

—¿Cómo se llama?

—Max.

—Anda, mira, como el de la serie del perro policía.

—¿Te refieres a Rex? —responde riendo. Y al hacerlo se le achinan bastante los ojos y toman protagonismo sus dientes.

—Ah, es verdad. —Noto que me he puesto roja.

—Tu cara me resulta familiar —dice de pronto—. ¿No nos conocemos de algo?

«¡Hostias! No le enseñaría Mónica una foto mía, ¿no? ¿A cuento de qué iba a enseñársela? Tranquila, Abril. Eso es imposible».

—No... —respondo, dejando un pequeño margen de duda y buscando cómo salir airosa si consigue descubrirme—. No que yo sepa. A mí tú no me suenas de nada.

—Pues juraría que te he visto en alguna parte. Nunca olvido una cara.

—Ahhh, claro, sí... —Respiro aliviada—. Puede que te suene de algún anuncio. Es que soy modelo. Tal vez me hayas visto en alguna parada de autobús o en el catálogo de Navidad de El Corte Inglés.

—¡Qué curioso! Podría ser, ahora que lo dices. Bueno, espero que encuentres el centro comercial. No tiene pérdida. ¿Qué tipo de peces tienes?

—Pues... pececillos de esos de pecera.

—Ya imagino. No van a ser pececillos de gallinero. —Suelta una carcajada sonora—. Me refería a si son tropicales o de agua dulce y esas cosas.

—Salada, creo.

—¿Crees?

—A ver, me los acaban de regalar y la verdad es que no tengo mucha idea.

—Pero eso tendrías que haberlo averiguado en primer lugar, para saber si son carnívoros o no. Además, los peces son muy delicados y sensibles a los cambios de temperatura y agua.

—Bueno, en realidad solo es uno. Es como Nemo, el de la película.

—Ah, es un pez payaso. Son de mantenimiento sencillo. Aunque tropicales, pregunta en la tienda sobre la temperatura adecuada. Imagino que tendrás un calentador en tu acuario, ¿no?

—No, me lo han traído en una bolsa.

—¿Lo tienes en una bolsa? Cuando llegues estará panza arriba.

—No, lo he metido en un jarrón de cristal.

—Entonces confío en que tengas una buena calefacción en tu casa, porque como no te des prisa... Necesitas un acuario y un calentador.

—Ah, vale, entendido. Gracias por tu ayuda. Preguntaré también en la tienda si tienen acuarios.

«A ver si me deja ya irme de una puñetera vez».

—¿Vives por aquí? —insiste, cuando ya estoy a punto de ponerme a

pedalear.

—Sí, no muy lejos —miento, claro.

—Es que con la bicicleta te va a resultar imposible transportarlo. Mira, vamos a hacer una cosa. Yo iba a salir ahora a comer. Si quieres deja aquí dentro la bici, te acompaño a la tienda, te ayudo a transportar el acuario y luego venimos a recogerla.

—No, no, de verdad, no te preocupes. Voy a casa primero a dejar la bicicleta y después me paso por la tienda de mascotas.

—¡Pero van a cerrar! —Gira la muñeca y consulta la hora en su reloj—. Y ese Nemo tuyo tiene las horas contadas. No es ninguna molestia para mí, suelo almorzar en una cafetería que está justo al lado.

—Bueno... vale. Si no voy a estropear los planes, no hay más que hablar —termino aceptando, y cruzo los dedos rezando por que no vendan acuarios ni comida de peces o que esté cerrado.

Deja a los perros en una especie de sala con una pila grande, un par de jaulas vacías y unas colchonetas en el suelo donde los galgos ya se han instalado tras ventilarse un cuenco de agua. Hay dos comederos. Los carga de bolitas de pienso y rellena otro recipiente más para que beban. Me indica que deje la bici en una especie de oficina, y salimos a la calle.

—Por cierto, mi nombre es Julio —confirma tras echar el cierre, con un tono despreocupado y agradable.

—Anda, mira por dónde... ¡A ti también te pusieron un nombre de mes! —le digo encantada por la curiosidad del detalle—. El mío es Abril.

—Es verdad, qué coincidencia.

Se me hace raro saber su nombre real y tenerle delante al mismo tiempo. No me parece él. O al menos no la idea que tenía de él. Le había imaginado siempre con aspecto serio, como el de la foto, con su peinado clásico y su polito de marca. Julio lleva el pelo con un corte de esos que parece alborotado, o recién levantado, pero que en realidad es un desaliño estudiado.

—¿Entonces eres modelo?

Caminamos ya calle abajo, por donde me había indicado al principio.

—Sí, aunque solo provisionalmente hasta que acabe mis estudios.

—¿Y qué estudias? Si no es mucho preguntar.

—Diseño gráfico.

—Suena interesante.

—Sí, me encanta. Ya hacía cosillas antes de entrar en la uni.

—¿Y cómo te metiste en el mundo de la moda?

—Fue una tontería que se me ocurrió de pequeña. Me daba por probarme todo lo que pillaba, con los morros pintados frente al espejo, y me empeciné en que me apuntaran en una agencia. En realidad es más aburrido de lo que parece desde fuera, pero da para sacarse un dinerillo y me paga los estudios. Así no dependo tanto de mis padres.

—Ahora a la derecha —indica, antes de cruzar un semáforo.

—Vaya jaleo es esto de tener una mascota, si lo llego a saber... —me quejo, por decir algo. La verdad es que la situación me resulta bastante incómoda.

—Si te lo han regalado, no podías hacer otra cosa que quedártelo. ¿Quién te lo dio?

—Un amigo que está muy loco.

—¿Por algo especial o así por que sí?

—Por el placer de complicarme la vida, por lo que veo —afirmo riéndome de mi propia actuación. Al final cambio las fotos por el cine a este paso.

—Mira, ese es el centro comercial —anuncia, cuando llegamos a la segunda rotonda.

—Ah, pues sí que era fácil encontrarlo.

—¿Has tenido otras mascotas?

—No, nunca me han dejado tener animales en casa. Ahora que vivo sola, yo decido.

—Bueno, tú... o quien te lo ha endosado —lo afirma en un tono que desprende cierto aire de suficiencia—. A ver cuánto te dura el bichejo.

—En el fondo piensas que no tengo pinta de saber cuidarlo, ¿verdad?

—Si te soy sincero: no le auguro ni tres días a tu pequeño Nemo.

—¿Por qué opinas eso? —protesto con un reflejo de indignación—. Antes has dicho que eran sencillos de cuidar.

—Lo has metido en un jarrón, ¿qué esperas que piense después de eso? —se ríe abiertamente—. Confío en que al menos no lo hayas llenado de agua hasta el borde, o que le hayas colocado un libro como tapa encima. Puedo verlo ya agonizando en lo alto de la mesa.

—Para ser veterinario, te veo con muy poca sensibilidad hacia mi pobre pececillo.

—En serio, ¿tú no lo oyes? Está diciendo: Abril, por qué un jarrón, por quééé.

—¡Has puesto la voz del padrino! —me río al escucharlo y recuerdo enseguida lo de su otra profesión—. Serías un buen actor.

—No vas mal encaminada. Mientras que a ti te daba por probarte ropa, en tus delirios infantiles, a mí fue por imitar voces y programas de la tele. Pero al final terminé de veterinario.

—La verdad es que no tiene nada que ver lo uno con otro. Aunque no tienes pinta de veterinario tampoco.

—¿Ah no? —Ha vuelto a reírse con una carcajada sonora de esas contagiosas—. ¿Y qué aspecto tienen los veterinarios?

—No lo sé, pero el tuyo no. Pareces más un... ¿a ver que te examine? —Me planto delante y paramos de caminar unos instantes—. Te pegaría ser fotógrafo o cámara o cualquier cosa que implique observar.

—Eso suena a rollo voyeur —afirma riendo—. Mira, esa es la tienda.

Ya hemos entrado en el edificio y va dirigiéndome por los pasillos mientras hablamos. El local al que se refiere está abierto, por desgracia. Se dirige directamente a la dependienta. Al parecer se conocen. Tal vez le hayan llevado algún animal pachucho. Entre los dos me organizan un kit completo con lo que creen que necesito para mi Nemo inexistente. Acepto sin objeciones. No quiero parecer una mala cuidadora de peces. Cuando salimos del establecimiento, vamos cargados con una caja que contiene un acuario de 20 litros, un calentador de agua, *salinizadores*, adornos y piedrecitas decorativas para el fondo, una anémona que por lo visto es imprescindible en la vida de un pez payaso, y no sé cuantos cachivaches más. Todo menos el inquilino de la morada.

Él lleva la caja con la pecera, y yo un par de bolsas con el resto de utensilios.

—Pues nada...—trato de despedirme, ya en la calle. Confío en que no insista en acompañarme a casa y descubra que vivo a cuarenta y ocho minutos en bici y, lo que es peor, que no existe Nemo—. He pensado que voy a pillar un taxi y esta tarde me pasaré a recoger la bicicleta. Si no te importa cuidármela por unas horas.

—Claro que no. Yo te la guardo sin problema. ¿Quieres que te ayude a buscar el taxi?

—No, tranquilo. No quiero acaparar también tu hora de la comida. Bastante me has ayudado. Además, mira, pasan muchos por aquí.

—Sí, creo que junto a la puerta principal hay una parada, aquí tal vez no se

paren —informa, pasándome la maldita caja—. A ver cómo te encuentras a Nemo cuando llegues. No desembales nada y, si al final la ha palmado, lo devuelves todo.

—¡Genial, es una buena idea! —Y lo mejor que ha dicho en toda la jornada. Espero que no haya notado mi entusiasmo y piense que me alegra la muerte del pobre pececillo.

—Bueno, hasta la tarde.

—Y muchas gracias por todo. De verdad.

—¿Te parece bien que intercambiamos los teléfonos? Por si vienes y no me pillas en la clínica.

—Sí, claro.

En ese instante caigo en la cuenta de que no puedo darle el mío. Así que en lugar de sacarlo del bolso, cojo mi cuaderno de dibujo y un bolígrafo para anotar el suyo.

—Dame el tuyo y lo apunto. Yo no tengo móvil.

—¿Eres una viajera del tiempo pasado? —pregunta riendo, antes de recitar su número que anoto en una esquina de la contraportada.

—No, pero se me cayó al agua y lo he llevado a reparar. No sé si tendré que hacerme con uno nuevo.

—Ya me parecía extraño, no pareces una de esas *antitecnológicas*.

—Hoy es imposible vivir sin ellos. Pues nada, debo irme ya.

—Encantado, Abril. Llámame antes de pasarte para estar pendiente de no sacar a los perros justo en ese momento. ¿Todavía existen cabinas de teléfono? —va relatando a la vez que camina de espaldas, ya alejándose por fin.

—¡Juraría que sí! —respondo.

En cuanto le pierdo de vista, agarro la caja y las bolsas, que he dejado en el suelo, y regreso a la tienda de mascotas a devolver el equipo. Pero tal y como había vaticinado él antes, ya la han cerrado. ¡Me cago en la leche que lo han dado! Tendré que venir otro día.

Salgo del centro comercial y justo a la vuelta de la esquina veo la parada de taxis. En qué maldita hora se me ocurriría acercarme a merodear por la clínica. Encima ya he perdido la opción de enviarme a recuperar el broche de parte de Mónica.

Tras pagar la carrera del taxi, rezo para que mi hermana no se encuentre en casa y sea de esos días aleatorios que se queda a comer en el trabajo. Pero mis ruegos no sirven de nada, justo encuentro a la parejita esperando el ascensor. Me miran con asombro al verme aparecer tan cargada.

—¿Se puede saber qué traes ahí? —pregunta ella, ahorrándose el saludo.

—Es un regalo de Navidad adelantado.

—¿Una pecera?

Fabio me la quita de los brazos, ¡gracias a Dios! Se abren las puertas del ascensor y subimos.

—Sí, eso parece. Pero tranquila, voy a devolverlo mañana. Cambiaré el regalo por otra cosa.

—¿Y quién te ha regalado semejante gilipollez?

—Mmm... John.

—¿El que vive en Londres?

—Ese mismo.

—¿Ha venido?

—¿En algún momento vas a dejar el interrogatorio?

Dejo todo el material sobre el escritorio y compruebo si el teléfono que me ha dado Julio es el que yo tengo de Des; aún cabe la posibilidad de que haya dos veterinarios en la clínica y esté dando por hecho que es el mismo. Pero sí, es él. Aprovecho y cambio lo de Des por su nombre real en la agenda de contactos. Me resulta extraño hacerlo, es como si en realidad lo estuviera sustituyendo por otro individuo distinto. Al ratito suena el pitido de un mensaje nuevo.

Julio: Hoy ha venido una chica a la clínica preguntando por comida para un pez que ha metido en un jarrón, ¿te lo puedes creer?

«¡Qué malvado! Lo está utilizando como excusa para hablar con mi hermana y, encima, adornándolo a su manera».

Yo: ¿Y qué tiene de malo un jarrón? A lo mejor es inmenso de esos tipo tinaja y es más feliz el pececillo que en un acuario de esos cuadrados y aburridos... Veo que eres de juzgar precipitadamente a las personas.

Julio: Solo me ha parecido curioso. De todos modos la he acompañado a comprar uno en condiciones.

Yo: ¿En serio? Esa reacción sí que es curiosa. ¿Intentabas ligártela?

Julio: ¡Qué dices! ¡Ni de coña! No es mi tipo.

Yo: ¿Por qué? ¿Tan horrible era?

Julio: No, en realidad es una chica guapa. Pero una criada de diecitantos. Me extrañaría que rozara los veinte.

«¡Qué dice este! ¡Si ya casi tengo veintiuno!».

Yo: Entonces seguro que tú a ella le has parecido un vejstorio. Esas cosas suelen ser recíprocas, como lo de caerse mal a simple vista. ¿Te ha caído mal?

Julio: No. Parecía simpática. Aunque un poco chifladilla. Incluso creo que se ha inventado lo del pez. Además, ha dicho que se le había roto el teléfono y en la tienda lo ha sacado para buscar la cartera. No sé si se le habrá pasado por la cabeza que podría acosarla telefónicamente o qué. Sin embargo, luego me ha dejado su bicicleta en prenda, ¡sin conocernos de nada!

«¡Mierda! ¿Saqué el móvil? ¿Cómo que en prenda? Pero ¿de qué va?».

Yo: Pues por muy criada que te haya parecido, a mí me da que es una tía lista y que te ha calado a la primera con lo del acoso telefónico. Y a las pruebas me remito... Sopa-de-fideos-con-pollo.

Julio: Ja, ja. Estás graciosa hoy. Te mantendré al tanto de la historia en el próximo capítulo. Me apuesto el cuello a que no existe el pez.

«¿Será imbécil? ¿Pretende reírse de mí a mi costa y conmigo misma? Esto es surrealista ya... ¿A que se come la bici?».

Yo: No me interesan tus historias con otras mujeres. Puedes ahorrarte los siguientes capítulos.

Julio: Ay, el ego femenino...

Yo: No es por ella, que incluso me ha caído bien. Pero me parece de mal gusto que hayas aprovechado para juzgarla en cuanto se ha dado la vuelta.

Julio: Bueno, vale, tal vez no he estado muy fino. Se lo compensaré cuando venga a recoger la bici. ¿Contenta?

Yo: ¡Mucho! Invítala a cenar.

Julio: ¿¿¿Qué???

Yo: Es lo menos que se merece esa pobre chica por haber aguantado tus impertinencias.

Julio: Oye, que en su presencia he sido correcto.

Yo: Pues en tu conciencia deberías estar arrepentido.

Julio: Podría llevarla a aquel sitio donde nos conocimos. Se cenaba bien, ¿verdad? Espero que se ponga un vestido rojo tan impresionante como el tuyo. Aún sigo sin hipo.

«¿Rojo? Tengo que revisar el armario de Mónica».

Yo: Me parece una elección acertada, la del restaurante. Y ojo con robarle las joyas que deje en tu mesilla, que nos conocemos...

Julio: Sí, qué coñazo... Tendría que volver a repetir lo de los tatuajes con mensajes absurdos en chino. Eso sí, esta vez lo revisaré todo a fondo y con lupa en vivo. No quiero sorpresas de última hora con fotos tentadoras.

Yo: Apuesto a que ahora lo haces todo el tiempo. Cuando vas por la calle, en el metro... te fijas en los tatuajes que lleva la gente.

Julio: ¿Me espías por un agujero?

Yo: Si tú supieras... Soy el ojo de Sauron.

Por la tarde decido arreglarme para ir a buscar mi bici. Bueno, más que arreglarme, lo que hago es todo lo contrario. Mi look parece salido de una serie de Disney Channel. He recogido mi pelo en una trenza a cada lado con cintas de colores, llevo una sudadera con brillitos infantiles, dibujando un corazón, y unas zapatillas plateadas de cordones que me regalaron en una sesión de fotos. Lastima que en el chino de abajo ya no les quedaran las que se iluminan con lucecitas al caminar. Voy a cara lavada y con un tono rosa en los labios. Mi aspecto en el espejo muestra a una Abril de regreso a la época del instituto. Hubiera sido ideal tener a mano una falda de tablas, en plan uniforme escolar.

—¿Me prestas tu *bomber* turquesa? —le pido a Mónica, asomando medio cuerpo por la puerta del salón.

—Iba a traerte una, ¿no decías que era una cursilada de chaqueta de instituto americano cuando te envié la foto?

—Y lo sigo pensando, pero pega con lo que llevo.

Me mira de arriba abajo.

—Menudas pintas con esas trenzas... Si te las enroscas en las orejas puedes disfrazarte también de la princesa Leia.

—¿Vas a dejármela o qué?

—Sí, cógela, está en mi armario.

Aprovecho y curioso su repertorio de vestidos. Busco el rojo ese al que ha hecho referencia en sus mensajes. Veo solo uno en ese color, de cuello barco, pero no resulta tan despampanante como para haberle quitado el hipo. Quizás se deshizo de él para eliminar todas las pruebas. Conociéndola...

—Gracias —le digo, asomándome de nuevo al salón—. ¡Hasta luego!

—Oye, una cosa, ¿te han robado la bicicleta? No la he visto en la terraza ni en el garaje.

—La dejé en casa de un amigo con el que estudio. Ahora iba a buscarla.

—Ah, vale, ¡qué susto!

Me presento en la clínica sin llamar ni nada. Entro y veo que la sala de espera parece el camarote de los hermanos Marx. En realidad solo hay cuatro personas con sus respectivas mascotas, pero como están hablando de pie y los perros no paran de moverse y olisquearse en cadena, incluidos los tres que ya habitaban el lugar, da la impresión de que está abarrotada.

Cuando Julio sale a despedir al gato que estaba atendiendo, me pide que espere un ratito. Le digo que puedo coger la bicicleta y marcharme, sin necesidad de entorpecer su trabajo, además acabo de verla tras él. Pero me ignora por completo e insiste en que será solo un momento. Mentira. Uno tras otro los va atendiendo a todos menos a mí. Al final me tiene allí plantada cuarenta minutos de reloj.

Al quedamos solos, saca mi bici y me hago con ella.

—Siento que te la hayas tenido que tragar ahí toda la tarde pasando la consulta. —Cada día se me da mejor mentir, me lo he creído hasta yo.

—Ah, no, tranquila, no te preocupes. Hay mucho espacio. Perdona que no haya podido atenderte antes, no quería que te marcharas sin preguntarte que tal te ha ido.

—¿En qué?

—Con la instalación del acuario, ¿te ha resultado complicado?

Por un instante me planteo decirle que ha muerto y que voy a devolver el

equipo. Sin embargo, me repatea que luego vaya a escribirle a mi hermana para decirle que, tal y como imaginaba, el pez no existe.

—Sí, genial. Lo instalé todo como me explicó la chica y Nemo está en su salsa.

—Si te soy sincero, pensé que no te lo ibas a encontrar vivo. Lo primero que suele hacer la gente, cuando le regalan uno, es llenar un recipiente con agua del grifo y echarlo dentro; sin pensar en la temperatura ni la salinidad.

«¡Qué mentiroso! Si fueras sincero, dirías que pensabas que ni siquiera existe Nemo».

—Bueno, yo lo de la temperatura no lo sabía, pero utilicé solo el agua que venía en la bolsa. Pensaba preguntarlo en la tienda al comprar la comida, que me pareció lo más inmediato.

«¡Chúpate esa, listillo!».

—Pues hiciste lo correcto. Me alegro de que haya ido bien —agrega, cogiendo a Max y a los otros dos perros con los que iba por la mañana. Engancha sus respectivas correas.

—¿Vas a sacarlos ahora?

—Sí, ¿te apetece acompañarnos? Es un paseo muy agradable, vamos a un parque que está justo aquí detrás.

—Vale, no tenía ningún plan.

Vuelvo a dejar la bici en el mismo sitio y salimos. Lleva la correa de Max en una mano y a los dos galgos de la otra.

—¿Quieres que te coja a alguno?

—Mejor no, son un poco bestias tirando. Los llevo equilibrados. Luego a la vuelta vienen más tranquilos.

—¿Se quedan a dormir en la clínica?

—¡No, pobres! Me los llevo a casa. El fin de semana saldré con ellos al campo para que desfoguen un poco. El lunes regresan los dueños de Botón y Canela.

—Es verdad, esa mancha parece un botón; y Canela será por el color, imagino. ¿Les pegan sus nombres? ¿Max tiene algún significado?

—No así de característico. La bóxer de un amigo tuvo dos crías y los bautizó como Mad y Max. No quise cambiárselo. Por cierto, ¿cómo has llamado al pez?

—Nemo. Ya no cabía otro.

—Lástima que no tengas teléfono, me habría gustado recibir una foto del

pobre Nemo dando vueltas en círculo por su jarrón.

«Sí, espérala sentado».

—Bueno, en realidad sí tengo, pero no suelo darle mi número a cualquier desconocido de buenas a primeras.

—¿Me tienes en cuarentena o algo parecido?

—Exacto.

—Chica lista.

He de reconocer que ha estado bien la salida al parque con Julio. Aunque prefiero el mío, no sé si por el estanque o porque los árboles son más frondosos y los aligustres que lo rodean guardan rincones que te protegen de la curiosidad de los transeúntes, si te apetece aislarte del mundo por unas horas. Le he dado la ubicación y ya lo conocía. Por lo visto no queda muy lejos de allí. Yo no lo tengo tan claro, se me hace mucho más corto el camino al otro. Los casi cincuenta minutos de esta mañana han sido un infierno callejeando. Y además me he perdido un par de veces.

Al final he tenido que volver a casa en metro y se ha quedado otra vez con la bicicleta en custodia. Se puso a diluviar en cuanto la saqué por la puerta. Por lo menos pude persuadirle en su empeño de acercarme. Inventé que había quedado con unas amigas y me pillaba mejor el metro. Esto va de mal a peor. Mi madeja de las mentiras está engrosando a marchas forzadas.

A la mañana siguiente, recibo un mensaje bastante curioso.

Julio: Vale, tú ganas. La chica del pez, aunque a simple vista parezca una criaja, se ve que tiene la cabeza amueblada. Sin embargo, todavía conservo mis dudas sobre lo del pez. Aun así la invité a cenar, como me pediste. Después, en casa, no pude robarle ninguna joya, la única opción que traía eran dos lazos en el pelo. Hubiera sido demasiado cantoso y fetichista dejarla marchar con una trenza sí y otra no. Por lo demás, todo ok. Nada de tatuajes en su cuerpo, ni a simple vista ni desnuda.

«¿Será mentiroso y fantasma el tío? ¿Que me ha invitado a cenar dice? ¿Qué más quisieras haberme visto desnuda! ¿No se inventaría lo de mi hermana también? ¿De qué va este Julito?».

Yo: Espero que ella haya quedado igual de complacida que tú y no se haya marchado de madrugada furtivamente...

Julio: Noto cierta ironía en tus palabras. A ver si vas a ser tú más criaja que la chiquilla.

«¡Y dale con la chiquilla!».

Yo: ¿Le has preguntado la edad? A ver si ahora te ha dado por las jovencitas, ya que con las de tu edad no fun... digo, se fugan.

Julio: Sí, en Año Nuevo cumple 21. ¡Una cría, vamos! Aunque menos infantil que las que se van tatuando caballitos de mar con su parejita, por lo que veo.

Yo: Me voy a morder la lengua, me voy a morder la lengua...

Julio: Sí, muérdetela tú misma. Pero ¡cuidado!, no vayas a darte a la fuga en el intento.

«Vaya, vaya... de lo que se entera una sin buscarlo. Mónica te dejó colgado y con ganas, ¿no?».

Yo: Te noto... No sé cómo llamarlo... despech... Ay, no me sale, lo tengo en la punta de la lengua. ¿Estás seguro de que la cría estaba en su sitio cuando te has despertado? Porque cualquiera diría que se ha ¡FUGADO!

Julio: Convencido al cien por cien.

«Mentiroso...»

SEGUNDA PARTE

10

Acostumbrada ya al frío de la ciudad, el regreso a casa lo he sentido como si en realidad hubiera realizado un viaje estacional retrocediendo al otoño, o incluso un avance hacia la primavera. El pronóstico de la semana será soleado, y, aunque no tengo narices a meterme en el agua, estoy disfrutando como un lagarto al sol sobre la arena de la playa, absorbiendo cada rayo que se cruza en mi camino. Incluso me he plantado el bikini. Esto sí que es vida. No era consciente de hasta qué punto he añorado el mar y este sol tan espléndido. Mi piel, sobre todo, que se había vuelto de un tono apagado y en dos días ha recuperado su brillo dorado.

Aun teniendo los ojos cerrados, noto un nubarrón ocultándome la luz del sol. Al abrirlos, esa oscuridad se transforma en la cara de John con una sonrisa traviesa de dientes blanquísimos y perfectamente alineados. Se agacha y me da un beso en la barbilla. Por un momento he pensado que se dirigía a los labios. O si lo hacía ha fallado el tiro, como va sin gafas.

—¿Te has puesto lentillas?

—No.

—¿Y las gafas?

—¿Has visto a alguien nadar con gafas?

—Pero ahora no estás en el agua.

—Me gusta así. Odio que dices que parezco a Clark Kent.

—¡Me chifla Clark Kent!

Se tumba a mi lado y me saca un poco de la toalla.

—¿Y la tuya?

—No pensaba en la playa hoy. Has llamado cuando montaba en bici, y aquí estoy.

—Es que hoy es Nochebuena y ya no nos vamos a ver más. Mañana te vas, desertor.

—Y tú que me abandonas con la bici qué —protesta.

—Ya te advertí de que no la traería. Era un rollo cargar con ella y la maleta

en el tren.

La verdad es que yo también he echado de menos tenerla aquí y salir con él, al igual que hacíamos en verano. Aun así hemos pasado juntos los tres días que ha venido. Mañana regresará de nuevo a Londres.

—Voy a marchar a vivir con Sharon en Boston.

—¿Qué? —Me incorporo al recibir la noticia—. ¿De qué estás hablando? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Cuando termine el curso ella regresa a casa. Tenemos planes allí.

—Pero eso es una locura, John. ¿Qué opinan tus padres?

—No se lo contaré hasta subir al avión.

—¿Te vas a fugar como un crío de quince años?

—Es mi vida. No quiero que estropeen mis planes con salmones y luego volar enfadado. —Evito corregirle porque le noto afectado—. Estoy ilusionado con la idea.

Se incorpora y se queda sentado a mi lado.

—Pero ellos te están pagando los estudios y lo demás, si se enfadan y se niegan a ayudarte... ¿qué harás allí para mantenerte?

—No sé. Tomaré un año de esos... cómo se dice, ¿somáticos?

—Sabático.

—Eso. O pediré un crédito para estudios y lo pagaré con mi trabajo en lo que sea. Ya veré. Me apetece vivir aventuras nuevas, cambiar los aires, hacer locuras...

—¿Y vivirás con Sharon?

—Sí. Ahora también.

—¿No vives con tu abuela?

—Trasladé en el apartamento de Sharon hace semanas. Su compañera de piso no importa.

—Me doy cuenta de todo lo que nos hemos distanciado, ya no nos contamos nada de nada.

—Ya sabemos que pasaría esto, Abril. La distancia consigue desconectar.

—La distancia, no. Las novias esas posesivas que te echas.

—Anne pidió quitarme el tatuaje, ¿sabes? —Esa respuesta es la prueba de que reconoce que en el fondo tengo razón.

—¿Lo hiciste?

Le bajo la cinturilla del pantalón para comprobar si aún lo conserva. Eligió justo la zona de la cadera con la intención de ocultarlo. O eso alegó él

después, ya que al principio se empeñó en que yo debía ponérmelo en ese mismo sitio, pero en el lado opuesto, que así era como veía la danza del cortejo en su cabeza cuando me tenía delante, dijo. Menudo cuento chino tiene... Hasta que le estropeé los planes y decidí que mi sitio sería encima del tobillo. No iba a prestarme a semejante tortura de dolor con agujas para llevarlo oculto encima.

—Elegí seahorse forever.

—¿Quieres un consejo de amiga? A Sharon no le cuentes la historia del tatuaje. ¿Recuerdas aquel refrán que tanto te gustó de ojos que no ven? Pues aplícate el cuento.

—Tarde.

—Eres un caso...

—¿Nos bañamos?

Se levanta e intenta tirar de mi mano.

—¡Ni loca!

—¿Qué hay de la chica valiente que conocí?

—¡Es diciembre, chalado! Y no llevas ni bañador.

Se baja los vaqueros y se queda en calzoncillos ajustados de licra en color negro. Marcando todo. Todo. Mis ojos han tomado vida propia.

—¿Quién dirá que esto no es un bañador?

Se aleja caminando hacia la orilla con paso decidido. Le sigo con la mirada y me pongo de pie, no muy convencida de atreverme. Al menos sí voy vestida para la ocasión.

—¡¡Dios, imposible!! —grito, cuando una pequeña lengua de agua acaricia mis pies. Él ya se ha metido hasta la rodilla.

Se vuelve a agarrarme por la cintura y corre conmigo mar adentro. Nos caemos cuando impacta sobre nosotros la primera ola. Y ya, una vez dentro, nos ponemos a hacernos ahogadillas para entrar en calor.

No quiero que acabe este día. Las vacaciones no van a ser igual a partir de mañana. Desde que nos hicimos amigos, no concibo estar aquí sin la opción de llamarle en cualquier momento del día y que aparezca sin poner objeciones a lo que se me ocurra proponerle, o él a mí. Me preocupa la decisión que ha tomado. Mucho. Si Londres ya me parecía una distancia razonable, no quiero imaginar cuando cruce el charco y nos encontremos con una diferencia horaria. Maldita Sharon.

Tras la cena de Nochebuena, me planteo darme una vuelta para encontrarme con viejos amigos. Por lo visto van a juntarse todos los del grupo de WhatsApp del instituto en la fiesta de una conocida discoteca, una que, por suerte, no tiene aforo limitado con las entradas ya vendidas de antemano ni barra libre. La abren como cualquier sábado o festivo, y eso me alegra. La barra libre incita a la borrachera masiva y precipitada, es un auténtico despropósito para la diversión.

Le escribo un mensaje a John para saber si se apunta, no ha respondido a los del grupo. Si rechaza la oferta me quedaré en casa jugando al Monopoly con la familia. Sin Lidia y sin él, no sería lo mismo. Acepta encantado.

Llevo puesto el único vestido de noche que he traído, en color azul eléctrico con vuelo, de largo por encima de la rodilla y cuello barco. No es gran cosa, aunque tampoco estamos en fin de año. Lo acompaño con un abrigo negro anudado a la cintura y zapatos a juego.

—Tan puntual como siempre —le digo al subir en el coche que suele cogerle a su padre, con el volante en el lado derecho. Nunca me acostumbraré a ir en el asiento contrario al habitual, y se ríe bastante con mis aspavientos.

—Bonito color de vestido. No te perderé la vista en la fiesta.

—La segunda opción era ponerme un chaleco reflectante sobre la ropa interior y unas medias con ligero. Pero he olvidado echar en la maleta los zapatos que le iban a ese conjunto.

—¿Y ese ligero famoso está debajo ahora? —Quita por un segundo la atención de la carretera y hace amago de levantar el borde del vestido. Le doy un manotazo.

—Se mira, pero no se toca.

—No puedo mirar, estoy conduciendo. Mi mano está libre.

—Solo tienes una opción para averiguarlo, Clark Kent. Quítate las gafas y conecta tu rayo láser.

—Si lo hago no llegamos a la fiesta —afirma con picardía al acercarnos a un semáforo en rojo.

—¿Me pregunto qué opinaría Sharon al respecto?

—Lo que ocurre en España se queda en España.

Entramos a la discoteca y tardamos media hora en avanzar hasta la barra. En el interior se encuentra concentrado medio instituto, no solo nuestra clase.

Casi parece una reunión de antiguos alumnos. Justo cuando estamos pidiendo, percibo unos ojos mirándome fijamente a mi izquierda y, al girarme, noto la mano de John trepando por mi cintura para quedarse allí instalada. Creo que está intentando marcar territorio para protegerme. El que me observa es Juancar, con su flequillo despeinado, su cara de chico travieso y esos labios que siempre me han incitado a darles una oportunidad, por muy cabreada y decepcionada que me sintiera; y por mucho que supiera que acababan de besar a otra chica. No existía nada que me resultara tan tentador como aquellos labios que ahora me están hablando.

—¡Hola, Abril! ¡Tú por aquí! —se acerca a darme dos besos. Demasiado lentos y demasiado próximos a mi boca. Acto seguido interviene John, que le da la mano. Más por hacer patente su presencia que por cortesía.

—¿Qué tal? —pregunta, no sé si a mí o a John o al aire. Su mirada se muestra inquieta entre uno y otro. Quizás tratando de calcular qué hay exactamente entre nosotros.

—¡Enhorabuena! —le digo—. Me enteré de lo tuyo.

—Sí, gracias —responde, sin un atisbo de alegría. Imagino que habrá sido un varapalo tremendo—. Y yo de lo tuyo —agrega. Ahora sí muestra una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Lo mío? —pregunto extrañada.

—Sí. He visto tu anuncio en la tele y las fotos por ahí —explica—. Felicidades.

—Ah, eso. Bueno... —me incomoda que me feliciten por esa tontería. Nunca sé qué responder. En realidad están felicitándome por prestar mi imagen a cambio de dinero. Quizás deberíamos felicitar también al camarero, cuando nos entregue las copas, por su transacción—. ¿Y qué tal Paula?

—¿Hablabais de mí?

—Fuck! —se le escapa a John, sobresaltado al descubrir una barriga a la que no le quita ojo—. Perdón. No sabía esto. ¡Felicidades!

Ella le da dos besos. Los míos se los ahorra. Menos mal que no he hecho intención de acercarme, si no capaz habría sido de dejarme colgada en un desaire.

Va muy guapa. Definitivamente ha dejado atrás su acostumbrada y aburrida coleta, y luce una bonita melena suelta con bucles. Incluso ha cambiado el modelo de sus gafas y le sientan mejor que las antiguas.

—¿Es niño o niña? —les pregunto, más por romper el hielo que se ha

formado que por interés.

—Las dos cosas —responde ilusionada, acariciándose el vientre en círculos. Él no parece darse por aludido en el asunto que los une—. Son mellizos.

—¡Qué suerte, la parejita de una! —agrego. A pesar de que en absoluto lo veo como una suerte. Sigo pensando que es una putada lo que les ha caído a su edad.

—Nos vemos después —se despide John. Agarra dos copas que ha pedido y me va alejando de ellos.

—¿A qué ha venido eso de cogerme por la cintura? ¿Esa es la fe que tienes en mí?

—No me fío de ti y menos de él. Aunque no sabía lo del bombón.

—Querrás decir bombo.

—¿Están locos?

—Pensé que estabas al tanto. ¿No erais tan amigos?

—Sabes que no. Leí algo en el chat de clase, pero hago líos con embarazo y embarazoso. No entendí el alborotado que se formó. Desconecto con seiscientos mensajes para leer.

—Pues también fue muy sonado en el grupo de WhatsApp de las madres. Si metes a la tuya estarás al día de todo.

—Mis padres no quieren relación con españoles. No hablan ni gota.

—¿Y a qué han venido?

—A disfrutar de buena vida. Pero solo con ingleses.

—Esta noche voy a pintar una docena de huevos con la bandera española y los lanzaré en tu puerta.

—No respondo eso porque es la mecha que buscas.

Cuando veo que nos dirigimos a la salida del local, decido preguntarle.

—¿Y se pude saber adónde me llevas?

—A la playa, ¿no?

—Tú sabes que es diciembre y tal, ¿verdad?

—Igual esta mañana y estabas medio desnuda.

—Pero el sol cumplía su función. Ahora hace rasca.

—¿Entonces quedamos?

—¡Pues claro!

Pone un mohín de protesta, pero se conforma. Estamos de pie junto a una mesa alta en un rincón alejado de la pista. Saca su teléfono del bolsillo y me

indica con un gesto de la mano que sale fuera a responder una llamada. Por pura inercia, saco el mío del abrigo y leo un par de mensajes: uno de Lidia y otro de Julio. Pero solo respondo al de él.

Julio: Algo de esas cosas que no sabes: Cuando dijiste que estabas en Sunnyvale, descargué en el móvil el uso horario de allí.

Yo: Cuando te dije que estaba en Sunnyvale y que se puso a llover, en realidad estaba en la ciudad.

Julio: ¿Y a qué vino esa trola? ¿No quieres recuperar el broche?

Yo: ¿Qué tal si penalizamos las preguntas?

Julio: ¿A qué precio?

Yo: Contamos con 10 puntos de partida. Por cada pregunta se resta 1 punto. Quien llegue a 0 pierde. Si pierdo yo, quedamos y me entregas el pasador en mano. Si pierdes tú, enviaré a mi hermana a recuperarlo.

Julio: ¿Por qué presupones que para mí ganar es entregarte a ti el broche? A lo mejor me resulta más interesante ella. ¿Está libre de novios? ¿Lleva un bebé en la barriga?

«¡Premio para el chico de los perros!».

Yo: Tienes razón, he escrito mal el planteamiento. Si ganas tú, se presentará ella. Si gano yo, me lo entregarás en mano.

Julio: ¿Cómo es, crees que puede ser mi tipo?

Yo: 8 puntos le quedan al caballero. Y respondiendo a tu segunda pregunta: Sí, es muy probable. Es de esas criajas que tanto te gustan últimamente.

Julio: Ey, eso era solo una. He perdido un punto. ¡Tramposa!

Yo: Si las hubieras escrito correctamente lo serían.

Julio: ¿También eres miembro de la RAE?

Yo: Y van 7... ¿Lo estás haciendo apropósito?

Julio: Tal vez... Empiezo a sentir mucha curiosidad. ¿También lleva tatuajes o eso debo descubrirlo por mí mismo?

Yo: 6 puntitos. Te voy a descontar solo uno, si no veo que te los fundes todos en una noche.

Julio: Me descuentas uno porque en el fondo te horroriza que pierda y me encuentre con tu hermana. ¿Cómo se llama? (5 puntos frente a tus 10).

Yo: Se te está yendo la pinza, chico. El que llega a 0 pierde. ¡Y con ella decías que era ganar! Al final no te va a quedar otra que encontrarte conmigo. Lástima... Ella te encantaría.

Julio: Encuentro lagunas en todo esto. Mañana, con un café bien cargado, releeré con lupa los términos de este contrato. Creo que voy a encontrar letra pequeña de esa en la que la banca siempre gana.

Yo: Sí, mejor será. Yo estoy en una fiesta con amigos y las copas pueden haber afectado al recuento. Aun así espero que no consigas controlarte y preguntes con la misma precisión que hasta ahora. Si no llego muy borracha a casa, haré recuento antes de acostarme.

Julio: ¿Borracha? Alguien debería haberte prohibido la entrada a esa fiesta. Voy a llamar a los servicios sociales en cuanto cuelgue.

«¡Mierda!».

Yo: Y van 4... Sabía que conseguiría un punto extra con esa mentirijilla. Disfruta de la velada. ¡Feliz Navidad!

Julio: ¿Amañando preguntas para que al final pierda y sea contigo el intercambio? Interesante...

—¿Julio? No me suena —dice John por encima de mi hombro y enseguida le oculto el teléfono.

—¿Acaso te cotilleo quién te llama?

—No hay problema. Es Sharon.

—No te lo he preguntado.

—¿Quién es Julio? —se interesa, tras liquidarse media copa casi de un trago

—El amante de mi hermana.

—¿Todavía sigues con ese rollo? ¿Cómo has averiguado su nombre?

—Se lo sonsaqué.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Sigue pensando que soy Mónica. Aunque le he conocido en persona y ahí sabe que me llamo Abril, pero ignora mi parentesco con ella. Por lo demás, todo sigue igual.

—Abril, estás buscando un problema. ¿Por qué no haces amigos en la universidad? Primero Juancar, ahora ese tío, te agarras al pasado con nosotros...

—¿De qué pasado hablas?

—De Lidia, de mí... de todo esto que hay alrededor. Es hora de ver el futuro.

—¿Te refieres a como lo haces tú? ¿Me fugo a Boston con el primero que pille y dejo mi vida atrás? ¿Así se mira hacia el futuro?

—Estás insoportable. Me voy a dar vueltas. Tú puedes quedar a escribir más mentiras al tío ese.

Me alejo de él furiosa, con dirección al baño. Pero ¿qué se ha creído el niño ese? Ahora va a venir a darme lecciones un pipiolo de dieciocho años. Lo que me faltaba por escuchar. Que me aferro al pasado, dice... Joder, si han transcurrido solo cuatro meses desde que me marché. Es lógico sentir nostalgia por la gente y los lugares que hemos compartido. Claro, cómo va a echarlo de menos él, si cada dos por tres ha ido cambiando de ciudad y de instituto. Pero ese no es mi caso.

En la cola de los servicios encuentro a Paula esperando. Es la última de la fila. Veo que se seca los ojos por debajo de los cristales con un pañuelo de papel, disimuladamente.

—¿Estás bien? —intento mirarla a la cara, pero me esquivo y afirma con la cabeza, haciendo ver que no es nada. Evidentemente algo le pasa. Pero a mí qué va a contarme. Sin embargo, se da la vuelta de improviso.

—Estarás contenta, ¿no? —confiesa finalmente. Llora sin ocultarse y me mira con furia.

—¿Contenta por qué?

—Al final todo ha salido como esperabas.

Por qué será que el asunto me huele un poquillo a Juancar. Espero que no se le haya pasado por la cabeza que he intentado tomarme la revancha. Mi orgullo jamás habría permitido semejante estupidez. O sí, qué coño. A quién pretendo engañar. Suerte que él, ahora mismo, me deja completamente fría. El efecto al saludarlo ha sido como si acabaran de despertarme de una sesión de hipnosis.

—¿A qué te refieres? —trato de indagar.

—A Juan Carlos. Seguro que disfrutas de lo lindo al ver que la historia se repite y lo tonta que fui al creerme mejor que tú.

—¿De qué demonios estás hablando? Yo no me he acercado a Juancar, eso que te quede bien clarito.

—No me refería a ti —Apunta con un gesto de la barbilla hacia la pista. Lo veo tonteando con un par de tías que no conozco, parecen extranjeras.

—¡Menudo cerdo cabrón! —sale por mi boca y sin necesidad de pensarlo mucho.

—¿Qué será lo que vemos en él que nos trastorna? —pregunta para sí misma en voz alta. Se quita las gafas, que se le han empañado, y limpia los cristales con el pañuelo, sin perder de vista la escena.

—No tengo ni puñetera idea... Pero te juro que termina pasándose.

—Lo mío no va a ser tan sencillo. —Tras colocarse las gafas se acaricia el vientre—. Tú fuiste más lista.

—O quizás fue un golpe de suerte —respondo, y me fijo en John que mira a su alrededor como buscando a alguien. Cuando se cruzan nuestras miradas hace un gesto de alivio y se acerca a nosotras.

—¿Te apetece tomar algo con nosotros, Paula? —Mi propuesta es sincera, no es por compromiso ni lástima. Aunque sí siento rabia. Rabia al verme reflejada en ella, por lo patético que me parece ahora todo lo que sentí. Al mirarla he visto a la Abril que John se encontró medio año atrás. Perdida en su propia impotencia—. John es experto en brindis evasivos que te dejan como nueva.

—No puedo beber.

—Tranquila, no hace falta el alcohol para esto.

Los guío hacia la barra y le pido al camarero dos tequilas y cualquier licor sin alcohol que tenga a mano. Le pone uno rojizo que tiene pinta de dulzón.

—¿Me perdí algo? —me pregunta John al oído.

—Te lo has perdido todo, como siempre.

Cogemos cada uno nuestro vaso y mirando a Paula digo en voz alta:

—Este va por las chicas valientes que miran hacia delante.

Nos lo bebemos de un trago. Vuelvo a pedir otra ronda de lo mismo e invito a Paula a que se libere con una frase curativa.

—Ahora tú. Di lo primero que te salga. O lo que más rabia te dé.

—A ver si se me ocurre alguno. —Se la ve cortada. Nos mira a uno y otro como buscando una pista sobre qué decir—. Este va por... —Continúa pensando y dirige su mirada al punto donde se encuentra su pareja. En este momento solo habla con una de ellas, muy rubia y casi de su altura. Se ríen a

carcajadas por algo que él le ha contado al oído. Menudo gilipollas y presumido de mierda. Ojalá le deje colgado y no se coma un colín esta noche. Cómo es posible que me pillara por ese imbécil durante tantos años. Si es que ahora que lo miro atentamente me parece que tiene cara de idiota.

—Esperadme un momento —nos dice Paula.

Se aleja en la dirección donde se encuentran los dos tortolitos. Él se queda serio al verla aparecer, como si hubiera olvidado que se encontraba allí. Ella le frota el brazo al llegar a su altura y mira fijamente a la intrusa. Incluso podría asegurar que la sonrío. A lo mejor intenta hacer patente su presencia ante ambos. Él la observa de reojo y torciendo el gesto, como si le estorbase a su lado. La rubia no sale de su asombro y contempla la panza de la embarazada sin cortarse, quizás no da crédito a lo que tiene delante. En cuestión de segundos, Paula se gira hacia él, le lanza el contenido de su vaso en toda la cara y se da la vuelta tan pancha. La recibimos conteniendo la risa.

—¡Acabo de comprobar lo a gusto que te quedaste aquel día! Espero que ella no sea igual de boba y le dé plantón esta noche.

—Tu bombo ha dejado marcada —afirma John.

Recupera su bolso de la barra.

—Eso espero. Bueno, me voy a casa. Esto ha sido suficiente para mí. Que lo paséis bien.

—Me alegro de que hayamos tenido la oportunidad de... —No sé cómo definir la situación—. En fin, ya sabes.

Nos avergüenza un poco mirarnos a los ojos. No es fácil reconciliarse con alguien a quien siempre has visto como tu peor pesadilla.

—Sí. Yo también —responde, y parece sincera. Después se acerca y nos da dos besos de despedida—. Y por cierto, Abril. Quería decirte que... —Se agarra al bolso y pasea las manos por la correa, tratando de encontrar las palabras que va a poner en su boca— que odié verte en el anuncio de la tele, no voy a negarlo. Sobre todo por la reacción de él... ya sabes cómo es. —Se gira fugazmente al lugar donde se encontraba con la rubia, y que ahora ocupan otros. No sé dónde habrán ido, ni me importa—. Pero me alegro de que las cosas te vayan tan bien y... que ojalá nos hubiéramos conocido mejor antes.

—Sí, opino lo mismo. Fuimos un poco niñas, la verdad. Aunque reconozco que has sido una gran archienemiga —agrego sonriendo, para romper el hielo y conseguir una situación más distendida, ya que John nos ha

dejado solas para hablar con un conocido, y se nota la falta de su presencia en el ambiente—. El problema es que no voy a poder borrarte el bigote de las fotos de graduación.

Se ríe por primera vez desde que la encontré en el baño.

—Pues yo quitaré los alfileres del catálogo de moda en cuanto llegue a casa.

—Vaya, ahora entiendo esas malditas jaquecas mientras estudiaba.

Seguimos riendo, no sé si por compromiso o con franqueza. Pero me siento bien. Relajada y en paz conmigo misma. Qué distintas se ven las cosas cuando se consigue tomar distancia. El aire viciado que durante tantos años nos hizo enemigas, parece haberse disuelto para ofrecernos otro más limpio; uno que nos ha permitido mirar más allá de las rencillas sin sentido.

—Gracias, Abril. De verdad —dice al despedirse. Enseguida se gira y la veo perderse entre la gente.

Al quedarme sola, siento que John tiene razón. Ha llegado la hora de no mirar atrás, de olvidarnos del pasado, de no tener miedo, de hacer locuras antes de que sea demasiado tarde para embarcarnos en ellas. Ahora que somos libres de responsabilidades que nos aten, y para las que aún tenemos toda una vida por delante.

Recupero los chupitos que no nos tomamos del brindis de Paula y pido otra ronda. Hago una señal a mi amigo para que vuelva conmigo.

—Brindo por el loco que va a cruzar el charco, porque lo echaré de menos.

Tras soltar el vaso, cogemos el que nos acaban de servir.

—Y yo por la chica de los anuncios, que guarda poder oculto.

—¿Hablas de la Kryptonita que llevo en el bolso? —Noto arder mi garganta por el líquido que acaba de recorrerla—. Admítelo, Clark, te tengo colado. Por eso huyes a Boston desesperado.

—¡Qué más quieras o quieres o puñetas! Me cago en inventor de vuestros verbos —se defiende riendo.

Rellena él mismo de nuevo los vasos. El camarero nos ha dado por imposibles y ha dejado la botella en la barra. Como no los vaya contando él, va listo. Levanto el mío.

—Por que volvamos a repetirlo algún día. O cada año, mejor dicho —rectifico—. Y que lo hagamos en la playa.

—Hablas de los chupitos, ¿verdad? —pregunta riendo.

—¿En qué demonios estás pensando? —Empieza a contagiarme su risa,

aunque quizás sean los tequilas.

—He activado visión rayos x y llevas puesto eso que dices antes.

—Lo que has activado son las zarpas de pulpo. —Le suelto un pellizco retorcido para que saque las manos del interior de mi vestido.

—¡Joder, qué daño! Casi lo tenía—se queja frotándose la zona afectada.

—Vamos, Clark, llévame a casa —le pido, apoyándome en su brazo—. La discoteca me da vueltas.

—Imposible conducir. Vamos a parar un rato en la playa a tomar aire.

—¡Hace un frío de cojones!

—No serás floja. Cuando me despliegue un poco te llevo.

—Desplégate lo que quieras pero saca de aquí a tu Kryptonita.

—Usas palabras raras cuando bebes —viene relatando de camino a la calle—. Despilegalte, despiel... ¿Cómo es? Suena como palabra guarra.

—Cuando te entregue el título de refranero español, pasamos al siguiente nivel. No te adelantes.

11

Me despierto con un ruido del infierno taladrándome el cerebro. Descubro el edredón para levantarme y me doy cuenta de que he dormido con el vestido puesto y las medias; suerte que los zapatos no se encuentran dentro de las sábanas, al menos. Me incorporo y cambio mi indumentaria por el pijama que aún sigue bajo la almohada.

—¿Se puede saber qué hacéis a estas horas?

En la cocina están mi padre y Fabio con un taladro en mano. La mesa está llena de cachivaches y herramientas. Anoche se le cayó a mi madre una balda de la despensa por casi colgarse de ella al tratar de alcanzar una fuente de cristal, que al final terminó en el suelo hecha añicos también.

—¿Te parece temprano las cinco de la tarde? —responde mi cuñado.

—¿Son las cinco de la tarde? ¿Y por qué no me habéis despertado?

Están descojonándose vivos en mi cara.

—Llevamos todo el día intentándolo —afirma mi padre—. Si llegamos a saber que esta era la herramienta perfecta, habríamos empezado a colgar la balda antes.

—¿Y habéis desayunado sin mí? ¿Y los regalos? ¿Me he perdido la comida de Navidad?

—Bueno, en realidad la comida ha sido un popurrí de sobras de la cena —aclara Fabio, tratando de restarle importancia al asunto.

—¡Pero me encanta el popurrí de sobras de la cena! —Me siento ninguneada y rabiosa. Quién me mandaría cogermeme semejante cogorza.

Me dirijo al baño y casi me caigo de espaldas al verme reflejada en el espejo. Mi cara parece salida de un desfile de Halloween. Ahora entiendo las risitas de estos dos. Me embadurno con leche limpiadora y con un algodón elimino los restos de maquillaje.

—¡Ya estamos aquí! —se la oye muy cantarina a mi hermana, viene encantada de la vida de donde sea que estuviera.

Salgo del baño y nos cruzamos en el pasillo, detrás de ella viene mi madre.

Por las pintas que traen, tal vez hayan salido a hacer ejercicio. Imagino que habrán ido a caminar por el paseo marítimo. Me siento frente a la mesa camilla de la cocina y me acurruco con las faldas para recibir el calorcito del brasero eléctrico. Cómo lo he echado de menos. Allí no tenemos. Si quiero acurrucarme en el sofá, tiro de una manta. Mónica se niega a poner uno. Dice que eso es una catetada de pueblo y que, si no tengo suficiente con la calefacción, me ponga una bata. Como si lo otro no fuera una catetada mayor; ¿me coloco unos rulos también y unas zapatillas de felpa a juego?

—¿A qué vienen esos morros? —me pregunta mi madre, tras darme un beso sonoro en la mejilla—. ¿Estás enfadada?

—Es que siempre soy el último mono en esta casa. Desayunáis sin mí, me pierdo los regalos, la comida... Seguro que el cafetito de la tarde os lo habréis tomado también. Ya si eso me vuelvo en el primer tren y pasáis el resto de las fiestas a vuestra bola.

—Pero ¿qué dice la diva? Tú viniste muy bebida anoche, ¿no? Menudas risitas de buena mañana traías.

—¡Eso no es asunto tuyo!

—Por cierto —agrega mi madre. Se ha puesto a despejar algunos trastos de la mesa. Como la vean los de la estantería, se le va a caer el pelo; acaba de mezclar los tornillos que estaban separando hace un momento—, el padre de tu amigo ha traído tus zapatos. ¿Viniste descalza?

—Ah, sí... —Trato de hacer memoria—, me hacían daño y me los quité en el coche a la vuelta a casa. —«Juraría que los traía en la mano, ¿no?»—. Se me pasaría cogerlos.

—¿Se me pasaría? —repite Mónica con una sonrisita burlona, intentando hacerse la graciosa—. Así irías de fina.

—Déjame en paz, anda. ¡Qué pesadilla de tía!

Me levanto de la silla irritada y me acerco a la despensa para ayudar a mi madre. Está sacando leche y demás productos para el café. Al menos hay algo que no me he perdido. Aunque lo que realmente me apetece es volverme a la cama, sigo muerta de sueño.

—¿Y qué más te ha dicho el padre de John? Venía de dejarle en el aeropuerto, ¿no?

—Y yo qué sé, si ese hombre no habla español. Vienen aquí y no aprenden ni jota. Si no llega a estar tu hermana ni me entero de quién era ni qué hacía en la puerta con unos tacones en la mano.

Se asoma a ver cómo van los de la reparación, y yo me vuelvo a sentar al calorcito. Tengo una resaca de caballo y me encuentro como si solo hubiera dormido dos horas.

—¿Os falta mucho? —se la oye decir.

—Ya solo queda atornillarla. Pásanos los tornillos que están en la mesa —le pide mi padre.

—En la mesa ya no hay nada, la acabo de limpiar.

—¿Y dónde has puesto lo que había encima?

—En este bote. —Le muestra un recipiente de lata de algún tipo de producto en conserva, a rebosar de clavos, tornillos y tuercas.

—¡Me cago en la leche, María, con lo que me ha costado encontrarlos!

—Anda, que te los busque la niña que está ahí sin hacer nada.

«Sí, como si estuviera mi cabeza para concentrarme en eso».

—¿Os apetecen unas tostaditas para desayunar? —pregunta ahora dirigiéndose a todos. Y ellos dos empiezan a reírse al observar mi cara.

—Qué graciosillos, ¿no?

Tras el café, regreso a la cama. Necesito una cabezadita más antes de la comida. Pero antes leo los mensajes del móvil.

Lidia: Me dejas cuajada con lo de Paula, qué puntaco, ¿no? ¡Cómo me hubiera gustado estar en esa fiesta! Me arrepiento un montón.

John: ¡Estás como una regadora! Te vas sin los zapatos. Ahora mi padre piensa que tengo sexo en su coche. He aguantado charla letal camino del aeropuerto. Tienes carta blanca para tirar los huevos que quieras en su puerta. ¡Ya te echo de menos! ¿Contenta?

Julio: ¿A qué esperas para hacerme alguna pregunta? Me niego a que seas tú quien recoja el broche después de haberme puesto los dientes largos con tu hermana. ¿Existe algún comodín alternativo para ganar la partida? Seguro que sí. Eres una experta en ases bajo la manga.

Yo: Hay algo más que no te he contado. Y no tiene nada que ver con Paula.

Lidia: ¿Y a qué esperas?

Yo: Creo que John y yo nos enrollamos anoche.

Lidia: ¿Crees?

Yo: Nos enrollamos. Mucho además.

Lidia: ¿Qué me estás contando?

Yo: Fue una cagada, lo sé. Me siento fatal.

Lidia: ¿Fatal por qué?

Yo: Porque me gustaba lo de querer y no poder, para no cagarla. Nos hacía más libres y cercanos a la vez. Ahora no sé si va a enrarecerse un poco todo esto.

Lidia: Pero ayer dijiste que se marcha a Boston con la novia esa, ¿ha dado marcha atrás al asunto?

Yo: No, que yo sepa.

Lidia: ¿Y en qué habéis quedado?

Yo: Yo qué sé. Nos tomamos un huevo de tequilas. Lo que no me explico es cómo pudimos llegar vivos a casa. Deberían retirarle el carné y a mí no dejármelo sacar en la vida.

Lidia: ¿No habéis hablado hoy?

Yo: Me ha escrito. Aunque no lo ha mencionado.

Lidia: Entonces no te preocupes. Déjalo estar.

Yo: Al final llegas el 30 a mi casa, ¿no?

Lidia: No quedaban billetes, llego el mismo 31. Pero tranquila, aterrizo a las once de la mañana. Tenemos todo el día.

Yo: Venga, Julio, ¡despierta! Que ha llegado la Navidad y todavía no has cambiado de tatuaje. No es que no me guste ese Pacman a punto de comerse tu ombligo, ¡pero lo pusiste ayer!

Yo: *¿Aún sigues revisando la letra pequeña?*

Yo: *¡¡¡Despierta!!!*

Julio: *¿Despierta? ¡Si es mediodía! (Comida familiar).*

Yo: *¿Me lo dices entre paréntesis para que no grite?*

Julio: *Para que me des un respiro.*

Yo: *¿Un respiro? Oye, aquí solo hay un acosador y va multituado.*

Julio: *¿Al final te echaron del garito los de protección del menor?*

Yo: *¡Pero si me quedé en casita viendo los programas navideños como una abuelita con su manta!*

Julio: *A ver, qué programa viste. Los zapeé todos.*

«¿Será cabrito?».

—Mamá, ¿qué visteis anoche en la tele?

—Nada. Cuando te marchaste nos fuimos a dormir.

Me rindo, por ahí no puedo ganarle.

Yo: *¿Qué ha sido de aquella chiquilla del pez? No has vuelto a mencionarla.*

Julio: *No he tenido el placer de volver a verla. Aunque sigo pensando que su pez no existe y que devolvió el acuario en cuanto me di la vuelta.*

«Nota mental: Comprar un pez Nemo en cuanto llegue a casa».

Yo: *Vaya, se te escapó también. ¿Qué vas a hacer en fin de año? Yo sé de una hermana mía que va a ir a una macrofiesta con su grupito de amigos imberbes, ¿quieres que te dé la dirección y matamos dos pájaros de un tiro? Te acercas a escondidas y le metes el broche en el bolso cuando vaya por la tercera copa, y aquí no ha pasado nada.*

Julio: *No voy a fiestas de criajas gritonas y con las hormonas revueltas. ¿A qué fiesta irás tú?*

«¿Criajas gritonas? Pero ¿de qué va?».

Yo: *A la de la manta y la estufa, ¡no te digo!*

Yo: *Cuando recupere el broche, ¿dejaremos de escribirnos?*

Julio: Como no voy a poder colárselo en el bolso a tu hermana, aún tenemos tiempo.

Yo: ¿Te queda alguna zona libre por tatuarte?

Julio: Ahí le has dado. Cuando llegue al centímetro cero de piel sin tatuar, será el momento justo para dejar de escribirnos.

Se me ha ocurrido una idea mientras trasteaba por mi cuarto en casa de mis padres. He encontrado un viejo móvil al que la batería le dura hora y media, aproximadamente. Sin embargo puede venirme bien para darle un escarmiento al mal pensado de los perros. Bueno, mal pensado o demasiado listo, porque me caló bien calada. En cuanto vuelva, compraré una tarjeta prepago. Este no sabe todavía con quién está hablando.

John: ¿Todo bien?

Yo: Claro que sí.

John: ¿Y por qué no tengo la sensación?

Yo: Porque le estás dando muchas vueltas, igual que yo.

John: ¿Y qué conclusión tienes tú?

Yo: Que nos sobró la última hora de la noche.

John: ¿Dónde está la chica valiente que aprendió no mirar atrás?

Yo: ¿Significa que podemos borrarlo y seguir como si nada?

John: Yo sí. ¿Tú?

Yo: Creo que también.

John: Entonces corta el rollo y pásame con mi Kryptonita, es más divertida.

12

Estoy esperando a Lidia en la estación. Se va a quedar cuajada cuando vea la fiesta que le he organizado. Unas compañeras de la agencia me hablaron de un cotillón al que asistieron el año pasado en un hotel con cena incluida, despedida de fin de año y música en vivo. Es un sitio bastante exclusivo, por lo visto costaba una pasta gansa, pero la agencia les proporcionó los pases y le he echado un poco de morro para conseguir invitaciones. Y no solo eso, también he pedido unos vestidos para la ocasión a través de una revista en la que colaboro con un fotógrafo muy majo, y me han enviado cuatro. Lidia va a ponerse como una moto, aunque seguro que le gustará más el suyo. Algún privilegio debía sacar de mi trabajo, después de todo.

De Julio a Mónica:

Julio: Al final voy a tener que tragarme mis palabras, ¡y tú las tuyas! La chica del pez no se ha dado a la fuga. Ha terminado confiando en mí y tengo su teléfono (intentaré repartir el acoso entre las dos, no te preocupes). Y para mi sorpresa, existía el pez. ¡Está vivito y coleando! Me ha enviado foto.

Yo: Mira que eres facilón... ¿Y no se la habrá hecho a un pez cualquiera en una tienda de mascotas?

Julio: Difícilmente habría podido encontrar dos veces la horterada de falso coral que eligió para adornar el fondo.

«¿Qué? ¿¡Será cabrón!?! Pero si lo eligió él!».

Yo: Pues mira, me alegro por ella. Lástima que no vaya a enterarse nunca de lo que vas largando en cuanto se da la vuelta. ¿Conmigo también haces lo mismo? Oye, y ahora que no te queda más espacio en el cuerpo para tatuajes, ¿te sumergirás en el mundo marino en tus fotos de perfil?

Julio: ¡Anda, mira por dónde! Acabo de darme cuenta de que la criaja y tú tenéis algo en común: tu caballito quedaría perfecto en su acuario.

«Si tú supieras...»

Lidia llega a la hora prevista. Nos fundimos en un abrazo en cuanto nos vemos, acompañado de besuqueos y varios saltitos. La madre que la parió, ha adelgazado dos tallas, por lo menos, y no sé si le servirá el vestido que le he comprado de regalo de Navidad. Tal vez nos dé tiempo a cambiarlo, lo querrá estrenar hoy.

—¡Cuéntamelo todo! —dice, camino de la salida.

—Tenemos que estar allí a las ocho y media para la cena. Va a ser muy divertido porque nadie elige en qué mesa va a sentarse ni con quién la compartirá. Ellos se encargan de colocarnos. Y no será al azar del todo, por eso hemos rellenado el cuestionario.

—Pero ¿no vamos a sentarnos juntas?

—Sí, eso sí. Los que van en pareja están juntos, por eso preguntaban lo del tipo de acompañante. Nosotras, obviamente, no somos pareja sentimental, así que iremos en una con gente que vaya a nuestro mismo rollo.

—¡Al de pasar una noche inolvidable! —agrega entusiasmada.

—¡Exacto!

—Al principio me sonó un poco a rollo secta morbosa con eso que contabas de los antifaces del cotillón.

—Sí, a mí también me pareció raro el asunto, no te creas —me río al escucharla—. Puedes quedarte tranquila. Tengo referencias de compañeras que han ido otros años y no hay nada del tipo orgías, ni habitaciones secretas, ni de obsesos del sexo a la caza de jovencitas. Es más un juego misterioso y divertido que otra cosa.

—Espero que no nos toquen *viejunos* en la mesa.

—De ahí el cuestionario.

—Joder, ¡qué nervios! Cómo mola tener una amiga famosa.

—¡Que no soy famosa, joder! Se te va la perola.

—En nuestros chats sí lo eres. No lo sabes porque te has salido.

—Es que sois un infierno.

Llegamos a casa y dejamos la maleta en mi habitación, que estos días la ocupará Lidia. Yo he tenido que trasladarme a la de Fabio y Mónica porque

mi hermana es muy tiquismiquis con lo de que duerman extraños en su cama. Ya ves tú, Lidia, que la conocemos desde que nació. Solo la usaré para dormir. En la mía se encuentran todas mis cosas y allí van a quedarse. Será nuestro centro de operaciones.

—¡La madre que te parió! —grita al entrar en mi dormitorio—. ¿Al final te quedaste con la pecera?

—Sí. Te presento a Nemo —aprovecho y le espolvoreo un poco de comida con los dedos—. Nemo, no te preocupes por esta petarda. Aunque ronque por las noches y se le escapen pedos, es buena chica.

—¿Es que nunca lo vas a olvidar? —se queja riendo—. Oye, yo no puedo dormir con este bicho aquí metido, ¿eh?

—Pero ¿qué dices? Si es un amor. No da ruido ninguno.

—Bueno, ya veremos... Lo intentaré. No prometo nada.

Pasea por el cuarto toqueteándolo todo y repara en un paquete que hay sobre mi escritorio.

—¿Y esto?

—Es un regalito para ti.

Lo abre en un santiamén y se pone a gritar y a saltar encima de la cama. Dándole a Julio más motivos para su argumentación sobre los gritos de las *criajjas* y nuestras hormonas revolucionadas.

—¡Es el vestido del bus! ¡Tu vestido del bus! ¿Sabes que intenté comprarlo? ¡Estaba agotadísimo!

—Pues te lo compré justo al día siguiente. Aunque, no te hagas demasiadas ilusiones, creo que me he pasado con la talla.

—Da igual, es perfecto, lo necesito, lo quiero... Saca el costurero por si tenemos que hacerle algún arreglillo.

Pita un mensaje en mi antiguo teléfono, solo puede ser de Julio.

—Me parece que este al final se va a rajarse —digo mientras lo leo.

—Habrá pensado en cuartos oscuros, como yo, y le ha entrado el pánico —afirma ella.

De Julio a Abril:

Julio: Acaban de llegar las entradas, si me las hubieras traído en bici...

Yo: Es que se me ocurrió justo cuando salía de viaje. Agradece que tengo una oficina de correos a la vuelta de la esquina.

Julio: Al final no estoy seguro de querer ir a esa fiesta. Te agradezco la invitación, pero no soy muy dado a los cotillones esos.

Yo: No es como crees, hazme caso. ¿Has leído lo que pone? No tiene nada que ver con esos sitios de barra libre. Bueno, sí hay barra libre; aunque no en plan niños emborrachándose para amortizar la entrada.

Julio: ¿Y qué es eso del cuestionario que debo rellenar?

Yo: ¿Aún no lo has enviado? ¡Corre! Métete en la dirección web del hotel, pones el número de tu pase y contestas a las preguntas. De lo que respondas depende en qué mesa estarás sentado, de lo contrario te meterán en huecos de relleno. Si no lo han hecho ya.

Julio: Espera un momento, conecto el ordenador y lo voy rellenando contigo.

Julio: Si pongo mi edad ¿me sentarán con gente de mi quinta?

Yo: Que viejales sueñas con eso de mi quinta... Pero sí, así será.

Julio: ¿Y se puede mentir o encontraré en la puerta un policía que me pedirá la documentación?

Yo: Prueba a ver. Aunque no quiero hacerme cómplice de tus fechorías.

Julio: Pone que elija un color entre negro, rojo, plateado y dorado, ¿para qué es? ¿Cuál has elegido tú?

Yo: Ah... Yo ya rellené el mío. No trates de manipular al azar.

Julio: ¿Me metes en esto y luego me dejas solo?

Yo: Te envié dos entradas para que pudieras llevar acompañante. Yo voy a ir con una amiga, que, por cierto, se niega a dormir con Nemo. Debería pasártela y la convences de que es inofensivo, tú que eres profesional.

Julio: No, si aquí la única peligrosa parece ser tú, enviando invitaciones envenenadas. Casi estaba más tranquilo cuando me tenías en cuarentena sin teléfono.

Yo: De peligrosa nada. Esa invitación es solo un detalle por lo amable que fuiste conmigo y con Nemo.

«Y para que veas que las criajitas no vamos a macrobotellones cutres de esos».

Hemos pasado un día tranquilo de confidencias y recordando viejos tiempos. Uno de los mejores que recuerdo en la ciudad y sin salir de casa. Ella estaba cansada y a mí tampoco me apetecía demasiado. Así que hemos pedido comida a domicilio, nos hemos puesto en remojo y después embadurnado con mil y un potingues. Ahora parecemos dos niñas en una fiesta de pijamas, pero con el remate de una salida nocturna.

Faltan solo unas horas para que llegue mi cumpleaños. Tal día como hoy de hace veintiún años, le fastidié las uvas a mi madre. En realidad a toda la familia, pues se puso de parto cuando se disponían a encender la tele y seguir las campanadas. Mi celebración de cumpleaños siempre ha sido una comida de año nuevo familiar cuyo postre es una tarta con velas. Excepto este año que pienso brindar con Lidia por mis veintiuno y soplar de madrugada una vela que lleva en el bolso, la pincharemos en un *muffin* de chocolate en el Starbucks. O en una rosca de churros, como plan B, si no está abierto.

—¿Y si lo tapas con un esparadrapo? —se interesa al verme sentada con una brocha en la mano y el bote de maquillaje para cubrir el tatuaje del caballito. Tengo que ocultarlo de la vista de Julio.

—Tranquila, con esto se queda perfecto. Me lo han tapado mil veces para las fotos. Y con las medias encima no se desprende ni una gota.

Termino de cubrir el tatuaje y le doy un toque con una borla de polvos, para difuminar aún más la zona; lo remato con un spray de acabado. Insuperable. Ni rastro del seahorse, como dice John. La verdad es que lo echo de menos. Bastante, además. Pero no sé cómo borrar de mi cabeza lo de la playa y que no se interponga entre nosotros al comunicarnos.

—Oye, si tiene 28 años le pondrán en otra mesa, ¿no? —pregunta, mientras se sopla las uñas para secar el esmalte.

—Eso contando con que les haya dicho la verdad sobre su edad.

—No creo que haya solo una para veinteañeros, ¿no? Si no vaya mierda de fiesta.

—El aforo son doscientos, habrá un montón de mesas —aclaro.

—¿Y no te lías cuando hablas con él siendo Mónica, y luego con el otro teléfono Abril?

—La verdad es que era más sencillo cuando solo existía Mónica. Pero gracias a Abril, le he conocido en persona.

—Dios, ya hasta hablas en tercera persona. A ver si vas a volverte majara como ese de la película de Múltiple. Menudo *yuyu* daba en el papel del

maldito niño. ¿Te acuerdas?

—Joder si lo recuerdo... John se tiró una semana imitándole: «Me han dicho que me *edtaid* engañando y mintiendo *etceteda*». ¡Lo hacía clavado!

—¿Qué tal las cosas con él?

—Raras... Apenas nos escribimos. Es que ya no me salen las bromas. Fue una cagada lo que hicimos.

Guardo los productos que tengo esparcidos en el escritorio y saco su vestido. Hemos tenido que estrechar un centímetro de tela por el canalillo y en las axilas, para cerrar un poco. Por lo demás no hay problema, va ajustado con un cinturón anudado y tiene un ancho muy versátil de caída en el vuelo. Como llevará taconazo, el largo va a su medida. Solo le arrastra descalza.

—Venga, pruébatelo. Quiero ver cómo te queda arreglado.

—No. Si me lo pongo tantas veces, luego no me va a ilusionar cuando ya esté lista. Mejor pruébate los tuyos, que todavía no hemos escogido el que vas a llevar.

Ella se los ha probado ya todos y sigue empeñada en salir hoy con el suyo. Ponemos sobre la cama los cuatro, son largos de tipo fiesta. Uno lo descartamos sin probármelo. Tiene un color rosado indefinido de esos que no sabes si la que lo lleva va desnuda, hasta que se acerca y lo identificas como prenda. El segundo es rojo y, aunque a simple vista es muy bonito, puesto queda demasiado ajustado en la zona de los muslos; dificulta bastante a la hora de caminar con soltura. No me gustaría parecerme a un pingüino bailando en medio de la pista. Además, con ese color conoció a Mónica, y no deseo provocarle un *déjà vu*. El tercero es mi favorito. Es dorado con el forro en seda, que se deja ver bajo el encaje que lleva superpuesto, al igual que la piel en la zona del escote y de la espalda. Lleva dos aberturas laterales, una a cada lado, desde la mitad del muslo hasta abajo, y se abren al caminar. Al ponérmelo, decidimos que el cuarto no hace falta ni probármelo. Aparte de que es negro, y no nos apetece ir de gemelitas.

—¡Hostias! ¿De qué color has elegido tu antifaz? —pregunta.

—Negro. Era el que conjuntaba con cualquiera de los cuatro vestidos. ¿Y tú?

—Rojo. Es el que mejor combina con las bragas de la suerte —nos descojonamos de su ocurrencia.

—Y también le va bien a tu vestido negro —afirmo.

—Me prestarás tus zapatos rojos que llevabas en la foto del bus, ¿verdad?

—¡Pero si no eran míos, loca!

—Joder, ¿y ahora qué hago? Yo contaba con tu fondo de armario, no me he traído nada de fiesta.

—Tengo unos dorados que te irían genial si no hubieras elegido tu antifaz a juego con tus bragas. —Los saco del armario y se los enseño—. No han pisado la calle. Los usé para unas fotos y Fran dijo que podía llevármelos.

—¿Quién es Fran?

—Uno de los fotógrafos de la agencia. El que me ha conseguido los vestidos.

—¡Tienes que presentármelo!

—Le van los tíos.

—Da igual, solo me interesa por los regalos. —Se abraza a los zapatos y suspira.

13

Llegamos a la cena casi por los pelos. No he quedado en nada concreto con Julio, ni siquiera me he traído el teléfono con el que nos comunicamos, sino el otro. Total, con lo poco que le dura la batería, tampoco iba a solucionar mucho. Y mi bolso bombonera no da para más. He tenido que cargar a Lidia con las llaves y parte de mis pinturas de retoque.

Entramos decididas con nuestras invitaciones en mano y en la recepción nos la canjean por una bolsita muy mona de papel con un dibujo tipo *art déco*, y cerrada con un lazo negro. La abrimos enseguida para cotillear en su interior y nos encontramos con las máscaras. La de ella tiene el fondo negro y adornos haciendo filigranas en terciopelo, piedrecitas y plumas de color rojo; la mía hace los mismos dibujos pero en negro todo. En ese momento pienso que también me habría pegado la dorada con el fondo negro. Aparte de la máscara, dentro de la bolsa vemos un disparador de confeti en los colores protagonistas del evento mezclados, y una cajita con una especie de nido donde están colocadas las doce uvas más perfectas que he visto en mi vida. De no haber sido Nochevieja, habría pensado que no son comestibles y que en realidad es un regalo para ponerlo en casa de adorno.

Antes de entrar al salón, nos indican dónde se encuentra el guardarropa para dejar los abrigos y también que debemos ponernos las máscaras para entrar a cenar. Le ato la cinta de la suya por detrás, y ella hace lo mismo con la mía. Son bastante moldeables y se ajustan perfectamente al contorno de los ojos y la nariz. Nos acompañan a la mesa que nos corresponde, según la referencia de nuestra invitación y la lista que lleva el maître en la mano. Nos la encontramos completa, cuando ocupamos nuestro sitio. El resto de comensales ya parece conocerse por el rato que llevan allí sentados. Son mesas redondas de seis. En la nuestra hay dos chicas y dos chicos, además de nosotras. Me fijo en las caras de ellos, tratando de identificar a Julio a través de los antifaces. No es ninguno. Miro a mi alrededor, pero en esa marea de máscaras resulta imposible distinguirlo. Quizás debí preguntarle cómo iría

vestido. Aunque tampoco sé si eso habría servido de algo, ya que la mayoría van trajeados en la misma gama oscura, variando en la tonalidad desde el gris, pasando por el azul marino y el negro, que es el que más abunda. Les diferencian las camisas y el colorido de las corbatas, en algunos más atrevido que en otros.

Nuestros compañeros de mesa son algo aburridos, y me quedo corta. Sin embargo no paran de reír. Nosotras no le encontramos la gracia a ninguna de las tonterías que se cuentan entre ellos. Apenas nos dirigen la palabra. Parece que nos hayan apartado de su círculo por el simple hecho de haber llegado tarde, o porque no somos lo suficientemente estiradas para su categoría. Ni se han molestado en preguntarnos a qué nos dedicamos o cualquier otra cuestión personal por compromiso. Tras las presentaciones, nos han ignorado discretamente. Así que en realidad es como si estuviéramos cenando solas y ellos fueran nuestros vecinos de mesa.

Al rato de estar sentadas, mi teléfono me anuncia un mensaje:

Julio: Adivina dónde estoy.

Por un momento creo que está escribiéndome como Abril, y a punto estoy de decirle que no le veo, que se ponga de pie y me haga una señal. Pero enseguida reacciono y me doy cuenta de que en realidad ha escrito a Mónica.

Yo: ¿Tatuándote “Amor de madre” en el otro bíceps para despedir el año?

Julio: Celebrando fin de año con la criaja del pez.

Yo: ¿En un botellón de esos cutres de gritonas con las hormonas revueltas?

Julio: Bueno, si he de ser sincero, la criaja no se lo monta nada mal. Es una fiesta estupenda.

«Sabía que le iba a gustar...»

Yo: ¿Y qué tal se está portando la criaja?

Julio: Ni idea.

Yo: ¿?

Julio: Que no tengo ni puñetera idea de dónde se ha metido. Es una cena extraña con antifaces. Nos han sentado con desconocidos para hacer amistad (y lo que surja,

supongo. La noche es joven...).

Yo: *¿Antifaces? ¿De qué color?*

«Bien, al menos podré descartar por colores».

Julio: De varios: rojos, dorados, negros... A mi lado tengo sentada a una posible candidata a “fuga nocturna” que lo lleva plateado a juego con su broche del pelo. Me he acordado de ti.

—¿A qué viene esa cara? —me pregunta Lidia por lo bajinis. Acaba de darle un sorbo a su copa de vino blanco y hace gestos raros con la lengua—. ¿Quedaría muy raro si pido una Coca-Cola?

—¡Qué más da cómo quede! Tú pídelo. Y a mí otra.

—¿Estás bien? Te noto rayada.

—El idiota este, que utiliza lo de la fiesta para coquetear con mi hermana.

—¿Cómo?

—Que en vez de interesarse por buscar dónde estamos, se ha puesto a escribirle a Mónica. —Le muestro la pantalla para hacerme entender.

—Tampoco es para tanto. Realmente habla contigo.

—Ya, pero él piensa que habla con ella, que es lo que cuenta.

—¿Estás celosa de tu hermana, que la pobre no tiene ni idea de nada porque has usado su identidad? ¡Estás celosa de ti misma! Lo sabes, ¿no?

—¡No estoy celosa! Pero sí cabreada. Le he brindado la oportunidad de conocernos en persona, y lo utiliza para seguir haciendo el gilipollas con Mónica, que ni se acuerda de que existe.

—Bueno, tanto como brindarle la oportunidad de conocerlos... ¡Le has mentado a saco! —Vuelve a intentarlo con el vino blanco, pero suelta la copa y recurre al agua—. Asume que quizás no le interesas como Abril.

Me quedo meditando su razonamiento. En realidad tiene razón. Si nos conocimos en persona fue porque hice trampa y me presenté en su clínica. Y si está aquí ahora es porque le insistí y, tal vez, se sintió acorralado para una negativa.

—Mira, ellos han pedido cava. Vamos a pedirlo nosotras también, que esto del vino es muy de *viejunos*.

—Pero pide además las Coca-colas —insisto.

Decido indagar un poco a ver si realmente está aquí por insistencia mía o por interés propio.

Yo: ¿Y no vas a buscar a la criaja? Me parece desconsiderado por tu parte dejarla colgada por la primera que se te ha cruzado en el camino.

Julio: No contesta a mis mensajes. Tal vez haya descubierto a su enmascarado de la noche y no nos veamos el pelo.

Yo: Quizás no le cabía el teléfono en el bolso y no lo lleva encima. Las mujeres, cuando nos vestimos de fiesta, solemos complicarnos la vida con bolsitos minúsculos donde solo cabe la barra de labios.

Julio: De todos modos, ya no puedo dejar plantada a la del antifaz plateado. Estaría mal, y soy un caballero. Si me encuentro con ella, y está disponible, le presentaré a mi acompañante. Lo veo un poco aburrido, y la chica del pez es justo lo que necesita para animarse.

«¡Este tío es imbécil!».

Tras la cena, nos retiran a un salón de baile. No hay nadie bailando en la pista. En realidad la música que se escucha de fondo no incita a ello, es tipo jazz y favorece más la conversación, que es lo que hace todo el mundo. Se ven corrillos charlando alegremente y parejas compartiendo un diálogo más íntimo. Luego estamos nosotras que, más que hablar, lo que hacemos es buscar a nuestro alrededor siguiendo mis instrucciones.

—¿Ves a alguna chica que lleve antifaz plateado y un broche en el pelo del mismo color?

—¿Un broche en el pelo?

—Bueno, ya me entiendes, un pasador, una horquilla, una peineta... lo que sea.

—Hay muchas con antifaz plateado, es complicado. ¿Para qué la buscas?

—Julio está con ella.

—Oh, joder, ¿otra vez vas a empezar con eso? —se queja—. Pensé que era una fiesta para nosotras, para disfrutar, pasarlo bien, conocer gente... No para ir detrás de un tío que no te hace ni puto caso.

—Vale, tienes razón —respondo, y acompaño mis palabras con un soplido de resignación. Cogemos otros dos cócteles con muy buena pinta, que nos ofrece un camarero de su bandeja, y decido que tiene razón. La noche es nuestra. Así que rozo mi copa con la suya y brindo—: ¡A la mierda Julio!

—¡Hola Abril! —se oye a mi espalda, y ella me dispara encima, al estilo

aspersora, todo el contenido del trago que le había dado a su copa. Se parte de risa a la vez que trata de recuperarse de la tos y empieza a hacer aspavientos como si estuviera ahogándose. Golpeamos su espalda hasta que se le pasa. Después saca un pañuelo de papel de su bolso y me lo ofrece para secarme las gotitas de su lluvia con sabor a lima que he probado. Suerte que no ha sido con el cóctel rojo que yo estoy tomando. El suyo, al menos, va a juego con mi vestido y ha quedado camuflado.

—¡Al final has venido! —le digo. Tratando de disimular mi entusiasmo—. Mira, os presento. Ella es mi amiga Lidia y él es Julio, un... conocido —agrego, con toda la intención. Como si ni siquiera le hubiera mencionado en toda la velada y apenas supiera de su existencia.

Se dan dos besos y me fijo en que tras él asoma una chica morena con un antifaz plateado a juego con su vestido. Ni rastro de un broche. Lleva el pelo completamente suelto y liso. Ha vuelto a inventárselo para coquetear con mi hermana, el muy mentirosillo. Junto a ella se encuentra otro tipo al que nos presenta como su amigo Rafa.

Se quedan un rato allí con nosotras. Lidia le da conversación a Julio, ya que el otro está más centrado en hablar con su nueva amiga Mayra, y está claro que a ella también le interesa más esa charla. Yo observo la escena desde fuera, bebiendo de mi copa. Me siento ninguneada, para qué negarlo. Y no por el diálogo espontáneo que se ha formado ahora, en el que no participo porque no me nace hacerlo. En realidad estoy algo dolida por la actitud de Julio, no me parece el mismo de siempre. Y no me refiero al Julio que habla con mi hermana —o cree que lo hace—, sino con el que fui a comprar el acuario y con el que salí a pasear por el parque con los perros; o el que días más tarde me invitó a un café, cuando volví a recuperar por segunda vez mi bici. Allí le noté diferente. Cercano, amigable, incluso interesado por conocerme. De hecho, fue lo que me llevó a invitarle a esta fiesta. Debería habérmelo ahorrado, así no le estaría estropeando la noche a mi amiga, por su culpa. Pero eso no lo voy a consentir ni un minuto más. Se acabó.

En el fondo sé de dónde procede la rabia que me envenena por su comportamiento, él me gusta. Bastante, además. Y encima hay que joderse lo bien que le sienta ese antifaz dorado con el fondo negro. Justo el que tenía que haberme pedido a juego con mi vestido dorado y los zapatos negros. O Lidia con su vestido negro y los zapatos dorados. Noto que he permanecido demasiado tiempo embelesada observándole, justo cuando veo que se gira

hacia a mí y me pilla infraganti. Malditos ojazos enmarcados en esa máscara. Y maldita sonrisa con la que acaba de dispararme.

Me disculpo para dirigirme al lavabo, algo avergonzada por la situación. ¿Qué coño está pasándome? De pronto me siento un poco intimidada.

Yo: Lidia, deja de darle coba y reúnete conmigo en los servicios.

Yo: Eooooo.

Yo: Lidiaaaaa.

«Nada. ¡Es que ni los lee!».

Al regresar de nuevo a la pista, interrumpo la conversación entre ellos. Ahora están hablando los cuatro sobre una anécdota que ha ocurrido en su mesa durante la cena. Por lo visto uno que había ido al servicio se ha confundido al regresar y se ha sentado junto a Mayra. Al principio a ella le sorprendió que Rafa hubiera tardado diez microsegundos en ir y volver del aseo, pero ha sido en el momento en que el tipo le ha acariciado el hombro cuando se ha percatado de la presencia del intruso, y él de su error por la reacción de ella. El pobre hombre se fue avergonzado porque en realidad la confundió con su pareja; sentada dos mesas detrás, con un vestido plateado similar, y descojonada de la risa porque ellos sí le vieron sentarse.

—Bueno —les digo—, queda poco para tomar las uvas y tenemos que encontrar a unos chicos con los que hemos quedado para brindar por el nuevo año. Pasadlo bien.

Cojo a Lidia de la mano y nos alejamos de allí, con dirección a ninguna parte. Miro hacía atrás un segundo y veo que nos sigue observando, así que no me corto en parar en seco y plantarme delante de un grupo que charla animadamente. Son cinco o seis, por lo que imagino que son una mesa completa que se han caído bien y tienen intención de pasar la fiesta juntos. No como los estirados de la nuestra, que se han emparejado nada más llegar y no nos han hecho ni puñetero caso en toda la cena. Me pregunto en qué casilla del formulario habrán deducido los encargados de la organización que encajaríamos con ellos. No han dado ni una. Le presento a Lidia al que veo más dicharachero del nuevo grupo y después a mí misma. Él se encarga a continuación de hacer lo mismo con el resto de los integrantes. Parecen encantados de acogernos en el grupo y enseguida nos hacen participar de sus

bromas y su ambiente festivo. He de reconocer que son más bien mayorcitos, alguno ha salido ya de los cuarenta, pero ¿qué más da? Julio sigue mirando, y con eso me basta. Sin embargo, mi amiga se muestra algo contrariada.

Noto una vibración en el bolso de mano y los ojos se me van al instante a él, que justo guarda el suyo en el bolsillo de la chaqueta. Le sienta de maravilla el color negro, lo lleva también en la camisa. No se ha puesto corbata, a diferencia de casi todos los presentes. No la necesita tampoco, le da ese toque informal característico. Me fijo en que ya no lleva el antifaz dorado y, extrañada, miro a Lidia, que ya no tiene el suyo rojo. Se los han intercambiado.

—¿Por qué le has cambiado el antifaz? —le pregunto, interrumpiendo su conversación con una pareja muy risueña. Para mí que en esta mesa han rodado las botellas de vino a mansalva.

—Es que el suyo me conjunta con los zapatos dorados, y a él le daba igual uno que otro.

—Cierto, te combina mejor. Voy al baño.

—¿Otra vez?

—Sí.

Paso de explicarle que es para consultar el teléfono, así evito que me suelte otra charla.

Julio: Ya he visto a la criaja. Para tu información, está muy bien acompañada. Así que, misión cumplida. Me quedo con la del broche.

«¡Ja! La del broche, dice... La que no para de ponerle morritos a su amigo. Qué rabia no poder espetárselo a la cara. ¡Qué maldita rabia!».

Yo: ¡Lástima! Ya le había cogido cariño a la criaja del pececillo. Pero si has encontrado a otra que es más de tu gusto... felicidades. Seguro que pasarás una noche inolvidable.

Julio: Sí, yo también lo creo. Ahora mismo empieza un baile de máscaras. Te dejo.

«¿¿Qué??».

Salgo del baño y me dirijo al lugar donde dejé a Lidia, pero ha desaparecido. De hecho los grupos se han disuelto y todo el mundo parece alterado y en movimiento, como buscando algo o a alguien. Me encuentro perdida. No sé

qué pasa ni qué tengo que hacer. De pronto veo a Julio dirigiéndose hacia mí, junto a otro tío con la misma máscara roja y que también me da la impresión de que viene a mi encuentro. Cuando llegan frente a mí, antes de que el desconocido abra la boca, Julio dice: mía, cogiéndome de la mano.

—¿Se puede saber qué pasa? —Me suelto bruscamente, aunque no me retiro de su lado.

—Pensé que lo sabías, tú me has traído aquí.

—¿Saber qué?

—Por lo visto es el último baile del año. Han asignado colores para emparejarnos: Antifaz rojo va con negro, y dorado con plateado. Con la pareja que elijas bailas para despedirlo.

—¿Eso quiere decir que tengo que aguantarte toda la noche?

—¿Y qué tendría de malo? —agrega riendo—. Pero no, no tienes que aguantarme toda la noche. Solo es un baile.

—Es que... había elegido mi propia pareja —miento, mirando a mi alrededor. Trato de localizar a Lidia.

—¿Y dónde está?

—No lo sé, me ha pillado en el baño todo este tinglado —respondo algo arisca.

—Bueno, si lo encontramos, y lleva máscara roja, hacemos un intercambio. Pero las reglas han sido muy claras: si ven a dúos formados por colores no permitidos los penalizan.

—Eso te lo estás inventando, ¿no? —Lo miro con desconfianza.

Cojo un vaso con un líquido de color verde menta de la bandeja de un camarero. Le doy un trago demasiado grande, antes de darme cuenta de que sabe a enjuague bucal corrosivo. No puedo tragármelo y lo escupo de nuevo en el vaso.

—¿Qué ha sido eso? —se ríe, al verme apurada con el ceño fruncido y buscando un sitio donde dejar el maldito vaso.

Me acerco a una mesa que se encuentra algo retirada de nosotros para depositarlo. Al darme la vuelta, un enmascarado rojo me pide bailar con él. No sé si es otro o el mismo de antes, no me fijé bien. Lo pienso durante dos o tres segundos, planteándome darle una lección al listillo de Julio. Pero al girarme a observar su reacción, decido rechazar al intruso.

—Por un momento he pensado que había aparecido la pareja que no encontrabas. Aunque también sería casualidad que llevara antifaz rojo. ¿O es

que esto de los colores está amañado?

—Tú sabrás, que se lo has cambiado a Lidia.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy conmigo?

—Nada. Solo estoy contrariada porque en esta marea de máscaras no encuentro a nadie.

—Si buscas a tu amiga, iba muy contenta hace unos minutos con un plateado.

—¿Y tus amigos?

—Ahí —me señala en su dirección. Se han emparejado para bailar. Esto, por supuesto, se lo ahorrará luego en los wasaps o lo venderá como que era él quien bailó con ella.

—¿Cuándo va a empezar el dichoso bailecito? —me quejo, consultando un reloj invisible en mi muñeca. No sé por qué me resulta tan incómoda la situación.

—¿Y qué prisa tienes?

—Se nos van a pasar las uvas.

—Qué va, si aún queda media hora.

Coge un par de sorbetes de limón de una bandeja y me ofrece uno.

—Te lo doy si prometes no bañarme con él. Que entre el recibimiento de Lidia y lo que te he visto hacer antes... me tenéis acojonado.

—Es que eso sabía a detergente industrial, creo que se han equivocado y lo han puesto.

Le doy un trago a mi sorbete, y él al suyo. La conversación no termina de fluir. Estoy convencida de que si me diera la vuelta, aprovecharía para darle el parte a Mónica. De hecho pienso que le encantaría no tenerme delante para hacerlo. A ver si empieza ya de una vez esta pantomima del baile y recupero a mi amiga.

—¿Al final rellenaste el cuestionario o te ha tocado una mesa de relleno? —le pregunto, por decir algo. Saco el teléfono y le envío un mensaje a Lidia.

—Lo confieso, hemos sido relleno. No ha sido por dejadez, ¿eh? Te prometo que lo rellené e incluso pedí mi antifaz negro en homenaje al Zorro. Pero cuando le di a enviar, el sistema me devolvió un mensaje informando de que era imposible realizar mi petición porque se había agotado el plazo de inscripción. Aunque la velada ha sido perfecta, la gente bastante agradable.

—Pues nosotras nos inscribimos y excepto las máscaras, que eran las correctas, la mesa ha sido un *rollazo*. Solo nos han dirigido la palabra para

saludarnos al llegar. Empiezo a pensar que ya se conocían y que nos han ninguneado sin piedad.

—Al menos tú te has paseado por la sala con el antifaz del Zorro —puntualiza, con aire divertido— y no con uno tan estrafalario como el mío dorado.

—Ah, sí, mira, un color muy estrafalario. Justo por eso mismo elegí mi vestido también —agrego con ironía, y termino el sorbete de un trago.

—Bueno, a tu vestido no lo llamaría estrafalario precisamente. Apuesto a que media fiesta desearía llevarlo y la otra mitad se muere por quitártelo. — Lo miro atónita y, por un momento, me quedo sin palabras.

Aprovecho para sacar el móvil de nuevo y comprobar si Lidia se ha dignado a responder. ¿Dónde se habrá metido?

—Te he escrito varios mensajes cuando hemos llegado, para localizarte. ¿Por qué no me has contestado?

No sé qué responderle. Acaba de verme con el teléfono en la mano. La excusa de que no me cabía en el bolso, no sirve. Suerte que me salvan los músicos. Suben al escenario y dan paso al último baile. No sin antes advertir de que un foco se mantiene vigilante y dará luz a aquella pareja que esté haciendo trampa con la mezcla de antifaces. Julio muestra una sonrisa pícaro, como diciendo: «¿Ves que no me lo había inventado para bailar contigo?». A nuestro lado veo a dos chicos en posición para iniciar el baile. Se parten de risa entre ellos y me pregunto si se habrán buscado a conciencia o si bailarán por descarte. También hay dúos de chicas, y me doy cuenta de que si Lidia no hubiera hecho aquel intercambio de antifaces, tal vez ahora formaríamos pareja.

Comienza el baile de máscaras. No se trata de un vals ni nada por el estilo, sino de un lento en toda regla para que los participantes rompamos el hielo bien pegaditos. Me decido a rodearle por los hombros y él hace lo mismo por mi cintura. Aun llevando tacones, es mucho más alto que yo. Sigo enfadada por sus palabras en los mensajes a Mónica. Me parece un falso y un cínico. Que sea capaz de comportarse así de amable en mi presencia y que luego por detrás me venda, sin ningún escrúpulo... Aunque en realidad lo que me molesta es la complicidad que busca con ella.

Según avanza la canción, noto que mi cuerpo va relajándose, e incluso juraría que en cada paso bailamos más cerca. No nos decimos nada. Ni siquiera nos miramos. Me niego a hablar con él, prefiero ahorrarme el

material que luego le serviría para darle más juego que contar a mi hermana. Él tal vez esté recopilando datos que después modificará a su antojo. Baila conmigo, pero sé que en el fondo le gustaría estar con ella y su vestido rojo. Al final va a ser verdad que tengo celos. ¿Pero celos de quién? ¿De mi hermana que no tiene idea de nada? Creo que Lidia tiene razón y que debo acabar con esto, si no quiero terminar como el loco ese de personalidad múltiple.

De repente noto el vello erizado en mis brazos. ¿Me está acariciando la cintura? ¡Será cabrón!

Tras finalizar la canción, nos anuncian que pasemos al comedor de nuevo a ocupar nuestros respectivos asientos para tomar las uvas y brindar por el nuevo año. ¡Bien! Al fin podré recuperar a mi amiga. Me despido de él sin más, en cuanto nos soltamos, y desaparezco.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —Al fin se digna a aparecer en la mesa. Ya pensaba que iba a tomarme las uvas sola. El resto tampoco ha llegado aún.

—Estaba allí en la pista haciéndote señas con la mano cuando has salido del baño, pero tú andabas buscando a Julio y ni te coscabas.

—¡Qué dices! Si te buscaba a ti.

—Pues cualquiera lo diría... En cuanto se te ha acercado os habéis enganchado como pareja de baile. Creí que correría la sangre con el otro tío del antifaz rojo. Por cierto, ya me darás las gracias.

—¿Las gracias por qué?

—Me enteré durante la comida del juego de los antifaces. Los que estaban aquí sentados habían recibido el soplo de que este año iban a combinar negro con rojo y dorado con plateado. Por eso se las intercambiaron entre ellos, ¿no te fijaste?

—Pues no.

—Ay, Abril... Si estuvieras más a lo que ocurre a tu alrededor y menos a lo de tu pantallita móvil.

—¿Y tú con quién has bailado?

—Ponte a las tres y cuenta dos mesas, ¿ves ese chico rubio que no nos quita ojo?

—Sí, muy de tu estilo. Me gusta.

—¿Verdad? Y divertido. Me cazó al vuelo al cruzarse conmigo. Al final Julio me ha traído suerte.

Desato el lazo de mi antifaz y lo meto en la bolsa. Todo el mundo está sacando las uvas. Creo que este año voy a saltármelas. No me apetece un carajo comerme ni una.

—¿Te importa si le invito a tomar las uvas con nosotras? Estos me parece que han encontrado otra cosa más interesante que hacer para dar la bienvenida al nuevo año.

—Claro, invítale.

Antes de darme tiempo a terminar la frase, ya ha desaparecido en su busca. Aprovecho para pinchar un poco a Julio.

Yo: ¿Cómo va la noche? ¿Has estudiado cómo funciona el cierre de ese broche plateado que te traes entre manos?

Julio: Estoy en ello. De momento ha habido toma de contacto...

«Toma de contacto, dice...» Miro a mi alrededor, pero no consigo localizar su mesa hasta que diviso la melena negra de Mayra con su vestido plateado en una esquina, recortada a la mitad por una columna que tapa a Julio. Veo su brazo con la camisa negra, ahora un poco remangada. Está rellenando las copas de sus amigos y de espaldas a mí.

Yo: ¿Toma de contacto?

Julio: Un baile lento.

Julio: Muy, muy lento...

«Ya sabía yo que.... Se le ve el plumero. Es un mentiroso de manual».

Yo: Cuidado con lo que se cuece a fuego lento... cuesta dejarlo enfriar.

Julio: No tengo ninguna intención de dejarlo enfriar.

«Fantasma...»

Tras las doce campanadas y sus brindis correspondientes, volvemos a la pista de baile. La música ha cambiado de estilo por completo e intercalan las actuaciones de un grupo en directo que versiona canciones conocidas de estilo pop y las suyas propias. A nosotras no nos suena de nada el grupo. Sin embargo, son muchos los que tararean las letras a coro. En los descansos

ponen música de discoteca y lo cierto es que ya nos hemos hecho con la pista. El amigo de Lidia sigue con nosotras, pero a Julio no he vuelto a verlo.

He decidido ir a mi bola. Bueno, casi. Cada vez que vibra mi bolso de mano compruebo los mensajes. En esta ocasión es John.

John: Happy birthday and New Year eve!!!!

«¡¡Coño, es verdad!! Había olvidado mi cumpleaños».

Yo: ¡¡Gracias!! ¿Dónde estás?

John: I have not idea!

Yo: ¿Se te ha olvidado el español por completo?

John: Estoy borracho como un cubo para pensar.

Yo: Vas ciego y te has acordado de tu amiga a la que tenías olvidada, ¿no?

John: Kryptonita, please. I need.

Yo: ¿Estás bien?

John: Love u.

«¿¡Qué!? No lo jodas, John».

Julio: ¿Y tú dónde estás?

Yo: En el baño.

Julio: No hacía falta que fueras tan explícita.

«No si al final la lío...»

Yo: Ya sabes cómo funciona esto de los embarazos... Y antes de ir al baño estaba repantingada en el sofá con las piernas en alto, tragándome los musicales que están echando en la tele.

«Ea, ya va siendo hora de que pasemos página. Tanto rollo, tanto rollo... ¡Adiós al glamour!».

Julio: Suena interesante. Aquí la noche va para largo, mucho ruido y pocas nueces. Te lo cambiaría ahora mismo.

«¿Será gañán?».

Yo: Bueno, no sé cómo quedarías con las piernas sobre mi pareja, o yo con mi bombo allí dando saltos. Creo que mejor cada uno en su sitio.

Julio: Te noto muy pragmática hoy. ¿Dónde está mi chica del broche?

«¿Mi chica del broche? ¡Puaj! Voy a vomitar...».

Guardo el móvil y decido que Julio no se merece un segundo más de mi tiempo.

«Nota mental: Mañana, nada más levantarme, usar el viejo teléfono como fondo de acuario y bloquear de intrusos este. ¡A tomar por culo!».

Recorro la pista de arriba abajo y no encuentro a mi amiga por ningún sitio. En mi recorrido suelto una copa vacía y recojo otra nueva de la bandeja de un camarero que se cruza en mi camino.

—Feliz cumpleaños, Abril —oigo a mi derecha.

—Gracias —respondo al girarme, sin ningún tipo de énfasis ni atisbo de interés, ni de ilusión por que lo haya recordado—. ¿Has visto a Lidia?

—Sí, hace un momento. Parecía bastante ocupada.

—Creo que ya no penalizan por colores no autorizados. No es necesario que te pegues a mí —le suelto con irritación.

—Lo sé. Pero ¿qué problema tienes conmigo?

—¿Es que no encuentras a nadie interesante en la fiesta para entretenerte? —pregunto con cierta soberbia.

—En eso te equivocas. Aunque si te molesto, solo tienes que decirlo. No entiendo por qué estás tan arisca hoy.

Dejo mi copa en otra bandeja, prácticamente entera, ya no me apetece tomar nada.

—Pues búscate una compañía mejor.

—Esperaba pasar una divertida salida de año con una chica encantadora a la que estoy conociendo. Sin embargo, ahora no sé qué pensar. Creo que no hemos entrado con buen pie en el nuevo año.

—No. Tal vez no.

Sigo mosqueada. No puedo evitarlo. Tengo la sensación de que es un falso.

Una cara aquí y otra allá.

—¿Y no podemos ponerle remedio? —insiste—. El día acaba de empezar. Además, no has soplado tus velas. ¿Dónde se ha visto un cumpleaños sin velas?

En ese instante mira a mi espalda y sonrío. Me giro y veo a Lidia aparecer con una tartaleta de las que nos han puesto en el postre y una vela encendida. Empiezan a cantar solo ellos, pero en cuanto se percatan a nuestro alrededor se van animando y es un feliz cumpleaños colectivo. En mi vida había pasado tanta vergüenza. Estoy deseando soplar y que se disuelva el grupo improvisado. Cosa que sucede tras un aplauso y algún que otro silbido.

Cada uno vuelve a lo suyo, a bailar, cantar, reírse, beber, charlar, besarse... Incluso los hay que se han largado, como su amigo Rafa y Mayra. Lidia y su nuevo ligue han pasado por todas las fases anteriores, me parece que en breve tomarán el camino de los otros. Y de nosotros poco hay que decir, creo que seguimos juntos porque ninguno tiene otra opción mejor para entretenerse.

Nada ha resultado del modo en que lo imaginé. Aunque, al menos, hemos limado algunas asperezas y ha vuelto el buen rollo entre ambos. He decidido que no merecía la pena sentirme molesta por algo que yo misma he provocado. Debo afrontarlo de otra forma más efectiva, con madurez. Tal vez haya llegado el momento de acabar con todo. Bloquear su número en el teléfono de Mónica será la mejor opción, y también dejar morir el de prepago. Y a otra cosa. Año nuevo, vida nueva. O como diría el apuesto sabio Clark: Las chicas valientes no miran atrás.

Son las tres de la madrugada cuando la música de fondo comienza su decadencia y la fiesta parece estar en las últimas. El panorama invita al abandono de la sala.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? —pregunta Óscar, el amigo de Lidia—. Esto se termina ya.

—Conmigo no contéis —agrega Julio—. Para mí se acabó lo que se daba. Estoy más muerto que vivo, y el pobre Max estará subiéndose por las paredes.

—¿Tú te vienes? —me propone Lidia. Si lo hago, me va a tocar encenderles mi vela de cumpleaños.

—Pues yo, si no os importa, prefiero irme a casa. Nemo también estará

dando vueltas intranquilo.

—Lo tuyo me parece una excusa muy barata —me dice Julio al oído, camino del guardarropa—. ¿Pretendías insinuar que lo mío era un cuento?

—No, para nada. Pero Nemo también necesita sus atenciones. Y además no me apetecía hacer de cirio de estos dos.

—Era lo que imaginaba.

Mi amiga ya ha desaparecido cuando nos acercamos a la cola para recoger nuestros abrigos. Menudas prisas. Recuperamos los nuestros y, una vez en la calle, le veo buscar algo a su alrededor. Después me mira con curiosidad.

—¿Te han robado la bici?

—Qué graciosillo...

—¿Cómo has venido? ¿Te llevo a casa?

—No te preocupes, cogeré un taxi.

—Si intentas coger un taxi, creo que es muy posible que llegue antes tu amiga a la suya. Y eso que van con intenciones de alargar la fiesta.

—¡Hostias, las llaves!

—¿Qué llaves?

—Las llaves de mi casa —respondo, abriendo mi pequeño bolso que en realidad parece más un monedero. Se lo muestro. Tal vez albergo la esperanza de que aparezcan por arte de magia—. Solo me cabía el teléfono y las guardó ella en el suyo.

Enseguida marco su número, con un poco de suerte la pillo aún por aquí cerca.

—¡Mierda! Lo tiene apagado.

—Me temo, señorita, que no va a quedarle otra que colocar unos cartones en su portal para pasar la noche.

—¿Piensas dejarme colgada? Hace un momento te he visto más galante con lo de llevarme a casa.

—Una señorita no le pide a un... ¿cómo me presentaste? Ah, sí, a un simple conocido, que la invite a su casa. Me pregunto qué pensarían tus padres al respecto.

—Muy gracioso... Pues nada, lárgate. Ya me prepararé mis cartones cuando encuentre un puñetero taxi.

—Anda, vamos a buscar mi coche. Pero nos pilla algo lejos, te aviso por los tacones. En esta ciudad no hay quién aparque.

Tardamos casi cuarenta minutos en llegar a su casa, por un accidente que ha ralentizado el tráfico. No tengo ni puñetera idea de dónde estoy. Suerte que confío en él por el tiempo que llevamos hablando y viéndonos, si le conociera solo de esta noche sería lamentable la situación. Soy bastante miedosa para fiarme de cualquiera. Quién lo diría, ¿no?

—Tendrás dos camas, imagino —le digo, ya subidos en el ascensor. Ha pulsado el número tres de planta.

—Pues claro. De no ser así te habría dejado en los cartones de tu portal. No soy de los que aprovechan la situación para meterse en la cama con jovencitas. ¿Por quién me tomas?

—A ver, que me llevas siete años, casi los mismos que se llevan mis padres. No sé a qué viene todo ese rollo de jovencita.

—No insistas. No pienso meterte en mi cama. ¡Irás derechita al cuarto de invitados! —lo dice con una sonrisa burlona que me produce un hormigueo instantáneo en el estómago. Creo que este tío se ha propuesto sacarme de mis casillas. Qué digo propuesto, lo ha conseguido. Pero en un sentido que me preocupa bastante, teniendo en cuenta el carpetazo inminente que debo ejecutar.

—¿Qué más quisieras tú! —respondo.

—Si quisiera, te colabas esta noche en mi cama —afirma con un guiño.

—A punta de pistola, supongo.

Al abrir la puerta, ya está preparado Max para recibirnos. Bueno, más bien a él, en mí ni se ha fijado. Me enseña muy por encima todo y me dice que estoy en mi casa y que puedo ponerme cómoda mientras saca al perro.

—¿Me prestarías un pijama? No suelo dormir de esta guisa.

«Bueno, sí, en Nochebuena, pero eso él no lo sabe».

—Abre mi armario y pillá lo que encuentres.

Tras cerrarse la puerta de la calle, merodeo un rato por la casa. El salón es espacioso y escaso en muebles, funcionales y con pocos objetos decorativos. La cocina es pequeña, solo tiene encimera y un par de taburetes altos, no da para una mesa. Hay dos cuartos de baño, uno diminuto junto al salón y otro más grande en su dormitorio. Me doy cuenta de que me ha mentido, no hay ninguna habitación de invitados. Abro su armario y cojo una sudadera gris, bastante amplia y con capucha. Ni rastro de unos pantalones de pijama o tipo chándal. De todos modos, la sudadera me tapa lo suficiente y no enseño nada que no quiera que esté a la vista. Le cojo una percha del armario para colgar

mi vestido y evitar regresar mañana como una pasa.

Aprovecho para llamar a Lidia de nuevo, pero sigue con el teléfono apagado. Se habrá quedado sin batería. Llamo al fijo de casa, por si les ha dado por aterrizar allí. Nada. Antes de guardarlo en el bolso, pita un mensaje:

Julio: Mañana, cuando despiertes de tu infatigable jornada televisiva, te alegrará saber que el broche plateado de la noche ya está en mi casa.

«¿Será cabrón?».

Julio: ¿Todavía despierta?

Yo: ¿Me estás espiando?

Julio: Pero si no me has dado tiempo ni a cerrar la pantalla.

Yo: Buenas noches.

Julio: ¿Te pasa algo?

Yo: Nada de nada.

Julio: Pues sí que has empezado bien el año...

Me siento furiosísima. No entiendo por qué sigue insistiendo, si mi hermana pasa completamente de él. ¿Es que no se da cuenta?

Al rato escucho la puerta abrirse y me levanto del sofá de un brinco. Ni que estuviera robando.

—Ya estamos aquí —anuncia, y le quita la correa a Max—. ¿Te apetece tomar algo? Leche, un ColaCao...

—¿Vas a empezar otra vez con el rollo ese de la edad? —respondo molesta.

—No, mujer, esto lo decía en serio. De hecho voy a tomarme uno calentito. Lo hago siempre que vuelvo tarde, antes de acostarme. Preferiría un café, pero quiero dormir.

—Venga, que sean dos.

—Pues voy a cambiarme, ahora vuelvo.

Enseguida regresa con una camiseta de manga corta y un pantalón largo de pijama.

—¿De dónde has sacado eso? ¡He buscado por todo el armario!

—Pues suerte que no lo hayas encontrado, me gusta más ese conjunto que llevas.

—Muy gracioso...

—Si quieres puedes coger unos calcetines para no andar descalza, vas a coger frío paseándote por ahí semidesnuda.

—¡Eres insufrible! —me quejo, y me dirijo a su habitación a buscarlos.

Sobre la cama encuentro otro pantalón de pijama, junto a unos calcetines gorditos.

—Ya empiezas a caerme mejor —le anuncio, al regresar a la cocina. Él ya lleva el vaso de ColaCao a la mitad cuando me entrega el mío. Nos quedamos de pie, junto a la encimera.

—Es curioso, por más que he inspeccionado, no encuentro la puerta de la habitación de invitados.

—Te va a tocar dormir en el sofá. Aunque no irás a ponerte ahora quisquillosa con eso, ¿no? La otra opción eran unos cartones. ¿O estás replanteándote lo de compartir mi cama?

—¿Para que mañana puedas presumir de tus triunfos con tus amigotes? Eso tendrás que sacarlo de tus propios sueños.

—De todos modos, el sofá es muy cómodo. Y a Max no le importará compartirlo.

—¿Ves? Él sí tendrá algo interesante que contar de su jornada de fin de año.

Me mira desafiante e interrogativo, y por un momento se me pasa por la cabeza que quizás he hablado demasiado y he soltado alguna perla del chat de Mónica.

—No tendrás por casualidad un cepillo de dientes de repuesto. Sería el mejor regalo de cumpleaños de la historia, si me dices que sí.

—Pues mira, vas a tener suerte.

Le sigo por el pasillo y veo que rebusca en los cajones del baño pequeño.

—Aquí lo tienes. Feliz cumpleaños.

—Bien, suave, de los que me gustan. ¡Muchas gracias!

Me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla sin pensar, y cuando me doy cuenta del hecho me siento absurda. Creo que lo nota y, para romper el hielo que se ha formado, dice que va a sacar un edredón para preparar la cama del sofá.

—Sí, dámelo, ya la hago yo.

—No, tu eres mi invitada. Eso es cosa mía.

—Bueno, la hacemos juntos y así terminamos antes.

Acepta y, una vez la tenemos lista, me lanzo encima para probar si es cómoda.

—Ey, guapa, baja de mi cama. Aún no te he invitado a dormir conmigo.

—Pero si esta era la mía, ¿no?

—Nunca dejo que mis invitados duerman en el salón. Y no te preocupes por las sábanas, las cambié esta mañana.

—Te juro que con lo muerta que estoy eso es por lo último que me preocuparía.

—Pues venga, criatura, lárgate ya de aquí. Estás matándome de sueño.

Desaparezco riéndome por sus palabras y muy confusa. No sé qué narices pasa por su cabeza. Tan pronto es agradable y cercano, como cortante y tedioso.

Cuando cierro la puerta me fijo en la mesilla de noche, y un recuerdo repentino me hace abrir el cajón. ¿Y si aprovecho para llevarme el broche de Mónica? No sería robar. En realidad no es suyo. ¿Por qué narices no dejo de llamarlo broche?

Abro el cajón y tanteo con la mano hacia el fondo. Lo único que hay son monedas, un paquete de chicles, tarjetas varias, un par de bolígrafos, una caja de condones y unos marcapáginas. Me dirijo al armario y rebusco por todos los cajones. Sé que está mal lo que estoy haciendo, pero ¡qué leches!, también está mal lo suyo de ir contando nuestras cosas a la primera que pilla. Bueno, a la primera no, que me lo cuenta a mí. Nada en los cajones del armario. Entro en el baño y rebusco en los armarios, hasta que oigo unos nudillos llamando a la puerta del dormitorio y del susto se me cae de las manos su loción de afeitado. ¡Joder!

Abre de golpe y me encuentra agachada recuperando el tapón que ha ido a parar debajo del mueble del lavabo.

—¿Estás bien?

Lleva en la mano el cepillo de dientes que me había dado.

—Sí, perdona. No sabía dónde lo había dejado —le indico, apuntando al cepillo—, y buscando he tirado esto. Pero no se ha roto.

—No te preocupes. Venía a buscar el mío. ¿Todo bien?

—Sí, sí, gracias.

—Buenas noches.

14

Ha sido una noche agitada de sueños extraños. En el último me encontraba en la playa con John, tal y como ocurrió en Nochebuena, tras el murete que da al paseo marítimo, enfrascados en aquel beso que lo complicó todo. Al principio el beso fue tímido y nuestros labios apenas se rozaron. Hasta que despertaron de su letargo, provocado por el tequila, y tomaron su propio ritmo ansioso y frenético. Sus manos buscaban bajo mi vestido el mencionado liguero que no encontraron, y se conformaron con ese espacio de carne entre las medias y mi ropa interior, donde enseguida se perdieron. Tras un intento fallido de romper mis bragas, que no obtuvo el mismo resultado glamuroso que se espera por el cine, las deslicé yo misma hacia abajo y me deshice de ellas, mientras él aprovechaba para desabrocharse el pantalón. Sin embargo, al fijarme en sus brazos, descubro que no son los mismos. Ahora lleva una camisa negra con dos vueltas en los puños y yo no tengo puesto mi vestido azul eléctrico, sino una sudadera gris que levanta para encaramarme a su cintura en el mismo instante que yo lo rodeo con mis piernas, y me empuja contra la pared en cada investida. ¡Dios! Siento un hormigueo desplazarse desde la punta de los dedos de los pies hasta la nuca, pasando por todas mis terminaciones nerviosas. ¿Qué hace él aquí? ¿Dónde está John? ¿Y a mí qué cojones me importa dónde esté John? Solo quiero que Julio continúe apretándome contra él, a pesar de que mi maldito móvil no deja de sonar y él insiste en que lo coja porque puede ser mi hermana, y cada vez lo noto menos dentro y... Vaya putada, ¡joder!, que no hemos podido terminar por el maldito teléfono.

—¡Dime! —Me incorporo en la cama, algo desubicada.

—Me tenías preocupadísima. ¿Se puede saber dónde estás?

—¡Joder, Lidia! Anoche te llevaste mis llaves y tuve que venirme a dormir a casa de Julio. Te llamé mil veces.

—Perdona, me quedé sin batería. Al final no fuimos a ningún sitio, tardamos tanto en pillar un taxi que se nos cortó todo el rollo. Me dejó en casa y se marchó a la suya.

—¿Estás ahora allí? —Compruebo la hora y son las diez y media—. Escucho mucho ruido de fondo.

—Estoy en la cafetería de enfrente, poniéndome hasta arriba de churros. ¡Ven, corre!

—No sé cuánto tardaré en llegar... De hecho no tengo ni idea de dónde estoy. Pero tranquila que me visto y voy pitando.

Salgo de la habitación. La casa se encuentra en silencio. Llamo a Julio, según avanzo por el pasillo, pero nadie contesta. Ni siquiera está el perro. La cama ha vuelto a su estado de sofá, las sábanas y el edredón están doblados encima. Pienso que ha salido a darle un paseo a Max, hasta que veo una nota escrita en un pósit y pegada a la puerta de la calle:

«He tenido una emergencia en la clínica. Si me esperas te acerco luego a casa. Pero, oye, si decides marcharte por tu cuenta con ese vestido, no se te ocurra colocarte el antifaz para camuflarte (si quieres llegar viva). Llámame cuando te despiertes».

Mi idea inicial era coger el metro, pero eso fue antes de reparar en mi indumentaria de vuelta que él me ha recordado. Decido largarme a toda prisa, rezando por encontrar un taxi. Si me encuentra aquí se empeñará en llevarme y, lo más preocupante, se ha borrado el maquillaje del *tattoo* de dar tantas vueltas en la cama. Tendría que enfundarme los zapatos con sus calcetines para taparlo. Menudo panorama.

Encuentro a Lidia en la cafetería donde hemos quedado, toda duchadita y cambiada, observándome las pintas de arriba abajo. El rímel no se ha ido del todo, por más que me he lavado la cara con agua y jabón. Me he despertado como un oso panda.

—¿A caso pensabas que mi bolso es el de Mary Poppins y volvería en vaqueros? Dame las llaves que suba a cambiarme, por lo menos.

—Anda, boba, si aquí la mitad todavía están de jolgorio, como tú.

—Sí, claro, muy graciosa —ocupo una silla y me dejo caer.

—¿Y qué tal la noche? —sé que está insinuando algo con su tonillo y la sonrisa picarona.

—Lo de pirarte con las llaves no sería otra artimaña igual que la del cambio de antifaz, ¿no?

—Podría. Pero no, de esa soy completamente inocente. ¿Me vas a contar

los detallitos o qué?

—Pues vas a quedarte con las ganas, porque en realidad no pasó nada de nada.

Prefiero ahorrarme lo que sí ha pasado en mi sueño.

—¿En serio? Pues vaya rollo.

Pido un café y a los pocos minutos comienza a sonar mi móvil en plan batería de llamadas de familiares por mi cumpleaños. Había vuelto a olvidarlo. Esto de cumplir años en un día tan señalado es una mierda.

Tras el desayuno, nos vamos a casa. Estoy loca por llegar y darme una ducha. Y tal vez volver a acostarme, noto el cuerpo como si me hubieran dado una paliza. Qué más quisiera.

John: No des conversación cuando escriba borracho o leerás gilipolleces. Olvida lo de anoche.

John: Bueno, lo de la felicitación no.

John: ¿Dónde estás?

John: Es mediodía aquí, allí más.

John: ¿Estás viva?

John: ¡Despierta!

De Julio a Mónica:

Julio: Te alegrará saber que ha vuelto a repetirse: se me han dado a la fuga. Pero ni rastro de broches ni objetos personales, solo un cepillo de dientes usado. Ni siquiera una triste nota... Empezamos bien el año.

Julio: ¿No hay nada para mi tatuaje de hoy?

«Sí, ¡que te den!».

—Te noto apagadilla, ¿va todo bien? —pregunta Lidia. Estamos en la cocina desayunando por segunda vez a las dos de la tarde. Volvimos a acostarnos tras los churros.

—Sí... No sé. Me siento rara.

—¿Es por Julio? —se interesa.

—Quizás... O por John. Anoche se emborrachó y me escribió alguna estupidez que hoy ha retirado.

—¿De qué tipo?

—De las tuyas.

Lleno un bol de cereales de esos que compra mi hermana y que creo haber visto en la tienda de mascotas junto a la comida de Nemo.

—Entonces ya estáis en la línea de siempre, ¿no?

—No, lo de antes eran bromas. Ahora no sé si va en serio. En realidad me preocupa que lo sea.

—¿Te da miedo que te haga daño como Juancar?

—No. Pero no siento lo mismo y no quiero que lo nuestro dé un pepinazo y vuele por los aires.

—A mí me da que te has pillado por Julio.

—¡Julio es gilipollas!

—Es un encanto. Lo imaginaba de otra forma, la verdad. Me lo habías pintado como un tío más pícaro, más creído, más... no sé cómo decirte, como un embaucador.

—¿Y no te lo pareció?

—Qué va. Es atento, amable, sencillo... Y se le ocurrió lo de pedir la tarta. A ver si también te han dado el cambiazo a ti.

—Está obsesionado con mi hermana, y no entiendo por qué. Si solo se han visto una vez y no ocurrió nada entre ellos, por lo que sé.

—A lo mejor no te lo contó todo.

—No tendría ningún sentido, no soy una confidente. Se supone que yo también estaba allí, en su habitación, y que después me di a la fuga olvidando el pasador. —Me quedo un momento pensando en ese detalle—. Por cierto, anoche estuve registrando su cuarto y no lo encontré en ningún cajón.

—¿Dormisteis juntos?

—No, él se fue al sofá.

—¿Ves? Es un tío educado.

—Eso no voy a discutirlo. Pero cada vez que escribe a Mónica, me irrita.

—¿Te recuerdo que te escribe a ti?

—Pero solo técnicamente.

—Estás para que te lo miren —opina riendo.

—Eso opina también John.

—Pero lo suyo es por celos. Mi diagnóstico es más objetivo.

Nos levantamos a recoger la mesa y nos dirigimos al salón. Vamos como arrastrándonos de un sitio a otro. Los pies siguen palpitándome por haber estado subida en los tacones durante tantas horas. Aunque lo que realmente me pesa es el ánimo.

—¿Qué crees tú que ha podido ver en Mónica que no encuentra en mí?

—A ver, chica, tu hermana está cañón. Sin menospreciar lo presente, claro. Pero en realidad tampoco tienes nada que envidiarle físicamente.

—¿Tú crees que han conectado más ellos por la edad? Tal vez a mí me ve más cría y a ella más adulta, y de ahí ese enganche suyo por contarle todo.

—Te olvidas de un detalle: ¿Cuánto tiempo lleváis con los wasaps?

—Pues unos tres o cuatro meses.

—Y con tu hermana, según tú, solo pasó una noche. Sé que voy a arrepentirme de decir esto, pero, ¿no te parece que ahora mismo tú eres más Mónica para él que la propia Mónica?

—Entonces eso quiere decir que yo le gusto como soy y en el físico le gusta más ella. Porque si yo le gustara físicamente, preferiría a Abril que al fin y al cabo soy yo entera, por dentro y por fuera.

—Tu vas a acabar de psicólogo como sigas así.

—A ti te querría ver en mi situación. Por cierto, ¿qué fue de Óscar?

—Óscar fue... un bonito sueño de una noche inolvidable.

—Ahora en serio.

—Me ha dado su número para que le llame la próxima vez que vuelva. Pero... cada cosa tiene su momento, y el nuestro se esfumó en un taxi.

—Pues sí que hemos empezado bien el año... —afirmo riendo, y me sigue hasta la habitación—. ¿Has dado de comer a Nemo?

—¿Qué dices! Ni me he acordado de que el bicho ese respira.

Se lanza sobre la cama mientras yo rebusco en mi armario algo que ponerme cuando salgamos a comer. O a merendar o a lo que toque por la hora a la que lleguemos, que a este paso será la cena.

—Por cierto, el teléfono ese que tienes enchufado en la mesilla ha estado pitando esta mañana.

—Habrá sido Julio. Es la línea de Abril.

—Si lo que yo te digo...

De Julio a Abril:

Julio: Ya hemos llegado. No te veo, esto parece el carnaval de Venecia. Necesito alguna pista para encontrarte.

«Por lo que veo, estuvimos en la misma situación al llegar. Aunque le duró poco la búsqueda. Rápidamente se olvidó de mí y se centró en sus cavilaciones para entretener a su supuesta Mónica».

Julio: Vaya, vaya, ¡te encontré! Acabas de pasar por mi lado y ni te has enterado. ¡Precioso vestido! ¿Sabes que vas a juego con mi antifaz? Pista 2: Voy de negro.

«Quizás me he precipitado juzgándole. Qué sencillo habría sido todo si me hubiera llevado el maldito teléfono».

Julio: Veo que te has propuesto ignorarme. Pensaba que la invitación incluía una visita guiada con la anfitriona.

«Bueno, ya tenías a la plateada... ¡Ah, no..., que fue un farol para escribirte con mi hermana!».

Julio: ¿Conocido? Vaya, creía que después de ser tu asesor de compras en tienda de mascotas, canguro de bicicleta a media jornada y acompañante de paseo canino... obtendría suficientes puntos para la categoría de amigo.

«¡Cómo sabía que iba a escocerle!».

Julio: Dale las gracias a tu amiga por haberse puesto unos zapatos a juego con mi antifaz, su intercambio ha sido lo mejor que me ha pasado esta noche.

«Te juro que no sé por dónde cogerte, Julito. ¿Tratabas de coquetear conmigo a la vez que soltabas tus batallitas por la otra línea?».

Julio: Pero ¿dónde te has metido? Tengo confeti metido hasta en las orejas, y creo que me he tragado un par de ellos con la bebida. ¡Esto es una locura! ¡Feliz cumpleaños! ¿Qué ha sido de aquella jovencita de las trenzas?

«Qué gracioso...»

Julio: ¿Sigues en casa? Tardaré veinte minutos como mucho. Hay cápsulas junto a la cafetera y dulces en el armario de encima. Toma lo que te apetezca.

Julio: Voy a tardar media hora más, pero espérame y te llevo.

Julio: Vaya, al final te has ido. Espero que hayas descansado. Gracias por la fiesta, hacía años que no me divertía tanto.

Yo: No te preocupes, cogí un taxi. Me llamó Lidia y quería que desayunáramos juntas. Se marcha mañana y tenemos que aprovechar. Gracias por todo. Te debo una.

15

Nunca pensé que llegaría el día en que me descubriría ansiosa por regresar a la rutina y dejar atrás las vacaciones. ¿Me estaré haciendo mayor? La vuelta a casa de los ajetreados futuros padres fue la gota que alcanzó el límite de mi paciencia. Pensaba que no había nada peor que compartir piso con una hermana tiquismiquis y obsesionada por el orden y la limpieza. Pero lo hay. Y es compartir piso con una hermana tiquismiquis y obsesionada por el orden y la limpieza embarazada. «*Es que está en la fase nido*», la defiende mi cuñado. Claro, qué va a decir el pobre hombre, si le queda toda una vida por delante para aguantarla. A mi ya solo me quedan dos telediarios para que recojan sus maletas y abandonen la casa.

Como era de esperar, también me la lió parda cuando se encontró con el pececillo. El pobre Nemo que no hace daño a nadie, ni rechista, ni ensucia, ni suelta pelo, ni olores, ni sale de mi habitación.

—¿No dijiste que ibas a devolver la pecera?

—Se me perdió el ticket. —Cosa que era verdad, por otro lado, aunque no fuera la razón principal de su presencia.

—¡Pues los peces traen mala suerte!

Ahí se me cayó todo el mito de mi hermana encima. ¿Cómo podía pensar algo así?

—Pero ¿qué me estás contando? Mala suerte, dice... A ti el embarazo está afectándote en las neuronas.

Suerte que ya han encontrado el piso de sus sueños y solo se quedarán lo que duren las obras de la reforma que van a realizar. El apartamento de Fabio lo vendieron antes de firmar con la inmobiliaria que iba a gestionarlo. Pensaban que tardarían en hacerlo. Pero al final se corrió la voz en el bloque, y se interesó el vecino de al lado para ampliar el suyo. Creen que en primavera estará lista la casa y me dejarán campar a mis anchas por aquí. ¡Por Dios, qué ganas!

Mi relación con John ha vuelto al punto cero inicial, tras un par de

conversaciones vía Skype donde rompimos definitivamente el hielo de la situación enrarecida que se había creado entre nosotros. Más, incluso, tras confirmarme que ahora no tenía tan clara la idea de marcharse a Boston con Sharon. Me preocupó que el motivo de su cambio de planes fuera lo que ocurrió en Nochebuena. Sin embargo, no era esa la razón. Por lo visto su relación no termina de cuajar del todo. Aunque me confirmó, al ver mi cara de preocupación, que tampoco tenía nada que ver conmigo el problema entre ellos, y que ya me contaría en otro momento sus motivos. Aquella llamada era en realidad para hacer de intermediario de un colega suyo, para ponernos de acuerdo sobre unos cambios en una portada que le hice para una maqueta.

Es un alivio volver a nuestras bromas y no sentirnos incómodos al escribirnos. Ni tratar de averiguar con qué intención habrá dicho esto o lo otro. Adoro nuestra amistad tal y como es. Al principio me rayaba pensando que vaya putada no habernos conocido antes, cuando íbamos juntos al instituto, o qué faena que cada uno tomáramos caminos diferentes. Pero ahora me alegra que haya sido así. Una relación entre nosotros, distinta de la amistad, habría fulminado lo que realmente tenemos. Somos demasiado parecidos para soportarnos tan estrechamente. Sin embargo, encajamos a la perfección en esta simbiosis que hemos creado.

John: Tenemos que hablar.

Yo: ¿Vas a cortar conmigo?

John: No tendrás esa breva.

Yo: Es “no caerá”.

John: Necesito más a mi profe de lengua.

Yo: Sobre qué querías hablar.

John: Es sobre Miriam, está rara desde que Sharon terminó conmigo.

Yo: No tengo ni idea de quién es Miriam ni de lo que hablas.

John: Te lo conté en un audio. ¿No te recuerdas que era muy largo para escrito?

Yo: ¡Hostias, sí! Pero me pillaste en la calle y luego olvidé escucharlo en casa.

John: Pues estamos bien listos. ¿Entonces no sabes del trío?

Yo: ¡Ay, mi madre, John! ¿Qué me estás contando?

John: Ya vi extraño que habías tomado demasiado bien.

Yo: ¿No me lo puedes resumir en tres frases?

John: Sharon pensó en un trío para la curiosidad y preguntó a Miriam, nuestra compañera de piso.

Yo: ¿Un trío de dos chicas y tú?

John: Exacto.

Yo: ¿Y a ti no te pareció un poco raro?

John: Bueno, sí. Normalmente las tías sois muy difíciles para dar la luz verde en este tipo de sexo.

Yo: No me refiero a eso. Quiero decir que si no te resultó extraño que quisiera hacer un trío de esa composición. Si yo te propusiera uno, no metería a otra tía en la ecuación.

«Metería a Julio, más bien».

John: ¿Te parece que a Sharon le van las tías?

Yo: No sé... O tal vez solo fue curiosidad, como dices. Pero sigue contando.

John: Miriam participó con nosotros y seguimos después sin Sharon.

Yo: Miriam y tú os liasteis por vuestra cuenta, es lo que vienes a decir, ¿no?

John: Sí. Cuando Sharon se fue por vacaciones de Navidad en Boston. Al volver descubrió y se largó del piso. No importa, Miriam me gusta.

Yo: Y así fue cómo el abejorrito, que iba de flor en flor...

John: Le dijo la sartén al vaso.

Yo: ¿Algún día aprenderás a utilizar las frases hechas como las inventaron sus creadores?

John: ¡Corta el rollo! Miriam está rara cuando se fue Sharon. Estamos bien juntos, pero no tiene más sexo conmigo. ¿Tú crees que hay algún problema en mi sexo?

«Me parto de risa al leerlo. No me puedo creer que haya tenido huevos a formular eso».

Yo: ¿Me estás preguntando si desde mi punto de vista das la talla?

John: ¡Va en serio, Abril! No lo tomes en una broma.

Yo: Para mí no tienes ningún problema.

John: ¿Crees que tiene relación con el trío?

Yo: ¿En el trío tú eras el protagonista, o te dejaron un papel más bien secundario?

John: Hmmm... en tu pregunta encuentro alguna respuesta.

Yo: Empezamos bien el año, Clark...

John: ¿No podemos regresar al anterior?

Yo: Hubo una vez en la que un apuesto sabio con gafas me dijo: Las chicas valientes no miran atrás.

John: Si tuviera mi Kryptonita aquí, todo sería más fácil.

Yo: Mira el lado bueno, sin ella puedes hacer uso de tu mirada láser.

Llevo varias semanas sin saber nada de Julio. Bueno, para ser más exacta: Abril lleva varias semanas sin saber nada de Julio. Mónica ha recibido varios mensajes. El primero cuando él descubrió que había desaparecido el caballito de mar de la foto de su perfil, que quedó sustituido por un chupete. Me pareció la mejor opción para ir desenredándolos de una manera tajante, sin recurrir a la postura agresiva del bloqueo. Y a pesar de que la mayoría de mis contactos de WhatsApp saben que voy a ser tía, algún despistado me ha dado la enhorabuena por mi embarazo.

El cambio de imagen no le pasó inadvertido. Aunque en vez de pasar página, que es lo que habría hecho yo desde el minuto uno en que me entero de su embarazo, él ha seguido erre que erre con los mensajitos. Ve el chupete, y a la carga de nuevo. Es que no me entra en la cabeza la obsesión con mi hermana. Le dejó tocado, pero bien tocado. A veces me pregunto que sentiría ella si lo supiera y si hubiese recibido sus mensajes. ¿Le habría seguido el juego?

De Julio a Mónica:

Julio: ¿Y cómo debo reaccionar al respecto? ¿Me dejas colgado a punto de robarle el récord Guinness al hombre más tatuado del mundo?

Yo: A decisiones impulsivas, riesgos innecesarios.

Julio: ¿Y qué hay de aquello de devolverte el broche? ¿Ni siquiera vas a dignarte a enviarme a la propietaria? ¿Sabe que me lo dejaste en prenda?

Yo: Creo que ya lo ha dado por perdido. Ni siquiera recuerda que se lo tomé prestado.

Julio: ¿Y qué debo hacer con él?

Yo: ¿Dónde lo tienes guardado?

Julio: ¿Para qué quieres saberlo? ¿Piensas enviar un sicario para recuperarlo sin dejar testigos?

Yo: Eres único dando ideas.

Julio: Y tú única para desentenderte de todo y no dar la cara.

Yo: ¿La cara de qué? Es que no sé qué narices esperas de mí.

Julio: ¿Por qué presupones que espero algo de ti?

Yo: Porque no entiendo a qué viene, si no, tanto interés en seguir escribiéndome.

Julio: Creía que te gustaba hablar conmigo.

Yo: Y me gusta, pero no le veo el sentido.

Julio: ¿Y por qué necesitas tanto un sentido?

Yo: ¿Alguna vez se te terminan las preguntas?

Julio: ¿Alguna vez se te terminan las excusas?

Yo: Si te diera una dirección para enviarme el broche, ¿podríamos acabar con todo esto?

Julio: Si es lo que quieres, sí.

Es sábado, y me encuentro tomando fotos de pequeños objetos desenfocados en un primer plano y paisajes urbanos de fondo. Es para el cartel de un concierto en el que estoy trabajando para un proyecto. Aún no tengo claro cómo voy a usar las imágenes. Sin embargo, algo ronda en mi cabeza y no

quiero que se me escape. Es inspirador ir con la bici y pararme a buscar posibles bocetos en cualquier detalle que a simple vista parece insignificante; a través del objetivo, ganan protagonismo con unos arreglos de encuadre y luz.

Hoy he olvidado llevarme comida. No pensaba quedarme mucho tiempo fuera porque debo estudiar para una de esas asignaturas que tengo atragantadas. Pero ha sido demasiado tentador pasar cerca del parque que frecuenta Julio, y no rendirme a la idea de sentarme un rato a dibujar y olvidarme del resto del mundo. ¿A quién pretendo engañar? Lo que realmente me provoca es la posibilidad de encontrármelo por casualidad mientras pasea a Max. ¿Se puede ser más patética? Pues sí, aún se puede un poco más. Ahí va una de las mías:

De Abril a Julio:

Yo: Adivina dónde estoy.

Julio: ¡En las rebajas de El Corte Inglés! Te he visto a todo color esta mañana sobre la fachada. Verte a ese tamaño me ha hecho preguntarme: ¿En serio pudo entrar ese pedazo de cuerpo gigante en mi sudadera? (Te haré una confesión: el día que me dijiste que tal vez me sonabas de algo porque eres modelo, pensé que eras una presumida de mucho cuidado).

Yo: ¿Se te ha terminado la cuerda? ¿Puedo decirte ya dónde estoy?

Julio: ¡Sorpréndeme!

Yo: En el parque que está al lado de tu trabajo. ¿Vas a sacar a Max? Hace un día estupendo.

Julio: Ya decía yo que me sonaba mucho esa bici roja que ha marcado Max al pasar por tu lado.

Miro a mi alrededor y lo encuentro de pie a unos veinte metros. ¿Será idiota?

—Me preguntaba cuánto tardarías en darte cuenta, y de repente ha pitado el mensaje —va diciendo mientras camina a mi encuentro. Me levanto del banco y nos damos dos besos. Luego acaricio el cabezón de Max que, como siempre, me ignora por completo. ¿Por qué le caeré tan mal a este chucho?

—¿Cómo te va? —pregunto—. Hacía mucho que no sabía de ti.

—He estado liado con el trabajo y una serie de dibujos animados que estoy doblando. ¡Soy Tom Atún! —lo dice con una voz profunda estilo Darth Vader—. Es un personaje que me cae fatal. Pero como su papel en la historia es ese, precisamente, me viene bien tener esa relación con él.

Vuelvo a ocupar mi sitio y se sienta a mi lado. Lleva puesta la sudadera que ha mencionado antes, con unos vaqueros muy desgastados. Le queda mucho mejor que a mí, todo hay que decirlo.

—Me sigue pareciendo tan raro lo de un veterinario que hace doblaje... Aunque eso te pega más, no voy a negarlo.

—Pues anda que lo de una modelo diseñadora gráfica...

—Lo tuyo es más contradictorio, ¡qué narices! —me quejo.

—Bueno, ¿y qué plan venías a proponerme?

—No venía a proponerte nada, esto ha sido puro azar.

—¿Como ese azar llamado Nemo que te trajo hasta mí? ¿Qué ha sido de él? No has vuelto a enviarme ninguna de tus instantáneas. Mi favorita es aquella *selfie* del beso pez.

—Esa tuvo un pequeño retoque, el maldito no se quedaba quieto y las bocas no nos coincidían.

Aprovecho para guardar el móvil y el cuaderno en el bolso.

—¿Has comido? —pregunta—. Conozco un sitio muy agradable aquí al lado.

—¿Y tienen comida para llevar? Con este día tan soleado es una lástima no aprovechar el parque.

—¿Para llevar? ¿Tipo qué?

—Me da igual. Incluso un bocata.

Al final ni estudio ni fotos ni leches en vinagre, me he tirado todo el puñetero día con Julio en el parque. Los sábados por la tarde no pasa consulta. Y porque se iba a hacer de noche para volver con la bicicleta, si no aún seguiríamos allí. Me cuesta separar al Julio de los mensajes a Mónica del que está conmigo, y, sin embargo, son algo distintos. O quizás es más lanzado cuando cree que habla con Mónica. Tal vez le resulte más fácil ser así por escrito que en directo. Esto me hace pensar en la visión que tuvo Lidia de él tras conocerlo.

Lo que sí noto es que se cuida mucho de no sacar ciertos temas, o incluso

los torea. Me refiero a la hora de hablar de su vida privada. En varias ocasiones he tanteado, para sonsacarle si hay alguien importante en su vida, y se ha desquitado con un más o menos. ¿Más o menos qué es? Cosa que yo también he afirmado, claro, no iba a ser menos. Y la situación es más cómoda si existe un comodín en la manga, aunque sea ficticio. Pero como su «más o menos» sea quien creo que es... vaya fiasco. Tanto o más que mi «más o menos» imaginario.

«Nota mental: Informarme seriamente de si mi caso corresponde a alguna patología del campo de la psiquiatría y si existe la posibilidad de que pueda complicarse por seguir alimentándolo».

Ahora le ha dado por decirme que debo comprarle una pareja a Nemo. Creo que insiste tanto por mi negativa a tenerla.

De Julio a Abril:

Julio: Me parece injusto para el pobre pececillo que le vayas a dejar solo, como un ermitaño, porque no te parezca bien que se pueda transformar en hembra.

Yo: Imagínate que un día, de pronto, tu perro se transforma en perra y tienes que llamarlo Maxina.

Julio: Eso es distinto, los perros no son hermafroditas. Pídele cuentas al amigo ese que te lo regaló.

Yo: Él no me pide que le busque una pareja a mi pececillo, con el riesgo que conlleva.

Julio: Pues coge un metro, tómale las medidas a Nemo, y vete a la tienda de mascotas a pedirles uno que supere al tuyo para que haga él de la hembra. Pero no me pidas que te acompañe, tengo una imagen que preservar en esa tienda, y tú eres una mala influencia para mi reputación.

Yo: ¿Y estás seguro de que el grande es la hembra y el pequeño el macho?

Julio: Eso dice en la Wikipedia, a mí no vengas luego pidiendo explicaciones si pillas a Nemo robándote el pintañas.

Yo: ¿Wikipedia? ¡Vaya veterinario de pacotilla estás hecho!

16

Mónica ha quedado para comer con Begoña. ¡La famosa Begoña que los presentó! Por lo visto suelen ir los viernes a un restaurante que queda cerca de su oficina, y me ha invitado a almorzar con ellas. Después iremos a elegir la habitación de la pequeña Abril, ella y yo. Me temo lo peor. Las dos discutiendo porque tenemos los gustos tan diferentes que será imposible que vayamos a ponernos de acuerdo ni en un sonajero. Sin embargo, parece muy ilusionada de que sea yo quien la acompañe. Fabio le responde a todo que sí, y dice que eso no le da ningún juego. Todavía me pregunto cómo puede aguantarla. Aunque cada día lo veo más claro, según avanza la convivencia: Fabio suele decirle a todo que sí, pero luego por detrás hace lo que le da la real gana. Y tan felices ellos.

Han llegado cuando yo iba por la segunda Coca-Cola. Begoña aparenta una edad algo mayor que mi hermana. También viste de un estilo aún más clásico que ella. Le sienta bien la falda de tubo que lleva y la blusa, posee una figura estilizada. A simple vista muestra un carácter abierto y afable, lo refleja una sonrisa permanente en su cara. Es muy habladora. Mucho. No calla. He intentado contarle varias veces durante la comida que tengo un pez, para aprovechar la ocasión de preguntarle si tiene mascotas y que me aclare lo de su gata que Julio quería operar. Mi intención era traer a escena su nombre disimuladamente. Pero nada. Imposible. Es una charlatana de mucho cuidado. Te pregunta y se responde a sí misma, dándose la razón sin opción a réplica. Creo que mi hermana queda a almorzar con ella porque así puede comer tranquila y aprovechar, también, para responder a todos los correos que siempre le quedan pendientes. Sin que parezca que está comiendo sola, que es algo que la horroriza. De hecho, cada vez que ve algún solitario en una mesa dice: «*Mira, pobre, no tendrá con quién salir a comer*». No se le pasa por la cabeza que exista gente que prefiera eso a pasar un minuto con la cotorra de su amiga. El día que se enteró de que a veces me llevo una fiambra o un bocata al parque, por poco no me envía a la cama sin cenar:

«¿Has comido en el parque como una perroflauta!?!». O el día que le dije que venía del cine: «Pero ¿es que no tienes amigos?». No entiendo que le parezca tan extraño. Me gusta compartir mi tiempo con amigos, claro que sí, lo que pasa es que también disfruto mucho conmigo misma. Se lo conté a Lidia, en plan desahogo y, en vez de apoyarme, encendió más la mecha: «*Tu hermana te entendería mejor si le hablaras de esos personajes que habitan en tu interior, incluidas tus conversaciones con la mascota*».

—Madre mía con Begoña, qué desparpajo —comento al salir del restaurante. Nos dirigimos a un centro comercial que está justo al cruzar la calle—. ¿Es siempre así de habladora? Cuando llegue a su casa va a necesitar una bombona de agua para recuperar saliva.

—Sí, es un poco parlanchina —se ríe—. Aunque es bastante tímida, solo se explaya si se siente en confianza.

—Claro, se lo irá guardando todo y luego revienta como una boca de riego.

—Ay, Abril, no te metas con ella —se queja—. ¡Es un encanto!

Cogemos el ascensor para subir a la tercera planta, que es donde se encuentra la sección del bebé.

—¿Begoña tiene un gato?

—Ni idea.

—Pues le pega tener un gato. Seguro que tiene uno. Pregúntaselo, verás cómo lo tiene.

—Pero, chica, ¿y a ti qué más te da? La que te ha entrado con los animales —protesta al salir, con los ojos perdidos ya en el universo de los colores pastel y las mantitas adorables. Desdobla una al azar.

—A lo mejor en otra vida fui un veterinario. —Lo digo en masculino y la miro descaradamente para observar su reacción, pero ella ni se inmuta. Sigue desplegando jerséis de punto y vestiditos con tela de nido de abeja.

—¿Tú veterinaria? Si te desmayas con ver una gota de sangre.

—Tienes razón, pero me parece una profesión muy... —No me sale ninguna palabra— entrañable. —«¿Entrañable he dicho?»—. Creo que las personas que dedican su vida al cuidado de los animales son grandes personas. ¿No crees?

—Sí, supongo. No sé. —Ahora va colgando y descolgando pijamas de bebé, más enfrascada en su labor que en escucharme. A lo mejor no sabe a

qué se dedica su *excasiamente*.

—¿Conoces a algún veterinario? —Se gira para mirarme repentinamente, y justo en esa reacción atisbo la primera señal de que en su mundo existe Julio.

—No. Ya sabes que no soy demasiado amiga de las mascotas. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por Nemo... por si algún día enferma o algo.

—El día que ese bicho se ponga malo te lo encontrarás flotando. Tú eres consciente de eso, ¿verdad?

—Tampoco hace falta que seas tan cabrona.

—Ay, Abril, qué voy a hacer contigo... Muy madura para unas cosas e infantil para otras.

Nos han recomendado que hagamos una lista de regalos como esas de las bodas. Por lo visto también está de moda hacer una fiesta *prenacimiento* de esas típicas de las películas de J.Lo o J. Aniston para entregarlos. De ese modo se evita que, los que quieran tener un detalle, se expriman la cabeza con lo que tendrá ya el bebé o le faltará, y encima la madre puede elegirlo a su gusto. O al mío, claro. Así que cuando nos dan el pistoletazo de salida, empieza nuestra primera disputa.

—No pienso llevar por la calle un carrito que parece un cohete espacial, por no decir un supositorio —protesta.

—Pero mira, lo puedes llevar mirando hacia delante, ahora clic y para atrás, después clic y ya está arriba, tiro de aquí y lo bajo... ¡Es fantástico, Moni!

—Sí, vamos, que se suelta un muelle y la niña se pone a dar vueltas como en una rueda de hámster, ¡no te digo!

—Pues entonces cambia el tuyo —sugiero—, ese que te gusta es prehistórico, y yo con eso no salgo a pasearla. Va a parecer que llevo a un bebé de los Adams.

Y así tres horas por la tienda. Por suerte, nos pusimos de acuerdo con los colores de la decoración: malva y menta, como nuestra antigua lámpara de las luciérnagas. A no ser que fueran mariposas...

Ya de camino a casa, en su coche, se me ocurre volver a sacar el tema de su amiga.

—¿Y cuánto hace que conoces a Begoña?

—Desde que entré de becaria en la empresa. La tira de años.

—Sí, se ve que tenéis mucha confianza. ¿Y salís con más gente cuando tomáis algo? ¿Tenéis amigos en común?

—No, tampoco es que salgamos de copas. Alguna vez que se nos haya alargado un poco una comida, pero nada más. Para salir tengo a mis amigas.

—Ah, entonces no tenéis amigos comunes, ¿no?

—No. ¿Por?

—Por cotillear... Para saber si es tan cotorra cuando sale por ahí con ellos.

—Pues sí que te ha dado fuerte con Begoña.

John: Adivina qué.

Yo: Has pillado a Miriam y a Sharon montándoselo en la bañera.

John: Cómo te gusta pinchar las heridas.

Yo: Me lo pones en un huevo, como dices tú.

John: El próximo curso lo estudio allí, contigo. ¿Y sabes qué es lo mejor? Se lo conté a mis padres y aceptan. No tomaré un año sobático para trabajar y ganarme la vida.

«¿¡Qué!?».

Yo: Pero cuando dices aquí, conmigo, te refieres a la ciudad, ¿no?

John: No. Contigo. Pensabas alquilar tu habitación si Lidia no decide, ¿no? Ahora ese sitio tiene mi nombre.

Yo: Eso tenemos que hablarlo, no me parece tan buena idea, ¿eh?

John: ¿Te preocupa eso que pasó? ¿Cuándo vas a olvidar? Para mí todo sigue igual. Incluso mejor sin tentación sexual.

Yo: Vale, acepto. Pero si viene Lidia se queda ella, ¿eh? Se lo pidió primero.

Yo: Tienes que dejar Vitoria y venir a vivir conmigo cuanto antes. Prometo buscarte un restaurante con estrellas Michelin para trabajar y regalarte todos los zapatos y vestidos que Fran me ofrezca de las sesiones.

Lidia: John, ¿no?

Yo: ¿Cómo lo sabes?

Lidia: Acaba de escribirme: “La habitación de Abril ya tiene dueño”

Yo: ¿Será cabrito?

Lidia: Tranquila, le he respondido que por encima de mi cadáver.

Me acaban de dar otro toque en la agencia por rechazar un par de trabajos. Primero amenazan con que, si no me tomo más en serio mi trabajo, no enseñarán mi *book* y antepondrán el de otras chicas más centradas en su profesión. Cuando les digo que me parece razonable y que las llamen a ellas, salen con que les resulta difícil ya que algunas marcas vienen buscándome directamente y a la agencia le cuesta tener que decirles que no es posible. Encima piensan que no puedo porque estoy muy solicitada, y todavía se interesan más. Al final es la pescadilla que se muerde la cola. Este mundo es de locos.

—Tienen razón, Abril —alega mi hermana a la hora de la cena mientras se lo cuento—. Para ellos eres su producto y tienen que sacarte rendimiento.

—Ya, pero hay más modelos. Es injusto que algunas apenas puedan ganarse la vida en esto y se desvivan por ello. Y a mí, que solo quiero conseguir un dinerillo para mantenerme, y que estoy saturada con el poco tiempo que tengo, no paren de incordiarme.

—Pero cuando se trate de un trabajo importante, deberías hacer un esfuerzo. Rechaza otros que no sean tan comprometidos.

—¡Y lo hago! El problema es que para ellos todos los clientes son importantes. Y como me escaqueo siempre de los reportajes que son fuera de la ciudad, porque está así establecido en mi contrato; se creen con el derecho de obligarme a aceptar todos los que me ofrecen aquí. ¡Y es que es imposible! Tendría que ir a diario a trabajar.

—Bienvenida al mundo laboral, querida.

—Mira, da igual. Ya sé que no me entiendes.

—No se lo tomes en cuenta, Abril —opina Fabio—, la envidia la corroe.

—¡Tú no te metas! —protesta—. Es una conversación entre hermanas.

—Sí te entiendo, Abril. Pero ¿tú sabes lo que daría cualquier chica de tu edad por conseguir lo que tú tienes?

—Y cuando se me ponga la cara arrugada como una pasa, y no me llame ni

Dios, ¿de qué viviré?

—Pues del magnate multimillonario con el que te habrás casado.

—Fabio, ¿tú sabes si el ácido fólico ese que toma lleva psicotrópicos?

De Julio a Abril:

Julio: Estaba pensando en que se acerca el carnaval, ¿no estarás organizando por ahí una fiesta glamurosa de esas? Lo digo por ir desempolvando mi máscara roja, esa que va a juego contigo.

Yo: Mira que te gustó mi fiesta, ¿eh? Parecías un niño alucinando frente a la casita de chocolate. Pues siento decirte que mi máscara pasó a mejor vida tras las uvas. Será imposible conseguir de nuevo esa combinación “fortuita”.

Julio: Me da igual que fuera fortuita o amañada por tu amiga. Si volviera a darse el caso, incluso robaría los cuatro colores de las bolsas de los asistentes para bailar contigo.

Yo: Si quieres sacarme a bailar, no hace falta que te montes todo este numerito. Dime dónde y cuándo, y allí estaré.

Julio: ¿Y no puedo pasarme a recogerte?

Yo: No es necesario. Soy una chica moderna.

Julio: ¿Y llevarte a casa después?

Yo: ¿A la mía o a la tuya?

Julio: Hombre, si ya estás dándome esa opción...

Yo: Si no usaras frases confusas.

Julio: Entonces, ¿a qué hora te recojo?

Yo: Era coña, no voy a salir contigo a bailar. Y menos cuando he sido yo quien te lo ha propuesto.

Julio: Me gustaba más la chica moderna.

Yo: Pues pídele una cita.

17

Hay algo que lleva un tiempo escamándome. No sé si es importante o si debo obviarlo, pero el caso es que mi hermana averiguó lo del gato de Begoña. Por lo visto, al día siguiente se rieron juntas con nuestras anécdotas de la tienda de bebés, y salió a relucir lo de que yo estaba convencida de que le pega tener un gato. Y no. En realidad, la gata que Julio le ha recomendado tantas veces que debe operar, no existe. Por si fuera poco, Begoña es alérgica al pelo de gato. Solo tiene dos perros en custodia compartida con su exmarido.

Le he dado muchas vueltas a esa conversación que tuvimos. Cuando digo vueltas, quiero decir que la he releído. Y la cuestión es: ¿Por qué hizo alusión a la gata inexistente de Begoña el día que me inventé lo de la mascota de mi compañera para conseguir su dirección? Me dan ganas de escribirle desde mi versión Mónica y preguntarle si ya la han operado, a ver por dónde sale. Pero llevamos mucho tiempo sin hablarnos en ese WhatsApp. Tras la conversación sobre la imagen del chupete, no ha vuelto a mostrar en su perfil sus acostumbrados tatuajes. Ahora tiene el monigote que sale por defecto si no pones foto.

Se me ocurre indagar por la otra línea, la de Abril. Es más segura. Si le preguntase por la gata de Begoña desde el chat de Mónica, podría escaquearse diciendo que se lo pregunte yo misma en el trabajo. Sería una bala perdida. Además, me gusta que ya no se escriban. Lo sé, ya no tengo remedio.

De Abril a Julio:

Yo: ¿Te puedo hacer una pregunta?

Julio: Claro.

Yo: Cuando nos conocimos, y me diste tu teléfono, vi que tenías como foto de perfil un tatuaje que fuiste cambiando a diario. ¿Son todos tuyos o los sacas de la red?

Julio: Eso es confidencial.

Yo: ¿Significa que no vas decirme nada al respecto?

Julio: Exacto.

Yo: ¿Y si cuando nos veamos rebusco bajo tu camiseta a ver si encuentro alguno?

Julio: Si me dejas rebuscar también bajo la tuya, no ofreceré resistencia.

Yo: ¿Por qué has dejado de mostrarlos en tu perfil?

Julio: Confidencial.

Yo: Me aburres. Seguiré arreglándome.

Julio: No te esmeres mucho, con dos trenzas me va bien.

Al bajar del taxi, lo encuentro apoyado en la fachada del restaurante y distraído. No me ha visto. Está consultando los mensajes de su móvil o quizás la hora, he calculado mal y llego tarde. Me recibe con una sonrisa espléndida al levantar la mirada del teléfono y descubrir que voy acercándome. Me recuerda a la que mostró aquel día que le escribí y al minuto lo tenía delante en el parque. Suele achinar bastante los ojos cuando sonrío así, como si en su interior todo fuera paz y armonía, como si no existiera nada que pudiera contrariarle.

—Ya estaba escribiéndote un mensaje para decirte que es de muy mala educación que lo planten a uno tras pedirle una cita —dice, cuando llego a su altura. Me da un sencillo beso en la mejilla, y deja colgado en el aire el segundo que yo iba a darle.

—¿Y quién te ha pedido una cita? En el registro de mensajes podrás comprobar que solo pone algo sobre ir a bailar.

—Si quieres engañarte a ti misma... adelante.

Nos sentamos en la mesa que nos indican. Pregunta si me apetece tomar vino, para pedir una botella, y acepto por cortesía o más bien para no parecer una niñata que prefería tomarse una Coca-Cola con la cena.

Durante el trayecto, he procurado centrarme en recopilar todos los detalles de las cosas que nos hemos contado, tanto por escrito como cuando nos hemos visto en persona; para evitar meter la pata en las conversaciones que puedan surgir durante la velada. Tengo una hermana mayor llamada Montse. Sabe que vivo con ella porque se me escapó, pero le he dicho que está soltera

y que trabaja en una inmobiliaria —me salió al pensar en su próxima mudanza—. También he sido cuidadosa con el tatuaje; aparte del maquillaje y de las medias, me he puesto unos botines para asegurarme de mantenerlo bien protegido.

—¿Aún no te has decidido? Llevas media hora abriendo y cerrando la carta. El camarero parece Chiquito de la Calzada: me acerco, no me acerco.

—Estoy entre la lasaña de carne y la pizza cuatro estaciones. ¿Tú qué vas a pedir?

—Risotto de setas.

—Venga, yo también —decido, aunque no muy convencida del todo—. ¿Compartimos una ensalada caprese?

—Por mí bien.

Cierro la carta y aparece el camarero.

—Dos risottos y una ensalada caprese —le pide.

—No, mejor pizza cuatro estaciones para mí —rectifico.

—Un risotto de setas, una cuatro estaciones y una caprese, ¿verdad? — repite el camarero, y los dos me miran. Yo afirmo con la cabeza. Aunque aún sigo teniendo mis dudas.

—Mejor pensado —agrega Julio—, voy a cambiar el risotto por una lasaña de carne. —Me guiña un ojo al devolverle al camarero las cartas.

—¡Marchando! —responde. Y desaparece a toda prisa, no sé si por miedo a que volvamos a cambiarle algo del pedido.

—Pensaba que las modelos comíais una hoja de lechuga para almorzar y una rodaja de pepino para cenar, creo que con las películas nos tienen bien engañados.

Vuelve a llenar las copas de vino. Ni me había enterado de que ya ha caído la mía.

—Calla, calla... tengo que aprovechar para comer en condiciones cuando estoy fuera de casa. Mi hermana es una activista *proalimentación* saludable. Ese frigorífico nuestro es un infierno. No he pasado más hambre en mi vida. Y como ahora se ha puesto regordeta por el... —¡Mierda!— estrés del trabajo... Vamos, que... mejor hablamos de otra cosa. No quiero aburrirte con las tonterías de mi hermana.

—No, sigue, sigue, me parece muy divertido. Imagino que tenéis una buena relación, viviendo juntas y todo eso, ¿no?

—Sí, bueno, nos llevamos bien. Aunque tenemos nuestros piques, no creas.

¡Cosas de hermanas! ¿Tú tienes hermanos?

—Sí, una hermana también.

—¿Ah, sí? Eso no me lo habías contado. De hecho, nunca hablas de tu familia. ¿Cómo se llama? —le doy un trago a mi copa.

—Begoña.

«¡Hostia!»

Casi le hago el aspensor con el vino de mi boca al estilo Lidia.

«¿¡Ha dicho Begoña!?».

—Háblame de ella —le pido, alucinando.

«¡Joder! ¿La cotorra es su hermana?».

—¿Qué quieres saber?

«¡Joder! ¡¡La cotorra es su hermana!!».

—Pues no sé... a qué se dedica, qué relación tenéis...

«... O por qué inventaste que tenía una gata a punto de ser operada».

—Trabaja en una empresa de importación y exportación de componentes informáticos. Creo que lleva allí toda la vida, o al menos no le recuerdo otro empleo. Nos llevamos cuatro años, ella es la mayor. Y sí, tenemos muy buena relación. Aunque a veces es un poco metomentodo —«¡Y cargante!»—, pienso —. Suerte que vive en la otra punta de la ciudad —lo expresa con un gesto de alivio—. ¿Te acuerdas de los galgos, Canela y Botón? Pues son suyos.

—¿Entonces no eran de unos clientes que estaban de viaje?

—No. Pero, ¿qué esperabas? Ahí eras una completa desconocida. Tampoco iba a ponerme a contarte toda mi vida desde el minuto cero. Recuerda que tú me tuviste en cuarentena sin darme tu teléfono.

No doy crédito a lo que acabo de descubrir. ¿Por qué mintió a Mónica sobre su parentesco con Begoña? ¿Y si fue Begoña quien lo ocultó al presentarlos? ¿Mónica no sabe que se fue a la cama con el hermano de su compañera de trabajo? O ¿y si lo sabía y por eso se arrepintió en el último momento y se largó antes de cometer una locura? O tal vez se echó atrás por Fabio... ¿Habrán estado engañando a mi hermana los dos y lo presentó como amigo? ¿Qué coño ha pasado aquí?

—¿Va todo bien? Te has quedado muy callada.

—Sí, sí, tranquilo. Es que estaba pensando en una cosa del trabajo. Voy al servicio, enseguida vuelvo.

Saco mi teléfono del bolso y me planteo enviarle un mensaje desde el perfil de Mónica, para salir de dudas. Pero no veo la forma de hacerlo sin que

resulte sospechoso. Teniendo en cuenta la poca relación existente ahora y la conversación que acabamos de tener nosotros. Podría atar cabos. Decido abortar el plan y tratar de conseguir más información en directo.

A la vuelta del servicio, me topo con el perfil de Fabio en una mesa al fondo, junto a la barra. Está cenando con dos tipos. Por suerte no ha reparado en mí. Salgo disparada hacia mi sitio y, tras sentarme de nuevo, le comunico a Julio que no me encuentro muy bien y que si podemos pedir la comida para llevar. Aún no ha llegado ningún plato.

—¿Lo dices en serio?

—¿No te importa?

—No, claro. Tampoco voy a obligarte a cenar si te encuentras mal. Pido la cuenta y te llevo.

—No, me refería a que nos llevamos la comida a tu casa y cenamos allí.

Me mira con los ojos de par en par.

—¿Se trata de alguna artimaña para ir a mi casa? —pregunta riendo—. Si es así no hace falta que inventes que estás mala.

—Llámalo artimaña o como quieras, pero debo largarme de aquí cuanto antes.

—Acepto si me lo cuentas.

Me paro a pensar un momento en cómo planteárselo. Cuando lo tengo decidido, me acerco un poco a través de la mesa y se lo explico.

—En una de las mesas del restaurante hay una persona con la que no quiero encontrarme ni por lo más remoto. —En el fondo no le estoy mintiendo del todo.

—Me has convencido. El asunto huele a algo turbio —afirma en tono cómplice—. Espérame en la puerta mientras voy a hablar con la cocina.

A los quince minutos, aparece con nuestra cena empaquetada en una bolsa. Viene partido de la risa otra vez, y no sé si reírme también o mandarle a freír espárragos, ya que no consigo quitarme el asunto de su hermana de la cabeza.

Al llegar a su casa, nos recibe Max visiblemente contento meneando el rabo y repartiendo latigazos con él a diestro y siniestro. Tal vez no esperaba que su dueño llegaría tan temprano. Me debe una.

—¿Lo vas a sacar?

—No, lo saqué antes de irme. Después le daré una pequeña vuelta.

—¿Ves? Esa es una desventaja frente a mi mascota —afirmo, colgando mi abrigo y el bolso del perchero que tiene en la entrada.

—¿Cómo va el macho alfa?

—Muy gracioso...

Lo dice porque al final le compré una pareja. Terminó dándome pena su vida solitaria. Pero resulta que Nemo no era adulto aún, ahora ha dado el estirón y supera al nuevo en tamaño. Por lo visto, en las relaciones de esta especie, el más grande es el que hace el papel de hembra y se transforma.

—¿Me prestas esa sudadera tan mona? Me trae muy buenos recuerdos.

—¿También has decidido invitarte a dormir? No sé si voy a ser capaz de seguirte el ritmo a esta velocidad, criatura.

—Ah, no, a eso me estás invitando tú. Lo del préstamo es porque con este vestido necesito que subas la calefacción unos cuantos grados —le aclaro—. ¿Y qué hay del *ponte cómoda* y el *estás en tu casa* de Año Nuevo?

—Cierto. Suelo abrir la terraza por el día para que Max entre y salga, he olvidado cerrarla antes de irme —explica, mientras desempaquetamos la comida—. De todos modos, ya sabes dónde está todo. Sírvete tú misma.

—Pues te tomo la palabra —respondo, y me dirijo al dormitorio.

—El pijama que hay sobre la cama es el mío. Pero tienes otros para elegir en uno de los cajones que hay justo debajo —agrega, cuando me encamino por el pasillo.

«¿Debajo de la cama hay cajones?».

Entro en su habitación y veo a qué se refiere. No es un canapé de los que se levanta el colchón, como pensé en su momento. Los voy registrando uno por uno, para descubrir si es allí donde se oculta el alijo robado de joyas. Pero no, en uno guarda las toallas, en otro las sábanas, los pijamas en el que está pegado a su mesilla y en el último el edredón que usó para el sofá. ¡Está limpio!

Busco la sudadera en su armario y al sacarla la huelo por inercia. Me llega el aroma del suavizante. Pensaba ponérmela encima del vestido, que es ajustado y muy cortito, seguro que lo tapanía. Pero, por puro gamberrismo, decido quitármelo, junto con las medias, y me planto también el pantalón de pijama que encuentro doblado a los pies de su cama. Al salir me echa una mirada y sonrío negando con la cabeza, se ve que ya esperaba que le robaría el suyo. Aunque este no tiene cordones y resulta más incómodo que el otro que me prestó en Nochevieja. Se me cae, a pesar de las vueltas que le he dado

a la cintura para que no arrastre.

Tomamos asiento en torno a la mesa. Él se planta frente a mi pizza. Pero como tenía pensado comer también de su lasaña, no digo nada.

—Al final tomé una buena decisión con la lasaña, el risotto habría quedado pastoso —explica al verme atacarla. Se lleva una porción de pizza a la boca.

—Sí, además está buenísima. No acapares toda la pizza que quiero probarla, ¿eh?

—¿Siempre eres así de mandona?

—Solo cuando me muero de hambre.

—¿La lasaña también es compartible?

—Claro, ¿por qué clase de glotona me tomas? —contesto, zampando a dos carrillos.

—¿Segura? No quiero que luego vayas contando por ahí que te mato de hambre como tu hermana.

—Si me quedo con hambre ya rebuscaré en la nevera.

—Mientras no te comas la lata de carne favorita Max...

Mónica: ¡Ya solo quedan seis regalos libres de la lista de Abril! ¿Elegiste ya el tuyo?

Yo: El mío no aparece en esa lista.

Mónica: Te quedó claro que lo del bólido ese es indiscutible, ¿verdad?

Yo: Clarísimo.

—¿Tus padres no te enseñaron que no se deben enviar mensajitos cuando se está en casa ajena? —me explica tras la cena, quitándome el teléfono de las manos para dejarlo sobre la balda más alta de la estantería.

—Pareces un profe de secundaria —me quejo, antes de verle desaparecer hacia la cocina.

—Entonces, al final, ¿te apetece tomar algo? —me ofrece, mientras le oigo abrir y cerrar armarios, y el sonido de los cubitos de hielo tintinear al caer en el vaso. Aprovecho para cotillear las estanterías y toquetearlo todo en el salón.

—¿Qué remedio! ¿Dónde se ha visto una casa sin postres?

—Te recuerdo que hay fruta.

—Sí, y mi hermana habría quedado bastante impresionada con eso. Habláis

el mismo idioma.

—Quizás la próxima vez debería invitarla a ella.

Se me escapa una risa interna. «Si tú supieras...»

—¿Qué quieres tomar? —Se asoma desde la puerta de la cocina.

—Lo que sea, me da igual. ¿Qué tienes?

—De todo, tú di.

—Tequila —se me ocurre al azar.

—No tengo.

—Pues entonces no presumas de ser un bar. ¿Tú qué vas a tomar?

—Ron.

—Yo solo una Coca-Cola.

—Y para qué puñetas te preguntaré, si de ahí no sales.

Desaparece con su sonrisa de vértigo, y yo me dejo caer en el sofá preguntándome: qué podrá salir de todo esto, y cómo escaparé de este laberinto que yo solita he construido.

—¿Tienes pensado quedarte a dormir? —pregunta, al dejar las bebidas sobre la mesa baja del salón.

—¿Me estás invitando?

—Lo digo por cambiarme o quedarme así vestido para llevarte.

—Puedes ponerte el pijama, pediré un taxi.

—De eso nada. Si me lo pongo, de aquí no sales. Tú decides.

—Entonces estaríamos hablando de un secuestro en toda regla.

—Llámallo como quieras —agrega, con tono socarrón.

Se dirige hacia el dormitorio, y cuando aparece de nuevo, lleva el pantalón que me prestó la otra vez.

—¡Ey, ese es el mío! ¡Cámbiamelo! —le pido, quitándome el que tengo puesto allí mismo, sin mostrar nada, la sudadera lo tapa todo. Aun así no les quita ojo a mis piernas, y rezo por que no se haya borrado ni una gota del maquillaje. Compruebo que permanece oculto en su sitio.

—¡Toma, anda! En mi vida me he cruzado con semejante pedigüeña.

—En realidad solo quería comprobar si eres el hombre más tatuado del mundo. —Y enseguida me arrepiento de la frase. No sé si esa la hemos mencionado en la línea de Mónica.

—No cantes victoria, aún no lo has visto todo.

—Si me prestas unos calcetines gorditos, me harás la mujer más feliz.

—¿Alguna otra cosa desea su majestad?

Regresa con los calcetines y se sienta a mi lado en el sofá.

—¿Entonces no vas a hablarme de la historia de tus tatuajes virtuales? —pregunto, mientras me los pongo—. ¿O es que estás planteándote aumentar tu vida laboral y vas a convertirlo en tu nueva profesión?

—No. Sería incapaz de dibujar algo decente —contesta riendo—. Mira, a ti tal vez se te daría bien.

—Qué va, odio las agujas.

—Entonces podríamos formar un buen equipo; tú diseñas y yo ejecuto.

—Lo tendré en cuenta si fracasan todos mis proyectos futuros.

—¿Y tú, tienes algún tatuaje escondido?

Me pongo roja al instante, y un hormigueo recorre mi estómago.

—¿No te he dicho lo de mi aversión a las agujas? —me defiendo. Aunque creo que de una forma algo cortante—. Veo una gota de sangre y me bloqueo —añado con más calma—. ¿Y tú? Eso sí podrás decírmelo, ¿no?

—Sí, alguno hay por ahí —responde, y se queda tan fresco.

—¿En serio?

—Claro, ¿por qué razón iba a mentirte?

—Eso no me lo has contado. ¿Puedo verlo? ¿Dónde está? —le interrogo, sin ocultar mi entusiasmo.

—Tampoco habías preguntado.

—¿Cómo que no? No mientas. Venga, ¿a qué esperas? ¡Enséñamelo! —le pido, con impaciencia.

Me planto de rodillas sobre el sofá para observarlo mejor.

—¿Y si se encuentra en un sitio delicado?

—No lo dirás en serio, ¿no? —pregunto, más entusiasmada aún.

—Era broma —afirma, riendo.

Se quita la camiseta y me muestra su hombro izquierdo. Me acerco a estudiarlo detenidamente. Es una brújula atravesada por una especie de flecha de norte a sur. Ocupa toda la superficie del músculo del hombro. Es un tatuaje bonito, dibujado con líneas sencillas y en trazo fino. Repaso con los dedos algunas zonas del diseño, distraída. Enseguida me doy cuenta de mi impulso y retiro la mano con cierta timidez. Él se da cuenta y sonrío disimuladamente mientras se pone la camiseta de nuevo.

—¿Cuándo te lo hiciste?

—Uff, hace mil años ya... Tenía dieciocho.

—Es muy bonito. ¿Hay alguna historia detrás?

—No —responde tajante.

—¿Seguro? Siempre guardan una.

—¿Qué sabrás tú, si no tienes ninguno?

—Ya, pero lo sé.

—Bobadas. La mayoría son simple capricho estético —afirma, tras darle un trago a su copa—. Que luego quieran atribuirle algo, vale. Pero no siempre es así.

—De acuerdo. Pero si no quieres contármelo... admítelo, al menos.

—Está bien —responde con un suspiro—. Vamos a dejarlo en que es una historia personal que no me apetece sacar a la luz. ¿Mejor?

—Hmmm... Eso es aún peor. Ahora muero por conocer esa historia.

—Bueno, si tú me cuentas otra tuya interesante y jugosa, me lo pienso.

Permanecemos callados por un momento, cada uno a lo suyo. En mi cabeza revolotean las opciones que tengo: (a) aprovechar su desafío para soltar la bomba de que soy la hermana de Mónica y atenerme a las consecuencias, posiblemente que me eche de su casa a patadas, o (b) dejarlo estar, olvidarme de la historia jugosa y seguir siendo Abril la del pececillo. Pongo una equis imaginaria en (b).

—¿En qué piensas, que sonrías?

—Los pensamientos son privados, como tu tattoo.

—No si te delata una sonrisa. Sería de mala educación no compartirlo. Es como cuando se cuchichea al oído de otro en presencia de un tercero. Si te he pillado, te he pillado.

—Te cambio la historia de tu brújula por mis pensamientos.

—No me parece un buen trato. Podrías soltarme cualquier nadería aleatoria que se te pase por la cabeza y vendérmela por la original.

—Pues tú te lo pierdes. Te garantizo que se trataba de un bombazo auténtico. Incluso te habrías llevado las manos a la cabeza. Garantizado.

—Entonces, adelante. Acepto el trato.

—Tarde. Esa muestra de interés de última hora ha conseguido que pierda aliciente lo tuyo. Así es la bolsa, amigo. Hay que ser más rápido.

Sonríe tras dar un sorbo a su copa, con la mirada puesta en la sudadera que llevo puesta. Me da que trama algo.

—¿Se puede saber qué pasa ahora?

—No, nada. Pensaba en mi sudadera, en lo afortunada que es. Sobre todo después de haber visto tu ropa interior en mi cama junto al resto de tu ropa.

—¡Eso no es cierto, mentiroso! —le golpeo con un cojín que he pillado a mi lado—. Apuesto a que cuando volviste a casa y la encontraste aquel día, la olisqueaste en plan morboso. Admítelo.

—¿Por qué lo dices? ¿Es lo que has hecho tú al ver mi pijama?

Me está costando muchísimo esfuerzo no saltar sobre él y probar esa boca que me habla. De hecho juraría que a él le ocurre lo mismo exactamente. Se lo noto en la expresión de su mirada y en cómo se pasa la mano por el pelo; parece ligeramente nervioso.

—No necesito olerlo a escondidas —le suelto en plan chulo. Vuelvo a ponerme de rodillas en el sofá, frente a él, y me acerco muy despacio. Me inclino un poco a la altura de su cuello y comienzo a oler a escasos milímetros de su camiseta. Aspiro su aroma unos segundos y enseguida noto sus dedos introduciéndose entre mi pelo a la altura de la nuca. Instantes después siento sus labios en contacto con los míos, y una oleada de placer extendiéndose y activando cada milímetro de mi piel.

Me siento sobre él a horcajadas y sin parar de besarme se pone en pie, sujetándome por los muslos. Cruzo las piernas a su alrededor mientras se dirige al dormitorio. Rezo por que no atine a encontrar la cama y utilice la pared a mi espalda. En el pasillo, por ejemplo. Como siempre lo imagino. No sé si por aquel sueño confuso en la playa. Pero no me atrevo a decir nada y enseguida caemos encima de las sábanas. Al instante, en mi mente salta un clic negativo contra el que empiezo a luchar. «Abril, no pienses», me digo. «¡No pienses!», me repito. Demasiado tarde. La imagen de mi hermana deshaciéndose de su pasador y depositándolo en la mesilla de noche, para revolcarse con Julio sobre su cama, acapara mi mente. No soporto encontrarme en ese mismo escenario.

—¿Qué te pasa? —me dice al instante, al notarme fuera de onda.

—Es que... No sé... No estoy muy convencida de querer esto ahora. ¿Podemos volver al salón?

Se le ve desconcertado —y no es para menos—. Pero no puedo remediarlo, se me ha cortado todo el rollo y tampoco puedo explicárselo.

—¿Quieres que te lleve a casa? —me dice, poniéndose la ropa que llevaba al principio.

—No, no. Quiero quedarme aquí contigo.

—Está bien —responde, y pasa la mano por su pelo otra vez, nervioso e inquieto.

—Bueno... Voy a sacar a Max, no tardo nada.

Recojo los vasos que hemos dejado prácticamente intactos, sobre la mesa, y los llevo al fregadero. Él engancha la correa de Max. Segundos después de cerrarse la puerta de la calle, corro al salón y recupero mi móvil de la estantería. Tengo la intuición de que, tras los acontecimientos, va a soltarle un mensaje a Mónica. Me pregunto si será que se le han vuelto a dar a la fuga o algo del estilo. Y me prometo a mí misma que, si lo hace, me iré y no volverá a verme el pelo.

Pero debo descartar la idea cuando, unos diez minutos más tarde, están de vuelta. Y esa sensación de alivio que siento me gusta.

18

John: ¿Qué tiene ese tío que consigue olvidarte a tus amigos y llena tu casa de peces? Tú pasas de mascotas.

Yo: No digas tonterías, no me he olvidado de mis amigos. ¿Y quién ha dicho que no me gusten las mascotas?

John: Encerrabas mi gato en el baño por que no se te acerque.

Yo: Me miraba con ojos de querer saltar sobre mí y arañarme la cara.

John: Pues a mí ese tío me da mal espina. No está en trigo limpio. Primero una hermana... luego la otra...

Yo: ¡No empieces! Además, recuerda que él no sabe nada del asunto. Así que no te metas.

John: Y tú recuerda que llevo tu seahorse tatuado, tengo algún derecho en opinar de los líos de mi Kryptonita.

Yo: Tú opina, para el caso que voy a hacerte.

John: ¿Y desde cuánto sales con él?

Yo: No salimos juntos, solo estamos conociéndonos.

John: Demasiado rápido.

Yo: Habló el que pensaba dejarlo todo para fugarse a Boston con su novia lesbiana...

John: Maldita hora que te usé en confidente.

Estoy hecha un lío. Todo se ha precipitado desde la otra noche. He ido tomándomelo como un simple juego y creo que el asunto acabará explotando de alguna forma en mi cara. Lo que siento no puedo negarlo, ni quiero, de eso no me cabe ninguna duda. Pero me encuentro sumergida en un lodazal del que no veo el modo de salir airosa. Creo que ya es demasiado tarde para

confesar. Lo ideal sería que se diera un golpe en la cabeza y se despertara con una especie de amnesia selectiva en la que no reconociera a mi hermana. Aunque entonces el accidente deberían sufrirlo ambos. O no, porque ella jamás admitiría que ha tenido algo que ver con él, se tragaría su secreto en silencio si no la reconociera. Y si después me preguntara: «¿Dónde has conocido a ese tío?». «¿A Julio? Pues... en una tienda de mascotas, cuando compré a Nemo», por ejemplo. Sí, está claro que solo él necesitaría olvidarse del caso. Porque si justo ahora le planteara que soy hermana de la supuesta Mónica con la que cree que habla... O lo que es peor, que soy la misma. No sé cómo se lo tomaría. Quizás pediría una orden de alejamiento.

Aquella noche, tras regresar de sacar a Max, tampoco supe cómo retomar la situación. No es que no quisiera acostarme con él, me apetecía y mucho. Pero no fui capaz de quitarme a Mónica de la cabeza. Incluso llegué a pensar que podría acordarse de ella y evocarla en mitad del asunto. Y eso no ayudaba a que me relajara. No como lo había hecho en el sofá cuando nos besamos. Fue una lástima que no nos quedáramos allí, aunque estuviera pululando el maldito chucho a nuestro alrededor.

Al final, cogió el edredón del cajón de su cama y decidió por su cuenta que había llegado la hora de dormir.

—¿Me prestas mi cepillo de dientes? —le pedí, antes de que saliera del cuarto.

—Cógelo, no se ha movido de su sitio. —En sus palabras no se apreciaba enfado ni malestar, tal vez sí algo de timidez. Como si lo que pasó le hubiera bloqueado. Había perdido su toque jocoso, y yo el mío.

Entré en el baño del dormitorio y lo vi en el vaso, junto al suyo. Cuando terminé, le robé una camiseta de un cajón y me metí entre las sábanas. Comencé a dar vueltas, inquieta, sin saber qué hacer. Dormir no podía. Al ratito pasó él al servicio, cogió su cepillo del vaso y se despidió con un aséptico «*Buenas noches*» que me incomodó aún más.

Tras lo que me parecieron dos horas, que solo fueron veinte minutos según el reloj de su mesilla, me levanté y me vestí. No podía quedarme en esas condiciones. Vaya mal rollo. Qué cojones había pasado. Menuda idiota. Intenté ser sigilosa al pasar por el salón, pero el cabrón del perro me delató al incorporarse y pegarme un susto de muerte. Julio encendió la luz de una

lámpara de pie situada junto al sofá.

—¿Pretendías darte a la fuga? —su expresión era extraña, una mezcla entre decepcionado y sorprendido.

—No... Bueno, sí. Pero no en plan me largo porque ha sido un desastre la cita. Vamos que... en realidad me siento un poco incómoda. Aunque no por ti, es m...

—... ¿Me vas a soltar el rollo de no eres tú soy yo? —me cortó.

—No, qué va. No en ese sentido. Pero sí, es por mí.

—¿Te llevo?

—No, no hace falta.

—Sí, será lo mejor. No voy a dejar que te vayas sola tan tarde —agregó, retirando el edredón para levantarse. Antes de que le diera tiempo a coger su ropa, cambié de opinión.

—Bueno, vale. Me quedo.

—A ver, Abril, ¿se puede saber qué te pasa? No he dicho lo de llevarte para que te quedas. Si te apetece irte, prefiero que te vayas.

—¿Quieres que me vaya? —le pregunté sorprendida. Y preocupada también.

—¿A qué juegas? —preguntó, esta vez parecía irritado.

—En realidad no me apetece irme —y era verdad—. Pero necesito volver al momento inicial, cuando cenábamos. Quiero que nos olvidemos de lo ocurrido.

—Yo no te he obligado a nada, Abril —aseguró, cruzando los brazos y de pie, frente a mí—. Si estás aquí es porque tú has querido venir. Si te he besado ha sido porque me pareció que querías que lo hiciera. Y si te quedas, prefiero que sea porque quieres, y no por compromiso de ningún tipo.

—Me quedo. Quiero quedarme. Venga, acuéstate. Buenas noches.

Me dirigí de nuevo al dormitorio sin darle opción a réplica. Oí que resoplaba a mi espalda, pero no dijo nada. Lo último que escuché fue el interruptor de la lámpara, al apagarla, justo cuando cerraba mi puerta. Me quité la ropa y me puse de nuevo la camiseta, decidida a dormir. Pero comencé a dar vueltas de nuevo, sin conciliar el sueño.

Al rato, escuché ruido de fondo en el salón, como si la televisión estuviera puesta, muy bajita. Cogí la sudadera gris y me encaminé hacia allí mientras me la ponía. Lo primero que vi desde el pasillo fue su cara iluminada por el reflejo de la pantalla, miraba distraído algún canal. Antes de darle tiempo a

decir nada, me escabullí dentro del edredón y me acurruqué a su lado.

—¿Qué estás viendo?

—Nada en particular. ¿Quieres ver algo tú?

—No. Pero no puedo dormir.

—¿Y te has propuesto no dejarme a mí tampoco? —preguntó sonriendo.

—Exacto. —Aproveché para quitarme la sudadera, esa cama era un horno.

Desconectó la tele con el mando y se colocó de lado como estaba yo, frente a mí. Me miraba con la misma curiosidad que yo a él, aunque guardábamos una incómoda distancia entre nuestros cuerpos y me resultaba extraña la situación. Decidí enredar mis pies con los suyos, ya que él parecía no atreverse a tomar ninguna iniciativa. Quizás por temor a un nuevo rechazo por mi parte. Ninguno llevaba la parte de abajo del pijama, solo las camisetas, y fue agradable sentir ese contacto con su piel.

Era la primera vez que dormía con alguien. Bueno, con alguien que no fuera una amiga. Mis relaciones han sido más bien de rollo rápido. Nada de habitaciones y la comodidad de una cama. Mi primera vez con Juancar iba a ser una siesta en su casa en un día que se suponía que no estarían sus padres. Pero se quedó en un polvo mal echado o, mejor dicho, interrumpido por pillada infraganti, y yo saliendo a hurtadillas por la puerta trasera, si la hubiera tenido. En realidad tuve que esperar a que su madre entrara al baño para escapar de allí. El resto de momentos íntimos han sido en cualquier sitio, incluso en alguna ocasión le he cogido las llaves del coche a mi padre para montárnoslo en los asientos traseros dentro del garaje. También una vez en los probadores de unos grandes almacenes, en las rebajas de Navidad. Eso fue con un ligue alemán que me eché una vez. Solo que ahí tuvimos problemas con el vigilante de seguridad, que por lo visto nos había fichado ya de entrada como sospechosos de tramar algo, y por poco no terminamos en comisaría. Pensaban que estábamos quitando las alarmas de las prendas que metimos y nos obligaron a salir. Al final tuvimos que confesar; o más bien yo, él no entendía ni jota, nos comunicábamos en inglés. Por suerte, no llegó la sangre al río. Aunque yo me sentía más cómoda con la idea de estar robando que con la real. Se tuvieron que descojonar de lo lindo al ver mi cara sonrojada cuando abrimos la puerta del probador y nos encontramos de frente con el señor uniformado, el director de la tienda y otro jefecillo que no paraba de taparse la boca para disimular la risilla, junto a un séquito de vendedores y clientes curiosos por allí merodeando. Celebré haber cumplido los dieciocho

unas semanas antes y que no se vieran en la obligación de informar a mis padres. No me lo habrían perdonado. Jamás.

No sé por qué mis historias siempre han sido de aquí te pillo aquí te mato. Nunca algo así premeditado y en plan tranquilo con un chico que tenga casa propia como Julio. Y para una vez que me encuentro en una situación tan ideal como esta, voy y lo estropeo.

—¿Esto que noto son unos calcetines? —me preguntó, asomándose bajo las sábanas.

Qué otra cosa podía hacer, el maquillaje tampoco es una sustancia permanente y no me fío un pelo, a pesar de que es el más resistente del mercado. No era plan arriesgarme a que viera mi tatuaje y volara todo por los aires.

—Es que soy muy friolera.

—No serán los mismos con los que te has paseado descalza toda la noche, ¿verdad?

—Son unos que te he robado del cajón antes de venir. No soy tan cochina. —Mentira y gorda.

—No sé, no sé... Tienes costumbres muy raras tú.

Desenredó sus pies de los míos para darse la vuelta y cambiar de posición. Miraba al techo distraído, o tal vez incómodo. Yo aproveché para acercarme más y apoyé la cabeza sobre su hombro. Necesitaba que volviera la complicidad del principio, y no quería que se sintiera rechazado por mi culpa. Enseguida subió el brazo y me lo pasó por la espalda, para que pudiera acurrucarme a mis anchas. Bien. Al menos era un paso.

—Cuéntame algo importante —le dije.

—¿Importante? No se me ocurre nada.

—Háblame de tu última novia.

—Paso. ¿Te he preguntado yo por tu último novio?

—No, pero si quieres puedo contarte sobre él.

—Me importa un carajo.

—Lo dices por ahorrarte tu parte.

—¿Para qué quieres saberlo?

—No sé, por curiosidad.

—No me gusta hablar de ese tipo de cosas. ¿Te gustaría que hablasen de ti los chicos con los que has estado?

—Tampoco te he pedido que la critiques, simplemente que me cuentes

cómo era vuestra relación.

—No insistas. Cuéntame tú algo que todavía no sepa —lo soltó como si tal cosa, mirando al techo. Yo me quedé helada. Me sonó a conversaciones con Mónica por WhatsApp y empezó a preocuparme el mezclar alguna anécdota con aquellas otras. Así que me fui por el lado seguro.

—¿Alguna vez te he hablado de mi amigo John?

—Sí, me suena que lo has mencionado de pasada. —Me acariciaba el pelo, distraído, cosa que me encantaba.

—Este verano hemos planeado presentarnos al casting de Gran Hermano.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? —dejó a un lado sus caricias y se giró para mirarme, expectante.

—Está empeñado. No se presentó en su día porque aún no tenía los dieciocho.

—¿Tú amigo John es un chaval de dieciocho años? Tú no me habrás tangado con tu edad, ¿no?

—Joder, ¿me vas a pedir el DNI ahora? Le llevo dos años, cumple los diecinueve en mayo. Coincidimos en clase porque fui un poco gandula y problemática en secundaria. No me mires así, una mala época la tiene cualquiera, ¿no?

—Vale, pero empiezo a sentirme un viejales a tu lado.

—Es que lo eres.

—Bueno sigue con el rollo ese de Gran Hermano. No irás a presentarte, ¿no?

—¿Irías a los platós de televisión a defenderme?

—Si entras en ese circo, no vuelves a verme el pelo.

—Confirmado. Eres un viejales.

—Si tú lo dices.

—Pues tenemos planificada nuestra estrategia y todo. Nos inventamos que somos pareja y que él es muy celoso. Yo digo que me presento porque necesito un respiro y pido por favor que a él no lo cojan, aunque hayamos acudido juntos, ya que se ha empeñado en que o entramos los dos o nada. Y él vende la moto de que me dejen fuera porque no le apetece verme tonteando con ningún sobón de los de ahí dentro. Estamos convencidos de que entraríamos los dos, solo por la carnaza televisiva.

—Os pillarían que vais de farol. Eso seguro.

—Bueno, de farol, farol... tampoco.

—¿De qué hablas?

—Ah, sí, perdona. Olvidaba que no te gusta lo de hablar de otras relaciones.

—¡Menuda chantajista estás hecha!

Me hizo un ataque de cosquillas por la barriga y los costados, mientras yo lanzaba patadas al aire deshaciendo la cama y gritando porque no las soportaba. Max se puso nervioso y comenzó a ladrarnos.

—¡Me rindo! ¡Lo retiro, lo retiro!

—¿Cómo que lo retiras? ¡Tramposa! —Sería capaz de vender mi alma al diablo en un ataque de cosquillas.

—¡Que me lo he inventado, que no hay Gran Hermano que valga!

Seguía matándome a cosquillas y estaba al borde de las lágrimas por la risa. Me extrañó que no aporrearán la puerta los vecinos entre mis gritos y los ladridos del perro.

—¡Ni exnovios, ni exnovios tampoco! ¡Lo prometo! —clamaba.

—Vale, eso está mejor. Lo que ocurrió en el pasado se queda en el pasado, ¡asaltacunas!

—Mira quién fue a hablar... Al menos yo le llevo solo dos años.

Se levantó a recuperar el edredón que había quedado tirado a los pies de la cama. Me incorporé para ayudarlo a extenderlo desde mi sitio. Max volvió a tumbarse sobre la alfombra y nos dio la espalda. Creo que conseguimos colmar su paciencia.

—¿Cuándo cumples tú los 29? —quise saber.

—Ya los cumplí.

Se acomodó tan campante a mi lado mientras yo le observaba atónita, aún sentada sobre la cama.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. Bueno, y ese amigo tuyo, John, ¿dónde vive?

—¿Cuándo los cumpliste?

—¿Y eso qué más da?

Tiró de mi brazo para tumbarme de nuevo a su lado.

—Pues claro que da. No te felicité.

—Me doy por felicitado.

—Pero ¿cuándo fue? Me gustaría saberlo —insistí.

—El 26 de enero.

—Ya éramos amigos, ¿no? —volví a incorporarme. No daba crédito.

—Venga, no seas pesadita con eso. No me gusta cumplir años, es lo que hay.

—¿Lo ves? Viejales total.

Hablamos mucho, y de todo un poco. Creo que fue el broche perfecto para aquella velada, que no sé en qué momento se desvaneció. No fui consciente del instante en el que mis ojos se cerraron, aunque sí del calor de su cuerpo a mi espalda, abrazado al mío.

En esta ocasión no hubo emergencia perruna ni nota pegada en la puerta. Me desperté con el ruido de una cafetera eléctrica filtrando el contenido de una cápsula. Me puse la sudadera, que había tirado sobre la alfombra por la noche, y salí al aroma del café como si se tratara de la melodía del flautista de Hamelin.

—¿Hay uno para mí?

—Buenos días a ti también.

—Hmm no seas quisquilloso —me pasó el café que acababa de sacar y empezó a hacer otro. Le di un sorbo al mío—. Puaj, no le has puesto leche.

—¿Y yo qué sé cómo lo tomas? Ese era para mí.

Me dio una botella de leche desnatada y lo rellené casi hasta el borde. La verdad es que estos dos harían una pareja alimentaria estupenda. Seguro que en los armarios guarda su mismo alpiste.

—¿Azúcar o miel?

—Así está bien —respondí.

Al rato de estar sentada a su lado, noté que la conversación no terminaba de fluir. Tal vez el asunto que nos cortó el rollo nocturno sobrevolaba aún por nuestras cabezas. Dejé mi café a la mitad y le dije que necesitaba ir al baño. Una vez allí me planteé si marcharme o qué hacer. Lo de pasar la noche en su casa no había sido algo premeditado por mi parte, sino provocado por la presencia de Fabio en el restaurante. Si decidí quedarme fue porque se habría empeñado en llevarme; y no sabe que vivo a tomar por saco de su clínica, ni que el encuentro fortuito del día que nos conocimos no lo fue tanto. Ahora me preocupaba cómo salir de allí y dejar atrás ese halo extraño que parecía bloquearnos. La despedida se presentaba incómoda. ¿Dónde estaban las emergencias caninas cuando las necesitaba? Hubiera sido fabuloso despertarme con una nota en la puerta como la vez anterior.

Mientras me cepillaba los dientes con la intención de vestirme y largarme enseguida, ideé la excusa de un trabajo de clase que perfectamente podría haber tenido. De hecho, me sonaba uno que había ido dejando porque no me apetecía pasarme mil horas navegando por internet para documentarlo. Cuando ya tenía todo bien pensado y una excusa que no iba a hacerme titubear ni permitirle ofrecerse de chófer, porque incluso tenía inventada a una compañera de clase esperándome en el metro; salí del servicio y pasé por la cocina para tantear el terreno.

Me lo encontré donde lo había dejado, sentado sobre un taburete junto a la cafetera, con el café casi entero en su taza.

—Se nos han enfriado, tardona —lo dijo con esa sonrisa tan seductora que le achina los ojos en una línea donde apenas puede distinguirse el color en ellos.

—Pues prepara más —respondí.

Todo mi plan de fuga había caído en picado por una simple e irresistible mirada que consiguió anclar mis pies al suelo. Me quedé apoyada sobre el marco de la puerta mientras él vertía en el fregadero el contenido de las dos tazas. Volvió a poner en funcionamiento la cafetera tras llenarla de agua.

—¿Siempre eres tan madrugador?

Estaba guapísimo con el pelo alborotado y una camiseta negra de manga corta con una imagen de Metallica, que seguramente había conocido tiempos mejores, y unos vaqueros claros.

—El despertador Max es implacable —respondió—. Además ha hecho bien obligándome a salir de la cama, iba a darme algo si seguía allí contigo. Creo que el delito por secuestro ya es suficiente para mi historial de penales —lo dijo con el tono socarrón acostumbrado.

Un impulso espontáneo me empujó a acercarme a él por detrás y abrazarle la cintura, apoyé la mejilla en su espalda. En ese momento no había nada en mi mente para impedirme su contacto.

—Bueno, quizás en la cárcel no se esté tan mal... —dijo, al darse la vuelta para rodearme. Después agregó—: Tienes dos segundos para darte a la fuga, o esta vez no pararé aunque lo intentes.

Me interrogaba con la mirada, no se atrevía a dar el paso sin una confirmación por mi parte. Yo estaba realmente decidida. Esta vez nada se interpondría entre nosotros. Pero tal vez él no terminó de pillarlo, a pesar de que me despojé de la sudadera y ya iba camino de deshacerme también de la

camiseta, porque salió sin más de la cocina, sin mediar palabra, y me dejó allí colgada. Pensé que quizás intentaba darme una lección ofreciéndome probar de mi propia medicina. Si era así no tenía gracia. Ninguna gracia. Volví a ponerme la prenda, dispuesta a salir de allí y cerrar un capítulo que nunca debí empezar, pero me topé con una sonrisa traviesa que regresaba al punto donde lo habíamos dejado, rasgando un paquetito que acababa de rescatar del cajón de su mesilla.

—¿Se puede saber adónde ibas?

Ningún atisbo de duda se cruzaba en nuestras miradas. Lo siguiente que hice fue colgarme de su cuello para recuperar el beso que me hizo vibrar la noche anterior, mientras él se entretenía en deshacerse del resto de prendas que se interponían entre ambos y me colocaba sobre la encimera de la cocina, sin despegarse de mis labios. Solamente lo hacía para posarlos en cualquier otro rincón de mi cuerpo. Alternaba las caricias entre sus dedos y la boca con una cadencia tan suave que me resultaba insoportablemente deliciosa por la urgencia de mi apetito.

No hubo un clic negativo en mi mente en ningún momento. Sentía tantas ganas de él, que mi deseo bloqueó el acceso a cualquier imagen que pudiera enturbiar mi conciencia. Nadie. Absolutamente nadie podía ya echarle el freno a aquello. Ni siquiera el teléfono que intentó desviar nuestra atención con su melodía, minutos más tarde, y ni me pregunté si sería el mío o el suyo o el de Mónica. No importaba. Tampoco el café que se había derramado por el suelo junto a la taza hecha añicos. Solo me interesaban sus manos, agarrándose a mis caderas con fuerza para empujarme hacia él; sus labios, intercalando los besos con su respiración jadeante en mi oído; y la presión tan placentera que se clavaba en mi interior, de una manera tan profunda e intensa que en algunos movimientos recibí punzadas de un doloroso placer que me provocó un estremecimiento extremo. Luchaba por no gritar, y pegaba mi boca a su cuello para ahogar mis gemidos. Hasta que fui incapaz de soportarlo más, cuando deslizó sus dedos entre nosotros para acariciarme, y me dejé vencer en una marea de sensaciones que no desaparecieron con el orgasmo; porque él continuaba moviéndose y cogiéndome del pelo hacia atrás para acercar mis labios a su boca y matarme de placer, porque me seguía gustando esa sensación de mi cuerpo volviendo a despertar al sentir el ritmo del suyo.

Resultó extraño cuando finalmente concluyó todo y nos encontramos allí

desnudos, sudando, con la respiración agitada y aquel panorama de desbarajuste sobre el suelo.

—La que has liado, criatura —soltó riendo. Y fue justo lo que necesitábamos para regresar del todo a la normalidad.

19

Ha vuelto a hacerlo. Me ha dejado colgada por una urgencia canina. Pero esta vez en vivo y en directo, al minuto de llegar a su casa donde habíamos quedado. Encima va y me endosa la correa de Max, porque justo íbamos a sacarlo. Así que aquí estoy, llegando de pasear al chucho antipático este. Creo que le caí fatal desde el principio o algo se olió en mí. Sin embargo, en cuanto ve a cualquiera que le hace arrumacos y carantoñas, se le pega como una lapa para que siga rascándole. Tal vez sea eso. No suelo tocarlo demasiado. Solo cuando se pone muy pesado y me planta el cabezón encima al sentarme en el sofá. Es insaciable con el rascado. Aunque ha ido calándome y nota que me dan un poco de *asquete* sus babas. Jamás le lanzo la pelota si me la trae, no suelo darme por aludida. Y si le veo un goterón de saliva colgante, me alejo de un salto. Sus cachivaches esparcidos por el salón los retiro a puntapiés. La verdad es que tenemos una relación más bien escueta. Tampoco hace ningún aspaviento ni trata de llamar mi atención al llegar a su casa, si vengo sola. Como mucho levanta la cabeza como saludo en la distancia, si está tirado sobre la alfombra. Y yo me desquito con un «*Hola, cabezón*» al pasar por su lado.

Es curioso cómo nos hemos sumergido de pronto, y sin darnos cuenta, en una relación por la que yo no habría apostado ni aunque me lo hubiera escrito mi propia yo del futuro en una cápsula del tiempo. Y, sin embargo, ahora mismo, me resulta tan cotidiano y habitual el hecho de venir a su casa, como si tal cosa, hablar casi a diario, dormir juntos..., que no concibo mi vida en este momento sin la presencia de Julio.

Ya no nos escribimos desde el WhatsApp de Mónica. Creo que han cortado. Y es un alivio, siempre andaba temerosa por si le daba por enviarle un wasap en mi presencia y escuchaba el pitido de su notificación en mi mano a su vez. Aun así no estoy fuera de peligro. Cuando estamos juntos, tengo que manejarme con dos teléfonos: el oficial, que todo el mundo tiene y que es la línea de Mónica; y el antiguo, que solamente uso con él.

Un día por poco no me pilló. Estábamos en su casa y no encontraba el teléfono oficial, y que es el único que él ha visto de cuerpo presente. El otro suelo dejarlo guardado en el bolso y apagado, si me acuerdo, para no agotar la batería. El caso es que, como no lo encontraba, se le ocurrió hacerme una llamada perdida con el suyo para ayudarme a buscarlo. Me preocupó la idea por si sonaba el viejo en el bolso y lo tenía que sacar en su presencia. Pero, afortunadamente, saltó el buzón de voz. Lo curioso fue que nada más anunciármelo, que estaba apagado, sonó la melodía en la cocina; eran de la agencia. Suerte que me puse a hablar largo y tendido, y después no salió más el tema.

Al llegar a su casa, y tras quitarle a Max la correa, decido que es el momento más propicio para rebuscar en los cajones del salón a ver si encuentro el pasador de Mónica. Es lo único que queda ya para zanjar su historia. Total, es un objeto olvidado y si desapareciera no se daría ni cuenta. Pero ¿dónde puñetas lo tendrá? He abierto todos los cajones del único mueble del salón que los tiene, y solo encuentro pelotas y pingajos deshilachados del perro; medicamentos... esto parece una farmacia; papeles y carpetas; mecheros... ¿los coleccionará? Nunca le he visto fumar. ¡Anda, mira, un álbum de fotos!

«Coño, ¿acabo de escuchar el timbre?».

Max se pone a olisquear bajo la puerta.

—¡Julio, soy yo!

«Joder, ¿esa quién es?».

Vuelve a tocar con insistencia.

«¡Joder!».

El perro empieza a alterarse. Yo, también.

—Julio, ¿estás ahí?

«¿Begoña?».

—¡Voy a entrar!

«¿Qué?».

«¡Mierda! ¡Que está abriendo la puerta!».

Corro a meterme debajo de la cama. Si me ve y se lo cuenta a Mónica, soy mujer muerta. Pero mi idea termina en fiasco porque la cama de Julio no tiene debajo, ¡tiene cajoneras! Abro el armario y me acurruco como puedo en el hueco donde cuelga los pantalones. No consigo cerrarlo del todo, me pillo los dedos. Suerte que quedo oculta tras las prendas. O eso espero.

Al ratito, descubro la nariz del perro entre el hueco que ha quedado abierto. Husmea sonoramente en el interior.

—¡Vete! —susurro.

—¿Max? —le llama ella desde el pasillo, ¡bien! Aunque se va acercando, ¡mierda! Falsa alarma. Creo que se ha metido en la cocina.

—¿Dónde habrá ido este hombre? Se ha dejado la puerta sin echar la llave.

«También habla sola, por lo visto».

—Max, ¿estás ahí?

«¿Qué espera, que le diga que sí?».

—¡Hola, Julio! Estoy en tu casa. —Le ha llamado por teléfono—... No... He abierto yo con mi llave. —Él debe de estar alucinando—... Solo Max... Sí, de verdad... ¿Tenías visita?

«Mierda, me he dejado el bolso en la percha de la entrada. Que no llame cuando cuelgue, por favor».

—Pues a traerte lo que me encargaste de la tienda vegana.

«¿Es vegano? Si siempre come normal».

—Ya... Sí, lo sé... Pero me pillaba de paso... ¡Mira que estas quisquilloso!

«Dios, va a llamarme. Va a llamarme en cuanto cuelgue. Por favor, no me llames».

—Bueno, en la cocina te lo pongo... Y de nada, ¿eh?... Te dejo que tengo el coche en doble fila.

«Menos mal. Si no seguro que le cuenta su vida en verso».

—¡Max, me voy!

«Ahora esperará que se despida de ella con la pata. El puñetero se ha tumbado frente al armario, custodiándome. ¿Será soplón?».

—¿Max? —insiste. ¡Qué coñazo de tía!—. ¿Dónde está mi grandullón?

—¡Vete, chucho! —siseo.

«¡Joder! ¡Cabrón del perro! Ni se inmuta».

—¡Ah, aquí estás!

Veo que se agacha a acariciarle y aguanto la respiración. En la vida me he visto en una igual. Bueno, fue peor lo de los probadores con el alemán. O no, no sé... Como se le ocurra ordenarle el armario, me pilla. Espero que no sea de esas. Mónica lo habría abierto, fijo.

—¿Y por qué te ha dejado aquí solito? Este Julio anda muy pasota, ¿eh? Echas de menos a tus primitos, ¿verdad? ¡A que sí, a que los echas de menos!

Yo también. Pero ahora no están conmigo, se han ido con su padre.

«Madre mía... Hasta con los perros se explaya. Para que luego se queje Lidia de mi relación con Nemo».

—Bueno, tengo que irme. ¿Quieres venirte conmigo? Espera, que voy a llamarle.

«Joder, esta mujer está de encierro. Ni se ha movido el pobre animal. Sigue ahí repantingado. ¿De dónde ha deducido que quiera irse con ella?».

—Nada, hijo. Comunica. No puedo llevarte sin su permiso. No me arriesgo. ¡Hasta otro día, majo!

Me quedo en el armario unos minutos más, tras escuchar las tres vueltas de llave que echa, por si no se ha quedado conforme y decide regresar a buscar al perro. Él tampoco se ha movido de su sitio. No sé si está vigilándome porque no se fía un pelo de mí. Aunque, teniendo en cuenta mi historial delictivo husmeando cajones, es de entender.

Al pasar por la cocina, observo sobre la encimera los productos que ha traído. Son básicamente hortalizas, una bolsa de harina como con grumos, huevos y una especie de azúcar moreno envasado al vacío. Mi hermana estaría encantada con la compra.

Reviso mi teléfono y, por primera vez, me alegro de que no le dure un asalto la batería. Lo enchufo al cargador y aparecen una llamada perdida y un par de mensajes.

Julio: Mi hermana ha entrado en casa, no te asustes si has salido a comprar o algo y te la encuentras.

Julio: Aunque si quieres ahorrártela, haz tiempo donde estés. Es un poco entrometida y puede asaltarte a preguntas innecesarias.

Abril: Justo había salido a comprar una cosa, no nos hemos encontrado. Gracias por avisar. ¿Te queda mucho?

Julio: En media hora estoy allí.

Abril: Media hora de las tuyas es una tarde entera.

Julio: Bueno, así te da tiempo a prepararme la cena.

Abril: ¿Yo? ¡Soy tu invitada!

Julio: Hace varias semanas ya que dejaste de serlo. Ahora me toca ser el consentido un

poco, ¿no?

Abril: No esperarás que prepare algo con las hortalizas estas que veo sobre la encimera, ¿verdad?

Julio: Sería todo un detalle. Son ecológicas, cuando las pruebas no querrás otras.

Abril: No te emociones. Pediré telebasura.

Julio: Pues date prisa que en quince minutos estoy de vuelta.

Abril: Por bocazas lo haré en cuanto cortemos con los mensajes. Y como no estés, me zampo lo tuyo también.

Julio: Voy de camino, listilla.

Abril: ¿Me has estado escribiendo mientras conducías?

Julio: Fui en metro. Los sábados a esta hora no hay quien aparque allí.

—¿Y en la ducha te quitas los calcetines? —me pregunta riendo, cuando estamos acurrucados en el sofá tras la cena—. Nunca me dejas ducharme contigo. ¿Les ocurre algo a tus pies? ¿Acaso tienes seis dedos? Tengo mucha curiosidad por supervisarlos.

—Nada de nada. —Me quito el calcetín derecho y le paso el pie. Dejo que lo inspeccione atentamente.

—Pues sí, parece normal a simple vista —afirma, analizándolo minuciosamente. Aprovecha para hacerme cosquillas en la planta, que no soporto, y me pongo a gritar.

—Bueno, este ha pasado la prueba. A ver el otro.

—Paso. Odio las cosquillas.

Me pongo de nuevo el calcetín. El izquierdo no pienso enseñárselo ni de coña. No creo que quede maquillaje sobre el tatuaje después de la sesión que hemos tenido en el sofá antes de que llegara la cena, que por poco ni abrimos.

—Venga, déjame, que no pienso hacerte cosquillas.

—No me fío de ti un pelo.

—Por cierto, cambiando de tema —agrego—. He cotilleado un poco

cuando no estabas, espero que no te importe, y he visto un álbum de fotos muy gracioso. ¿Me lo enseñas y me hablas de las fotos?

—¿No íbamos a ver esa peli que querías?

—Ya, pero la vemos después.

—Luego se nos hace tarde y nos quedamos dormidos.

—Pues la terminamos mañana.

—Mañana sales pitando con cualquier excusa de estudios, fotos, dibujos o vete tú a saber qué, y me dejas colgado con la película a medias. Creo que ya tenemos un par sin conocer el final.

—Bueeeno, vaaale. Pero mañana en el desayuno lo cotilleamos juntos.

—Ya veremos.

—Hmmm... me da que ocultas algo.

—Anda, malpensada, pásame el mando.

TERCERA PARTE

20

Yo: ¿Dónde te metes?

Lidia: ¡Decidido! Voy a apuntarme a una escuela de gastronomía. Lo de autodidacta no termina de funcionar conmigo. Necesito innovación, y no la fritanga que me trago en el chiringuito ese.

Yo: ¿De qué chiringuito hablas?

Lidia: Es una forma de hablar. Acabo de ver una peli sobre una cocinera francesa y, no sé, me apetece algo de glamour en mi trabajo.

Yo: De las pelis no te fíes. La ficción es ficción. Por muy alta cocina que quieras aprender, vas a empezar como todos: fregando y picando ajo.

Lidia: ¿No eras tú la que me mareabas con que debería retomar los estudios?

Yo: Sí, lo de la escuela esa lo veo cojonudo. Lo que digo es que seas realista. Nada es lo que parece.

Lidia: Habló la que se pasa el día entre focos y cámaras.

Yo: Pues justo por eso mismo. Parece muy divertido y glamuroso cuando ves las fotos, pero es un petardazo como otro cualquiera.

Lidia: Ya, bueno, imagino que todo tiene su lado malo. Oye, ¿te he dicho que iré en vacaciones de Semana Santa? Espero que ahora que tienes novio no me dejes colgada allí.

Yo: ¡Qué genial! Yo, también. ¡Y John!

Lidia: ¿Sabe lo vuestro?

Yo: Sí. Está rabioso perdido.

Lidia: Ya se le pasará. Aunque, por si acaso... aléjate de los tequilas.

Yo: Tranquila, aquello fue pura necesidad fisiológica. Ahora ese campo lo tengo cubierto.

Lidia: Sí, sí... cualquiera se fía de ti.

Yo: ¿Por quién me tomas?

Lidia: ¿Tú lo preguntas, que te he visto llegar a la discoteca con un ligue y salir por la puerta trasera con el antinivio?

«¡Qué cabrona!».

Yo: ¡Eso eran otros tiempos!

Lidia: Sí, otros tiempos... Más o menos por estas fechas del año pasado.

Yo: ¿Apuntas un diario con mis líos?

Lidia: ¿Estás mosqueada?

Yo: Qué va, si estaba riéndome. Pero te juro que me parece una eternidad todo aquello. De Juancar ni me acuerdo. ¿Cómo es posible que me gustara tanto ese capullo? Si ahora me da asquito hasta pensarlo.

Al llegar a casa, encuentro a Fabio en el salón con una cerveza sobre la mesa baja, un plato de queso curado y picos de pan.

—¿Y Mónica?

—Ha quedado a cenar con unas amigas.

—Jo, he estado a punto de subirme un kebab. Pero como odia hasta el olor... Me lo podrías haber avisado, hombre.

—Tranquila, viene de camino una pizza barbacoa con extra de carne y tamaño familiar.

—¡Dios, te adoro! Voy a cambiarme. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Está a punto de llegar. La he pedido nada más colgar con ella. De sobra para zampárnosla y deshacernos del cadáver.

—Vale, de eso me encargo yo. Tengo experiencia.

Aprovecho para echarle comida a Nemo cuando entro al dormitorio. Mientras me pongo el pijama, consulto el móvil viejo. Ya no aguanta ni quince minutos encendido, a no ser que lo tenga enchufado con el cable.

Julio: ¿En serio vas a marcharte en Semana Santa?

Julio: Eooooo.

Julio: ¿Por qué siempre llevas el teléfono encima menos cuando yo te escribo?

«Mierda de aparato. Debería comprarme uno de esos con duplicado de tarjeta».

Yo: Se lo había prometido a mis padres. Si les digo ahora que me quedo, van a ponerse muy pesados.

Julio: Pues tú te lo pierdes. Se me han ocurrido unos planes magníficos.

Yo: ¿Qué planes?

Julio: Nada, olvídalo. Si no piensas quedarte...

Yo: Pues que te diviertas.

Julio: No irás a enfadarte encima, ¿no?

Yo: ¿Tan niñata me crees?

Julio: Mejor no respondo a esa provocación.

Yo: Qué gracioso.

Suena el timbre de la puerta y corro a recibir nuestra cena. Estoy hambrienta. Hoy he tenido que saltarme la comida por un trabajo y llevo en el estómago solo unas patatas fritas que he sacado de una máquina.

La pizza es tremenda. No creo que nos la terminemos. Congelaré lo que sobre, bien envuelto en papel de aluminio, por si un día me encuentro con un panorama desolador en la nevera. No sería la primera vez. Aunque en aquella ocasión lo hice para deshacerme de las pruebas. Hasta metí los cartones bajo el colchón. Suerte que fue Fabio quien se topó con las porciones congeladas y me cubrió con mi hermana.

—Te vi hace unas semanas con un tipo en el italiano que está cerca de mi oficina —informa, antes de empezar su primer trozo de pizza, yo voy por el segundo.

—¿Ah sí? —«¡Mierda!».

Recoloco el cojín que he puesto a modo de asiento sobre la alfombra, al otro lado de la mesa. Él se ha sentado en el sofá.

—Sí, os vi entrar. No me acerqué a saludarte por si te incomodaba. Y por la forma precipitada en que saliste, creo que hice lo correcto, ¿no?

—No... Es que cambiamos de planes y nos fuimos a cenar a otro sitio.

—¿Ah, sí? Pues le vi acercarse a la barra a recoger el pedido.

—A ver, soy mayorcita para salir con chicos, ¿no? —Me río con poca gracia. Es más bien una risa nerviosa.

—Eso mismo pensé yo. De ahí que me extrañase tu reacción.

—¿Se lo contaste a Mónica?

—Claro que no. ¿Por qué te preocupa eso?

—No, solo era curiosidad.

—¿Sales con él?

—Menudo interrogatorio, ¿no? —me quejo, cogiendo una tercera porción.

—Es todo normal, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A lo vuestro. No quiero ser cómplice de algo que luego salga a la luz y me salpique.

—No te rayes. Si reaccioné así fue porque no me apetecía presentaros y dar explicaciones. Era nuestra primera cita y... —No sé cómo justificárselo—. ¡Ya me entiendes! —termino diciendo.

—Lo comprendo.

—Jo, ¿no había un tamaño más grande? Voy a reventar si cojo otra porción.

Intento cambiar de tema, pero no se da por aludido.

—Es mayor que tú, ¿no? Parecía más de mi edad que de la tuya.

—Buenoooo... ¿Tú también vas a jugar a los padres protectores? Mira, ocúpate de tu Abril cuando nazca. Lo mío está controlado. Créeme.

Escuchamos el sonido de la puerta y apenas nos da tiempo ni a levantarnos. La tenemos plantada en la entrada del salón en cuestión de segundos, frotándose las manos. Ni que tuviera un radar.

—¡Ha sido él! —le acuso. No me apetece un pelo escuchar un sermón de mi hermana. Pero en vez de ponerse hecha una furia, se quita la chaqueta y agarra un trozo de pizza. Sin lavarse las manos antes, ni pedir permiso. Para que luego opine sobre mis costumbres higiénicas y los olores que desprende mi habitación cuando meto comida a escondidas. A ella se ve que le gusta más jugársela con los gérmenes. Ocupa un hueco en el sofá junto a su novio.

—¿No ibas a cenar con ellas? —se interesa él.

—¡Menudas rancias! Que si una no tenía hambre, que si la otra venía enfurruñada del nutricionista porque había cogido medio kilo de grasa esta

semana... Al final nos hemos tomado una Coca-Cola Light y me han dejado colgada.

—A ti el embarazo te está sentando de miedo —la animo—. Oye, ¿la toxoplasmosis esa no se trasmite por los gérmenes? No te he visto lavarte las manos. Y de ahí comemos todos, cochinita.

—No me has visto porque llevo mi propio desinfectante en el bolso que acabo de dejar en la entrada.

—Menuda perfección, hija. No se te pilla en un renuncio.

—¡Calla, quejica! Y vosotros qué, contadme algo.

—Hablábamos de los rolletes de tu hermana.

Le fulmino con la mirada. Eso ha sido un golpe bajo y una venganza en toda regla por lo de la pizza.

—¿Te has echado uno aquí? —se interesa enseguida, visiblemente entusiasmada.

—A vosotros os lo voy a contar.

Me levanto de la alfombra y los dejó ahí a lo suyo. Paso de que se le ocurra sacar el temita de mi espantada con Julio. Solo me faltaba meter la pata.

—Venga, mujer, no seas arisca.

De Julio a Mónica:

Julio: ¿Por qué llevamos tanto tiempo sin hablarnos?

«Pero ¿se puede saber qué puñetas hace ahora?».

Julio: Sé que me has leído. No te hagas la interesante.

Yo: ¿Qué parte de “Soy una mujer comprometida Y EMBARAZADA” no has entendido?

Julio: ¿A caso te he pedido matrimonio?

«Paso de responderle».

Julio: ¿Qué harás en Semana Santa?

«¡No me lo puedo creer! Así que es eso. Como le he dejado plantado, está buscando otro plan. ¡Pues va listo!».

Yo: No es asunto tuyo.

Julio: Te recordaba más simpática.

«¡¡Y yo a ti menos cabrón!!».

Yo: Pues teniendo en cuenta que estoy a punto de que mi barriga explote... Nada que destacar. ¿Y tú? ¿Ya se cansó de ti la criaja? ¿Dónde se quedó aquel asunto?

Julio: Creo que algo de eso hay... Me ha dejado colgado en vacaciones.

Yo: ¿Y por eso me escribes?

Julio: No, mujer. No entras en mis planes como sustituta.

«¿Ves? Eso suena mejor».

Julio: A no ser que...

«¡Será gilipollas!».

Julio: Es broma. Ya sé que solo nos une ese broche, que, por cierto, ya me dirás qué hago con él. Justo me he acordado de ti porque acabo de verlo.

Yo: Regálaselo a la criaja.

«Y matamos dos pájaros de un tiro».

Julio: No hablarás en serio, ¿no?

Yo: ¿Tú qué crees?

Julio: Ya me extrañaba.

Yo: Espero que lo tengas bien guardadito.

Julio: ¡Pues claro! Lo guardo bajo llave en la clínica.

Yo: ¿En la clínica?

«Joder, ya decía yo. He registrado su casa de cabo a rabo».

Julio: Sí, en un cajón de mi mesa. Está a buen recaudo, allí hay alarma.

Yo: Pues sí que te has tomado molestias.

Julio: Es que no tengo en mi poder una joya más preciada que esa.

«Hay qué joderse lo cursi que se pone cuando habla con ella».

De Abril a Julio:

Yo: Voy a tantear con mis padres lo de Semana Santa, pero no te prometo nada.

De Julio a Mónica:

Julio: ¡Falsa alarma! Creo que al final tendré planes para Semana Santa.

«¡Esto ya es el colmo!».

De Abril a Julio:

Yo: Ya veo que te hace una ilusión de cojones... Ni te dignas a contestar.

Julio: Perdona, estaba hablando por otro lado con una amiga.

«¡Y se queda tan pancho!».

Yo: ¿Y?

Julio: Que si va a suponerte un problema, mejor déjalo. Tampoco había planificado nada en concreto. Pensaba improvisar algo sobre la marcha, si tú no tenías ningún plan.

Yo: ¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que me iré! Creo que necesito cambiar un poquito de aires.

Julio: ¿Estás enfadada por algo?

Yo: No, ¿por qué iba a estarlo?

«Si me encanta que mi chico tontee en mi cara con la primera que pilla».

Julio: No sé, te noto rara.

Yo: ¿Cómo vas a notar me rara si no me ves?

Julio: Pero se intuye. No sé... Voy a llamarte, verás que tengo razón.

Yo: ¡No me llames! Entrando a la ducha. Adiós.

«¡Joooder! Se lo pasa todo por el forro».

—¡Qué!

—¿Lo ves?

—Estoy normal.

—¡Y una leche!

—He tenido un mal día, eso es todo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

«Y encima interrogatorio. A ver qué le digo».

—Mi cuñado, que nos vio aquel día, cuando salimos escopetados del restaurante, y me lo ha soltado.

—¿Por él nos dimos a la fuga?

—Sí, no me apetecía presentaros.

—¿Te avergüenzas de mí o qué? —se ríe al preguntarlo.

—No, es que... Yo qué sé, Julio. No me apetecía y listo.

—Está bien. ¿Y qué ha pasado?

—No, nada, que me ha intentado sonsacar.

—¿Y solo por eso estás así de cabreada?

—Ya, es que son muy pesados. Se comportan como mis padres. ¡Tengo unas ganas de que se larguen!

—¿Vive con vosotras? Eso no me lo habías dicho.

—Sí... Bueno, no. Es que últimamente se queda mucho a dormir. Creo que van a buscarse algo pronto, para independizarse.

—¿Es por eso que nunca me llevas a tu casa?

—Sí. Son un incordio.

—Entonces, al final, ¿te quedas o te vas? Si quieres que hagamos algo hay que mirarlo con tiempo.

—Me voy. Además, vienen mis amigos. Me apetece el plan.

—Pues nada. No hay más que hablar.

—Te invitaría a venir pero... es que estará toda mi familia y no creo que sea buena idea que...

—... Tranquila —me corta—, no te preocupes. Tampoco está en mis planes una presentación familiar.

—Aunque... Bueno, no, déjalo.

—¿Qué estás pensando?

—Que te podrías quedar en un hotel, como un turista más, y vernos por allí igual que hacemos aquí.

—¿Y vendrías a dormir?

—No sé, ya lo veríamos sobre la marcha. Mis padres no están acostumbrados a que no vuelva a casa cuando salgo de juerga. Pero con un buen madrugón... Solucionado.

—Si vas a utilizarme por las noches para luego dejarme todo el día colgado, paso de tu plan. ¡No soy un muñeco hinchable!

—Bueno, ya veremos. Aún queda mucho para las vacaciones, ¿no?

21

En buena hora se me ocurrió que Julio viniera por Semana Santa. Había olvidado el problema tatuaje y quiere ir conmigo a la playa. Todos los años nos jode las fiestas el mal tiempo, y este, que me hubiera encantado pasarlo con deportivas y calcetines, ¡toma!, solazo al canto y playas abarrotadas. ¡Cabrón del Murphy de los cojones! ¿Dónde está la lluvia cuando se la invoca?

—Esta noche no vendré a dormir, me quedo con Lidia en su casa —le informo a mi madre tras la comida.

Llevo casi una semana aquí, y Julio ha llegado hoy. Solo se ha cogido los cuatro días festivos.

—¿Y dónde vas a dormir? —se interesa ella—. Elena ha dicho por el grupo del WhatsApp que tiene el piso abarrotado de hermanos y sobrinos.

—¿Estás metida en ese chat?

—¡Claro! Todas las madres. Así estamos informadas de vuestras cosillas. —La miro extrañada por el soniquete que le ha puesto a cosillas—. ¿O es que crees que no sé que andas con uno?

—¡Joder! Menuda panda de cotillas.

—Pues ya le podías haber traído aquí en vez de meterle en un hotel. Pensará que somos unos rancios o unos anticuados que te reservamos para el matrimonio.

Yo: ¿Se puede saber por qué en el chat de las madres se han enterado de que salgo con Julio y que ha venido de vacas?

Lidia: Se me escapó un poco en casa. Pero no pensé que lo soltaría en el grupo. Sorry!! Y que conste que el nombre no lo saben. No te delates.

—Aquí le voy a traer... —respondo—. Y sale corriendo en dos minutos.

—Pues no entiendo por qué. ¿Es que te avergüenzas de nosotros?

—No. Pero os he visto en acción. No sé cómo pudo aguantar Fabio el primer asalto. Solo os faltó acudir a la iglesia de la plaza y solicitar fecha para

el bodorrio.

—Anda, anda, exagerada.

—Bueno, me marcho. He quedado a tomar café.

—¿Con tu novio?

—Que novio, ni novio... Solo somos amigos con derecho a roce.

—Sí, claro... Como el inglesito, ¿no?

—Por ahí vas bien encaminada, con él también he quedado.

Quería llegar la primera, para hacer las presentaciones. Pero al final he llegado la última y ha sido Lidia la que se ha ocupado de la tarea. Yo he tardado un poco más porque he tenido que pasarme por una farmacia a comprarme una tobillera. Se me ha ocurrido que un esguince de tobillo puede ayudarme a ocultarlo sin las tensiones que me genera el maquillaje del *tattoo*.

Muero de ganas por volver a ver a Julio. Con mis amigos ya me he reunido estos días y nos hemos divertido de lo lindo. Ha sido fantástico reencontrarnos los tres, libres de compromisos familiares de ningún tipo, como ocurrió en navidades. Totalmente ociosos. Disfrutando de la playa, de las cervecitas en cualquier chiringuito y de las palizas que me ha dado John con la bicicleta, que esta vez sí la he traído. A Lidia la dejamos ya por imposible. Es una seta en el deporte. Eso sí, para las cañas llega la primera con su moto.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Julio nada más verme aparecer. Están sentados en la terraza de la cafetería del hotel donde se aloja.

—Me he caído esta mañana de la bici y me he hecho un esguince. —Ocupo la silla libre entre Lidia y él, tras saludarlos.

—Si te dejé en casa perfecta —afirma John.

Le doy una patada por debajo de la mesa, lo tengo enfrente.

—Ya. Ha sido cuando te has ido —respondo—. Salí a comprar el pan y se me cruzó una moto.

—Ah... ok! —rectifica, haciendo un gesto raro con los ojos. Quizás dándome a entender que lo ha pillado. O tal vez ha vuelto a producirle alergia el líquido de las lentillas. Es un jodido cabezota y se empeña en usarlas aunque le molesten y se le caigan los ojos cualquier día.

—¿A ver? —me dice Julio. Cogiendo mi pie y examinándolo atentamente. Me presiona ambos lados por la zona del tobillo—. Pues no lo tienes nada

inflamado para ser un esguince. ¿Te han hecho radiografía?

Enseguida le quito el pie de encima.

—No empieces con tus diagnósticos, que no soy un perro. Si el médico ha dicho que me ponga una tobillera, me la pongo.

—Vale, vale, no te enfades. ¡Qué carácter! ¿Siempre ha sido así? —se dirige a ellos.

—Sí, cuando la pillas en contraria —afirma John.

Al final está resultando más simple de lo que me planteaba al principio. Mis padres no se han metido en si duermo en casa o fuera, creo que se han adaptado a la Abril independiente en la que me he convertido durante estos meses. Así que a la vuelta de pasar la tarde con mis amigos, he preparado una pequeña maleta para llevármela al hotel de Julio. Se los ve más relajados desde que van a ser abuelos, y a lo mejor ya no me ven como la chiquitaja de la familia. En lo único que sí han hecho hincapié es en que mañana no puedo faltar a la comida familiar porque esta noche llega la parejita feliz.

Antes, cuando vivía aquí, salía a la puerta a esperarlos con bastante antelación, tras anunciarme mis padres que venían de camino y que ya les faltaría poco; impaciente por ver aparecer el coche en la entrada de la calle y ansiosa por recibirlos. Aunque a los dos días nos lleváramos ella y yo como el perro y el gato, por esa costumbre suya de sacar mis temas favoritos delante de todos: las notas, las salidas nocturnas... «¿Y encima la recompensáis por no cumplir con la única obligación que tiene?», era su frase favorita. Luego, cuando se iban, allí nos dejaba con la patata caliente en las manos. Suerte que, sin su presencia, enseguida se enfriaba, y mis padres volvían a relajarse hasta su siguiente intervención.

Quizás conmigo han sido más blandos que con ella y me han tenido demasiado consentida. Pero no seré yo quien les culpe por ello. Me encanta la vida que me ha tocado vivir. Tal vez podría haberme esforzado en ser una chica responsable y aplicada en los estudios; ahora mismo estaría en tercero, mucho más cerca de mi futuro profesional. Viviría sola o con Lidia o a saber. Me habría graduado en Bachillerato antes de que John entrara en el instituto, y jamás nos habríamos conocido. Puede que hasta siguiera colada por Juancar, porque mi amigo no habría podido salvarme de sus garras. O lo que es peor, quizás el bombo de Paula fuera en realidad el mío. Menudo

panorama retrospectivo. Esto tengo que anotármelo para sacarlo a relucir cualquier día de esos que empiecen con el rollo de que he perdido dos años de mi vida por repetir los cursos de secundaria. Tal vez hasta los haya ganado.

John: Demasiado perfecto para creerlo.

Yo: Los celos están cegándote, Clark. Vuelve a las gafas.

John: ¿En serio me cuelgas mañana en la bici?

Yo: No es lo mismo dejar colgado que colgar. Vas como los cangrejos, tío.

John: Tengo una profesora penosa y una ciclista rajada. ¿Mejor así?

Yo: Y yo un esguince, ¿recuerdas?

John: Fake!!

Yo: Pero él no lo sabe.

John: Pues di que vas a otro lugar.

Yo: Paso de mentirle.

John: Demasiado tarde por eso.

Yo: ¡Para! Y corta el rollo.

John: Odio esta Abril. Echo de menos mi Kryptonita.

Yo: Deberías empezar a abrir tus opciones, sigues anclado al pasado. ¿Cómo era aquella famosa frase tuya?

John: ¡Vete a hacer las puñetas!

Yo: Si te dieran un euro por cada vez que pones un artículo de más o uno de menos, te daría ya para visitar a tu ex a Boston.

John: Eso es que no escuchas tus conversaciones en inglés, das unas risas.

Yo: La diferencia es que yo no presumo de ser bilingüe. Por cierto, procura que no se te baje mucho el bañador cuando estemos en la playa, casi se te veía el tattoo. Juraría que lo hacías adrede.

John: No entiendo adrede.

Yo: Queriendo.

John: Alguien tiene que sacarle los ojos.

Yo: ¡Se dice abrirle!

John: Ya sé. No siempre me equivoco.

Yo: No hagas que me enfade contigo por una gilipollez de esa clase.

John: ¿Desafío?

Yo: Tómatelo como quieras.

—¿Con quién hablas? No paro de enviarte emoticonos para que me hagas caso y ni los miras.

Como para mirarlos... con el teléfono cargándose en mi casa y nosotros aquí repantingados en la cama de su hotel.

—Con John. Está rayado porque con el esguince no puedo acompañarle a montar en bici. Odia ir solo.

—¿Y Lidia?

—Pasa.

—Puedo ir con él, si quiere.

—No creo que le apetezca.

Yo: Julio dice que si quieres te acompaña mañana con la bici.

—¿Por qué lo crees? —se interesa.

John: Dile que suba en mi dedo central y pedalee.

Yo: ¡Qué pedazo de niñato eres!

—Porque se siente destronado como un niño chico. ¡Que le den! Él se lo pierde.

—Entre vosotros ha habido algo, ¿verdad?

—Pensaba que no te gustaba hablar de antiguas relaciones. ¿O eso solo iba por ti?

—No quiero hablar si no te apetece, era curiosidad simplemente. Lo cierto es que sí le he notado arisco.

Me coge el pie del esguince y lo retiro enseguida.

—Bah, ya se le pasará.

—¿Qué planes hay para hoy, Patachula? Deberías quitarte esa tobillera. Ni siquiera cojeas.

—¡Porque me protege, listillo! Pero tenías que haberme visto cuando entré en la farmacia. Y deja ya el temita, pesado.

—No me has enseñado nada de aquí; dónde vives, el colegio, la tienda de tus padres... Me gustaría visitarlo todo.

—No esperarás una presentación oficial, ¿verdad?

—¡Qué dices! Me refería a verlo desde fuera.

—Ah, vale. Pues esta tarde nos damos una vuelta y te lo enseño. ¿También dónde perdí mi virginidad?

—No soy tan morbosos.

—¡Lastima! Tiene su gracia la historia.

—Bueno, tal vez me lo replantee. Ahora ven aquí y deja el puñetero teléfono.

Lidia: A John no hay quién lo aguante. En cuanto os habéis ido se ha puesto a planificar cómo meter la pata para que Julio te pille infraganti.

Yo: ¿Infraganti en qué?

Lidia: En que eres la hermana de Mónica.

Yo: No, si ya le he visto venir cuando se bajaba la cinturilla del bañador, que un poco más y se le ve la hucha.

Lidia: Está despechado.

Yo: Yo creo que no. Solo celoso porque no le presto la misma atención que estos días de atrás. Ahí estaba encantador, y no ha habido nada raro entre nosotros.

Lidia: Entonces ya se le pasará. ¿Nos vemos mañana en la playa? ¿Solas?

Yo: Síííí. Necesito quitarme la tobillera esta del infierno. ¿Te puedes creer que se me ha quedado marca de un ratillo de nada en la orilla? Como me salga un anuncio en sandalias lo van a flipar.

Por la tarde, damos un paseo por algunos sitios de los que hemos hablado. El que más curiosidad le produce es la tienda de mis padres. Le encantó la

historia aquella de mis ocho años probándome todo lo que entraba por la tienda y mi madre haciéndome fotos posando.

Cuando llegamos a la altura del paseo marítimo donde está ubicada, freno nuestros pasos y me oculto aprovechando un kiosco de helados, a pocos metros.

—Esa es.

—¿Por qué no entramos por separado? Puedo hacerme pasar por un turista.

—¡Ni de coña!

—Venga, no seas aburrida. Será divertido.

—He dicho que no. ¡Vámonos! —Tiro de su brazo en dirección contraria.

—Tú te lo pierdes —responde. Y en el instante que me giro, pensando que le he convencido, se dirige hacia la tienda por su cuenta.

«La madre que lo parió».

Lo veo entrar tan pancho, y por un momento me planteo si acercarme o no. Pero no me atrevo por si a mi progenitora le da por soltar cualquier gilipollez de las suyas, como preguntar por mi novio, por ejemplo, me moriría de la vergüenza; o lo que es peor, que se ponga a hablar de Mónica y descubra todo el tinglado.

Espero allí, pegada al kiosco, lo que me parecen veinte minutos. El propietario me mira con malas pulgas, ya que ni compro ni me quito de en medio. Al menos no es la misma que había el año pasado y no me conoce.

Aparece al rato, descojonado y con un sombrero calado hasta las cejas. «¡Será cabrito!».

—¡Mira que eres gamberro! —me quejo, cuando llega a mi altura, antes de darme la vuelta y caminar en dirección contraria cogidos de la mano—. ¿Se puede saber qué ventolera te ha dado?

—Necesitaba ver esas fotos enmarcadas de las que me habías hablado con la niña de los sombreritos.

—Sí, ya veo que han tenido éxito —le digo, refiriéndome a su compra compulsiva.

—Pues, sí. Me ha salido caro el cotilleo. ¡Treinta euros me han soplado!

—A quién se le ocurre meterse a comprar en una tienda para turistas —le suelto.

—Ha merecido la pena. Qué monada de criatura con esos mofletillos... Para luego acabar en este palillo vestido en el que te has convertido —me rodea la muñeca formando un anillo con sus dedos.

—¡Suelta, pesado! —me quejo, deshaciéndome de su mano—. ¿Te ha atendido mi madre?

—Sí, muy simpática. En cuanto me ha descubierto mirándote, me ha puesto al día de todo.

—No lo dirás en serio, ¿no?

—Y tanto... «Esa es mi Abril. Es modelo, ¿sabes? Ahí tenía diez años; ahora, veintiuno. Es la imagen de El Corte Inglés».

—Te lo estás inventando —afirmo riendo—. Ella jamás habría dicho es la imagen de, en todo caso: ha salido en anuncios de.

—También me ha hablado de tu hermana.

Me pongo en alerta.

—¿En serio?

—Claro. Me ha contado que trabaja en una inmobiliaria y que llega esta noche de vacaciones. —Lo de la inmobiliaria le termina delatando.

—¡Qué mentiroso eres! Todo lo que cuentas lo sabes por mí.

—En realidad me ha atendido una joven con un acento inglés muy marcado.

—Sí, tienen una ayudante en temporada alta. Mi madre estaría dentro, ordenando algo en el almacén, supongo. Por cierto, mañana tengo que comer con ellos. Pero es el único compromiso obligatorio de todas las vacaciones. Prometido.

La comida familiar se me hace interminable. Si escucho una conversación más sobre preparación al parto y cesáreas, me tiro por la ventana. El panzón de Mónica es gigante. Creo que mi sobrina ha evolucionado a la velocidad de un Pokémon en este tiempo que no nos hemos visto.

Olvidé quitarme la tobillera antes de entrar en casa, y menudo interrogatorio me hicieron. «¿De qué bici te has caído si lleva ahí aparcada dos días?», me suelta mi padre. «De la de John. Pero que no es nada. La tobillera solo está para reforzar un poco si me duele. Y apenas me molesta».

Mi madre y Mónica están muy pesaditas preguntándome sobre el chico con el que salgo: que si cómo se llama, de dónde es, por qué lo tengo escondido... Suerte que Fabio es de mi bando y me ayuda a quitármelas de encima.

Intento escaquearme en la sobremesa, pero se empeñan en que tome otro

café con ellas. Mi padre se ha echado un rato después de tomarlo y Fabio vegeta clavado en la pantalla de su móvil. Cuando veo a mi madre cabecear en su butaca favorita, me planteo la retirada.

—¿Y qué planes tienes estos días? —se interesa Mónica, en cuanto me levanto de la silla—. Me vendría bien caminar por la playa para activar la circulación.

—Conmigo no cuentas. Tengo un esguince.

—Si dices que ni te duele.

—Ya, pero tampoco estoy para darme una buena caminata. Que te acompañe Fabio.

—Era por hacer algo juntas. Allí casi ni nos vemos. Siempre estás liadísima.

—¿Y qué estudia tu novio? —suelta la dormilona de pronto. Hacía tres segundos que roncaba.

—Ay, mamá, no te pongas pesada con el temita otra vez. En buena hora te metiste en ese grupo.

—Y si nos cruzamos contigo cuando vayas con él, ¿cómo reaccionamos? —pregunta ahora la otra—. ¿Nos hacemos los suecos?

«Lo fliparías en colores, más bien».

—Es muy poco probable que nos crucemos. Pero sí, eso estaría genial —afirmo.

Cojo mi bolso del respaldo de la silla donde estaba sentada.

—No te creas —interviene Fabio, tecleando algo en su teléfono. Ignoraba que nos estuviera escuchando—. Esto no es tan grande como para no cruzarnos. De hecho hoy nos hemos encontrado con el hermano de una compañera de Mónica, ¿verdad? ¿Cómo se llamaba? ¿Julián?

—Julio —confirma ella. Sin mirarnos siquiera. Noto que se ha ruborizado tanto o más que yo; y eso que empiezo a notar que se me derriten los párpados del calor repentino, porque Fabio está mirándome de una forma extraña o acusadora, juraría. En ese momento caigo en la cuenta de que nos vio en el italiano y ha sumado dos más dos.

—Sí, es el hermano de Begoña. ¿Te acuerdas de Begoña? —Me lo dice a mí, tratando de disimular un nerviosismo que no se me escapa. El reencuentro habrá sido un subidón de adrenalina para ella.

—Ah, sí, la cotorra —afirmo. Como si acabara de deducirlo—. ¿Y cómo ha sido el encuentro? —pregunto. Antes de darme cuenta de que es una

pregunta extraña para un cruce irrelevante entre dos personas casi desconocidas.

—Pues... cómo va a ser —se apresura ella—. Me ha reconocido y nos hemos saludado.

—¿Y dónde ha sido? —Me reconcome la curiosidad.

—En un kiosco de prensa. Nos hemos chocado cuando me giraba con la revista que he comprado, él estaba en la cola. Últimamente no calculo bien con el tamaño de mi barriga —bromea, algo más relajada.

—¿Y está aquí de vacaciones? —Ya de paso indago un poco. Fabio me ha soltado una sonrisilla cómplice, cree saber por dónde voy.

—Imagino. Tampoco le he sometido a un interrogatorio.

—Pues vaya casualidad, ¿no? A lo mejor Begoña le ha hablado de este sitio, si tú le has contado que eres de aquí, y ha decidido venir a conocerlo.

—Para nada —se desquita ella enseguida. No sé si teme que la asociemos con él y se lo está sacando de encima—. No acostumbro a airear mi vida privada en el trabajo. Estoy convencida de que en la empresa piensan que soy de allí.

«Pues eso espero, maja, que no haya atado cabos».

—Fabio, ¿puedes mirarme si tengo pinchada la bici? Es que no termina de hincharse la rueda de atrás. —En realidad es una treta para llevármelo al patio. Necesito saber cuál ha sido su intención al sacar ese encuentro a la luz, y si sigue de mi parte.

—Tranquila —me dice, nada más salir. Sabe que lo de la rueda es un farol —, solo quería que lo supieras. Ahora lo entiendo mejor. No querías presentarnos porque es hermano de Begoña y pensabas que a Mónica le molestaría. Por si la cosa acaba mal, ¿no?

«Me viene genial la conclusión a la que ha llegado».

—Sí, exacto.

—¿Y cómo os conocisteis vosotros?

Le miro frunciendo el ceño.

—Es solo curiosidad —insiste.

—Fue algo... fortuito. En una tienda de mascotas, donde compré a Nemo.

—Parece buen tío. Aunque un poco tímido, ¿no? Solo le ha faltado tartamudear cuando nos lo hemos cruzado.

—Sí, se habrá puesto un poco nervioso por lo nuestro —le defiende—. Sabe que yo no quiero contarle de momento.

Menudo shock para Julio, también, encontrarse a mi hermana con su pareja. Suerte que al final se les chafara la noche y no pasara nada entre ellos.

—¿No te ha dicho él que nos encontramos? Fue esta mañana.

—Me habrá dejado algún wasap, seguro. No los he mirado aún. Luego nos reiremos. —Finjo una sonrisa que no termina de salir.

—Bueno, pasadlo bien.

Me planteo si escribirle desde el teléfono de Mónica. Necesito confirmar si ha atado cabos o no. Me da pánico presentarme donde nos hemos citado y que me suelte que ha descubierto el pastel. No tengo ni idea de cómo afrontarlo. Mierda.

De Mónica a Julio:

Yo: ¿Todo bien?

Julio: Sí, ¿por?

Yo: Por el encontronazo sorpresa.

Julio: Todo ok.

Me resulta extraño que responda de una forma tan escueta. Encontrarse con una *excasiamente* en un lugar al que has ido con otra ¿es sospechoso de algo? Aquí viajan millones de personas al año. Es una zona costera bastante concurrida. Hay las mismas probabilidades de coincidir aquí que en cualquier otra parte del mundo. No tiene por qué haberla relacionado conmigo, ¿no? Me estoy acojonando por momentos y me encuentro a dos minutos ya del chiringuito donde me espera. No sé si darme la vuelta y hacer un poco de tiempo a ver si se me pasa el mareo. Mejor voy a escribirle. Antes de abrir la aplicación de WhatsApp, me aseguro de estar utilizando el móvil correcto. Llevo una paranoia encima que no es ni medio normal.

De Abril a Julio:

Yo: Ya me he quitado de encima las obligaciones familiares.

Julio: ¿Y a qué esperas para venir?

«Bien. Falsa alarma».

Yo: Estoy a cien metros.

Julio: ¡Corre! Necesito crema protectora, creo que me he achicharrado la espalda.

Yo: ¡Tengo un esguince!

Julio: De un falso diagnóstico. Si me dejas ese pie te lo arreglo en dos minutos.

Todo es normal entre nosotros al encontrarnos en la playa. Aunque noto un aura extraña. No sé si son imaginaciones mías, al saber lo que sé, o si está rayado por algo. Me preocupa que el encontronazo con mi hermana le haya afectado. ¿Qué habrá sentido al verla? Me tensa bastante ese asunto.

—¿Qué tal tu día? —le pregunto. Ha reservado unas tumbonas con sombrilla para que no me queje de estar pasando calor y sin poder bañarme.

—Aburrido. Si llego a sospechar que las vacaciones incluían abandonos de este calibre, me habría quedado en casa.

—Anda, no te quejes, exagerado. Si han sido unas horas de nada. Peor eres tú con las emergencias caninas y gatunas.

—Entonces es una revancha, ¿no?

—Algo así.

—¿Y tú qué? ¿Cómo ha ido la comida?

—Bien. Nada que destacar. Mi hermana tan *repelentosa* como siempre. Sin novedades en el frente.

—¿Cómo es ella, os parecéis?

«Dios... No me jodas que se le está pasando por la cabeza lo que creo».

—Pues... solo en el pelo, es rubia como yo. Está algo rellenita. De estatura... me llegará a mí por el hombro o quizás menos. Ha salido a mi madre en la altura. Usa gafas y... no sé qué más decirte.

«... Para alejarla aún más de la realidad».

—¿Y ha venido sola o con su novio?

—Sola. Mis padres ni saben de su relación.

—¿Tampoco que va a independizarse de ti? —se extraña.

—Ni eso. Ya verás cuando se enteren.

—¿Por qué? ¿Tan estrictos son?

—No. Pero si descubren que se ha ido con un chico así, de buenas a primeras... Tal vez debería hablarles antes de él o presentárselo.

—Qué raritos sois en tu familia.

—¿Por?

—No sé. Cosas mías.

—No, ahora dilo.

—De momento... os pongo en cuarentena.

—¿Sabes a quién me encontré el otro día en la playa? —le digo, para tantear el asunto disimuladamente.

—¿A quién?

—A un fotógrafo de la agencia donde trabajo. Ni siquiera sabía que soy de aquí. Y nos habíamos despedido por las vacaciones dos días antes. Me pareció sorprendente. ¿A ti no?

—¡Es que vives en un sitio muy trillado! No es tan particular. Por eso no suelo veranear en lugares así.

«Vaya, pensaba que me soltaría que él también ha tenido un encuentro fortuito esta mañana».

—Voy a darme un chapuzón. ¿Te animas?

Le muestro mi pie herido como respuesta.

—¿Y si te la quitas y te llevo a caballito para que no te duela? —sugiere.

—Paso.

—No me gusta nada esta Abril aburrida que me ha arrastrado aquí.

La última noche hemos decidido pasarla con mis amigos en una discoteca. Bueno, más que decidirlo, le he convencido. Alega que se siente fuera de lugar con tanto crío en medio. A mí me da que en el fondo no le cae bien John. Y lo entiendo. Cuando están juntos, mi amigo se muestra impertinente y tocapelotas. Yo no me habría comportado de ese modo si él hubiera traído a cualquiera de sus numerosos ligues.

Al final Julio termina cediendo. Tiene curiosidad por esa discoteca de la que tantas anécdotas le he contado. Aunque la mitad se las ha largado el propio John con sus: ¿Recuerdas, Abril, cuando hicimos esto y aquello? Incluso le soltó lo del móvil, que me tiró a la piscina y tuve que pedirle el suyo a mi hermana. Casi se me sale el corazón por la boca. Y a él tuvo que salirle un buen moretón del pellizco retorcido que le metí cuando pronunció la primera sílaba de su nombre, Mo, el resto se quedaron en el aire. Lo último que ha soltado ha sido: «¿Y recuerdas en Nochebuena la borrachera que cogimos? Hicimos noche en la playa para quitar mi tejadón». Ni me he molestado en corregirle. He aprovechado para cambiar de tema.

—Mirad, ¿ese no es Juancar? —pregunto entusiasmada. Al principio lo he soltado de coña. Pero en realidad lo es. Mi cerebro ha reaccionado más rápido que yo.

Está hablando con el portero de la discoteca. Nunca pensé que me alegraría de verlo, y todo por culpa del bocazas de mi amigo.

—¡Hola! —le digo, mostrando mi sonrisa más amplia.

Le saludamos con dos besos Lidia y yo. Ella más bien empujada por mi inercia, parece estupefacta. John le da la mano con desgana.

—Mira, te presento a mi novio: Julio, Juancar. Juancar, él es Julio.

Se dan la mano. Él parece algo desconcertado. Aunque el K.O. auténtico creo que se lo ha llevado Julio, a juzgar por su cara tras escuchar lo de novio. Nunca nos hemos denominado así.

El portero nos deja pasar, pero a él lo frena en seco cuando intenta unirse al grupo.

—Ya te he dicho que no puedes. —Es lo último que oigo a nuestra espalda. Y ni me planteo que habrá hecho para que le prohíban la entrada.

—¿A qué ha venido eso? —me interroga Lidia.

—Y yo qué sé. Es el idiota este... que me tiene frita ya, contando tonterías, y se me va la pinza.

—Quien con niños se acuesta...

—Sí, tú encima echa leña al fuego.

—¿Ahora me presentas como tu novio a los amiguitos? —me dice Julio al oído al llegar junto a la barra, acompañado de una sonrisilla maliciosa.

—Tampoco te emociones mucho, solo presumía un poco con antiguos ligues.

Noto que no termina de sentirse a gusto y le propongo marcharnos a las pocas horas. Parece alicaído. No sé por qué. Pero le he visto fuera de su sitio la mayor parte del tiempo.

—Te noto raro —me animo a decirle, ya de vuelta en la habitación. He traído mi maleta grande, regresaremos juntos por la mañana. Me apetecía más ese plan que volver con los futuros padres. Ellos se encargarán de mi bici.

—Sí, no sé. Me he sentido un poco raro allí. No soy aficionado a las discotecas —afirma. Se quita la camisa y aprovecho para abrazar su cuerpo desnudo. Le sienta de maravilla el bronceado que ha cogido. Suelto un beso

en la parte que me pilla más a mano, el hombro, sobre su tatuaje, que ahora acaricio sin el pudor que me daba al principio.

—¿Por eso te costó aceptar mi invitación a la fiesta de Año Nuevo?

—Quizás sí. Aunque aquello fue diferente. Me sentí genial y conseguí evadirme sin más —me devuelve el gesto de cariño con un suave beso en los labios.

—¿De qué?

—¿A qué hora salimos mañana? —Cuelga la camisa que llevaba puesta, sobre el respaldo de una silla, y se aleja de mí para coger el teléfono; intuyo que su intención es poner una alarma.

—¿Por qué a veces te pregunto cosas y me sales con otra pregunta que nada tiene que ver con lo que estamos hablando? —me quejo.

—¿Eso hago? —Sonríe y vuelve a besarme para que me olvide del tema, otra de las cosas que suele hacer. Nos vamos conociendo.

—Sí. Muchas veces.

—Ah, pues no me doy cuenta. Pero dime, ¿pongo el despertador? —Ha vuelto a hacerlo.

—¿Qué dices de despertador? Cuando nos levantemos nos largamos. Bueno, después del *megadesayuno* que pienso pegarme a tu costa.

—¡Hay que joderse contigo! Sale más barato comprar un traje a medida que invitarte a desayunar —afirma riendo.

Me acurruco a su lado en la cama y levanta el brazo para que me apoye en su pecho. Acaricia mi espalda, que he dejado desnuda adrede para beneficiarme de ese contacto.

—¿Te caen bien mis amigos?

—Lidia sí. A John no le tengo cogido el punto. —Arruga la nariz al decirlo.

—Es encantador. Pero no lo conoces en su salsa. Contigo ahora se siente amenazado, pero cuando se le pase la tontería verás que es un cielo de chico.

—No sé, tengo mis reservas. Algo habéis tenido por ahí que él no ha superado.

—Que no, de verdad. Es una rivalidad de otro tipo. Lo sé porque somos muy parecidos.

—¿Hace frío? Tienes la piel de gallina. Voy a subir un poco la temperatura.

—Mejor vamos a meternos dentro de las sábanas.

—¿Así, sin calcetines ni nada? —Se ríe al preguntármelo.

—La tobillera me da calorcito.

—¿Y el otro pie qué?

—¡Venga, dame los puñeteros calcetines!

—No si encima tendré yo la culpa de tus extrañas costumbres —relata, buscando entre la ropa de su maleta. Cuando los encuentra me los lanza. Son unos de montaña que solo se pone cuando sale al campo. Son mis favoritos. Está claro que los echó para mí. Pero, maldita sea, ¿no se percató de que aquí estamos a mil grados más que allí?

—¿Por qué nunca me cuentas anécdotas de tu infancia ni de tu época de estudiante? —pregunto, mientras me pongo los calcetines. En realidad uno lo he escondido bajo la almohada para que no me dé un síncope nocturno en el pie de la tobillera.

—Es que no guardo historias tan jugosas como las tuyas.

—No te creo, algo interesante habrá que puedas contarme —vuelvo a acomodarme en su pecho, bajo las sábanas—. ¿A qué edad saliste con tu primera chica?

—¿Y lo que te gusta sacar ese tema?

—No. Son preguntas aleatorias, nada concreto.

—Está bien —resopla—. A los dieciséis.

—¿Y cómo fue?

—Una relación bastante casta. De hecho no pasé a la segunda fase hasta que entré en la universidad.

—¿Tan tarde? ¡Menudo mojigato eras!

—Ya he dicho que no había nada interesante.

—¿Cuéntame entonces sobre la época de la universidad? Aparte de tu matrimonio relámpago, que ya me contaste. Espera un momento... —Me incorporo al caer en la cuenta de una cosa—. ¡No me digas que llegaste virgen al matrimonio! Porque me caigo de culo entonces.

—No, ¡qué dices! Eso fue en el último año. Hubo unas cuantas entremedias.

—Ah, vale. Me dejas más tranquila, después de todo lo que te he contado.

—Sí, menudo peligro tienes —afirma riendo.

—¿Y dónde te criaste?

—Pues no muy lejos de donde vivo ahora.

—¿Y dónde viven tus padres? ¡Háblame de ellos!

—No viven.

—¿Qué? —me incorporo de nuevo.

—Un accidente de tráfico.

—Joder... lo siento.

—No te preocupes.

—No sé qué decir.

—No pasa nada.

—Entiendo que no quieras hablar de... esto.

—Tranquila, lo tengo superado. Si es que alguna vez se supera.

—Me gustaría preguntarte qué pasó. Pero no sé si es buena idea hacerte recordarlo.

—Fue un accidente fortuito por unas placas de hielo en la carretera.

—¿Qué edad tenías?

—Cumplía los dieciocho ese día.

—¡Hostia!

Ahora lo comprendo... 26 de enero. Tal vez por eso no dijo nada sobre su cumpleaños y se desquitó con aquel no me gusta cumplir años.

—¿Prefieres cambiar de tema?

—Sí, no quiero cargarme tu último día aquí con mis historias.

—No, por mí no te preocupes. Si acaso por ti.

Vuelvo a acurrucarme a su lado.

—Yo estoy bien.

—¿Ibas en el coche?

—No. Yo me encontraba celebrando mi recién estrenada mayoría de edad. Begoña intentó localizarme, tras el accidente. Mi madre estaba ingresada en la UCI, mi padre murió en el acto. Pero yo iba borrachísimo ese maldito día, y nadie consiguió localizarme hasta la madrugada del día siguiente.

«¡Joder, qué putada!».

—Fue una etapa complicada —continúa, yo no encuentro qué más decir—. Me pilló a las puertas de la universidad, y me encontré perdido. No sabía por dónde tirar. Al final la profesión me eligió a mí. Mi madre era veterinaria, ¿sabes? Yo la ayudaba a bañar a los perros y a cortarles el pelo, se me daba bien y me gustaba. Aunque a mí lo que verdaderamente me llamaba la atención era el mundo de la interpretación. Iba a clases de arte dramático, me animó a apuntarme. Ella me apoyaba en mis delirios de ser actor, a pesar de que mi padre no terminaba de ver mi futuro proyectado en ninguna pantalla.

Él se dedicaba a la docencia, profesor de química. Tampoco pretendía encauzarme por ningún sitio en concreto, no era su forma de ser. Ni trataba de imponerme su criterio. En realidad ninguno de los dos lo hacía. Pero tenía una visión más pragmática que ella.

Se queda callado. No sé si pensando en lo que va a decir a continuación. Cuando veo que no muestra intención de seguir hablando, le animo a que retome el hilo con una frase espontánea.

—No se te ocurra parar ahora.

—Es que no hay mucho más que contar.

—No te arrepientes de la decisión que tomaste, ¿verdad? Me refiero a tu profesión.

—En algún momento sí. Dejé mis clases de arte dramático a un lado, tras el accidente, junto con algunas de mis rutinas y amistades. Quise empezar de cero cuando tomé la decisión. Pero en el fondo sentía que la había decepcionado eligiendo el camino fácil. Ella creía en mí. Y yo había dejado de hacerlo.

No me mira al pronunciar las últimas frases, se ha concentrado en un punto indefinido de la puerta que da a la terraza. Yo sigo centrada en ajustar una arruga invisible de la tobillera, para evitar que note que me estoy emocionando con la historia. Creo que acabo de descubrir también lo que se esconde tras esa brújula grabada en su piel. Pero decido no mencionarlo. Tengo la impresión de que le duele recordarlos. Quizás por eso en su casa no hay fotos de ellos ni de su infancia. Cada uno afronta la pérdida como puede, y tal vez la forma de él sea guardárselo dentro.

—Pero al final... lo hiciste.

—Sí. Me animé a hacer algunos cursos de interpretación y doblaje, tras montar la clínica. Bueno, en parte la heredé.

—También estaría orgullosa del veterinario que eres —me atrevo a afirmar.

—Habló la que decía que no me pegaba serlo —suelta, esbozando una sonrisa.

—Eso fue antes de que salvaras a mi pez —me defiendo. Supongo que hasta yo he terminado creyéndome esa historia.

—Dime la verdad, Abril. Compraste a Nemo después de conocernos, ¿a que sí? —me pregunta muy serio. O quiere parecerlo, se le escapa un poco la risa al ver mi cara de asombro.

—¿De qué narices hablas?

—Es solo una teoría. No te enfades. —Tira de mí, me he levantado de la cama un poco malhumorada. Pese a mi forcejeo, consigue volverme a colocar en la posición inicial.

—¿Insinúas que me inventé a Nemo para ligar contigo? ¿Qué sentido tendría eso?

—No, por ahí no lo había pensado. Pero ese día me planteé que soltaste lo de la comida del pez para disimular, y que luego te viste obligada a lo demás por mi insistencia en acompañarte.

Suelto una risotada espontánea, tan sonora como falsa.

—¿Y a cuento de qué me paro allí con mi bicicleta a pedir comida para un pez que no tengo?

—Sí, en el fondo no tiene mucho sentido. Aunque rarita me pareciste un rato. Pero luego no has mejorado, si tenemos en cuenta tus esguinces imaginarios y esa manía de robarme calcetines para meterte en la cama a veintidós grados.

22

He ido al centro comercial donde está la lista de nacimiento de mi sobrina. Lidia me encargó que reservara un regalo de parte de ella y de su madre. Al salir no doy crédito a lo que ven mis ojos justo en la acera de enfrente. Julio y Mónica están sentados en la cafetería donde nos encontramos con Begoña. Empiezo a sentirme atacada de los nervios y me debato entre meterme de nuevo en el centro comercial, para que no me vean, o correr a la cafetería para que me den una explicación de lo que está sucediendo. Pero ¿qué derecho tengo a pedir cuentas cuando he sido yo quien se ha metido entre ellos? Finalmente me decanto por una opción sensata y echo a andar calle arriba. Rezando por que no hayan intercambiado opiniones sobre sus wasaps de estos últimos tiempos. O quizás sea lo mejor; que salte todo por los aires y descubran que usuré la identidad de mi hermana. Ver por dónde salimos salpicados de esto. Yo hundida hasta el cuello, seguro.

Yo: No te lo vas a creer. Acabo de ver a Julio con mi hermana en una cafetería.

Lidia: ¿Liados?

Yo: ¡No, joder! Hablando.

Lidia: ¿Siguen teniendo contacto?

Yo: No, que yo sepa. Pero estoy acojonada.

Lidia: ¿Por si se lo cuenta?

Yo: Por si la prefiere a ella.

Lidia: ¿Todavía estás con eso?

Yo: Es que no sé qué pensar, Lidia. Tengo la sensación de que se conformó conmigo porque no pudo tenerla a ella.

Lidia: Pues solo hay una forma de averiguarlo.

Yo: Ya lo sé.

Lidia: ¿Dónde estás?

Yo: Ni idea. Me he puesto a callejear para que no me vieran. Estoy por volver y hacerme la encontradiza.

Lidia: ¡No, loca! Se liaría parda.

En realidad se lo escribo camino de la cafetería, y a paso bastante más ligero del que llevaba cuando me di a la fuga. Pero al llegar de nuevo al sitio, veo que ya no están allí. Y lo peor de todo es que me pregunto si se habrán marchado a la casa de él y si van a retomar el asunto en el punto donde lo dejaron. Aunque ahora que lo pienso, el bombo de mi hermana no les va a dar mucho juego. Pero ¿qué cojones estoy pensando? Soy lo peor.

De Abril a Julio:

Yo: ¿Todo bien?

Julio: Claro. ¿Por qué lo preguntas?

Yo: Ah, no, perdona. En realidad era un mensaje para John. Sigue a lo tuyo.

Julio: No, ni hablar. Ahora que me has escrito no me dejes colgado. ¿Dónde estás?

Yo: Estudiando. ¿Y tú?

Julio: Voy camino de la clínica.

Yo: ¿No abres a las cuatro y media?

Julio: Sí, es que me he enredado tomando café con una amiga y se me ha hecho un poco tarde. Pero no tengo citado a nadie hasta las cinco.

Yo: ¿Con una amiga?

Julio: Sí, con una amiga. No irás a ser una de esas novias celosas y controladoras, ¿verdad? No te pega nada.

Yo: ¿Ya me has ascendido a la categoría de novia?

Julio: Mejor voy a ponerte de nuevo en cuarentena.

Yo: Bueno, te dejo. Que vas a darte un morrazo contra una farola.

Entro en casa y encuentro a Mónica repantingada en el sofá. Me saluda como si tal cosa y no hace alusión a nada. Al igual que Julio. Señal de que no han hablado sobre los mensajes de WhatsApp. Por un lado me alegro y respiro tranquila. Pero me inquieta que hayan quedado de nuevo. No lo entiendo. Decido jugármela a la última baza.

De Mónica a Julio:

Yo: Se me hace raro ver tu foto de perfil sin nada.

Julio: Y a mí verte aparecer por aquí de nuevo.

Yo: ¿Me has echado de menos?

Julio: Sí, para qué nos vamos a engañar.

«¡Qué cabrón!».

Yo: Bueno, con lo de hoy... ya habrás tenido más que suficiente.

Julio: ¿?

Yo: No te hagas el loco.

Julio: No me hago el loco. Es que no sé lo que quieres decir.

Yo: Nada. Olvídalo. ¿Qué tal la criaja del pez? No has vuelto a hablarme de ella.

Julio: No hay mucho que contar.

«¿Nada que contar? Pero ¿de qué va?».

Yo: ¿Se dio a la fuga?

Julio: No, ahí sigue. Y su pez, también.

Yo: Pero ¿hay algo entre vosotros o no?

Julio: ¿Por qué te interesa ahora tanto mi vida privada?

Yo: Bueno, si vas a enfadarte...

Julio: No. No me enfado. Pero tengo que dejarte, hay mucho lío en el trabajo.

«Ja, ¡chúpate esa! A mí no me ha dejado colgada».

«Nota mental definitiva: Buscar en Google un buen especialista en trastorno psicológico».

23

Lidia: ¿Quieres un consejo de amiga? Háblalo cuanto antes y confiesa. Si lo vuestro es importante para él, te perdonará. Seguro.

Yo: Pero es que suena fatal en voz alta. Hasta Nemo y su compañera de acuario mueven sus cabecillas en negativo, y lo hemos ensayado de mil maneras diferentes.

Lidia: Dime que acabas de inventártelo y que no te comunicas con tus peces.

Yo: ¿Y cómo crees tú que puedo decírselo?

Lidia: Primero sacas la botella más fuerte que tenga en su colección de bebidas alcohólicas. Cuando vaya por la segunda, empiezas. Suavemente. De menor a mayor.

Yo: A ver qué te parece así: «Oye, Julio, ¿recuerdas que te dije que mi hermana se llamaba Montse? Pues en realidad es Mónica. Sí, justo esa a la que le robaste el broche, la del tatuaje en el tobillo que no viste en vivo porque... Ops, es este mismo que tengo aquí, ¿lo ves? Antes no podías verlo porque lo tapaba con maquillaje, por eso siempre te robo calcetines de tu cajón. Y si no me los quito cuando lo hacemos, ya sabes la razón. Ahora comprenderás por qué prefiero cualquier superficie dura de la casa en vez de usar la comodidad de la cama. No es que esté buscando sacarme el B1 en Kamasutra, sino que tu cama me recuerda a lo vuestro y me bloqueo. Y si estás preguntándote por qué narices me hice pasar por ella, ahórrate la pregunta. Creo que de tanto inventarme excusas para salvar el culo, he olvidado la original. Y sí, también inventé lo de Nemo. Pero no le cuentes nunca que fue adoptado de rebote, no quiero que coja un trauma el pobre». Y eso es todo. ¿Tú me perdonarías?

Lidia: Yo te llevaría al psiquiatra.

—Pero bueno, mira a quién tenemos hoy por aquí. —Viene cargado con un par de bolsas de la compra.

—¿Cenas con nosotros? —pregunta mi hermana sonriente, tras darme un beso en la mejilla—. A partir de mañana nos verás muy poquito.

—Sí, lo sé. Me quedaré a ayudaros.

—En realidad de aquí hay poco que recoger, y no voy a llevármelo todo de golpe. No te importa que deje algunas cajas hasta que terminemos de instalarnos, ¿verdad?

—Claro que no, sin problema. ¿Os ayudo a preparar la cena?

—No, salid de la cocina las dos, que me estorbáis. Ya os llamaré cuando esté listo.

—¿Va todo bien? —me pregunta ella al entrar en el salón.

—Sí, todo perfecto.

—Los exámenes, ¿no? Te noto agobiadilla.

Afirmo con la cabeza y me escaqueo a mi dormitorio.

Estas semanas han sido un poco frenéticas. Si ya era complicado combinar el trabajo con los estudios, agregar una relación a la ecuación no ha hecho más que desestabilizar mi ritmo. Suerte que Julio ocupa su tiempo con dos trabajos y no me he visto comprometida a dejarle colgado. Solemos quedar los sábados, tras cerrar la clínica, y pasamos el día juntos hasta el desayuno del domingo. Después sí me escaqueo para regresar a mis rutinas. Pero mañana no me apetece del todo quedar con él. Tras el encontronazo con ellos en la cafetería y su reacción en los mensajes desde el teléfono de Mónica... Me he desinflado un poco. Lidia piensa que me lo tengo merecido por jugar con fuego. Y John no ha parado de echar leña al fuego, tratando de convencerme de que juega a dos bandas. Y a juzgar por las pruebas, no se equivoca en absoluto.

De Abril a Julio:

Yo: Mañana no sé si podré comer contigo, olvidé un compromiso con mi hermana. Iré contándote sobre la marcha.

Julio: Pero si no vienes luego a dormir, iré en tu busca. Me he aficionado a los secuestros.

Yo: Lástima que aún no sepas dónde vivo.

Julio: Creo que soy el único hombre de la tierra que no sabe dónde vive su chica.

Yo: Está bien ser único en algo.

Julio: Sí, me siento el novio de Catwoman; aparece en medio de la oscuridad y luego desaparece sin hacer ruido. Aunque la mayor parte del tiempo pienso que salgo con la hija de un capo de la mafia y que no me das tu dirección para protegerme.

Yo: Anda, te dejo, ¡sigue soñando!

Julio: Pero no contigo, desertora.

Julio: *Por cierto, ¡felicidades!*

Yo: *¿Por?*

Julio: *Porque hoy es tu mes. Primero de abril.*

Yo: *¿Y dónde está mi regalo?*

Julio: *Ven a buscarlo.*

Me despierto con un estruendo de cacharrería haciéndose añicos, acompañado de un grito.

—¡Joder! —oigo a mi hermana.

Me la encuentro arrodillada en el suelo del salón, recogiendo los cristales grandes de un jarrón que se ha hecho trizas. Abro un cajón donde guardamos bolsas de papel y le paso una grande.

—Tráeme el cepillo y el recogedor, *porfa*. Pero no vayas descalza.

Cuando regreso con el equipo, lo barro directamente mientras ella pone los trozos grandes dentro. Me viene a la mente que ese jarrón de cristal era en el que me inventé que había metido a Nemo mientras salía a comprar su comida. Qué momentos aquellos. Maldita ocurrencia la mía de husmear en su clínica. Debí seguir al pie de la letra el plan inicial que ideé: «*Oye, Julio, mi hermana va a pasarse por tu clínica a recoger el pasador del pelo. Se llama Abril*». Y todo habría sido más fácil: «*¿Querías algo?*», me diría al encontrarme en su puerta. «*Sí. Hola, soy Abril. Vengo de parte de Mónica*». «*Ah, sí, vienes por el broche. Entra. Lo tengo guardado en la consulta*». Tras abrir, quitaría las correas a los animales y llenaría los cuencos con agua y comida, tal y como lo hizo en su día. «*¿Tienes tres perros?*», le preguntaría, para entablar conversación. «*No, solo uno es mío. Los otros son de mi hermana*». No tendría objeción en confesar la verdad. Al fin y al cabo, ahí no sería una desconocida, sino la hermana de su *excasi amante*. «*¿Y cómo se llaman?*», insistiría yo, tratando de alargar el tiempo todo lo posible. «*Max, Botón y Canela*». Después, se acercaría a su mesa para abrir el cajón. «*Toma, aquí lo tienes*». «*Gracias*», respondería, buscando durante ese intercambio una excusa para no marcharme tan pronto. «*¿Vas a sacarlos?*», sería un buen

intento por mi parte, con la esperanza de que me invitara a acompañarle. «No. Venía ahora mismo de darles una vuelta». «Ah, es cierto, qué tonta... si nos hemos encontrado fuera». Me habría quedado bastante cortada y con la mente en ebullición, tratando encontrar alguna otra maniobra para seguir charlando y no ponerle fin a aquello. Porque recuperado el broche, no nos quedaría ya nada a lo que agarrarnos. «Bueno, voy a cerrar. Es hora de comer», añadiría él, en mitad de ese largo silencio. «Sí, claro. Cierto... Pues... muchas gracias por guardarlo», la inevitable despedida. Sin paseo hasta el centro comercial. Sin intercambio de confidencias. Sin miradas. Sin sonrisas de ojos achinados en una línea. Sin mi bicicleta en custodia garantizando otro encuentro. Sin pecera, ni anémona, ni falsos corales... Incluso Nemo se habría quedado tan campante en el acuario de la tienda de mascotas, ajeno a su otra existencia paralela donde es mi pez adoptado de rebote.

Preparo un café y me lo llevo a la habitación de mi hermana. Se encuentra organizando ropa entre maletas y cajas.

—¿Y Fabio? —Me extraña que no esté ayudándola.

—En la casa nueva, esperando a los del guardamuebles para que le suban sus cosas. Después se pasará por aquí a cargar en el coche lo mío.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Pues termínate eso y ayúdame a doblar ropa. En la cama voy poniendo lo de entretiempo y verano, que va en estas dos maletas. Lo de invierno lo almacenaré en esas cajas. Y esto otro es ropa que ya no uso. Si quieres quedarte con alguna cosa.

—¿Alguna vez me has visto ponerme algo tuyo?

—Pues al final te apropiaste de mi bomber turquesa.

—Bueno, era lo único decente de tu armario.

Le doy un trago al café y distraída levanto con el dedo índice la tapa de su joyero. Casi se me cae la taza al suelo tras descubrir allí dentro el broche del pelo que le regaló la abuela.

—¿Y esto? —le pregunto enseguida, con él en la mano y el corazón latiéndome a mil.

—El pasador de la abuela, ¿por?

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo regaló. ¿Te has dado un golpe en la cabeza o qué?

—¿Lo has encontrado?

—No sabía que se hubiera perdido —Sigue doblando ropa distraídamente, sin darle ninguna importancia al asunto.

—Pero lo tenía Julio.

En ese momento se da la vuelta y me mira como si acabara de dispararle una bala en el entrecejo.

—No sé de qué hablas.

Vuelve a darme la espalda, algo turbada, y sigue con lo suyo.

—No me vengas con gilipolleces. Este broche lo tenía Julio.

—No conozco a ningún Julio —suelta la hipócrita.

—Ah, ¿no? Pues os lo encontrasteis hace dos días en la playa. Sé lo tuyo con él, así que no te hagas la tonta. —Creo que he alzado la voz.

—Shhh, habla más bajo —Rodea una caja y se acerca adonde yo me encuentro, a los pies de su cama—. ¿De qué conoces a Julio?

—No, ¿de qué lo conoces tú? —la increpo. Es una pregunta absurda, lo sé, me ha salido porque estoy rabiosa.

—Es hermano de Begoña, ya te lo dije.

—¿Y por qué tenía tu pasador? —En el fondo desearía que afirmara que Julio se lo inventó todo, que ella jamás estuvo en su casa, que Begoña los presentó y tan solo tomaron un café, que antes de irse se le cayó el broche del pelo al ponerse el abrigo y que él lo encontró en el suelo cuando se disponía a abandonar la cafetería. Eso sería perfecto.

—Dímelo tú. Hace un momento has afirmado que ya lo sabes —me desafía.

—Pero quiero que me lo cuentes con tus palabras.

—No tengo por qué hablarte de mi vida privada. —Me duele que diga *mi vida privada* cuando en medio de todo esto se encuentra Julio.

—¿Lo sabe Fabio?

—Ssshhhh... —sisea con un gesto frenético. Nunca la había visto tan nerviosa. Se pasea por el cuarto descolgando y colgando perchas sin el hilo inicial de organización que se había marcado. Incluso ha mezclado ropa de verano en la caja de invierno—. ¿Cómo lo va a saber?

—Te recuerdo que no está aquí, así que no me mandes callar, ¡cojones!

—Lo de Julio no fue nada, una tontería. ¿Cómo te has enterado?

Confirmación de que no se lo inventó él.

—No importa cómo, pero lo sé.

—A mí sí me importa. Hay mucho en juego. ¡No quiero hacer daño a Fabio!

—Sí, claro. Ahora no quieres hacer daño a Fabio. Pero bien que te fuiste a su casa sin pensar en nadie más que en ti misma.

—Mira, Abril, o me dices ya cómo te has enterado o vamos a tener un problema muy gordo tú y yo, ¿eh? —Me lo advierte con un dedo índice acusador.

—Te escribió a tu antiguo teléfono.

—¿Y cotilleaste mis mensajes?

—Pensaba que me lo enviaba a mí. Fue solo un error.

—¡Dame el móvil! —Lo ordena gritando, y sale de la habitación para ir a buscarlo.

—¡Ni hablar!

La sigo por el pasillo y la adelanto antes de colarme en mi dormitorio. Aunque al final lo ha encontrado ella sobre la mesa de la cocina e intenta desbloquearlo sin éxito.

—Quiero ver lo que ha puesto en los mensajes. ¡Enséñamelos!

—Los borré —miento. Me cruzo de brazos rechazando cogerlo—. Solo ponía que te habías dejado el broche en su mesilla de noche y poco más. El resto lo deduje yo.

Se sienta en una silla de la cocina con aire pensativo. Apoya los codos sobre la mesa y se pinza el puente de la nariz con los dedos.

—Fue una tontería Abril —confiesa finalmente. Parece abatida, o arrepentida más bien—. Acababa de enterarme de lo del embarazo y estaba bastante jodida, no era un buen momento para mí. Fabio y yo hemos atravesado una etapa confusa, aparte de mucho lío de trabajo y... En fin, que se me vino el mundo encima. Había comido con Begoña y nos estábamos tomando un café cuando apareció su hermano. Tenía que darle no sé qué pastillas antiparasitarias y le pillaba de paso. Venía de una audición o algo similar, y se sentó con nosotras. Al ratito, mi compañera se marchó. Nosotros nos quedamos hablando. Hubo algo que me atrajo de él. Tal vez su sonrisa, no paraba de sonreírme, y me dio por flirtear un poco. Hizo que me sintiera especial, no sé... Quizás me apeteció gustarle.

Me duele todo lo que está contando. Mucho. Sin embargo, no puedo evitar las ganas de escucharlo.

—Sé que es difícil entenderme —continúa—, pero te prometo que fue un

coqueteo inocente sin la intención de ir a más.

—Estuviste en su piso, ¿no?

—Sí, bueno, a mí no me apetecía nada volver a casa y quise recrearme algo más en esa fantasía. Así que escribí a Fabio y le dije que estaba con Begoña, que nos habíamos encontrado con unas amigas y saldría a tomar una copa. Nos la tomamos en la de Julio.

Creo que la estoy mirando con ira y rencor, porque enseguida intenta justificarse. Aunque en realidad ella va por otro lado.

—Sí, ya sé que soy una mala madre, no me mires con esos ojos. ¡Solo fue una copa! Pero en ese momento no quería pensar en que era una mujer embarazada, sino una Mónica rebelde dispuesta a vivir una aventura. Y sí, lo hice. Me acosté con él.

—Aunque no llegasteis a hacerlo, ¿no?

Me mira extrañada.

—¿Te has acostado con Julio? —No doy crédito a lo que acabo de descubrir.

—Ya te lo he dicho, Abril, ¿quieres que me fustigue también?

Sale de la cocina malhumorada y regresa al dormitorio. Sigo sus pasos, atónita. Resistiéndome a la entrada del filo del cuchillo que acabo de sentir en mi espalda.

—Pero, ¿qué me estás contando? ¡Me parece muy fuerte lo vuestro! —le grito.

«Julio mintió... ¡En mi puta cara, me mintió!».

—Abril, lo estás exagerando demasiado —se queja, mientras retoma su labor de guardar ropa—. Te lo he contado porque me has acorralado. Te creía más madura.

—¿Y cuándo te devolvió el pasador? —Se lo pongo delante, agarrándolo con furia.

—¿Y eso qué más da?

—¡A mí me importa!

—Le llamé tras regresar de Sunnyvale, creo, y quedamos. Para recuperar el pasador solamente. A ver si vas a pensar otra cosa. No hemos vuelto a vernos, y mucho menos acostarnos.

—¡Qué pedazo de cabrón! —respondo, como para mí pero con un tono elevado. Me siento a los pies de su cama e intento ordenar lo que esa información significa.

—¿Me quieres contar qué narices pasa, Abril? Tampoco es para ponerse así.

—Estoy saliendo con el mayor mentiroso de la historia.

—¿De qué puñetas hablas? —Lanza un jersey de lana al suelo y se acerca a mí.

—Que acabo de enterarme de que te acostaste con el que ahora es mi novio.

—¡Dime que no es verdad!

—Lo es.

Salgo de la habitación y me dirijo al salón. Necesito pensar. Me siento agobiada y rabiosa perdida. Ella me sigue hasta allí.

—¿Utilizaste mi teléfono para ligarte a Julio?

—No, no fue esa mi intención —contesto de malos modos.

—Sí, claro... surgió sin más, ¿no? —agrega con retintín.

—Le respondí a un mensaje haciéndome pasar por ti, y ahí empezó todo.

—Es imposible que pensara tal cosa. Él tiene mi número —afirma, bastante convencida de sus palabras.

—¿Me estás diciendo que me ha tomado el pelo como a una tonta? ¡Porque me estoy poniendo de los putos nervios!

—¿Y cuándo se supone que dejó de creer que eras yo para ser tú? —se interesa enseguida—. No entiendo nada. No le veo sentido a lo que cuentas.

—Eso todavía no lo sabe, o al menos es lo que pensaba —Mi cabeza está hirviendo como una olla exprés, buscándole forma a todo esto.

—Pero vamos a ver, ¿entonces por qué dices que es tu novio? —se extraña ella—. ¿Te lo estás inventando o qué?

—¡Joder, Moni, déjame tranquila! Es complicado y necesito analizarlo detenidamente. No puedo centrarme si andas por aquí revoloteando con preguntas.

—¡Ese cabrón me va a oír! —afirma, cogiendo su propio móvil de la mesa del salón.

—¡Ni se te ocurra! —exijo, con una voz más alta de lo que pretendía—. Déjame solucionarlo. Soy adulta, y es asunto mío. No te entrometas.

—¿No te das cuenta de que también es asunto mío? Ese tío ha utilizado mi teléfono para ligarse a mi hermana pequeña. —Me amenaza con el dedo como si en realidad se lo estuviera diciendo a él.

—Mónica, no voy a repetírtelo. Sí interfieres de alguna manera entre Julio

y yo, haré lo mismo entre Fabio y tú. De ti depende.

—¿Es una amenaza? —Me desafía con la mirada.

—Tómalo como quieras. Pero aquí la única que está jodida y ha salido perdiendo soy yo.

Se aleja a su cuarto, sin responder a mi última frase. Doy vueltas por el salón intentando reorganizar en mi cabeza lo que acabo de averiguar. ¿Qué coño ha estado haciendo durante todo este tiempo, reírse de mí? Sabía que yo era su hermana desde el minuto cero. ¿A qué narices jugaba conmigo? Abro la pantalla del WhatsApp con intención de escribirle algo. Pero ¿qué? ¿Qué le digo? ¿Que lo sé todo?

Aparezco de nuevo en la habitación de Mónica.

—¿Y se puede saber qué hacíais juntos ayer en la cafetería?

—¿Te lo ha contado?

—Os vi.

—No pienses nada raro. Simplemente nos encontramos por casualidad en la calle y tomamos un café.

«Qué cabrón, cómo se ha reído de mí. ¡Maldito gilipollas! Se lo ha cargado todo».

—¿Y alguna vez le has hablado de mí?

—¿A qué te refieres?

—Que si sabe cómo me llamo.

—Pero ¿no dices que sales con él? De verdad, Abril, ¡me estás volviendo loca!

—Eso ahora no puedo explicártelo. Responde, por favor: ¿Le has dicho mi nombre o le has hablado de mí o le has mostrado alguna foto mía? Es importante.

—Te repito que fue solo un desliz de una noche. No intimamos en absoluto ni hablamos de nada personal. No lo sabe ni su hermana. Y espero que de estas cuatro paredes no salga. ¿Te queda más claro?

—Vale, es todo lo que quería saber.

Se me ocurre que todavía me queda la baza de la hermana de Mónica. Justo el remate final antes de mandarle a la mierda en persona. Le gusta jugar a dos bandas, ¿no? Pues ¡toma juego sucio! A ver cómo sale de esta el maldito cretino.

De Mónica a Julio:

Yo: Al final le he contado a mi hermana lo de su broche y está de acuerdo en quedar contigo para ir a buscarlo.

Julio: Me parece buena idea.

Yo: ¿Te viene bien esta noche en tu casa? Le he dado tu dirección.

Julio: Perfecto, aquí la espero. No tengo ningún plan.

«Sí, claro, eso es lo que tú piensas».

Doy ochocientas vueltas entre el salón y mi dormitorio, para hacer tiempo antes de enviarle la bomba de que me dirijo a su casa. Quiero ver cuál de las dos opciones rechaza primero. Soy así de *masoca*. En cualquier caso esto ya va a saltar por los aires, qué más da adornarlo con un broche final. Le iría de miedo a la historia.

Me parece increíble que haya sido capaz de jugar así conmigo y de mentirme negando que se hubiera acostado con ella. Qué cínico. Me acuesto con la del broche y ya que se me ha puesto por delante la hermanita, pues allá vamos. Y esta chica tan simpática que tiene un pez, también, por qué no. A saber el harén de novias que tendrá el caradura, con lo mojigato que se había pintado.

Una hora más tarde y con el pulso acelerado, le envió el segundo dardo.

De Abril a Julio:

Yo: Ya he terminado y tengo toda la noche libre, voy para allá.

Julio: Vas a matarme, pero esta noche me resulta imposible verte. Me ha surgido una urgencia, ¡lo siento, lo siento! Te lo compensaré. ¿Qué tal si el domingo nos vamos al cine? Nunca hemos ido al cine juntos. Busca una película que te guste y me dices.

«¡Cómo lo sabía! ¡Pedazo de cabrón!».

Yo: Mañana me toca jornada intensiva de estudio. Ya lo dejamos para otro finde.

«¡Espérame sentado! Así se titula la película que vamos a ver en el cine».

A las nueve en punto estoy subida en un taxi y retorciéndome por dentro. En

mi vida me he topado con semejante canalla. Se va a quedar de piedra al verme aparecer. Pensará que voy a pillarle infraganti con la hermana de Mónica cuando llame al timbre. ¡Se va a acojonar vivo! A ver qué excusa pone para echarme de allí antes de que llegue la otra. Si hubiera estado aquí Lidia la habría enviado a llamar al portero automático a los cinco minutos de mi llegada. Lo que nos habríamos reído después.

Se me hace eterna la subida en el ascensor, y mi corazón palpita desbocado. Noto la boca seca, espero no tener dificultad y que salgan todas las palabras que quiero decirle en cuanto intente darme largas para recibir a la otra. Se habrá creído que puede tener un trío de mujeres a su disposición. Se va a quedar con las ganas.

Toco el timbre y enseguida escucho las patas de Max y su hocico husmeando bajo la puerta. Al poco se abre y aparece él. Lleva puesta mi sudadera favorita gris. ¡Que se la meta donde le quepa!

—¡Hombre, Abril, por fin te dignas a reclamar el broche de tu hermana!

«Pero qué cojones...»

—Pasa, pasa —insiste, mostrando una sonrisa de oreja a oreja. A mí no me sale ni una puñetera palabra en este instante.

Cierra la puerta a mi espalda y nos dirigimos al salón, yo con el piloto automático conectado al aparato locomotor, mi cerebro está completamente centrado en analizar lo que ha ocurrido.

—¿Se puede saber de qué cojones va esto? —me lanzo al fin.

—Dímelo tú, que eres quien se ha montado todo este tinglado desde el principio. —Se le ve tranquilo, como si hubiera tenido todo el tiempo del mundo para meditarlo. O tramarlo, más bien.

—¿Qué coño dices? Fuiste tú quien escribió a mi WhatsApp.

—Sí, señorita, le envié un mensaje a Mónica. Pero en ningún momento me pusiste al tanto de mi error.

—¡Eres un mentiroso! Tú sabías perfectamente que ese teléfono no era suyo, me lo dio a mí. Ella usa el del trabajo.

—Te equivocas. Yo no tenía el número de su trabajo el día que te escribí. Lo supe después, cuando ya llevabas unos cuantos más jugando conmigo al intercambio de identidades.

—No trates de venderme la moto, Julio. Te acostaste con mi hermana y luego pretendías repetir la hazaña conmigo. O lo conseguiste, mejor dicho.

Se frota el pelo y resopla. Camina inquieto por el salón y finalmente se

sienta en el sofá. Yo permanezco de pie junto al marco de la puerta.

—Las cosas no son como las estás planteando. Si me quieres entender, bien; y si no, pues tú misma. Pero mi intención nunca fue acostarme contigo.

—Ah, no, claro, en tu cabeza solo estaba acostarte con mi hermana. Detalle que se te dio muy bien disfrazar con aquel numerito de la Virgen María y el Espíritu Santo, para que pensara que no lo habíais hecho.

Se levanta del sofá y se acerca adonde estoy. Se apoya sobre la mesa del comedor.

—Sí, lo reconozco. Ahí te mentí. Pero tampoco iba a darte los detalles de una cosa así, joder... siendo quien era.

—Y como ella después de eso pasó de ti, decidiste conformarte con la lerdita de su hermana, ¿no? Que encima te lo puso a huevo.

—Te equivocas, nunca tuve intención de acostarme contigo —alega, por segunda vez. Y creo que en el fondo es lo que más me está doliendo de todo.

—Y entonces ¿por qué lo hiciste? —me encaro con él—. ¿Porque no tenías otra cosa mejor que hacer? ¡Vete a la mierda, Julio!

Me dirijo a la puerta.

—Abril, espera.

—Que no quiero escucharte más, ¡puñetas!

No sé por qué razón de pronto exploto y se me caen todas las lágrimas que he luchado por contener. Intenta acercarse a consolarme.

—¡Ni se te ocurra! —le mantengo alejado con un gesto de la mano y frena sus pasos.

—Te prometo que lo nuestro es verdad. Sé que no es lo que busqué al principio, y seguramente tú tampoco. Pero ahí está.

—Pero ¿es que no te das cuenta de que para mí todo ha cambiado? ¡Te acostaste con mi hermana, Julio! Fuiste el amante de mi hermana. Mi hermana puso los cuernos a mi cuñado contigo. Tú eres un ex de mi hermana. Yo no puedo mantener una relación con un tío que se ha follado a mi hermana, ¡coño! No puedo. No lo soporto. No quiero.

Abro la puerta y me largo de su casa. No aguanto seguir ni un minuto más allí.

24

Es domingo. Apenas he pegado ojo en toda la noche. La casa se encuentra más silenciosa que nunca. De haber sucedido todo de forma diferente, hoy estaría desperezándome de entre las sábanas de mi nueva cama —qué digo, en realidad estaría acurrucada en la de él. Pero eso ya no cuenta, y quiero borrarlo de mi cabeza—. Mi ropa estaría ahora mismo colocada en el antiguo armario de Mónica, dos veces mayor que el mío, y no tendría la de verano guardada en cajas de almacenaje de plástico transparente con ruedas, bajo la cama. También Nemo estaría disfrutando de unas nuevas vistas más luminosas desde su acuario, ahora solitario porque su pareja ha amanecido flotando. Tal vez se jugaron el rol de su relación a un duelo a muerte al amanecer. El caso es que anoche estaban los dos tan campantes ignorándose, y hoy vuelve a ser un solitario. Como su dueña. La verdad es que me he sentido culpable por lo ocurrido. Quizás no debí pensar por él, obligándole a compartir su pecera para evitarle una soledad que quizás él no habría elegido. Podría haberle ahorrado el trauma de encontrarse con el panorama matutino. A mí me habría encantado ahorrármelo, desde luego. De hecho al principio pensé que era él, y casi muero de la pena. Nunca pensé que una muerte pudiera hacerte sentir, a la vez, dolor y alivio. Pero es lo que he sentido al comprobar que no se trataba de mi pececillo querido.

Julio: Deberíamos sentarnos a hablar. Estoy jodido con esto y no merezco que me dejes a un lado. Sé que he tenido gran parte de culpa en este juego, aunque tú eres quien ha llevado las riendas siempre. No me culpes de todo. Las cosas se han puesto feas, pero creo que podemos arreglarlo.

Preparo café con bastante parsimonia. Hoy no me apetece llevar a cabo ninguno de los planes de mi agenda. No tengo la cabeza para concentrarme en estudiar, y menos aún para presentarme en la nueva casa de mi hermana. El último sitio en el que me apetecería estar de toda la tierra en estos

momentos —sin contar la casa de su examante—. Me ha dejado varios mensajes, con invitación a comer incluida, y ya de paso para que le eche una mano en la decoración de su nuevo nido. También intentando sonsacarme cómo van las cosas con él, pero de ese tema prefiero no hablar. Y menos con ella. A no ser que saque el asunto delante de Fabio. ¿Ves? Ahí sí me resultaría interesante hablarlo. Tal vez debería proponérselo.

Cojo la taza y me doy una vuelta por la casa, haciendo parada en su antigua habitación. Parece más grande ahora, vacía de sus pertenencias. Solo un par de cajas precintadas bajo la ventana recuerdan a sus antiguos inquilinos. He decidido que seguiré en mi cuarto. No quiero ocupar su dormitorio. Creo que ya he tomado demasiadas cosas que eran suyas. Ha llegado el momento de ser solo Abril. Simplemente Abril. Yo.

Lidia: Debiste seguir mi consejo. La verdad nunca falla.

Yo: No se trata de eso, Lidia. Me mintió. Se acostó con ella. No hay más verdades que esa.

Lidia: ¿Y qué más da que se acostara con ella? ¿Vas a joder una relación por un polvo de una noche con tu hermana antes de conocerte?

Yo: Esa relación era una mentira.

John: Ya dije que no había trigo limpio. Vi su juego sucio y no creíste en mí.

Yo: Corta el rollo, John. Si vas a venir con lo mismo, prefiero que no me escribas.

John: ¿Por qué me llamas John?

Yo: ¿Acaso no es ese tu nombre?

John: Pero nunca dices John. Si vas a decir John, no vuelvas a escribir.

Yo: No si encima se enfadará él solito.

John: Me enfada que el capullo cargue lo suyo y lo nuestro.

Yo: Lo nuestro nadie se lo ha cargado. Solo tengo un mal día y no estoy de humor.

John: ¿Por qué no agarras una botella para bebernos?

Yo: No sería lo mismo. ¿Quién me llevaría luego a dormir la mona a la cama? Beber sola es patético.

John: ¿Patético? Acabo de robar a mi abuela mejor whisky en su colección.

Yo: ¿Has vuelto a su casa?

John: Sí. Miriam me echó con patadas.

Yo: ¿Literales?

John: ¿Qué?

Yo: Nada, déjalo. Eres el único que consigue hacerme reír en mis peores momentos. Te adoro. ¿Lo sabías?

John: No sabía que estás tan mal. ¿Es necesario coger un avión?

Yo: No, loco. Estaré bien.

Mónica: Coge el teléfono, Abril. Tenemos que hablar.

Yo: Si el tema es Julio, no hay nada de lo que tengamos que hablar.

Mónica: Necesito que me cuentes qué ha pasado. O me veré obligada a llamarle a él para averiguarlo.

Yo: Llámale. Tal vez obtengas un buen polvo de despedida antes de que nazca mi sobrina.

Mónica: O coges el teléfono o me presento en casa. ¡¡¡Sigo teniendo llaves!!!

—¡Qué puñetas quieres!

—¿Se puede saber de qué narices vas? Entre nosotros no hay nada, y no quiero que vuelvas a insinuar lo contrario. Ni en broma.

—¿Cómo te sentirías tú si me acostara con Fabio?

—Es distinto, Abril. Yo jamás me habría acostado con Julio siendo tu novio. Es una putada que haya pasado esto y que estés pillada por él, pero creo que no debes pagarlo conmigo.

—Pero es que me duele. Me duele mucho.

Me dejo caer sobre el sofá.

—Pues tendrás que olvidarlo.

Tiene menos empatía que una farola.

—Sí, para ti es muy fácil. Te das la vuelta y adiós muy buenas, sigo con mi vida.

—Tampoco es fácil para mí que salgas con un tipo que forma parte de algo tan... ¡Joder! Ya te vale, bonita. La que has liado.

—Sí, claro... Yo, ¿no?

—Ya, bueno —permanece callada unos segundos—. Ojalá pudiera borrarlo y que solo fuera un chico que has conocido por ahí. Pero las cosas son como son. Y ahora lo único que queda es tirar para adelante.

—La culpa ha sido suya.

—No, Abril. Ha sido de los dos. ¿Hablasteis?

—Paso.

—Sé que estuviste en su casa.

—No podías estarte quietecita, ¿verdad?

No me puedo creer que se le ocurriera llamarle. Claro, por eso estaba tan tranquilo, esperándome.

—Ha llamado él hace un momento, para explicarme el asunto.

—Me da igual. Solo sabe decir mentiras.

—Bueno, en eso estáis a la par, ¿no?

—Joder... esto es una mierda.

Me levanto del sofá y doy una vuelta por el salón.

—De todos modos, Abril, esa relación tampoco iba a llegar a ningún sitio. No tenéis nada que ver. Eres muy joven aún. Lo superarás.

—¡Qué sabrás tú de lo nuestro! —respondo rabiosa.

—A ver, tampoco conozco los detalles de vuestra historia. Pero ¿qué quieres? A mí me incomoda.

—Claro, qué empatía la tuya. Como te incomoda tu propia infidelidad, a tu hermana que la parta un rayo.

—Es que no le veo otra salida a esto, que cortar por lo sano —responde, como si ella tuviera voz y voto aquí—. No sé si tú serías lo suficientemente madura y fuerte para superar el vernos juntos entre cuatro paredes. En el caso de que lo vuestro funcionara y llegarais a algo. Acabarías odiándome. Si es que no lo haces ya.

—No te odio. Pero no te voy a negar que siento... —No encuentro la palabra apropiada porque creo que en realidad la odio un poco— no sé, rabia.

—¿Ves? Eso reafirma mi teoría —alega, y se queda tan ancha—. Bueno,

tengo que dejarte. Llega Fabio con el pan. Y ven a verme, por favor. Sigo necesitando que me ayudes a pegar la cenefa del cuarto de Abril. Sin ti no es lo mismo. Por cierto, he cambiado los colores.

Qué fácil es todo para ella. Qué capacidad tiene para pasar página. Se acuesta con un tío a espaldas de su novio y luego a pegar *cenefitas* como si no hubiera ocurrido nada. Su conciencia se olvida del asunto y los demás tenemos que actuar del mismo modo, ignorando la existencia de esa maldita noche. Borrarla de la memoria. ¿Por qué no puedo obviarlo yo? ¿Por qué no soy capaz de asumir que eso pasó antes de mí y que no tiene nada que ver con nosotros?

Cojo la bicicleta y decido salir a pedalear sin rumbo fijo. Necesito descargar energía y mantener la mente en blanco durante un tiempo. La casa se me está cayendo encima. Cuando llevo quince minutos, noto que he subido mucho el ritmo y estoy acalorada, a pesar de que llevo una camiseta de manga corta. Me apetece parar en algún sitio perdido y olvidarme del mundo por unas horas. Ni siquiera me he llevado el teléfono. Pero me da igual perderme y no tener GPS para la vuelta. Ya me encontraré. Total... qué prisa tengo.

Jamás me había sentido así. Ni siquiera cuando el imbécil de Juancar me dejó plantada en la fiesta de graduación para acercarse a Paula. De él, al menos, cabía esperárselo; ya me había traicionado demasiadas veces. Lo de Julio ha sido distinto. Más duro. Más cruel. Y no solo porque me haya tomado el pelo, eso hasta podría habérselo perdonado. ¿No hice lo mismo? Aunque en mi caso había una excusa importante y razonable: tenía miedo de estropear lo nuestro. Si es que existía un *lo nuestro*. Pero ¿qué razones podría tener él?

Desde que estuve en su casa por última vez, hay una frase que no para de machacar mi cerebro: «Nunca tuve intención de acostarme contigo». La repitió dos veces. Y la recibí como si en realidad me hubiera dicho entre líneas: «A mí tú no me interesabas, yo prefería a tu hermana, pero como era un objetivo imposible... me conformé contigo».

25

«Nota mental: Nunca salir en bici sin teléfono, ni dinero, ni parches...»

He tenido suerte de que se pusiera a llover y un coche patrulla de la policía se haya apiadado de mí al verme tirar de la bicicleta chorreando, con el codo y las rodillas raspadas de la caída y, por qué no decirlo, llorando de pura rabia. Maldiciendo mi mala suerte. Les he contado que había salido a dar una vuelta y me he caído; no sé si por el reventón de la rueda o por la lluvia. Querían llevarme al hospital, porque creo que el codo me sangra, pero les he dicho que me encontraba bien y que eran solo unos raspones. Así que al final me han llevado a casa.

Al bajar del coche, encuentro en la acera al ex amante de mi hermana. Ahora me encanta llamarlo así mentalmente. Me mira espantado.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, una caída sin importancia —respondo secamente. ¿Cómo sabe mi dirección?

Uno de los policías le entrega mi bici y él se fija en el estado de la rueda delantera mientras la traslada hacia el portal. Les doy las gracias a los agentes por la ayuda.

—Para eso estamos —dice el que conduce el coche. Se marchan, sin más, y me dejan allí con la última persona con la que quería encontrarme.

—¿Qué haces aquí? No te habrá llamado Mónica, ¿no?

—No pienso responderte a eso.

—Vale. Te ha llamado. Cómo, si no, ibas a saber dónde vivo. Veo que ahora os ha dado por las llamaditas protectoras.

—Lo he sabido siempre. —Antes de fundirlo con la mirada, me lo aclara—. Por mi hermana. Tengo mis propios contactos.

—No quiero hablar contigo, Julio. No es un buen día para mí —le digo en la puerta, tratando de recuperar mi bicicleta.

—Por favor. —Me mira como nunca antes lo había hecho, con pena—. Tampoco lo está siendo para mí. Y no me cogías el teléfono, ni respondías al

timbre... Llevo aquí más de una hora. La vecina de esa ventana ya ha salido dos veces, haciendo ver que tiraba la basura. Creo que ahora mismo está desesperada buscando algo de lo que deshacerse —al contarlo, muestra una tímida sonrisa. Quizás trata de recuperar la complicidad que nos ha abandonado.

—Bueno, pero poco tiempo. Estoy bastante ocupada.

Subimos en silencio, calibrando la situación. Por mi parte sigo dolida y decepcionada a partes iguales. Por la suya, no sé. Aunque parece arrepentido. Pero eso no me sirve de nada. Serviría si no sintiera lo que siento. Si no me importara. Me bastaría un lo siento y a tirar para adelante. Cada uno por su lado, claro. Porque... ¿qué pasaría si esta relación siguiera adelante? ¿Cómo podríamos compartir una cena familiar en la misma mesa frente a Mónica y su futuro marido? ¿Cómo podría olvidarme de lo que ha habido entre ellos al verlos juntos? Pienso que, sin ese embarazo o si sus problemas de pareja no se hubieran solucionado, tal vez Mónica se habría replanteado las cosas de otro modo y, en la nueva ecuación, serían Julio y Mónica el dueto. Él jamás se habría fijado en mí si Mónica hubiera estado disponible. Eso es algo que no consigo dejar atrás y que me persigue desde el principio. Y la culpa es mía por haber permitido que se me fuera de las manos toda esta historia. Debí decirle desde el principio que se había equivocado de destinataria en aquel primer mensaje, y nos habríamos ahorrado todo esto.

—¿No vas a abrir? —Me saca de mis pensamientos. Ni me he dado cuenta de que estábamos en mi puerta. Estoy acostumbrada a estar frente a la suya y que sea él quien la abra.

Entramos y le indico que deje la bici en la terraza mientras voy al baño a buscar el Betadine y unas gasas.

—Trae, deja eso a los expertos —dice, al verme aparecer con el botiquín. En otro momento habría discutido con él, con alguna frase chorra sobre sus dotes curativas y que no soy un perro, pero no estoy de humor para nada.

—Tienes veinte minutos. He puesto el temporizador, así que empieza cuanto antes con lo que tengas que decirme. Quiero estudiar y marcharme temprano a la cama.

Me escuece bastante el codo cuando vierte el desinfectante sobre la herida.

—Esto va a necesitar algún punto —afirma, muy serio.

—¿Qué? —Me asomo y, al ver la herida, empieza a entrarme un mareo y un sudor frío por la espalda. Se me aflojan las piernas y no caigo de culo al

suelo porque reacciona y me sujeta.

—¡Abril! ¿Estás bien? Era una broma, no necesita puntos.

Consigo tomar asiento en el sofá y él se coloca a mi lado para seguir con la cura.

—Joder, ¡qué susto! No soporto ver la sangre. Me lo había creído.

—Lo sé, por eso te estaba tomando el pelo. No pensé que fueras a marearte —agrega, poniendo también algo de líquido sobre las heridas de las rodillas —. Pues durante un tiempo, como no te llamen para una revista de contenido médico, me da que tu trabajo de modelo puedes olvidarlo.

—No hay nada que un buen maquillaje no pueda tapar.

—Ya lo sé, ya... —Acaricia el caballito de mi tobillo izquierdo con el pulgar y, en cuanto reacciono, bajo el pie y lo alejo de él.

Me levanto y recojo el botiquín.

—Quince minutos —le recuerdo, antes de dirigirme al baño. Cuando vuelvo se ha sentado en la butaca, yo recupero mi sitio en el sofá.

—Es que no sé por dónde empezar.

—Tú has sido quien ha decidido venir.

—Voy a hacerte un resumen de cómo he vivido yo todo esto. Intenta no cortarme, ni echarme cosas en cara, porque entonces nos pasará como el otro día y te aferrarás solo a un determinado contexto —propone, y yo no puedo dejar de observar sus labios mientras habla, la forma en que se mueven. Se ha puesto más serio que de costumbre, y se me hace raro no ver en ellos su eterna sonrisa. Lleva puesta una sudadera roja con capucha, abierta con cremallera, y debajo veo la camiseta negra de Metallica, esa que llevaba la primera vez que... Mierda. ¿Qué cojones hago pensando en eso?

—Adelante, el tiempo es oro —le informo.

—Lo de Mónica vamos a dejarlo al margen, pero sí voy a decirte la razón de ese primer mensaje. Mi intención era enviar una foto del broche para que supiera que lo había olvidado, y no aquella frase que recibiste tú y que fue una reacción espontánea por el tatuaje. Ella solo me dio su teléfono personal, te juro que el otro yo no lo tenía al principio. Me lo pasó después para contactar conmigo y que le devolviera el broche. Y no, no lo escondí en el cajón para tener una excusa después; eso solo formó parte de nuestras conversaciones ficticias. Tuyas y mías.

—Pero ¿por qué lo dijiste? ¿Qué sentido tenía? Estábamos contándonos verdades, no mentiras. Al menos yo. Ya no sé ni en lo que puedo creerte.

—Abril, si me interrumpes nos iremos por las ramas, y quiero contártelo todo. Tú imagina que esto es un vídeo y que no puedes interactuar conmigo.

—Sigue.

—Ese primer wasap fue para ella, y algunos de los siguientes también. ¿Cómo iba a imaginar que detrás estabas tú? Eso lo supe cuando me escribió desde California. Su mensaje decía algo así: «*Soy Mónica. El número que te di ahora es de mi hermana. ¿Por casualidad no me dejé un pasador en tu casa? Es muy importante para mí*». Si no me crees, puedo enseñártelo. Aunque preferiría que lo creyeras, no me gusta compartir mensajes de nadie.

—Te creo en eso.

—Bien. Ya es un paso —agrega aliviado—. Le respondí que sí, que a la vuelta quedaríamos para devolvérselo. Y así fue; un café incómodo entre dos personas que han tenido un pequeño affaire, e intercambio del preciado objeto.

«¿Pequeño affaire, dice? ¿Es que ahora se catalogan por tamaños? ¿Cómo habría sido un gran affaire? Deberíamos preguntárselo a mi cuñado, a ver lo que opina con su propio sistema métrico».

—Nunca más hemos vuelto a contactar —agrega.

—Sin contar su llamadita de hoy, la tuya del otro día... En fin, si en el fondo ya da igual. Solo lo digo por puntualizar y sacar a la luz todas las mentiras.

—A ver, Abril, me ha llamado porque está preocupada por ti y no te localizaba. Y yo a ella para darle una explicación sobre lo nuestro. Te marchaste muy dolida. No nos culpes por eso. —Su tono pretende ser cordial, pese a que parece algo exasperado.

—Sí, claro, porque soy la hermanita indefensa que no sabe sacarse las castañas del fuego.

—Estás siendo demasiado... Mejor me callo.

—¿Criaja?

—Buenoooo, ¿ahora también vas a salir con eso? Déjame seguir, anda. No quiero cabrearte más. Y ya no sé ni por dónde voy.

—Tranquilo, yo te ayudo. Le devuelves el broche y, ya de paso, decides camelarte a la hermanita que se te ha puesto a huevo.

—Joder, Abril... ¿Qué hacemos contigo?

—Es que es así como me siento, ¡como una mierda!

Otra vez vuelven a escaparse las lágrimas traicioneras que pretendía evitar.

Se levanta para sentarse a mi lado. Yo me pongo de pie. No quiero que trate de consolarme. Tomo rumbo hacia la puerta.

—Mira, esto no ha sido una buena idea, la verdad, y como en este caso no puedo largarme... Hazlo tú. Por favor.

—Pero es que todavía no ha empezado la historia. Tienes que dejarme contártelo.

—No quiero. Conozco la historia perfectamente. Lo nuestro solo fue posible porque utilicé la identidad de mi hermana. Y muerto el perro, se acabó la rabia.

—¡Te equivocas! Para mí siempre fuiste Abril.

—Pues para mí solo eres el tipo que se acostó primero con mi hermana. Y siempre serás eso.

26

Papá: ¿Se puede saber por qué no coges el teléfono? Nos acaba de llamar la vecina de abajo para decirnos que te ha traído la policía detenida. ¿En qué narices andas metida?

Mónica: Abril, haz el favor de coger el maldito teléfono o de llamarme cuando leas esto. Mamá y papá están muy preocupados. Dime que no has hecho ninguna tontería.

Mamá: Como sean cosas de drogas, me vas a oír. Soy capaz de traerte a casa de los pelos, fíjate.

Escucho la llave de la puerta abrirse, y al torbellino de mi hermana entrando como un elefante en una cacharrería después. Por el sonido, creo que la pobre víctima ha sido la lamparita del mueble de la entrada. Estoy tumbada en el sofá con la luz apagada. Sin ningunas ganas de ver a nadie. ¿Por qué no son capaces de dejarme en paz? ¿Acaso no tengo derecho a estar de bajón? ¿Les doy yo la brasa cuando lo están ellos?

—¿Se puede saber qué coño ha pasado y por qué no coges ninguno de los teléfonos ni das señales de vida? —me increpa enseguida. Ha encendido todas las luces y el salón parece una discoteca. Me cuesta hasta enfocarla.

—Soy mayor de edad, puedo hacer de mi vida lo que quiera. Incluso desaparecer, si me apetece.

—Levanta de ahí inmediatamente.

Me zarandea y trata de ponerme en pie. Yo lucho por quedarme tumbada. ¿De qué coño va?

—¿Has tomado pastillas?

En ese momento, no sé por qué, me da por reír. Juro que no he tomado

nada. Ni una sola gota de alcohol, y menos pastillas. Pero estoy partiéndome de risa al comprender lo que acaba de soltar, y se me junta con todo ese jaleo de mensajes que ha organizado la vecina con el asunto de la policía. Pienso en la amenaza de mi madre y la que estará armando en casa, descartando motivos por los que he podido acabar en un calabozo. Me troncho en el sofá, y ella no sabe si darme una hostia o abrazarme porque tiene una hermana majareta. A saber lo que se le habrá pasado por la cabeza.

—¿Se puede saber de qué cojones te estás riendo? ¿Has tomado drogas?

Me seco las lágrimas, que ahora son por la risa, y me incorporo intentando encontrar las palabras.

—No me ha detenido la policía. Solo me han rescatado de un pequeño accidente de bici que he tenido. —Me levanto la manga de la camiseta del pijama y le muestro el codo.

—¿Y estás bien? —Se sienta a mi lado para abrazarme y me acurruca contra ella.

—Del accidente sí. Pero llama a casa y diles que no es nada, *porfa*. No me apetece hablar con ellos ahora. No me encuentro con fuerzas para una charla de las tuyas.

—Claro que sí. No te preocupes.

—Y no les digas que ha sido con la bici. No quiero que se preocupen. Invéntate lo que sea.

No he ido a clase. Tras el desastre del fin de semana, no he podido tocar un libro. Ya voy con retraso en mi esquema de estudios. He decidido aprovechar la mañana para estudiar e intentar recuperar el tiempo perdido. También he usado mi accidente de bici para retrasar una sesión de fotos que tenía programada esta tarde. Fran me ha confirmado que la podemos dejar para el viernes sin necesidad de dar explicaciones a nadie. Por lo menos, algunas cosas me están saliendo bien.

Lidia: ¿Sabes que eres trending topic en cuatro chats de mi madre? Lo último que se ha escrito es que te pillaron esnifando coca en los servicios de un club privado con el batería de un grupo.

Yo: Estarás de coña, supongo...

Lidia: ¡Cómo está mi delincuente favoritaaaa!

Yo: He tenido rachas mejores.

Lidia: Tienes que ser positiva, ya sabes que eso se pasa. A Juancar lo olvidaste con John. A John, con Julio. Y ahora tu única preocupación debería ser encontrar a su sustituto.

Yo: Como si me quedaran ganas de conocer a nadie.

Lidia: Mientras tanto, puedes usar uno de los parches anteriores. A Juancar no te lo recomiendo; desde que nacieron los mellizos, se encuentra en paradero desconocido.

Yo: Pero ¿¿qué me estás contando??

Lidia: ¡Te lo juro! Y viene de una fuente fidedigna: la madre de Paula.

Yo: Pues bien a gusto que se habrá quedado la chica.

Lidia: Al final no voy a poder ir en septiembre a vivir allí, es que...

Yo: ¿Es quéééé?

Lidia: He conocido a alguien. Bueno, ya lo conocía. Pero este fin de semana han empezado a enredarse las cosas, y me siento en una nubecilla. Me apetece probar qué sale de todo esto.

Yo: ¿Y por qué no me lo habías contado?

Lidia: Porque fue cuando explotó lo tuyo, y me dio cosilla... Pero tenía muchas ganas de decírtelo.

Yo: Pues corta el rollo y llámame. Necesito todos los detalles. Alégrame el día, anda.

27

Julio: Pincha el audio y escúchalo entero, por favor. Después no vuelvas a hablarme, si no quieres. Pero, al menos, dame la oportunidad de contarte mi versión de la historia.

Hoy es sábado, y ya ha pasado una semana desde que lo nuestro saltó por los aires. He tenido tiempo de pensar, de enfadarme y de entristecerme la mayor parte. También he aprovechado para releer todas nuestras conversaciones; tanto las de la ficticia Mónica, como las mías. Y la conclusión que he sacado al respecto es que soy una cría idiota a quien le falta un tornillo y mucho por madurar. Y que nadie en su sano juicio habría montado semejante embrollo, digno de una película del tres al cuarto.

Me entristece que haya terminado de este modo. Y también sentir que solo fui una sustituta. Un sucedáneo. Para mí sí fue una elección todo aquello. No me quedé con él porque me rechazara otro. Yo decidí salir a buscarle, aunque luego no me atreviera a decirle quién era realmente. Pero provoqué la mayoría de nuestros encuentros. A pesar de todo, aunque me siga doliendo y esté furiosa con él, y conmigo por haber sido tan ingenua; no me arrepiento de ninguno de los momentos que pasamos juntos.

He encontrado otro parque para salir con la bici y que no me recuerde a nadie. No es tan bonito como los otros, ni los árboles son tan frondosos, ni tiene estanque como aquel que descubrí en mi primer paseo en bici por la ciudad y me cayó encima el gran diluvio, mientras hablaba con un desconocido que no tenía nombre propio. Tampoco hay fuentes, como en el que tiene al lado de su clínica. En su lugar hay un cuadrilátero rojizo con el suelo acolchado y columpios. Pero ya me habituaré a sus características. Además, me pilla más cerca de casa y resulta cómodo por si se pone a llover o pincha la bici. Ahora la tengo a mi espalda, apoyada sobre el respaldo del banco donde me he sentado con los auriculares puestos.

Trato de decidir si escuchar o no el mensaje de audio que ha enviado. Se me hace raro recibir un mensaje suyo en el teléfono que antes era de Mónica

para él. Se ve que ha descubierto que la otra línea pasó a la historia. Al principio consultaba los mensajes en los que intentaba ponerse en contacto conmigo, para pedirme que le cogiera el móvil o que aceptara quedar de nuevo en persona y le dejara explicarse. Pero no he vuelto a cargarlo. Pasó a mejor vida. En este no lo había intentado hasta ahora. Tal vez no terminaba de verlo como nuestra vía real de comunicación, o quizás temía mi reacción al recibir un mensaje suyo en esta pantalla. La verdad es que he estado tentada a responderle: «¿El mensaje es para mí o se lo reenvío a Mónica?». Pero he preferido ahorrármelo. Ahora entiendo que no se decidiera a escribirme aquí. Me conoce demasiado.

—Hola Abril —resuelvo escucharle—. No me has dejado otra opción. Preferiría el cara a cara, pero al menos así no vas a interrumpirme y conseguiré llegar al final. Siempre que no te dé una rabieta de las tuyas y lances el teléfono al agua. Vaya, soy único dándote ideas. En fin, allá voy. Cuando descubrí por Mónica que detrás de este número se encontraba su hermana, el único dato que tenía de ti era ese. Me planteé no volver a escribirte y dejar las cosas estar. Tú me habías vacilado, sí, imagino que para sacar información y curiosear sobre su vida privada; pero eso no era de mi incumbencia. Aunque enseguida empezaste a parecerme interesante. Y no es que se me pasara por la cabeza tratar de ligar o acostarme contigo, como me acusaste, simplemente tuve curiosidad por ver hasta dónde querías llegar con aquella falsa identidad. Decidí seguirte el juego. Hice ver que me creía que eras Mónica, y que además pensaras que conservaba el broche. La de veces que me habré preguntado: *¿Y no se ha dado cuenta de que su hermana ya lo tiene en su poder?* Esperaba el día en que descubrirías ese detalle y disfrutaba imaginando tu reacción. Por eso te tentaba a quedar para devolvértelo, a sabiendas de que tú no aceptarías porque, si lo recibías, ¿cómo se lo explicarías a ella sin delatar nuestras conversaciones antes?

»Y esperando a que llegara ese momento, vuelvo un día de sacar a los perros, ¿y a quién encuentro husmeando en la puerta de la clínica? Al principio no me di cuenta, pero enseguida descubrí que me sonaba esa mirada tan intensa y la forma de sonreír, por no hablar del hoyuelo en la mejilla... ¡Os parecéis un huevo, Abril! Y te reconocí, aunque no quieras creerme. Jamás olvido una cara, ya te lo dije. Y se me da muy bien encontrar rasgos

parecidos. Ahora estarás pensando: *Claro, como nos parecemos y con ella no podías llegar a nada porque... blablablá.* Vuelve a darle al *play*, anda, y sigue escuchando.

»Pues eso, que apareció en mi puerta Abril, la usurpadora de identidades. ¿Cómo no iba a aprovechar la oportunidad de disfrutar de tu compañía en vivo y en directo cuando me soltaste lo de pez? Ese Nemo, qué momentos más buenos me ha hecho pasar. Adoro a ese pez y a esa chica con trenzas que intentó colármela y se tragó un kit completo del mundo marino. Sí, te vi entrar en el centro comercial a devolver el equipo en cuanto me di la vuelta. Decidí sentarme en la mesa del bar que justo daba a la ventana para poder observar tus movimientos al detalle.

»Lo más divertido de todo era pincharte desde el teléfono de Mónica y contarle a ella lo que quería que creyeras que pensaba de ti. En mi vida me he reído tanto y tan alto. ¿A Nemo lo compraste aquella misma tarde o esperaste al día siguiente?

»La velada más fantástica fue la del baile de máscaras. Jamás pensé que conseguiría hacerte enfadar conmigo por ponerte celosa de tu propio personaje ficticio. Fue colosal. Ni en mis sueños hubiera imaginado que aparecería una especie de duendecilla llamada Lidia, que propiciaría no solo bailar juntos y poder tenerte tan cerca, sino llevarse tus llaves y que pasaras la noche en mi cama. Y sí, no lavé la sudadera hasta que perdió su olor a ti.

»Tras ese día supe que debía hacerte reaccionar y sacarnos de encima el asunto del broche; que descubrieras que yo ya no lo tenía y que te abrieras a la verdad; que vinieras a reclamarme explicaciones... Pero tenías que ser tú quien finalizara el juego. A mi me daba miedo delatarte y que te sintieras ofendida o acorralada.

»Te equivocas al pensar que tú fuiste para mí una segunda opción con la que me conformé porque falló la primera. Aquello solo fue una mala decisión tomada en un momento puntual. Tú sí fuiste mi opción. La que no me perdonaría perder.

Lo escuché cinco veces en aquel parque recién estrenado. Y un par más en la bici, de camino a casa. Y por la noche, antes de apagar la luz y consultarlo con la almohada. Pero no se lo dije, ni me puse en contacto con él. Y la razón es muy sencilla: ¿Qué puedo decirle? Ni siquiera yo misma sé cómo afrontar

esto.

Ahora estoy en casa de Mónica. Necesitaba hablarlo. He sido bastante injusta al volcar en ella mis propias frustraciones. Me siento culpable por haberla odiado un poco, o tal vez más de lo que me atrevo a reconocer, encima de que fui yo quien invadió su intimidad. Soy un verdadero asco de hermana.

Estamos en la habitación de la pequeña Abril pegando una cenefa en papel pintado sobre la pared donde irá la cuna. Bueno, eso lo estoy haciendo yo. Ella está sentada en la alfombra, escuchando la grabación de Julio. He decidido que debe conocer toda la historia. Yo he tenido en mis manos un secreto sobre su vida privada durante todo este tiempo, y creo que es justo que ella conozca todos los datos que han marcado el rumbo de los acontecimientos.

—¿Te lo contó en su llamada? —pregunto, cuando me devuelve el teléfono y los auriculares.

—No así. No se recreó en los detalles —afirma, enrollando un trozo de tira sobrante que hay en el suelo—. ¿Qué sientes tú tras haberlo escuchado? —se interesa.

Aprovecho para sentarme en la alfombra con las piernas cruzadas a su lado.

—Yo es que no sé si podré olvidar lo vuestro. Pienso que tenías razón cuando lo dijiste. También entiendo que fue un polvo sin importancia y que no significó nada para vosotros. Pero no puedo evitar mirarte y que me venga la imagen de Julio contigo en su cama, la que he terminado sintiendo como mía.

—¿Y eso por qué no te ocurría al principio si sabías lo que pasó entre nosotros? —Mira al suelo cuando lo pregunta, como si se sintiera avergonzada al recordarlo.

—Porque de todas esas verdades que ha contado en el audio, a mí me pesa más la que no era mentira. Para mí lo vuestro solo era un encuentro fallido: tú te echaste atrás y le dejaste colgado. Y aunque me dolía pensar que él se hubiera quedado con las ganas de ti, me cuesta más superar que realmente lo hicisteis. Que hayáis compartido algo tan íntimo. Tan nuestro.

Nos quedamos calladas, y noto que se siente más incómoda aún.

—Un polvo es solo un polvo, Abril. No le des tanta importancia.

—Y así lo he visto siempre. Pero en este caso... no sé, me cuesta verlo de

ese modo. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí, venga —responde—. Ya puestas, vamos a soltarlo todo.

—¿Tú qué sientes después de lo que ocurrió?

—¿A qué te refieres?

No encuentro muy bien cómo planteárselo.

—Cuando estás con Fabio... ¿comparas?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¡No!—responde, casi ofendida.

—¿Alguna vez recuerdas a Julio y aquella noche que pasasteis juntos?

—Nunca lo pienso. ¿Pensabas tú en Juancar o en cualquier otro tío cuando te acostabas con él?

—No —respondo tajante.

—Pues esto es exactamente lo mismo. Créeme —Me mira fijamente al decírmelo—. Fue solo un error. Para mí no tiene valor ni importancia. La misma que cualquier otro tío que haya pasado por mi vida antes de conocer a Fabio. Es algo que se olvida, Abril.

—Pues será eso lo que yo necesito. Tiempo para olvidar.

28

El nacimiento de la pequeña Abril fue programado por una cesárea, y llegó al mundo un 12 de mayo. Esa ratilla pelona nos ha conquistado a todos, con esa cara regordeta y sus ojillos vivarachos. Su habitación parece sacada de una revista de decoración, donde todo se encuentra en su sitio y nada está colocado al azar. Al final, Mónica eligió los colores que le dio la real gana, en arena y tostados, pese a que habíamos acordado que el malva y menta serían los suyos, en recuerdo de aquella lámpara famosa que me empeñé en buscar y que terminé encontrando en eBay. A pesar de todo, a Mónica le hizo mucha ilusión mi regalo y se emocionó. Ahora es la única nota discordante en la decoración y, quizás, lo que la haga más especial allí plantada. La pequeña Abril, cuando cumpla veintiún años, como su tía, se preguntará: *¿Qué sería de aquella lámpara de libélulas en malva y menta que no pegaba ni con cola en mi habitación de diseño?* Posiblemente, la pedorra de su madre la venderá por Wallapop en cuanto nos demos la vuelta. Lo mismo que yo he pensado hacer con ese carro de los Adams que tiene aparcado en el pasillo.

John: ¿En serio no importa que me quede en tu casa?

Yo: De verdad de la buena.

John: ¿Por qué cambiaste la opinión?

Yo: Porque necesito a mi apuesto sabio con gafas, ese que me ayuda a recomponerme.

John: El apuesto sabio ahora usa lentes de deshecho. Adiós alergias.

Yo: ¿He perdido a mi Clark?

John: Las pondré solo por ti cuando vemos TV. Pero no lo digas a mis ligues de fin de semana.

Yo: ¿Piensas meter a tus novias lesbianas en casa? A mí no me van los experimentos, ¿eh?

John: Contigo hago excepción con un tío para el tres.

Yo: ¿Tratas de indagar sobre tus límites sexuales?

John: Novias lesbianas, ahora me tomas gay... Creo que contigo perdí la batalla.

Yo: Justo el día que decidiste compartir el tattoo de mejores amigos. ¿No dije que aquello sonaba a juramento inquebrantable? Lo nuestro es imposible, Clark.

John: Eso ya lo hablamos cuando estaré allí.

Yo: Voy a ponerte una profesora de español en casa. Háblalo con ella mejor.

John: ¿Participa en trío también?

He salido a dar una vuelta con la bici por el centro de la ciudad. Apenas queda nada para marcharme a casa por vacaciones de verano. Allí me reencontraré de nuevo con Lidia y John. Las vacaciones de ella, según me ha advertido, no serán muy largas; pero lo suficiente para que nos recarguemos la una de la otra. Él llegará en agosto. El mes de julio ha decidido tomárselo *sobático* —como suele decir, me pregunto si habrá asociado la palabra con *sobar* en el sentido de *dormir* y se la ha dado por válida él mismo—. Dice que lo pasará en Ibiza viviendo la vida loca. En septiembre compartiremos piso. Le hacía mucha ilusión y, total, las cosas vuelven a ser normales entre nosotros. Quizás lo mejor que hicimos fue cargarnos la tensión sexual. O tentación, como diría él.

De Julio no he tenido noticias. Ni él de mí. Estos meses de distancia me han ayudado a reposarlo todo y mirar lo sucedido desde varias perspectivas. La de mi hermana ya no me duele. Su presencia ha dejado de recordarme a él. Y si pienso en él, encuentro siempre al Julio que va pegado a Max, al que lleva mi pijama sudadera favorito, al que me lo consiente todo aunque refunfuñe antes... Ni rastro del Julio que fue primero el de Mónica.

Creo que el tiempo era necesario y ha jugado a nuestro favor. Al menos al mío. Pero no sé cómo le habrá afectado a él esta distancia. Tal vez ahora mismo me vea más niñata que nunca, por mi conducta. Soy consciente de que me comporté como una cría al reaccionar así, cuando fui yo quien enrolló esta madeja en forma de ovillo. Ahora solo queda seguir tirando del hilo y regresar a su inicio; ya libre de nudos y enredos.

29

De Abril a Julio:

Yo: Tengo una amiga con un pez naranja que se pregunta si podría contratar tus servicios de canguro de mascotas. Es un pececillo alegre y poco dicharachero al que no le gusta compartir su espacio vital. Pero no te dará mucho trabajo. Mi amiga se va de vacaciones y, como tendrá que ir y venir a la ciudad por motivos laborales, teme estresar al pobre pez. No está nada habituado a los cambios.

Julio: Dile a tu amiga que primero tendríamos que ponernos de acuerdo con la tarifa. Mis cuidados están muy solicitados y he tenido que aumentar los precios considerablemente. Además, debo consultarlo con mi compañero de piso. La última vez que tuvimos una invitada en casa, le dio por esconderle su mordedor deshilachado en el tambor de la lavadora. Creo que aún sigue traumatizado.

Yo: ¿Y de qué tarifas estamos hablando?

Julio: Pues tenemos tres tipos de oferta. Si el pez se queda en casa una semana, su dueña tendrá que escribirme para mantenerme al tanto de sus cosas al menos una vez al día. Si la estancia supera esa cifra, tendrá que pasarse por aquí al menos una noche de cada viaje por trabajo. Y si de lo que estamos hablando es de un completo vacacional, entonces ahí tendríamos que llegar a un acuerdo y ajustar precio. Pero vamos... de una maleta con ropa en casa no bajo.

Yo: ¿El trato incluye un colacaíto fresquito en las noches de verano y calentito en las de invierno?

Julio: Y un cajón repleto de calcetines de lana.

Yo: Los calcetines han pasado a la historia, ahora se lleva lucir tobillo.

Julio: ¡Me gusta esa nueva moda!

Yo: Pues ábreme ya la puerta, que estoy aquí abajo y traigo una tarta helada que se va a derretir.

Julio: ¿Una tarta?

Yo: Sí. ¿No te has enterado de que hoy empieza tu mes?

Julio: ¿Y piensas traerme algo cada día?

Yo: Ya lo veremos...

Julio: Espero que mi mes no sea tan ajetreado como el tuyo.

Yo: Mejor no me lo recuerdes.

Julio: Pienso hacerlo. Han sido tres meses tortuosos sin mensajes de ninguna de las líneas de tu centralita telefónica.

Yo: Al final vas a conseguir que me arrepienta y me largue por donde he venido.

Julio: Pues sería una lástima, te sienta muy bien ese moño. Aunque las trencitas tenían lo suyo.

Yo: ¿Se puede saber dónde leches estás?

Julio: Llevo un rato observándote desde la esquina. Dice Max que estás increíble con ese vestido, pero que no sabe si le falta tela o te sobran piernas.

Yo: Dile a ese cabezón apestoso que no volveré a esconderle su rastrojo deshilachado.

Julio: Dice que él tampoco volverá a mearse en la rueda de tu bici.

Yo: ¿Será asqueroso el maldito chucho?

Otros títulos

Treinta postales de distancia (2012)

Sofía es alocada, divertida y desordenada. Jaime es organizado, metódico y supersticioso. Sofía acaba de dejar a un novio que no la merecía y no quiere que le vuelvan a romper el corazón. Jaime acaba de divorciarse y huye del compromiso. Nada haría pensar que dos personas tan opuestas puedan enamorarse. Hasta que ambos empiezan a coincidir en el ascensor. Y lo que parece ser un idilio irrefrenable, se complica cuando comienzan a aparecer otras personas en sus vidas que no se lo van a poner nada fácil. Novias celosas, ex que vuelven, amigas que no lo son tanto, amigos entrometidos... Al final, su futuro dependerá del contenido de unas misteriosas postales.

¿Y si no es casualidad? (2014)

Celia está convencida de que todo lo que ocurre en el universo, lejos de estar escrito en las estrellas, es fruto de la casualidad. Tiene una vida ordenada que comparte con Rubén, su novio, un abogado guapo y trabajador al que quiere mucho, aunque desearía que fuera algo más espontáneo y detallista. El día de su treinta cumpleaños, sus amigas le regalan un precioso vestido verde acompañado de una curiosa noticia: tienen la dirección de Marco Ferlini, un atractivo argentino con el que mantuvo una estrecha relación de amistad con derecho a cama y del que no volvió a saber tras la universidad. Y Celia, intrigada por su misteriosa desaparición, decide escribirle una carta. Pero quien responde, no parece ser el mismo. ¿Quién se esconde tras esa correspondencia?

A destiempo (2016)

A veces esperamos que la puerta que cierra el pasado permanezca así siempre. Pero Olivia no imagina que su hija, Elisa, llegará para abrirla a empujones en busca de un padre que no conoce. Un secreto que ha condicionado la vida de ambas y que removerá emociones en su presente.

¿Qué pasa cuando una madre que se cierra al amor convive con una adolescente de dieciséis años que se enamora de un desconocido por la red? Una historia de pequeñas mentiras y grandes secretos, de dos generaciones que tienen en común mucho más de lo que piensan. Todas las historias deben encontrar su momento, aunque la vida las traiga a destiempo.

¿Es tu última palabra? (2017)

Cuando el pasado regresa para remover emociones que estaban dormidas, Clara deja de ser la mujer segura de sí misma en la que se ha convertido. El amor aún es una moneda de dos caras capaz de erizarle la piel y abrir viejas heridas por igual. Roberto, Darío... nombres que la llevan hacia una encrucijada sentimental llena de desencuentros e instantes de felicidad. Todo parece demasiado complicado cuando hay que caminar con los pies en el suelo.

La suerte de Clara será descubrir que la vida se ve distinta cuando se contempla desde una azotea.

Sobre la autora

Nací en Madrid, me crié en un pequeño pueblo de Badajoz y hace más de una década que resido en Málaga. Mi interés por la escritura surgió a raíz del blog *Sueños a contraluz*, que abrí allá por el 2010, y donde podréis encontrar mis comienzos. La primera novela, *Treinta postales de distancia*, de género romántico contemporáneo, la publiqué primero en Amazon en 2012. Pronto logró una gran acogida, situándose en los primeros puestos de ventas durante más de un año. Gracias a ello, los derechos en inglés fueron adquiridos por una editorial norteamericana, Montlake Romance, que la publicó en inglés en 2013 bajo el título: *Thirty postcards away*. Otras novelas de mi autoría son: *¿Y si no es casualidad?* (2014), *A destiempo* (2016), *¿Es tu última palabra?* (2017) y una recopilación de relatos titulada "*Historias de mi contraluz*".

Blog: <http://suenosacontraluz.blogspot.com.es>

Twitter: [@_SaraVentas](#)

Facebook: <http://www.facebook.com/saraventaslibros>

Instagram: [@saraventaslibros](#)